

La salvación DEL CEO

MARTINA LEIVA

La salvación DEL CEO

MARTINA LEIVA

Primera edición.

La salvación del CEO

©Martina Leiva

©septiembre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 1



BRYAN

No lo soporto más. Esta situación se está volviendo insostenible. Juro por mi vida que, si no fuera por la presencia de Audrey, ya habría volado hace mucho tiempo, pero mi hija me retiene. ¿El motivo? Estaba seguro de que su madre la utilizaría en caso de divorcio, y mi hija no se merecía eso.

No os puedo decir cuando empezó a tornarse en todo esto que estábamos viviendo, porque os aseguro que, al principio, no era así, pero será mejor que empiece por el principio…

Cuando conocí a Candy, acababa de despegar en el tema laboral, éramos jóvenes y pensábamos que nos comeríamos el mundo. Era mi complemento perfecto. Candy tenía esa dulzura y ese saber estar con el que encandiló a todo el mundo. Era guapa y lucía un cuerpo de escándalo, y en eso no había cambiado, más bien todo lo contrario, la madurez de los años le habían sentado demasiado bien.

Una vez que estuve medianamente situado en el sector, nos casamos. Digo medianamente porque, hasta ahora, que mi proyecto se ha convertido en multinacional y cuento con sucursales prácticamente en todo el mundo, nada era certero, cualquier patinazo te podía hacer caer.

Llevábamos casados diez años, y teníamos a Audrey, de cinco, por un fallo del método anticonceptivo, no porque fuera buscado. Candy siempre decía

que ella no había nacido para ser madre, por lo que la noticia le cayó como un rayo, todo lo contrario, a mí, que vi cumplido mi sueño de ser padre.

—Tú podrás seguir tu vida como hasta ahora, pero a mí me tocará quedarme en casa mientras que tú vas de fiesta en fiesta —me decía, cuando supo del embarazo.

Si por ella hubiese sido, lo habría perdido, pero eso no estaba bien visto en la sociedad en la que nos movíamos, sobre todo por nuestros padres, y eso fue lo que la frenó a hacerlo. Vivía de cara a la gente, pensando más en el qué dirán que en lo que realmente quería, y eso fue el principio del declive.

Me hizo prometerle que no asistiría a ninguna cena sin ella y que, en caso de que pudiera, cuando fuera imprescindible que viajara, sería con las dos, no entendía que mis viajes eran de trabajo, no de placer.

Al principio de nacer Audrey, y gracias a que contaba con personal de mi entera confianza, delegué un poco en ellos, pasando en la oficina el menor tiempo posible, solía trabajar desde casa y de viajar, mejor no hablamos, iba mi mano derecha. Pero cuando la niña empezó a acudir al centro infantil, ya no vi necesaria mi presencia, por lo que volví a la oficina, que era donde tenía que estar.

Mi abuelo siempre me decía: “el ojo del amo engorda al caballo”, nadie como uno mismo para guiar y llevar la empresa, y más cuando la niña no estaba en casa. Lo único que procuraba era volver a casa antes de que estuviera dormida, y así poder pasar un rato con ella, que me contara su día y jugar a lo que quisiera, aunque viniera destrozado.

Eso también le molestaba a la muchacha, ya que decía que, en cuanto que la niña se iba a dormir, aparecía todo mi cansancio de golpe, no haciéndole ni caso a ella, por lo que me “obligué” a pasar un rato conversando con ella.

Los mensajes y las llamadas eran constantes, le daba igual que estuviera en una reunión o en una videollamada, si no le contestaba o no atendía a sus peticiones, se plantaba en la oficina o me armaba una buena bronca cuando llegaba a casa.

Cuando pasaba eso, solía marcharme a casa de mis padres, hasta que me di cuenta de que ellos, sobre todo mi madre, lo veía como algo normal. Me decía que debía tener paciencia, que la pobre se sentía sola y lo único que quería era tener la certeza de que yo me encontraba bien. Pero yo veía que tan solo eran unos celos enfermizos, y no es porque me quisiera más que antes, sino porque veía que ya no era el centro de atención en mi vida, y lo que estaba consiguiendo era que nos alejáramos más, en vez de conseguir lo contrario.

Esa noche había dormido en una de las habitaciones de invitados de mi casa, después de tener una bronca monumental, porque una reunión me había retrasado más de la cuenta, y había llegado pasadas las diez de la noche. Según ella, venía de estar alternando con unas y con otras, y eso se me iba a terminar, como Candy que se llamaba, fueron sus palabras.

—Traes mala cara, jefe. ¿Otra escenita de tu mujer anoche? —me preguntó Albert, mi mejor amigo y mano derecha en la oficina.

—No te puedes imaginar, Albert. Esta mujer está acabando conmigo, me siento asfixiado en una relación que no nos llevará a ninguna parte. Ya casi ni tenemos intimidad —me sinceré con él, como otras veces.

—La mañana está tranquila, vamos a tomarnos un buen desayuno, que seguro que no has tomado ni café —me dijo, dándome una palmada en el hombro.

—Ni agua he tomado. He salido antes de lo normal, no me apetecía tener otra bronca delante de la niña. Y eso es lo que más me duele, no haberme podido despedir de Audrey, antes de que se fuera para el colegio. No la veo despierta desde hace dos días, cuando llego ya duerme y cuando me marcho por la mañana, también.

—¿Por qué no te la llevas este fin de semana de viaje a alguna parte?

—No te creas que no lo he pensado, pero el simple hecho de tener que cargar también con la madre, me quita las ganas. Lo que no sé es como no me ha llamado ya, o no me ha enviado un mensaje de WhatsApp para saber dónde estoy.

—No puedes seguir así, Bryan. Eres un tío joven, guapo e inteligente, eso sin contar que en la cuenta tienes más dinero del que podrías contar. Podrías tener a la mujer que te diera la gana, no entiendo por qué sigues con ella —me dijo Albert, y tenía toda la razón.

—Ya no es que no quiera a la mía, es que no quiero nada con ninguna. Sé que no lo entiendes, pero no me puedo divorciar así porque sí. Lo primero: porque está Audrey, me moriría si no pudiera verla, es la persona que más quiero en mi vida y después, están mis padres, y los suyos, que pensarían que lo hago porque estoy liado con alguien.

—¿Qué más te da lo que piensen los demás? Es tu vida, Bryan, y eres tú el que tienes que ser feliz, ya se acostumbrarán, y si no lo hacen, será su problema, no el tuyo.

Justo cuando me estaba diciendo eso, me llegó un mensaje de ella, de Candy, y no tuve más remedio que coger una bocanada de aire, al final terminaría dándome un infarto o una crisis de ansiedad, pero no estaba dispuesto a ello, que era muy joven.

Candy: *Tenías mucha prisa por salir hoy, por lo que se ve. La fulana con la que estás liado tiene preferencia sobre tu hija, luego no te quejes si la niña no quiere nada contigo, porque ella no es tonta y se dará cuenta de que la has cambiado por una zorra, y yo me voy a encargar de que lo haga.*

Bryan: *Cada día estás más loca. Si he salido temprano de casa no es porque esté con ninguna otra mujer, sino para evitar escenas como esta delante de la niña, a la que te pido por favor que dejes al margen de lo que ocurra entre nosotros. Ella no tiene la culpa de que no nos entendamos.*

Candy: *¡Coño, eso es nuevo! Ahora resulta que no nos entendemos. Pues nada, a lo mejor me la llevo una temporadita fuera del país, a ver si así se te aclaran las ideas.*

Bryan: *¡Ni se te ocurra, porque no respondo! Y deja a la niña a un lado, ya no te lo digo más. La niña no puede salir del país sin mi consentimiento, no me obligues a hacer lo que no quiero, Candy.*

Candy: *Anda, mira, una amenaza, y la tengo por escrito. Esto, con unas lagrimillas ante un juez, y las tengo todas conmigo. No seas tan tonto de hacer eso que estás pensando, porque el único que saldrá perdiendo serás tú.*

Ya no le quise seguir contestando, pero le mostré el móvil a mi amigo, que lo leyó completamente asombrado, y que, al mirarme, vio mi desesperación en la cara.

—Vete ahora mismo a comisaría y llama a los abogados. Candy está dispuesta a todo, y no te puedes quedar cruzado de brazos — dijo.

—Sé que sería lo lógico, que actuara así, pero no lo voy a hacer. Recogeré a Audrey del colegio a las cinco y nos iremos a casa. Pasaré la tarde con ella y cuando se duerma, hablaré con Candy. La situación se está volviendo insostenible, le voy a pedir que vayamos a terapia — dije, convencido de que sería algo bueno para salvar nuestro matrimonio.

—Puedes ir a todas las terapias que quieras, Bryan, pero eso no hará que te enamores de tu mujer. Hace mucho tiempo que ese sentimiento se terminó, aunque te niegues a verlo.

—Yo quiero a Candy. Quizás no haya la pasión ni las mariposas que tenía al principio, pero todo eso es fruto de su cambio de personalidad. A veces pienso si hicimos bien en traer a Audrey al mundo, aunque ahora diera mi vida por ella.

—No digas eso de la niña, es tu sustento en estos momentos, así que, sí, hicisteis bien, hiciste bien, porque Audrey es un ángel que nos alegra la vida a todos.

—Por lo menos, con la niña, Candy no actúa de la misma manera, porque eso sí que no lo soportaría.

Pagué el desayuno y nos volvimos a la oficina, ya que en media hora teníamos una reunión importante. En esa reunión sabría si tendría que irme de viaje o no, porque era con el director de la sucursal de Londres, con la que estábamos teniendo problemas.

Esperaba no tener que viajar en estos momentos, porque tal y como estaba la cosa en mi casa, no sabía por donde podría salirme Candy, y eso me aterraba. La única persona con la que podía hablar del tema era Albert, porque ni mis padres, ni mi hermana, me entendían. Bueno, esta última es que tan solo conocía la versión de mis padres, y como me resultaba muy difícil hablar con ella, porque vivía fuera del país, tampoco había podido contarle como me sentía.

La reunión se me antojó tediosa, ya que todo eran problemas y más problemas, a los que no le encontrábamos solución. Cuando terminamos, supe claramente que tendría que ir a Londres, aunque mis ganas fueran nulas, pero era lo que me tocaba, y lo peor es que no sabía cuánto tiempo tendría que permanecer allí.

—No te preocupes por el viaje, Bryan, yo iré en tu lugar, si te parece bien. Entiendo que lo lógico sería que fuéramos los dos, pero sé que eso te costaría otra bronca, y estás al límite —me propuso Albert.

—Si te digo la verdad, no sé si sería lo mejor, alejarme unos días de aquí. Vamos los dos y si la cosa se complica, te quedas allí y yo me vuelvo.

—Te voy a dar otra alternativa. Porque no vais los tres a pasar el fin de semana allí, aprovecha las mañanas para estar en la oficina y por las tardes, las pasas con ellas. Yo, mientras lo revisaré todo, para cuando vuelvas, poder seguir trabajando en todos los inconvenientes que nos hemos encontrado —dijo, y pensé que a lo mejor eso nos vendría bien.

Se lo diría a Candy en cuanto llegara a casa. Me iba ya, pero no me daría tiempo de recoger a Audrey, por lo que me marché directamente para mi hogar, rezando por el camino todo lo que sabía.

Capítulo 2



BRYAN

Cuando llegué a mi casa, Candy y Audrey todavía no habían vuelto, así que pedí cena al restaurante favorito de mi mujer, y le dije a la cocinera que podía retirarse.

Lo que más vergüenza me daba de todo esto es que el servicio estaba al tanto de lo que ocurría entre mi mujer y yo, de todas las discusiones y de la manera en la que me echaba en cara lo de mis amantes, cuando la verdad es que no le había sido infiel en la vida. Por fortuna, ellos eran personas discretas, que me conocían a la perfección y sabía que no me juzgaban, más bien todo lo contrario.

No fueron pocas veces las que Joana, el ama de llaves, me decía que la dejara ir, que esta situación no me hacía bien, delante de una taza de café. Era una señora de unos sesenta años, a la que quería como si fuera mi madre, y que me daba mejores consejos que la persona que me trajo al mundo, que solo miraba por el qué dirán.

Aunque nuestra situación económica nunca ha sido mala, ya que mis padres eran abogados, de los buenos, y tenían un despacho muy prestigioso en la ciudad, todo aumentó cuando mi empresa despegó, llegando a tener incluso avión privado para los viajes, y mis padres se vanagloriaban de ello.

Sumido en mis pensamientos estaba cuando escuché el coche entrar en la propiedad, con el chófer conduciendo, como no podía ser de otra manera. A

Candy se le habían subido los humos a la cabeza, y no consentía conducir, así le fuera la vida en ello.

—¡Papi, ya estás en casa! — dijo mi princesa, saltando a mis brazos.

—Si, mi amor. Tenía ganas de verte y de cenar con vosotras, además, os voy a proponer una cosa, a ver si a mamá le parece bien —le dije, comiéndomela a besos.

—Seguro que su amante lo ha dejado tirado, Audrey, si no, no estaría aquí con nosotras. Ya te lo he dicho, que nos va a cambiar por una de esas niñatas recauchutadas y solo se acordará de ti cuando la otra le deje tiempo —le dijo a la niña, dejándome con la boca abierta por su comentario.

—¿Es eso verdad, papá? ¿Te vas a ir con otra mujer y no me vas a querer? —me preguntó la niña, y se me rompió el alma.

—Eso es mentira, cariño. Jamás voy a dejar de quererte porque eres la persona que más quiero en el mundo. Te quiero más que a mi vida, fíjate si el sentimiento es fuerte. Ahora, ve a tu cuarto a soltar la mochila y cambiarte el uniforme, que enseguida llega la cena —le dije, mirándola a los ojos para que supiera que le estaba diciendo la verdad.

Me quedé esperando a que la niña saliera del salón y cuando estuvimos solos, la furia se hizo presa de mí, y ya no me pude callar, ni siquiera bajé la voz, ya estaba harto.

—¡¿Se puede saber qué mierdas le estás metiendo a la niña en la cabeza?! ¿Acaso te has vuelto loca? —le grité, sin terminar de creerme lo que estaba sucediendo.

—¡La verdad! Le estoy diciendo la verdad. No quiero que mi hija sufra el abandono de su padre sin que esté preparada para ello. No quiero que un día se levante, y vea que ya no estás…

—Necesitas ayuda, Candy. No sé como repetirte que ya no puedo más, que no tengo, ni he tenido nunca, una amante. Eres tú, con tu actitud, la que me

estás alejando de ti, y no sé cómo vamos a terminar de seguir en tus trece —la interrumpí, estaba harto de escuchar memeces y tonterías.

—¿Yo necesito ayuda? Yo lo que necesito es a mi marido a mi lado, que delegue en las personas de confianza de la empresa y que esté conmigo. Eso es lo que necesito. Casi no paras en casa, y cuando lo haces, te dedicas en exclusiva a la niña, no tenemos sexo desde Dios sabe cuándo, y me siento un mueble en esta casa — dijo, y rompió a llorar.

—Eso que me pides no es posible. Tengo que trabajar, es mi responsabilidad. He buscado el teléfono de una terapeuta que nos puede ayudar. Tiene muy buenas referencias y es experta en relaciones de pareja. Voy a coger cita e iremos a terapia.

—No pienso ir, a nuestra pareja no le pasa nada más que lo que te he dicho — contestó, muy altiva, y tuve que resoplar. No sabía que más hacer.

En ese momento el mayordomo llegó con el pedido del restaurante, nos dijo que iba a poner la mesa en el salón comedor, y asentí con la cabeza. Esperaba que la cena nos diera una tregua, porque la cabeza me iba a estallar.

—Ya me he cambiado, y tengo mucha hambre —dijo Audrey, entrando en la sala donde todavía estábamos su madre y yo.

—Pues venga, campeona, vamos a terminarnos la cena que he pedido al restaurante preferido de mamá — dije, cogiéndola en brazos y dándole un millón de besos.

—Más te hubiera valido llevarme al restaurante en vez de pedir la comida a casa. Me duele la cabeza, me voy a acostar, cenad vosotros —dijo, e intentó salir de la habitación, pero la frené.

—A mí también me duele la cabeza, sin embargo, aquí estoy. Ya no sé qué hacer para agradarte, te lo prometo. Si no quieres cenar con nosotros, allá tú, tampoco te enterarás de los planes que tenía para el fin de semana, lo mismo y los hago solo con la niña — dije, hastiado ya de tanta bronca.

—Haz lo que quieras, total, siempre me excluyes, no será nada nuevo.

—Mami, por favor, quédate con nosotros a cenar… —le suplicaba la niña, pero ella no le hizo ni caso, salió andando escaleras arriba, y nos dejó allí plantados.

—No te preocupes, mi amor, que cenamos nosotros y luego vemos una película de esas de princesas que tanto te gustan —le dije, viendo su carita triste.

Cenamos prácticamente en silencio, mientras pensaba si lo del viaje a Londres era buena idea o no. Por un lado, pensaba que estaría bien para intentar recuperar algo de lo que teníamos antes, pero por otro, si su actitud iba a ser esta, mejor que no fuera.

—Papá, una niña de mi clase dice que sus padres también discutían, como vosotros, y que su papá se marchó de la casa. Ahora dice que tiene dos casas y que, además de sus papás, tiene una mamá y un papá postizos, y yo no sé si voy a querer eso — dijo, dejando caer una lágrima por su mejilla.

—Mi amor, yo voy a intentar que eso no ocurra, te lo prometo. Pero si alguna vez mamá y yo nos separamos, tú no notarás mi ausencia, porque haré todo lo posible porque podamos vernos todos los días —le dije, y ella me dio un abrazo.

Tal y como habíamos dicho, nos sentamos en la sala de cine a ver una película de princesas, esa noche nos tocó Cenicienta, en una de las plataformas, hasta que vi que casi se quedaba dormida, menos mal que ya estaba duchada, lo hizo antes de cambiarse de ropa.

La cogí en brazos y la llevé a su cuarto, donde le puse el pijama y la acosté, dejándole un montón de besos en la cara, por todos los días en los que no había podido acostarla.

Cogí una fuerte bocanada de aire en el pasillo, ahora me tocaba enfrentarme a Candy, porque sabía que, ni estaba dormida, ni había dejado pasar lo que hablamos abajo. Entré en el dormitorio, y me la encontré sentada en la butaca que teníamos junto a la ventana, claramente con ganas de marcha.

—Al fin llegas. Ya estaba empezando a pensar que no vendrías a dormir aquí — dijo, nada más verme entrar por la puerta.

—Candy, te lo pido por favor, no tengo ganas de volver a discutir.

—No quiero que discutamos, quiero que hablemos. He estado pensando y no te pienso conceder el divorcio, no así por las buenas. Tendremos que ir a los tribunales, y saldrás en toda la prensa como el maldito infiel que eres, todo el mundo verá al verdadero Bryan — soltó, como la que dice que no me va a prestar unos calcetines porque son sus preferidos.

—Pero… ¿qué estás hablando de divorcio? ¡Yo no me quiero divorciar! Y deja ya de decir que soy un infiel, porque eso no es cierto. A lo mejor eres tú la que me pones los cuernos —le dije, y para qué, se volvió una furia.

—¿Te atreves a llamarme puta? Eso no te lo voy a consentir. Era lo que querías decirnos durante la cena, ¿no? Que querías el divorcio, así que no me tomes por loca —seguía desvariando, mientras yo me llevaba las manos a la cabeza.

—No te he llamado nada, simplemente estoy cansado de que hagas acusaciones falsas sobre mí. Y no, no era el divorcio lo que iba a proponerte, sino que os vinierais conmigo a Londres. Tengo una serie de reuniones allí, y pensé que, por la tarde, podríamos estar juntos los tres, como una familia, y de paso, visitar a mi hermana. Alison estará encantada de ver a la niña, que hace mucho que no la ve —le contesté, antes de entrar en el baño a darme una ducha.

Mi hermana trabajaba para mí, era una de las mejores abogadas de la empresa, pero me pidió el traslado a Londres cuando conoció a Logan, un irlandés afincado en Londres, y que era un buen hombre. Llevaban juntos muchos años, pero todavía no se habían casado, a pesar de que vivían en la misma casa casi desde el principio.

Entré en la ducha, pensando que el agua caliente me iba a quitar toda la pesadez que tenía sobre mis hombros. Apoyé mi frente en los azulejos fríos, lo necesitaba. En ese momento, me hubiera gustado poder escapar por el

desagüe de la ducha, desaparecer del mapa, pero pensé en mi hija, en lo que ella sufriría, y descarté la idea.

Cuando menos lo esperaba, Candy entró en el baño, se quitó la ropa y se metió en la ducha conmigo. Hacía meses que no nos tocábamos, y seguía siendo preciosa. A pesar de que lo que me dijo Albert era verdad, que no estaba enamorado de ella, la atracción física seguía existiendo, siempre y cuando no abriera la boca, porque entonces, todo se iría a la mierda.

Ella se echó jabón en las manos, las frotó para hacer espuma, y empezó a lavarme el cuerpo, haciendo hincapié en mi miembro, que se alegró de tener un poco de contacto femenino. La cogí en brazos, haciendo que me rodeara la cintura con sus piernas, y yo también la toqué, hasta que noté que estaba a punto de correrse. En ese momento, la penetré.

No os voy a decir que hicimos el amor, porque eso no era cierto, pero follamos como hacía mucho que no lo hacíamos. Ella tuvo dos orgasmos y, cuando llegó la hora del mío, saqué mi miembro y me descargué en la mano. No habíamos usado protección y, lo que menos quería ahora, era otro embarazo.

—Iremos contigo a Londres. Mientras que tú estás en esas reuniones, Audrey y yo, iremos de compras. Pero prométeme que las tardes las pasaremos juntos — dijo ella, y asentí, dejándole un breve beso en los labios.

Salimos de la ducha, nos secamos y nos metimos en la cama. No vayáis a pensar que nos dormimos abrazados ni nada por el estilo, porque no fue así, cada uno durmió en su lado, espalda contra espalda.

Capítulo 3



TRACY

Estaba en la ducha, cantando, como era habitual en mí. Me consideraba una persona alegre, que enfrentaba los problemas tal y como venían. Mi lema era: “si un problema tiene solución, para qué te preocupas. Y si no la tiene, para qué te vas a preocupar”. Eso me lo dijo una vez un amigo español que procesaba el budismo, y lo hice mi filosofía de vida.

Era experta informática, y de las buenas, como me decía mi amiga Andy. La echaba mucho de menos, ya que se había marchado lejos, demasiado lejos para mi gusto, y era la única familia que tenía. Me quedé huérfana con cinco años, y pasé a formar parte de los miles de niños de los que se hace cargo el gobierno.

En el orfanato conocí a Andy, Alexandra Carter para todo el mundo, diseñadora gráfica, y nos hicimos inseparables. Cuando cumplimos la edad y nos tuvimos que marchar de allí, nos fuimos a vivir juntas, y trabajamos de todo lo habido y por haber para poder estudiar. Lo hacíamos de camareras en una discoteca durante los fines de semana, y entresemana, limpiábamos no sé cuántas oficinas, pero lo conseguimos.

Hacía unos meses, a ella le salió la oportunidad de mejorar en su trabajo, puesto que le ofrecieron un puesto en Nueva York, y la animé a marcharse. Me dolió como si me hubieran clavado un hierro ardiendo, pero no se lo demostré, despidiéndome de ella en el aeropuerto con una sonrisa, y con la promesa de que volveríamos a estar juntas muy pronto.

Y ahí estaba la oportunidad. Había una vacante en mi empresa en la sede principal, que precisamente se encontraba en Nueva York, y yo había pedido el traslado, pero también lo habían hecho unas diez personas más.

El día anterior, estando en el ascensor, escuché decir a Alison Lee, la hermana del CEO de la empresa, que su hermano vendría este fin de semana a la sede londinense para ocuparse de unos asuntos personalmente. Lo tenía que conseguir, poder entrevistarme con él, y convencerlo de que era la candidata idónea para esa vacante.

—Allá vamos, Tracy, no te rindas a la primera de cambio. Es un hombre normal y corriente, solo que con muchos ceros en las cuentas —me dije, antes de vestirme acorde para la ocasión.

Me puse un traje de chaqueta de pantalón en color gris marengo, que combiné con una blusa de seda en color beige, y unos botines del mismo color, al igual que el abrigo de paño. Recogí mi cabello en un moño bajo despeinado, me puse máscara de pestañas y un poco de brillo labial. No me gustaba maquillarme mucho, eso lo dejaba para cuando salíamos Andy y yo, y como no estaba, pues hacía mucho tiempo que no me pegaba una juerga.

Entré en la empresa, sin querer ir a mi despacho, o me perdería la llegada del CEO y ya no tendría oportunidad de hablar con él. Justo cuando mi tiempo se acababa, ya que tenía que fichar sí o sí a mi hora, un impresionante coche paró ante la puerta, bajándose de él uno de los hombres más guapos que había visto en mi vida. En realidad, el otro que iba con él tampoco estaba nada mal, pero es que él, hacía que tuvieras que girar la cabeza para mirarlo.

Medía alrededor de un metro noventa, centímetro arriba, centímetro abajo. El traje de chaqueta que llevaba, al igual que el abrigo, parecía que se lo habían cosido a su cuerpo, de lo bien que le quedaba. Era moreno, con una mandíbula cuadrada y una sombra de barba que, lejos de quedarle mal, lo hacía parecer más atractivo aún. Y eso que todavía no se había quitado las gafas de sol que, cuando lo hizo, mi mandíbula ya llegaba al suelo. ¡Vaya ojos más bonitos! Tenía una mirada que, a pesar de que sus ojos eran grises, daba la sensación de calidez, era como si fuera familiar, no puedo describir la sensación que me dio.

Tan sumida estaba en mis pensamientos, que casi se me escapa, pero reaccioné a tiempo, cogí una bocanada de aire y frené la puerta del ascensor en el que se habían subido.

—Señor Lee, mi nombre es Tracy Anderson, trabajo aquí, en el departamento de seguridad informática, y me gustaría hablar con usted —le dije, casi de carrerilla.

—Respire, señorita Anderson, o tendremos que hacerle el boca a boca —respondió el hombre que venía con él.

¿Os pensáis que me cohibió? Pues nada más lejos de la realidad. Si algo tenía Tracy Anderson era sentido del humor, así que no me callé.

—¿Eso es una amenaza? Porque estoy por hablar tan rápido que terminen contratándome como presentadora de Pasapalabra. Ni que eso fuera un disgusto para mí, todavía si fuerais viejos o calvos, me lo pensaría — les solté, y al hombre en cuestión, le salió una carcajada, mientras que el CEO me miró sorprendido.

—Veo que no tiene usted pelos en la lengua, señorita Anderson. Lo siento, pero tengo la agenda tan apretada que me va a resultar casi imposible atenderla — contestó, pero me aferré a lo bueno, como siempre hacía.

—Bueno, no me ha dado un no rotundo, ha dicho que será casi imposible, con lo que tengo una posibilidad, por mínima que sea.

—Y optimista, también es usted.

—Hay que ver el lado bueno de las cosas, siempre. La vida ya es lo suficientemente jodida como para amargarnos más todavía. Ya sabe dónde estoy, por favor, es de vital importancia. Aunque tengo que decirle que seguiré intentándolo en cada ocasión que nos encontremos.

Llegué a mi planta y me bajé del ascensor, sin mirar atrás, dejándolo un poco desconcertado, como le solía ocurrir a todo aquel que no me conocía. Sabía que había sembrado la curiosidad en él, así que, no tenía duda de que

me daría esa entrevista que le estaba solicitando, aparte de que no iba a dejar de insistir, mi felicidad estaba en juego.

La mañana transcurrió como siempre, sumergida entre la pantalla de mi ordenador y los datos que tenía que analizar. Una de las empresas con las que trabajábamos había tenido una brecha de seguridad, y estaba más que dispuesta a encontrar donde había estado el fallo, así como a repararlo para que no volviera a suceder. Aunque estaba completamente segura de que el fallo era humano, y lo habían cometido ellos desde dentro, sin pruebas no podía acusar a nadie.

Era la hora de la comida, así que, dejé mi despacho cerrado con llave, como solíamos hacer cuando teníamos algo así entre manos, y bajé a la cafetería para comer, y así después volver a encerrarme en él para terminar de ultimar los detalles del informe.

—Buenas tardes, Señor Lee y compañía. ¿Un ratito libre? —les dije, porque el nombre del hombre que lo acompañaba no lo sabía.

—No, vamos a comer para continuar. A las cuatro tengo que estar fuera. Además, ¿qué hago yo contándole mis horarios? Me desconcierta, señorita Anderson. Ah, la compañía, como usted la llama es el señor William, para que le insista a él cuando yo me marche —me contestó el señor Lee, y no pude quedarme quieta.

—Sin que se ofenda el señor William, lo que tengo que hablar es con usted y, mira por dónde, yo también voy a comer, así que le propongo una cosita. Comemos juntos, y así le explico lo que tengo que contarle. Matamos dos pájaros de un tiro — contesté, poniendo carita de inocente.

—Digamos que es usted un tanto… insistente. Está bien, pero no comeremos juntos, le doy cinco minutos para que me haga su propuesta —me dijo, y me puse a bailar en el ascensor, cuando en ese momento, se fue la luz y nos quedamos encerrados en él.

—El destino está de mi parte. Me da la impresión de que tenemos más de cinco minutos, de aquí a que vengan los técnicos, mínimo media hora, se lo digo yo.

—Pues deje de divagar y aproveche el tiempo —me contestó.

Le conté que había solicitado la vacante que había en la central, y que correspondía a mi departamento. Me preguntó mis motivos, y se lo conté. Absolutamente todo, desde que nos conocimos en el orfanato hasta que nos tocó despedirnos. Igualmente le conté que la consideraba mi única familia, y que me estaba planteando, incluso, presentar mi renuncia y buscar algún empleo en la ciudad, pero la soledad me estaba matando.

—Déjeme que lo mire, señorita Anderson. Le aseguro que, si cumple con los requisitos que pedimos, el puesto es suyo. No sé si conoce el dato de que, a pesar de estar en su mismo departamento, es un nivel superior, tendría que hacer otras labores para las que no sé si está preparada, si le soy sincero.

—¿Sabe en lo que estoy trabajando ahora? —le pregunté a mi CEO, que negó con la cabeza —sé que esto que le voy a decir, lo mismo va en detrimento de mis posibilidades, pero no me puedo quedar callada. Estoy haciendo el trabajo de mi jefe directo. Llevaba cuatro días intentando encontrar donde se había quebrado la seguridad de una de las empresas que trabaja con nosotros.

—¿Está usted con MacAlister Corporation? —me preguntó, asombrado.

—Exacto, y ya lo tengo. Me ha llevado toda la mañana, pero lo he conseguido. Fue un fallo humano generado en sus sistemas, alguien no ejecutó el firewall cuando debía hacerlo, dejando toda la empresa sin seguridad cibernética. Estaba redactando el informe cuando he bajado a desayunar —les conté, y vi la satisfacción en su cara.

—Ahí tenemos otro de los fallos, Albert. Los jefes de equipo saben menos que los empleados, y eso no podemos consentirlo, porque entonces, la jerarquía se va a la mierda —le dijo a su acompañante, del que me enteré de que se llamaba Albert.

—Bryan, de eso me encargo yo. Tú dedícate a lo más gordo, para que te dé tiempo a hacerlo el fin de semana — contestó el otro.

Empezaba a agobiarme de estar encerrada, y tenía hambre. Llevábamos allí encerrados casi una hora, y los técnicos nos habían dicho a través del altavoz del ascensor que todavía tardarían un buen rato en aparecer.

—Ya tendría que haber salido de aquí, Albert. Al final tendré movida —le dijo Bryan a su amigo.

—Llámala antes de que sea tarde, explícale la situación, hazle, aunque sea una videollamada, y que te vea —le dijo Albert, respiró hondo y marcó, no sin antes decirme que, por favor, no hablara.

Su amigo se puso a su lado, y yo me fui a la otra punta del ascensor, que tampoco era un estadio de fútbol, la verdad, y guardé silencio, tal y como me había pedido.

—Candy, no sé si llegaré a tiempo. Llevamos más de una hora encerrados en el ascensor, ha habido un fallo en el suministro eléctrico y nos han dicho que todavía tardarán un rato en venir a sacarnos —le dije, esperando comprensión por su parte, que era algo así como buscar una utopía.

—Ya me extrañaba a mí que cumplieras con tu palabra. ¿Alguna fulanita por ahí? Te ha faltado tiempo para empezar otra vez, me das vergüenza —dijo ella, soltando sapos y culebras por la boca.

—No hay nadie, solo estamos Albert y yo, que íbamos a comer. En cuanto salga de aquí, me iré para el hotel —le dijo, y cortó la videollamada, resoplando un tanto desesperado.

—Amigo, no sé como lo aguantas. Si yo fuera tú, haría exactamente eso de lo que te acusa, me acostaría con la primera que se me cruzara, así aprendería a no decir más sandeces —le dijo el otro.

—Créeme, me lo esperaba peor, no ha sido para tanto.

—Señor Lee, a lo mejor me voy a meter en algo que no me importa, pero como no tengo otra cosa que hacer, lo voy a decir igual. Esa mujer es tóxica, y debería alejarse de ella o le hará la vida un infierno, se lo digo por experiencia.

Capítulo 4



BRYAN

—Exacto, se está usted metiendo en algo que no le importa. Es una conversación privada, que, a usted, ni le va ni le viene. Así que, hágase un favor a sí misma, y mantenga la boquita cerrada — dije, de muy mal humor.

—Como usted dice, es una conversación privada, pero que está manteniendo en un lugar público, con más gente a su alrededor. Si no quiere que me meta, no hable usted lo que no debe —me contestó, como si no tolerara que nadie la manejara en la vida, y, aunque contradictorio, eso me gustó.

—¿Usted siempre tiene que quedar por encima de los demás? —le pregunté, fingiendo una indignación y un enfado que, en realidad no sentía.

—Por encima, por debajo, incluso de lado, pero como hace tanto tiempo que no me doy una alegría en el cuerpo, pues ya casi que se me ha olvidado, la verdad —soltó, con todo su arte, y a Albert se le escapó una sonora carcajada.

—No sé dónde te encajaremos, pero te quiero en el equipo de la central. Eres la bomba, chica, un soplo de aire fresco que nos vendrá muy bien a todos — dijo Albert, pasando incluso por encima de mí, a la hora de decidir.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad? — preguntó, y Albert asintió.

—Aunque te tenga de secretaria en mi despacho, pero te quiero allí —contestó él.

—Gracias, gracias —nos dijo, y se lanzó a nuestros brazos, comiéndonos a besos la cara, cuando las puertas del ascensor se abrieron, mostrándome a la última persona que me apetecía ver allí en esos momentos.

Candy estaba frente a la puerta del ascensor, con las manos en la cintura y una cara de cabreo que simulaba a un toro de Miura antes de salir del chiquero. Nos miró a los tres, cogió aire, y sacó su lengua a pasear.

—Así que, tan solo estabais Albert y tú, ¿no? ¿Esta fulana que ha entrado, por debajo de la puerta? —dijo, y me temí lo peor, la contestación de la señorita Anderson, como así fue.

—Mire, señora, por llamarla de alguna manera. Lo que tiene usted que hacer es tener un poquito de confianza más en sí misma, dejar las inseguridades y los insultos. Yo no soy ninguna fulana, soy una empleada de la empresa, así que modere su comportamiento y yo moderaré el mío —le dijo, con mucha educación y sin elevar el tono.

—Claro, y te estabas empleando a fondo para que los dos no se aburrieran en el ascensor. ¿Ahora también te van los tríos, Bryan? —dijo Candy, escupiendo su habitual veneno.

—Papá, ¿es por esta mujer por la que nos vas a dejar, como dice mamá? —Miré hacia abajo y la vi, se había traído con ella a la niña y, ni por esas, había moderado su lenguaje.

—No, mi vida, yo no os voy a dejar por nadie. Ella es la señorita Anderson, una de mis empleadas, nada más. Si nos estaba dando un abrazo es porque la vamos a ascender y a cambiar de sede, para que pueda estar con su familia —le expliqué a mi hija, mientras que Candy me miraba con odio, alternándola también en dirección a mi empleada.

—Debería usted tener un poquito más de cuidado a la hora de hablar delante de la niña. Los niños están para protegerlos, no para que uno de sus progenitores vierta veneno sobre el otro en su presencia. Encima cuando no

tiene razón, este hombre no le ha sido infiel en la vida, se lo aseguro —le contestó la chica a Candy, pasando por su lado para dirigirse a la calle.

—Venga, amigo, nos vemos mañana, voy a ultimar los detalles del traslado de la señorita Anderson, y a invitarla a comer, por los insultos que ha recibido — dijo Albert, dándome un abrazo, y la posibilidad de que él pudiera comer con ella y yo no, me fastidió bastante.

Desde que se montó en el ascensor por la mañana, me llamó la atención, y no solo por lo bonita que era, que eso era indiscutible, sino por su carisma. Se veía a leguas que era una mujer que luchaba por lo que quería, insistente y tenaz, que no paraba hasta que lo conseguía, y eso me gustó mucho. Otra de las cualidades en las que me había fijado era en que no consentía que nadie le pasara por encima, daba igual que yo fuera su superior o que fuera mi mujer. Ya con lo que le dijo de la protección de los niños, me terminó de ganar, la quería cerca, y sabía que esto me iba a traer problemas.

—Venga, mi amor, vayamos a comer, que me muero de hambre —le dije a mi pequeña, a la que cogí en brazos, e intenté echarle el brazo por el hombro a Candy, pero no lo conseguí.

—Nosotros ya hemos comido, así que, ve tú solo. Ya nos iremos las dos a conocer la ciudad, porque tu hermana tampoco es que haya hecho mucho por vernos a la niña y a mí, que se diga.

—Pues nada, veamos la ciudad, ya me compraré algo en alguno de los puestos de comida que hay por el centro. Y con mi hermana hemos quedado mañana, me lo ha dicho en cuanto que he llegado, haremos una barbacoa en su casa. Tiene trabajo, ¿sabes? No está todo el día mano sobre mano —le dije, y ella supo que iba con segundas.

—Claro, no está como yo, ni como estuvo tu madre, cuidando de su casa y de sus hijos, que es donde debería estar ella, al final se le pasará el arroz y no podrá tener hijos — contestó, como si ella fuera la mejor madre del mundo, como si ella hubiera sido capaz de cumplir su sueño, y me repateó en el estómago.

Salimos de allí y nos fuimos a dar un paseo por la zona más turística, mi hija quería subir a la noria del London Eye, y allí la llevé.

—¿Te apetece un perrito caliente, Audrey? —le pregunté, y la niña me miró con ojitos golosos.

—¡Me encantaría, papi! —empezó a gritar, asustando a mis guardaespaldas, que nos seguían a una distancia prudencial, como hacían siempre, pero les hice un gesto de que no ocurría nada.

—No deberías comer esas porquerías, Audrey, o se te pondrá el culo gordo cuando seas mayor —le contestó, y ese comentario ya, me terminó de matar.

—¿Cuándo te has vuelto tan esnob, Candy? Tiene cinco años, déjala que sea una niña. Estaría bueno que se tuviera que preocupar ahora por su peso, eso no tiene ni pies ni cabeza —la reprendí.

Ella me miró con esos aires de superioridad que se gastaba desde hacía un tiempo, y siguió adelante, mientras yo me paraba con Audrey en uno de los puestos de comida y pedí dos perritos calientes con todos sus complementos, y dos refrescos, que nos comimos sentados en un banco.

—Papá, mi madre me ha dicho que, si tú te vas, ella también lo hará, a otro país, y me dejará en un internado, solita, y yo no quiero eso. No te vayas nunca, papi, por favor — dijo Audrey cuando estuvimos a solas, y un nudo se me formó en la garganta. No se podía ser más hija de puta que ella.

—Eso no pasará nunca, mi vida. Si mamá y yo no podemos arreglar lo nuestro, no permitiré que te vayas a ninguna parte, te quedarás conmigo para siempre — dije, de la manera más dulce que encontré. Ella no tenía la culpa de la maldad de la que hacía gala su madre.

—Pero tú trabajas siempre, papi. ¿Qué haré yo entonces? Con mamá sola no me quiero quedar, porque me llevará al internado, además de que, cuando se enfada contigo, me da jalones de las coletas al peinarme —me contó en voz baja, como si lo dijera más para ella que para mí.

—¿Me estás diciendo que tu madre te pega cuando nos enfadamos, Audrey? —le pregunté, deseando que me dijera que eso que me estaba contando fuera un caso aislado, pero no.

—Si hago algo que a ella no le gusta, me da un azote en el culo, o si tardo mucho en bajar desde que ella me llama. Y al peinarme, me da jalones de pelo, murmurando que nunca debí venir al mundo, que, si no me hubiera tenido, la querrías más a ella que a mí, y cosas así. Ella se cree que yo no la escucho, pero no es verdad, la oigo siempre — dijo mi niña, y eso fue la gota que colmó el vaso.

—Venga, vamos a subir a la noria, no le digas a mamá que me lo has contado. Solo se lo podrás decir a una persona cuando lleguemos a casa, ¿vale? Pero estos días, procuraré ser yo el que te lleve y te recoja del cole.

No le diría nada a ella, pero hablaría con mi hermana. No era su especialidad, pero podría aconsejarme a algún compañero, porque Candy ya se estaba pasando de la raya, y no lo iba a permitir, no con mi hija siendo el blanco de toda su ira, aunque tuviera que dejar mi fortuna y mi vida en conseguirlo.

Ella había desaparecido con sus guardaespaldas, y no me preocupé en buscarla, ya se habría ido para el hotel, estaba seguro. Mientras, mi niña y yo nos dedicaríamos a disfrutar de la tarde. Después de allí, la llevé a ver el cambio de guardia en Buckingham Palace, y a un centro comercial en el que había una juguetería que era el sueño de todo niño, donde le compraría todo lo que ella quisiera, intentando paliar así un poco el dolor que sentía en su corazón.

—Papá, ¡mira que muñeca tan bonita! Parece un bebé de verdad, y tiene todos los accesorios de un bebé — dijo ella, que no acostumbraba a pedir nada, por mucho que pudierais pensar que estaba muy consentida, para nada era así.

—¿Te gusta, mi vida? —le pregunté, y ella asintió con los ojitos brillantes por la emoción —Pues nos la llevamos.

Me fui al mostrador donde había una dependienta muy simpática, y le pedí que me pusiera el muñeco con todos sus accesorios, incluida toda la ropita que tuviera en existencia en el almacén, sin que estuviera repetida, lógicamente.

Se notó que la chica trabajaba a comisión, porque los ojos le brillaron al igual que le habían brillado a mi hija minutos antes, así que decidí dejarle una buena propina. Me gustaba ayudar a la gente que luchaba por salir adelante, y esa chica me daba la impresión de que era una de ellas.

—Mary es tu nombre ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, señor, así me llamo — contestó, algo avergonzada.

—Tengo la impresión de que trabajas para sacarte tus estudios, ¿no es así? —Ella asintió con la cabeza.

—Estoy estudiando ingeniería industrial, pero no me llega la beca para todo, así que trabajo a media jornada para poder pagarlo, y la otra media voy a la universidad.

—¿Y cuándo estudias? — pregunté, curioso.

—Por la noche. Ya me he acostumbrado a no dormir más de cuatro o cinco horas, ya recuperaré horas de sueño cuando termine la carrera y encuentre un trabajo mejor — dijo, algo resignada.

Me cobró lo que habíamos comprado, asegurándose de que un taxi viniera a recogernos, a pesar de que teníamos a Tom y a Sam que nos acompañaban, pero no quise que fuéramos todos cargados, así sería más fácil. Además, el hotel no nos quedaba lejos de donde estábamos.

Antes de irnos, me volví, y le dejé un sobre con quinientos dólares, diciéndole que era una ayudita para que se tomara unos días libres y pudiera descansar, ella me miró con una mezcla de emoción y agradecimiento, y salimos del establecimiento dejándola un poco en shock.

Capítulo 5



TRACY

Al salir de la empresa, camino al restaurante que había justo en frente, el señor William me tomó del brazo, haciendo que me frenara.

—¿Se puede saber qué está haciendo, señor William? —le dije, mirando como su mano sujetaba mi brazo.

—Perdón, señorita Anderson, pero no encontré otra manera de frenarla.

—No me llame señorita Anderson, que me suena a institutriz de niños pijos: "Ahora vendrá la señorita Anderson para hacer los deberes con ustedes" — dije, y él soltó una carcajada —llámeme Tracy, por favor.

—Está bien, Tracy, te llamaré así y si tú me llamas Albert y nos tuteamos, que me hace sentir algo más joven —me contestó, y puse los ojos en blanco.

—Ni que fueras el primo de Tutankamón, si debemos ser más o menos de la misma edad.

—No, te aseguro de que yo soy algo mayor que tú, por lo menos ocho o diez años. Pero será mejor que lo discutamos mientras comemos, o el alíen que tengo en mi barriga será capaz de salir y tirarte un bocado — bromeó, y yo le seguí el juego.

—No, que va, estoy segura. Si decide salir de ahí, tiene unas cuantas tabletas de chocolate para entretenerse, me daría tiempo a salir corriendo.

Cuando se dio cuenta de a qué me refería, soltó otra carcajada, me tomó por el codo, y cruzamos la calle para entrar en el restaurante a cenar.

—Me estoy riendo más contigo hoy que en los últimos seis meses, te lo aseguro. Tenerte cerca en la central va a ser muy interesante — dijo, una vez que nos sentamos a comer.

—Yo soy así, no tengo filtro, sobre todo cuando se trata de una injusticia. El jefe debería de hacer algo con su situación, o terminará con sus nervios hechos polvo, te lo garantizo.

—¿Tú has estado dentro de una relación tóxica? —me preguntó, un tanto indeciso.

—¿Yo? No podría, con el carácter que tengo. Pero sí mi mejor amiga, Andy, y por eso la animé a que cambiara de país, a que aceptara ese puesto que le habían ofrecido. Le costó un mundo salir de ahí, y a mí, muchas lágrimas convencerla. La fue anulando, poco a poco, minando su autoestima, hasta que la dejó como una piltrafa humana.

—Se lo he dicho en infinidad de veces, que tiene que salir de esa situación, pero él no es capaz, no porque esté enamorado de ella, ni mucho menos, sino porque no se atreve a dejar a Audrey con esa mujer.

—Supongo que Audrey será la niña, ¿no? En cierto modo lo entiendo, yo tampoco sería capaz de dejarla allí. Pero bueno, eso es algo que, ni a ti ni a mí nos importa, en realidad a ti, sí puede que te importe, porque es tu amigo y a mí, también, porque no soporto las injusticias —empecé a hablar sin sentido, cuando me ponía nerviosa me ocurría eso, sin poder remediarlo.

—Eh, tranquila, que no estamos aquí para hablar de Bryan, sino de ti, de tu solicitud. En cuanto subamos, hablaré con tu jefe de departamento, para ver que me cuenta de ese trabajo que te ha encargado, cuando tenía que ser él quien lo realizara. Además, iremos a recursos humanos, para que traslade tu expediente a la sede central.

—Entonces… ¿es en serio mi traslado? Lo pregunto para ir preparando la mudanza. Por la vivienda no me tengo que preocupar, puesto que tengo la de Andy, pero sí en buscar una empresa que traslade todas mis pertenencias hasta allí.

—No te preocupes por eso, trabajamos con una empresa internacional para estos casos. En cuanto lo tengas todo listo, nos avisas y te programamos la recogida y la entrega en Nueva York, los costes corren a cargo de la empresa —me dijo, al ver mi cara de asombro, pensando en lo que me iba a costar llevar mis cosas hasta allí.

—Pues, este fin de semana lo tendré todo listo. Hablaré con el casero, si me marcho antes del viernes que viene, no tendré que abonar el mes y me devolverá la fianza —dije, más para mí que para él.

—¿Tan pronto? Tómate toda la semana que viene libre. Termina ese informe que tienes pendiente, y asigna tus trabajos pendientes a algunos de tus compañeros, tú los conoces mejor y podrás distribuirlos según sus capacidades.

Terminamos de comer hablando un poco de nosotros. Albert me contó que tenía treinta y nueve años, que conocía a Bryan de toda la vida, al igual que a su familia, y que contó con él desde el primer pensamiento que tuvo de montar su empresa.

Empezaron en una pequeña oficina de uno de los barrios financieros de la ciudad, y poco a poco, haciendo uso del boca a boca, se fueron haciendo un nombre. En menos de diez años, habían llegado a ser lo que eran hoy en día, con mucho trabajo y esfuerzo, que nada había sido regalado.

También me contó que no tenía familia, que su madre, su único familiar, murió hacía dos años después de una terrible enfermedad, pero que, gracias a Bryan, no se había sentido solo en ningún momento, y que puso a su disposición todos los recursos necesarios para hacerle la vida a su madre más fácil en los últimos momentos.

Yo le hablé de mí y de mis circunstancias, de como echaba de menos a Andy y de las ganas que tenía de abrazarla de nuevo. Para mí era como mi

hermana, y con su partida se había ido mi otra mitad, la persona que me entendía tan solo con una mirada.

—Bueno, jefe, me voy a encerrar en el despacho a terminar mi informe, nos vemos en una hora en recursos humanos, no creo que me lleve más de eso —le dije, llegando a mi planta y saliendo del ascensor.

—Perfecto, Tracy, si ves que necesitas más tiempo o cualquier cosa, marca mi extensión directa, que es el uno – nueve – dos —me dijo.

Al llegar allí, mi jefe de departamento me vio salir del ascensor, y se fijó que Albert me estaba hablando con mucha confianza, por lo que no dudó en venir a reclamarme.

—Anderson, no deberías tomarte tantas confianzas con el jefe, que sepas que es la mano derecha del CEO. Tan solo espero que no te hayas ido de la lengua, porque si ha sido así, tu traslado y tu puesto de trabajo estarían en riesgo —me dijo, sonriendo con maldad.

—Para empezar, la relación que yo tenga con el señor William es asunto mío, no suyo. En segundo lugar, si usted estuviera haciendo su trabajo como tendría que estar sucediendo, ese temor a que yo hablara con el jefe no tendría fundamento. Así que, en vez de preocuparse por mi trabajo, mejor hágalo por el suyo — dije, cerrándole la puerta en las narices.

Me senté en mi escritorio, centrándome en terminar el dichoso informe antes de que Albert viniera a buscarme, porque al final quedamos en eso. Me buscaría en cuanto terminara su charla con el jefe de mi departamento, y bajaríamos a recursos humanos para hacer el traslado de expediente y para que se le comunicara al resto de candidatos la decisión que habían tomado con respecto a la vacante.

Dejé todo distribuido encima de mi mesa, justo cuando Albert llamaba a mi puerta.

—Adelante —dije cuando escuché los golpes en la puerta, aun sabiendo que era él.

—¿Todo listo? — preguntó.

—Sí, he puesto un post en cada uno de los expedientes que tengo pendientes con el nombre del compañero al que se lo he asignado. Y aquí está el informe de MacAlister Corporation, para entregarle a mi superior.

—No, ese informe me lo llevaré yo, el lunes he concertado una cita con el CEO de esa empresa y con su director de seguridad. Esta noche le echaré un vistazo para poder hablar con propiedad en esa reunión —me contestó, tomando la carpeta y guardándolo en su maletín.

Justo estaba dándole el resto de los expedientes, cuando entró mi jefe, sin llamar, tal y como hacía siempre, creyéndose el dueño de todo el edificio.

—¿No sabes llamar, Smith? —le dijo Albert, muy serio.

—Si la señorita Anderson se marcha, quiero que me deje los expedientes pendientes, para ver que algo con ellos —le contestó, obviando la pregunta que le había hecho.

—Esos expedientes ya están asignados, le encargué a ella que lo hiciera —contestó Albert, y los ojos de mi jefe se inyectaron de furia y odio.

—Ella no tiene que hacer ese trabajo, eso me corresponde a mí. No voy a consentir que una niñata me ningunee, por mucho que esté liada con usted —y salió el gordo. Iba a contestarle, pero Albert se me adelantó.

—Recoge tus cosas, estás despedido. La señorita Anderson solo tiene conmigo una relación laboral, no sentimental ni sexual, como usted ha indicado. No hace ni cinco minutos que le he dicho que me respete, haciendo caso omiso con su manera de dirigirse a mí, pero con esto, ya se ha pasado de la raya.

—No puede despedirme, por favor. Mi familia se sustenta con mi sueldo y si no lo tengo, mis hijos no podrán comer —dijo, casi llorando, y como soy así de gilipollas, intercedí por él.

—Albert, estaba nervioso y es cierto que su familia necesita el dinero para poder vivir. Al fin y al cabo, me marcho hoy mismo, y a mí me da igual lo

que piensen los demás de mí, no soy de esas que comen con las opiniones de los demás.

—Está bien, pero como se vuelva a repetir, no dudaré en ponerle de patitas en la calle —le dijo Albert, después de pensar en lo que yo le había dicho.

Llegamos al departamento de recursos humanos, que me tramitó el cambio de expediente. Mandy, la responsable del departamento, se alegró mucho por mí, y se despidió con un abrazo. Era muy agradable, a pesar de que no solía tener mucho trato con mis compañeros fuera de la oficina.

—Redacte usted el comunicado interno con la decisión, si es tan amable, y envíelo por la intranet, como urgente, para que todos tengan constancia de ello —le dijo Albert, muy amablemente.

Con mis cosas en una pequeña caja y mis ilusiones sobre mi espalda, salimos de allí. Tenía claro que, lo primero que haría en cuanto me quedara sola, sería llamar a Andy para contárselo, se iba a volver loca de contenta.

—Tracy, siento haberte incomodado con tu jefe de departamento. No quería que pensara que entre nosotros hay algo más que una relación laboral —Me dijo, al llegar al coche, que tenía aparcado casi en la misma puerta, yo me iría paseando, puesto que no estaba lejos de mi apartamento.

—No lo sientas, no tenemos que hacernos responsables de lo que opinen o piensen los demás. ¿Sabes lo qué suelo decir yo ante estas situaciones? Pues muy fácil: “ni como ni duermo con ninguno de ellos”, así que no le tengo que dar explicaciones a nadie.

—Tienes razón, y me gusta mucho tu manera de ver y vivir la vida. Por cierto, si el apartamento de tu amiga es demasiado pequeño para las dos o no os gusta la zona, no dudes en decirlo, que la empresa tiene una serie de apartamentos destinados a estos casos.

Nos despedimos, tras preguntarme si necesitaba que me acercara a cualquier sitio, y yo declinar la invitación, me apetecía caminar, y así, también, podría hablar con mi amiga.

—Dime que me echas de menos —Le dije, en cuanto descolgó la llamada.

—Sabes que siempre te echo de menos. No sabes lo que me arrepiento de no haberme negado a este cambio — dijo, con tono nostálgico.

—Pues no te arrepientas, porque en una semana me tienes ahí, me han dado el puesto que solicité —y la escuché gritar de alegría.

Capítulo 6



BRYAN

Cuando llegamos al hotel, ya de vuelta, Candy no estaba en la habitación, así que supuse que estaría en el spa dándose un masaje, y no quise molestarla, no después de lo que había pasado esta tarde.

Audrey venía derrotada de todo el paseo, así que, mientras que su madre no llegaba, le di un baño y le puse el pijama. Si Candy quería salir a cenar, llamaríamos al servicio de canguros del hotel para que se quedara con ella. Llamé al servicio de habitaciones y le pedí a mi niña un plato de *fish and chips*, que era lo que me había dicho que le apetecía comer, y la senté a ver dibujos animados.

Había pasado más de una hora desde que habíamos llegado de dar el paseo, y ya me estaba empezando a preocupar, así que la llamé por teléfono, pero sin éxito, ya que me salía que estaba apagado o fuera de cobertura. Lo intenté con el guardaespaldas que siempre iba con ella, que me contestó preocupado.

—Señor Lee, hemos perdido a su mujer — dijo, en un tono que no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo que la habéis perdido? ¿Dónde? ¿Qué ha ocurrido? —pregunté, un tanto desesperado, porque era capaz de hacer cualquier cosa.

—No lo sabemos, estaba en un bar, tomando algo, cuando de repente, ya no estaba — dijo, y me entraron ganas de gritarle, pero vi que mi hija estaba

dormida en el sofá, y no quise despertarla.

—Será mejor que la busquéis por el centro de la tierra, y que aparezca, porque de lo contrario estaréis todos despedidos — dije, alzando un poco la voz y desvelando a mi niña.

—¿Qué pasa, papá? — preguntó, con esa voz adormilada.

—Nada, mi amor, vamos a la cama, que te has quedado dormida en el sofá.

La cogí en brazos, y la llevé hasta su habitación, que estaba dentro de nuestra suite. La deposité suavemente en la cama, y la arropé, hoy hacía un frío especialmente notable. Completamente desesperado y saturado por todo, llamé a Albert, necesitaba compañía.

—Dime, jefe, ¿en qué puedo ayudarte? — preguntó en cuanto supo que era yo quien lo llamaba.

—Candy ha desaparecido, los guardaespaldas la han perdido en el interior de un bar y no sé qué hacer —le conté, a punto de soltar las lágrimas, ya no podía más.

—Voy para allá.

Y colgó, ni dos minutos después, llamaba a la puerta de mi suite, con un pantalón de algodón y una sudadera, además de descalzo.

—Ponte algo en los pies o terminarás enfermando — dije, en el momento en el que noté que iba sin zapatillas.

—No pasa nada, el suelo es de moqueta, está calentito. Vayamos a lo importante, ¿has llamado a la policía? — preguntó, y no, no lo había hecho.

—No, los guardaespaldas están buscándola, seguro que la encuentran…

Estaba diciendo eso cuando la vi abrir la puerta con una borrachera que casi no le permitía estar en pie. La habían encontrado en otro bar, tonteando con un hombre, según me contaron los guardaespaldas.

—Señor, no me gusta ser chismoso, pero no es la primera vez que la señora hace esto — dijo uno de ellos.

—¿Desaparecer y encontrarla borracha? —pregunté extrañado.

—No, coquetear con otros hombres. Hay uno con el que queda casi todos los días, y luego se van a un hotelito apartado, donde pasan las horas hasta que la señorita Audrey sale del colegio — contestó, y encontré la excusa perfecta.

—Gracias, Donovan, pero necesito todos los datos, el nombre del tipo, donde van, lo que hacen, absolutamente todo, y si puede ser con documento gráfico, mejor.

Haría como si no me hubiese enterado de nada mientras que recababa toda la información, pero no me quedaría de brazos cruzados, llevaría a mi hija a un psicólogo que la evaluara, no la iba a dejar en manos de su madre, que demostraba cada vez más, que se le había ido la cabeza.

Entre Albert y yo, la acostamos, y la dejamos en la habitación, pero antes de salir, escuchamos algo que nos puso los vellos de punta, y que mi amigo no dudó en grabar con su móvil, para que quedara constancia y no pudiera decirnos que era mentira.

—¿Qué has dicho, Candy? —le pregunté, pensando que había escuchado mal, y haciéndole un gesto a mi amigo para que grabara la escena.

—Luke, no me dejes. Estoy embarazada, y mi marido no se va a tragar que es suyo, hace meses que ni nos tocamos. Mi familia me va a destrozar si se entera de que le he sido infiel a Bryan, y yo no soy capaz de sacar a un niño sola adelante.

—No te preocupes que no te va a dejar —le dije, sonriendo. A la mañana siguiente tendríamos una conversación bastante interesante.

—Luke, siempre has sido el amor de mi vida. Sabes que me casé con mi marido por la presión social, pero desde que te conocí, supe que tú eras mi

hombre. No quiero estar nada más que contigo, estoy dispuesta a cualquier cosa —seguía hablando, hasta que cayó dormida profundamente.

Salimos de la habitación hasta el salón de la suite, y llamé a mi hermana, necesitaba hablar con ella, que supiera todo y que me aconsejara como abogada que era.

—Alison, necesito que vengas a mi hotel, tengo que hablar contigo y mostrarte algo — dije, en cuanto que me contestó, al segundo tono.

—Ahora mismo voy para allá, dame media hora para llegar — contestó, y cortó la llamada.

Entre mi hermana y yo siempre había habido un vínculo muy fuerte, y sabía que, si la había llamado es porque era algo importante, nada de banalidades ni estupideces, por eso no tuvo ni que preguntar lo que me ocurría, se puso en marcha directamente.

Albert se sentó a mi lado en el sofá, y echó dos copas de whisky, que me tomé de un trago, a pesar de ser consciente que, durante todo el día, tan solo había comido un perrito caliente y algo de dulce, pero lo necesitaba.

—¿Qué tienes pensado hacer, Bryan? — preguntó mi amigo.

—Acabar con todo de una vez, pero no por su infidelidad, ni siquiera por el embarazo, sino por lo que me contó Audrey esta tarde, pero no me preguntes ahora que fue lo que me contó, prefiero hablarlo una sola vez, así que, esperemos a que llegue mi hermana, por favor.

Albert no me contestó, intuía que tenía que ser demasiado fuerte como para que yo no lo quisiera contar dos veces, y respetó mi silencio. Como no había probado bocado, llamé al servicio de habitaciones para que nos trajeran dos sándwiches, no me apetecía comer nada, pero tenía que hacerlo o me caería en redondo por una bajada de azúcar.

A la media hora justa, llamaron a la puerta, y era mi hermana. Ya nos habíamos comido el sándwich y ahora teníamos dos copas de whisky en la mano, pero no hablábamos, todavía estaba procesando todo lo que había

escuchado esa noche, que sumado a lo que me había dicho Audrey por la tarde, era como una bomba de relojería.

—Bryan, te veo más delgado, y algo demacrado, ¿qué te ocurre? —Me dijo, dándome un abrazo, porque todavía no nos habíamos visto.

—Alison, estoy hecho una mierda. Siéntate y os lo cuento todo —les dije.

Empecé a contarle todo lo que me había dicho Audrey esa tarde, como la manipulaba en mi contra, diciéndole que la iba a dejar sola en un internado si no me convencía de que me quedara a su lado.

Como su madre pagaba con ella su frustración, en forma de gritos o de jalones de pelo, aunque algún que otro tortazo también le había dado. Les expliqué como mi hija casi me había suplicado que no la dejara con su madre y como se me encogió el corazón al escucharla.

También le pusimos el video que había grabado Albert, en el que Candy confesaba su infidelidad y su embarazo, y se quedó completamente sorprendida.

—Bryan, esto no es lo que me han contado nuestros padres, es que ni se le asemeja, vaya — dijo mi hermana, después de escuchar todo.

—Claro que no. Para ellos, yo soy el culpable de todo, y ella actúa como lo haría cualquier mujer enamorada, cuando no es así — respondí.

—Te voy a dar mi consejo, no como hermana, sino como abogada. Recopila todos los datos, hazle un informe psicológico a la niña, pero, sobre todo, no la dejes sola con ella. Y ahora, mi consejo como hermana, intenta que reconozca su infidelidad, aunque me parece que no va a tener otro remedio que hacerlo con esa grabación.

—Eso puede ser contraproducente… ¿Y si saca a la niña del colegio y se la lleva lejos? —dijo Albert, y la sangre se me heló tan solo de pensarlo.

—O si hace algo aquí, mientras estoy en la oficina, porque no puedo dejar de ir, tenemos varios problemas que resolver — dije, empezando a desesperarme.

—La niña me la voy a llevar yo ahora, tengo el coche abajo, y la tendré durante todo el fin de semana, procura hablar con ella, intenta llegar a un acuerdo, o tu vida se convertirá en un infierno. Quiero que me pases esa grabación, voy a hablar con papá y mamá muy seriamente. Mañana llamaré a un amigo que tengo forense, para que le haga a la niña un informe que te sirva como inicio a la hora de presentar la demanda — dijo mi hermana, que no paraba de anotar cosas en la libreta que llevaba.

—Gracias, Alison, por tu apoyo. Lo necesitaba mucho, me sentía muy solo — dije, dejando escapar mis lágrimas.

—Soy tu hermana, Bryan. Lo que no entiendo es como has podido aguantar tanto. Ahora toca ser fuerte, porque nos enfrentamos a un proceso bastante duro, y será muy largo si ella no colabora.

Fue a la habitación en la que dormía Audrey, recogió su pequeña maleta y la despertamos suavemente.

—Hola mi amor, ¿te vienes conmigo a mi casa? —le preguntó mi hermana, con mucho cariño.

—Hola, tía Alison. ¿Por qué me tengo que ir? ¿Le ha pasado algo a mi papá? —preguntó ella, un tanto aturdida.

—No, cariño, estoy aquí. Es que papá tiene mañana mucho trabajo, y pensé que con la tía te lo pasarás bien. Pero si no te apetece, no pasa nada, ya nos apañaremos —le dije, no iba a obligar a mi hija a que hiciera algo que no quería.

—No pasa nada, papi. Yo prefiero estar con la tía que, con mamá, que como vea que te has ido a trabajar otra vez, pagará conmigo su enfado, y sabes que eso no me gusta — contestó, y mi hermana me miró, comprobando que le había dicho la verdad.

—Audrey, cariño, mañana irá un amigo de la tía para hablar contigo. A él le tienes que contar todo lo que me dijiste a mí en el parque mientras nos comíamos el perrito caliente. Dile todo, que él nos ayudará para que no vuelva a suceder más, y, ya sabes, esto es un secreto entre los dos —le dije.

Joder, era una niña de tan solo cinco años, que no tenía por qué estar viviendo eso, cuando lo tenía todo en la vida para ser feliz, si su madre no fuera como es.

Mi niña pidió llevarse su muñeca nueva y alguna ropita de la que habíamos comprado, y yo le prometí que le llevaría también el cochecito montado antes de irme a la oficina. Total, no iba a poder dormir, por lo menos estaría un rato entretenido montándolo.

Me despedí de mi hermana, quedando en que me llamaría ante cualquier imprevisto o hubiera algo que yo no supiera. Mientras tanto, yo estaría en la oficina, con la tranquilidad de que mi hija estaba a salvo con su tía.

Capítulo 7



BRYAN

Albert se quedó conmigo cuando mi hermana y mi hija se fueron. Decía que no me iba a dejar solo, que no se fiaba de que hiciera alguna tontería, por lo que ambos nos pusimos a montar el cochecito de la muñeca de Audrey. Mientras que lo hacíamos, nos pusimos a hablar de todo lo que había cambiado mi vida desde la llegada de mi hija, esa a la que adoraba y por la que me sacrificaría hasta mi último aliento, pero supongo que como todos los padres lo hacían por sus hijos.

—Venga, date una ducha y espera a que la bella durmiente se despierte, tenéis mucho de lo que hablar. Yo le acerco el cochecito a la niña y me voy para la oficina, adelantaré todo lo que sea posible — dijo Albert, y entré en la ducha.

Me recreé un rato bajo el agua, dejando que sus gotas se llevaran toda la pesadez que tenía encima, y cuando salí, me la encontré sentada en el salón, tomándose un zumo y una pastilla para la resaca.

—¿Dónde está la niña? — preguntó, con ganas de fiesta.

—A salvo de ti. Siéntate que tenemos mucho de lo que hablar —le dije, cuando iba a hacer el ademán de levantarse y plantarme cara.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar — respondió, con asco.

—A mí me parece que sí, ¿no tienes nada que contarme sobre tu relación con Luke? ¿O sobre el embarazo de tu segundo bebé? — dije, con toda la ironía con la que fui capaz de hablar.

—¿Cómo te has enterado? Lo que te han dicho es todo mentira, ni estoy embarazada ni entre Luke y yo hay nada más que una bonita amistad. No me acuses de lo que haces tú, por favor.

—Mira Candy, no me tomes por idiota porque no respondo. ¡Lo tengo todo grabado! ¿Sabes que cuando estás borracha hablas cosas de lo más interesantes? A un juez le encantará ver todo esto, y a mis padres y a los tuyos, por fin verán la clase de mujer con la que me casé —le escupí a la cara.

Nos enzarzamos en una discusión a gritos, como era habitual en nosotros y, en un momento dado, me arañó en el brazo, pero me dio tiempo a sujetarla para que no me hiciera más daño. Sé que hice mal dándole aquel empujón que la dejó sentada en el sofá, pero tenía que quitármela de encima de alguna manera.

—¡Ojalá no te hubiera conocido nunca, ojalá y desaparecieras de mi vida! —le grité mientras ella iba camino de la habitación.

Yo, me cambié la camisa, que me la había manchado de sangre, me puse la chaqueta y me fui camino a la casa de mi hermana, donde Albert me había dicho que estaba todavía.

—Avisadme de cualquier movimiento que haga mi mujer, por insignificante que sea —les dije a los dos guardaespaldas que se quedaron en la puerta de la suite, y salí del hotel.

El trayecto lo hice en taxi, ya que el coche que habíamos alquilado en el aeropuerto se lo había llevado Albert, y ya nos iríamos los dos juntos para la oficina. Al bajarme, me pareció ver a la señorita Anderson, que estaba haciendo deporte, pero no le tomé mucha importancia, hasta que la escuché detrás de mí.

—Hombre, el jefe supremo. ¿Usted por mi barrio? —me dijo, y me dejó sin palabras.

Si bonita estaba arreglada para la oficina, no os podéis imaginar como estaba en mayas deportivas y top, a pesar del frío que hacía. No pude evitar hacerle un escaneo con la vista, parándome en partes claves, pero me obligué a contestarle.

—Estoy aquí para ir a casa de mi hermana, que vive ahí, en el ático —contesté, como un robot.

—Lo sé, jefe supremo, la veo a diario salir para el trabajo. Muchas veces coincidimos. Bueno, continúo con mi carrera, que me voy a enfriar. Ah, y gracias por el traslado — dijo, dándose la vuelta para seguir corriendo.

¡Madre del amor hermoso, vaya culo que tenía la muchacha y que se le marcaba con esas mallas que daba gusto! Por primera vez en mucho tiempo, mi miembro alcanzó un tamaño considerable sin tener que tocarlo, tan solo con la vista. Esa mujer iba a ser un problema para mí, por lo menos mientras que estuviera casado con Candy, y ahora, tan cerca, todavía más.

Me tranquilicé como pude, y subí a casa de mi hermana, en la que se encontraba mi hija jugando en la terraza del ático, aprovechando que hoy había salido un poco el sol, algo raro en esta parte del mundo.

En cuanto me vio, se lanzó a mis brazos, y me la comí a besos. Mi hermana me hizo un gesto, para que la siguiera a la cocina, y entonces me despegué de ella.

—Sigue jugando, mi vida, que papá vuelve enseguida. Me voy a hacer un café —le dije, dándole un beso en la mejilla, antes de bajarla al suelo para dirigirme a la cocina.

—Bryan, la cosa es peor de lo que pensábamos. Ha estado aquí Ryan, mi amigo el psicólogo, y me ha dicho que no solo la ha intentado manipular mentalmente en tu contra, sino que ha ido más lejos. La ha llegado a encerrar en la bodega de tu casa, mientras que ella recibía a un amigo.

—¿Qué me estás contando? No creo que haya sido capaz, porque te juro que la mato…

—Tranquilízate, Bryan, no vas a ganar nada haciendo eso, tan solo privar a la niña de su padre y de su madre. Es mejor ir por la vía legal. En unas horas, Ryan me pasará el informe de la niña, y eso será primordial en un juicio, la custodia será tuya, sin ninguna discusión.

—No la quiero cerca de ella, voy a empezar a realizar los trámites ahora mismo. Me pondré en contacto con mis abogados de Nueva York, para que soliciten una orden de alejamiento a la mayor celeridad. Mientras tanto, ¿te haces cargo tú de Audrey? Presiento que la mañana será un tanto movidita.

—Por supuesto que sí, por la niña no te preocupes. Tengo que decirte que anoche, aprovechando que allí en Nueva York no era hora de que nuestros padres estuvieran durmiendo, hablé con ellos, y les conté absolutamente todo, adelantándome a lo que ella pueda contarles ahora, y se pusieron las manos en la cabeza. Están deseando hablar contigo, no lo demores mucho, porque estaban muy preocupados.

—¿Ahora se van a preocupar? Llevo años diciéndoselo, y ellos justificándola y echándome a mí la culpa. Siendo sincero, no me apetece hablar con ninguno de los dos, ya lo haré cuando encuentre las fuerzas.

Salí a la terraza y me puse a jugar con mi hija durante un rato, Albert continuaba esperándome, pero ahora mismo lo único que me preocupaba era la felicidad de mi hija y su bienestar, nada más.

En Nueva York, en estos momentos, eran aproximadamente las cuatro de la madrugada, así que tenía que esperar, al menos, cuatro horas más para poder llamar a mis abogados, mientras tanto, iría a la oficina para preparar y dejar todo listo antes de marcharme el lunes por la mañana.

Le dije a mi hija que se quedaba con su tía, pero yo volvería para llevarla de paseo y a cenar en uno de sus restaurantes favoritos, uno que estaba ambientado en Harry Potter, un personaje que a ella le encantaba. No sabía la cantidad de veces que habíamos visto sus películas. Le compraría uno de los peluches de Dobby, el elfo doméstico de la saga, que vendían en el restaurante, ya que sabía que le haría muchísima ilusión.

Me despedí de mi hermana, diciéndole que me llamara ante cualquier imprevisto o cualquier cosa que me tuviera que decir, que no esperara a mi vuelta, puesto que tendría el teléfono operativo durante toda la mañana, y nos marchamos hasta la oficina.

—Ayer casi despido al jefe de Tracy, por insolente y mal hablado —me dijo Albert, cuando nos pusimos en marcha con el coche.

—¿Quién coño es esa tal Tracy? — pregunté, porque no me sabía el nombre de todos mis empleados, como era lógico y normal.

—Tracy Anderson, la chica que hemos trasladado a la sede central, la que se quedó encerrada en el ascensor con nosotros — respondió él, y solté una carcajada.

—¿Ya tienes tanta confianza con ella como para llamarla por su nombre de pila? —le pregunté, pero no sé por qué no me gustó que la tuviera, me puse en el peor de los escenarios, o en el mejor, según lo viera él o yo, y una punzada extraña me atravesó el pecho.

—No te inventes una situación que no ha existido. Vi como la mirabas, y te impresionó tanto como a mí, por eso jamás intentaría nada con ella.

—No seas ridículo, Albert. Es cierto que la muchacha es espectacular, tanto por fuera, como por su manera de ser, pero tengo muchos frentes abiertos como para liarme ahora con ninguna mujer.

—Nadie te está diciendo que tiene que ser ahora, en este preciso instante, pero sí que te ha gustado y que, cuando te quites a Candy de encima, deberías darle una oportunidad.

—Hablas como si ella te hubiera dicho que quiere tener algo conmigo, cuando eso no es cierto.

—¿No te fijaste como te miró la primera vez? Por favor, si te comía con los ojos.

—Tan solo se impresionó de ver al CEO de la empresa, nada más. Y no me calientes la cabeza más de lo que la tengo, que ya tengo suficientes

pensamientos con ella como para añadir uno más.

—Está bien, lo dejo, pero esto no se va a quedar así, como Albert que me llamo.

Llegamos al edificio de la empresa, que estaba prácticamente al lado de donde vivía mi hermana, pero bastante lejos del hotel en el que nos estábamos alojando. Teníamos un aparcamiento reservado casi en la misma puerta, que fue donde dejó Albert el coche, y justo detrás, mis guardaespaldas.

No es que a mí me gustara llevar escolta a todas partes, pero desde que nació Audrey, me obsesioné con la seguridad, no quería que pudiera pasarle nada, y por eso contraté a un grupo con el que nos iba realmente bien.

Tal y como subí, me encerré en mi despacho a revisar toda la documentación que tenía pendiente, y que era la que no cuadraba para nada, buscando donde estaba el fallo y quien era la persona que lo había cometido. Dependiendo del grado del error, se vería en la calle o no, así como con una denuncia por robo, pero ya llegaría ahí cuando tocara.

Miré el reloj y vi que era la una y veinte, por lo que no me lo pensé, y llamé a mi equipo de abogados. Me pasaron con el encargado de las demandas civiles, y le expliqué todo lo sucedido.

—Necesito el informe del psicólogo de la niña, aunque no te voy a negar que, en cuanto que llegue aquí, será citado con ella para un nuevo informe forense que ejecutará el juzgado.

—No me importa, estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de que mi hija se quede conmigo, y que ella no pueda acercarse hasta que no se trate psicológicamente.

—No te preocupes, enseguida me pongo con la demanda. En cuanto tenga las medidas cautelares aprobadas por el juzgado, te lo haré saber, para que le puedas entregar a ella una copia —me dijo el abogado, y cortamos la llamada.

En ese momento me llamaron mis padres, pero no tenía fuerzas para enfrentarlos, no ahora, no todavía, así que corté la llamada. Respiré hondo,

intentando tranquilizarme, porque no estaba acostumbrado a nada de esto. Justo me estaba sirviendo una copa para continuar trabajando, cuando me sonó el interfono, era mi secretaria, informándome de que habían llegado dos policías preguntando por mí, y le dije que les diera paso.

—Buenas tardes, señores, ¿en qué puedo ayudarles? —les dije, en cuanto que los vi entrar.

—Buenas tardes, señor Lee. Queda usted detenido por el asesinato de Candy Lee…

El resto no lo escuché, me quedé en blanco, sin saber cómo reaccionar ni que decir.

Capítulo 8



TRACY

¡Madre mía de mi alma, como estaba el jefe supremo! Ese encuentro ocasional que habíamos tenido, esa manera de mirarme. Os juro por lo que más quiero en este mundo, que es mi amiga Andy, que, si no estuviera casado, me hubiera tirado a su cuello sin dudarlo.

Ya había recogido casi todo, había hablado con el casero, que se puso muy triste al saber que me marchaba. Desde el primer momento en el que entramos en esa casa, no habíamos faltado un solo mes en el pago, e incluso habíamos hecho algunas mejoras necesarias en el apartamento, de las que no le exigimos nada, ya que era algo que queríamos hacer nosotras, no nos lo obligó nadie a hacerlo.

Llegué al apartamento, revisé todo de nuevo, y metí lo último que me faltaba en el neceser, para dejarlo todo listo para mi partida. Me di una ducha rápida, me cambié de ropa, y me fui a las oficinas, donde había quedado con Albert para la firma de toda la documentación.

Saludé al portero y a la chica de recepción, como había hecho desde el principio de mi actividad laboral en la empresa.

—Buenas tardes, chicos, voy al despacho del señor William, que me está esperando —les dije, porque mi credencial quedó anulada la tarde anterior, entrando en vigor la nueva, que me darían en la sede central.

—No sé si podrá atenderte, Tracy, porque hace un rato que ha subido una pareja de policías. De hecho, mira donde está el coche de ambos — dijo el portero, señalándome un coche negro aparcado en la puerta de la empresa.

—Bueno, voy a probar, si tengo que esperar, no pasa nada. Gracias —le dije, enviándole un beso con la mano, y provocándole una sonrisa, como era habitual cada vez que lo hacía.

Justo, al llamar al ascensor, las puertas se abrieron, y salieron de allí los dos policías con el señor Lee esposado, mientras que él gritaba que era inocente, y del otro, salía Albert, corriendo detrás de su amigo.

—Sé que tú no has sido capaz de hacer algo así, voy a llamar ahora mismo a tu hermana, para que busque a los abogados que sean, y llamaré a los nuestros para que vengan lo antes posible —le decía, mientras lo veía salir de allí.

—Albert, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué va Bryan detenido? — pregunté, sin saber muy bien por qué lo hacía.

—No tengo ni idea de lo que ha ocurrido, tan solo sé que lo han detenido por el asesinato de su mujer, y te puedo asegurar que Bryan no es capaz de eso —me dijo, muy serio y seguro.

—Si tú lo dices, te creo. ¿En qué puedo ayudaros? — dije, porque no me iba a quedar de brazos cruzados.

—Ven conmigo, rápido — dijo, salió corriendo calle abajo, de camino a mi barrio.

Entramos en el portal ante el que vi al jefe supremo esa misma mañana, y donde se suponía que vivía su hermana Alison. Tomamos el ascensor que nos llevó hasta el ático, y llamó a la puerta, donde abrió ella, con ropa de estar por casa y la cara maquillada por una niña.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién es ella? — preguntó Alison Lee.

—Ha ocurrido algo. ¿Dónde está Audrey? Ella es Tracy, trabaja para nosotros en el…

—Anderson, del departamento de seguridad informática, ahora la he conocido. ¿Qué tiene ella que ver con tu visita? — preguntó, algo recelosa.

—Yo tan solo he preguntado en que podía ayudar, y él me ha traído hasta aquí —me defendí, levantando las manos.

—Alison, vamos a tu despacho, deja que Audrey se quede con la niña. Te aseguro que se hará con ella en menos de dos minutos.

Ambos se fueron hasta el despacho, para hablar tranquilamente, y yo me quedé con la niña, que me miró algo recelosa en cuanto me vio.

—Hola, yo me llamo Audrey, ¿y tú? — preguntó, curiosa.

—Hola, yo soy Tracy, ¿me dejas jugar contigo? —le pregunté, y ahora la recelosa era yo, porque como no quisiera, no tendría manera de hacer que confiara en mí.

—¿Me vas a dejar que te maquille? Porque estaba jugando con mi tía a las peluquerías.

—Por supuesto, me encanta que me maquillen y que me peinen. Pero luego me tocará a mí, eh —le contesté, contagiándome de su entusiasmo.

Me senté en el sofá, delante de ella, que me cogió la cara, girándola a un lado y a otro, para coger sus brochas y empezar a maquillarme.

—Creo que te haré un maquillaje de fantasía, con mucho brillo y luego, te haré una trenza en el pelo, porque me encanta tu melena —me dijo, se puso de rodillas y empezó a maquillarme.

—Me parece que estaré guapísima cuando termines conmigo.

Durante todo el tiempo que su tía y Albert estuvieron en el despacho, la complicidad entre la niña y yo creció de manera insospechada. Las risas se hicieron presentes, y cuando ambos salieron, nos encontraron así, a carcajadas las dos. Hice todo lo posible para que la niña no se diera cuenta de nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Mi padre no ha venido todavía? —me preguntó, y me busqué una excusa que resultara creíble.

—Por eso está aquí Albert hablando con la tía Alison, porque tu papá se ha quedado encerrado en el ascensor de la empresa, y tienen que buscar al técnico para que lo saque.

—¿Cómo ocurrió la otra vez en la que también estuvisteis el tío Albert y tú? —preguntó ella en su inocencia.

—Sí, pero esta vez papá tiene comida y agua, porque venía de comprarla cuando ha sucedido, así que está bien equipado — contesté, guiñándole un ojo.

—Tracy, ¿te importaría venir un momento, por favor? —dijo Albert, mientras Alison asentía.

—Ahora mismo vuelvo, Audrey.

Me levanté del sofá y me dirigí hacia la cocina, que era donde estaban los dos esperándome. Cuando vi sus caras, supe que algo malo había sucedido, y decidí que los iba a ayudar en todo lo que pudiera, el jefe supremo no se merecía eso, no después de todo lo que había aguantado.

—Tracy, sé que te resultará un poco chocante, pero tenemos que pedirte un favor enorme —me dijo Albert, a la vez que Alison rompió en un llanto.

—Lo que sea, ya sabes que te lo dije antes, en lo que pueda ayudar, no dudéis de que lo haré.

—Mi hermano está detenido, le acusan de haber matado a Candy, su mujer, pero eso no puede ser posible, él no es así. Tengo que localizar a un abogado penalista, y no tengo con quién dejar a Audrey mientras que su padre no está. Por cierto, gracias por inventarte esa excusa, yo no sabría que haber contestado a esa pregunta, me hubiera echado a llorar — dijo, Alison, y entonces lo recordé.

—Yo me quedaré con la niña, por eso no te preocupes. Vivo ahí en frente. Mi casa no es tan grande, pero estará cómoda y bien. Con respecto a lo del

abogado penalista, mi casero es uno de los más prestigiosos de Londres, lo puedo llamar por si está disponible.

—¿Harías eso por mi hermano? No te conozco prácticamente de nada, pero me acabo de dar cuenta de que eres un ángel caído del cielo — contestó Alison, que vino a darme un abrazo, mientras yo tomaba mi móvil para llamar al señor Brown.

—Buenas tardes, señor Brown. Perdone que le moleste, pero necesito su ayuda. El señor Lee, que es el CEO de mi empresa, ha sido detenido por la muerte de su esposa, y necesita asistencia legal en Londres, ya que sus abogados no llegarían hasta pasado mañana, eso como muy pronto —le dije, casi de carrerilla.

—Hola Tracy, no te preocupes. Dime dónde puedo reunirme con vosotros, y allí estaré en un rato. Y no me llames señor Brown, que me parece que llamas a mi padre, te he dicho mil veces que me llames James.

Le di la dirección de la casa de Alison, y me dijo que estaba cerca, que no tardaba más de quince minutos en llegar, y me colgó la llamada.

—¿Tu casero es James Brown, de Brown y asociados? — preguntó Alison, y asentí con la cabeza —Si acepta el caso de mi hermano, no podrá tener mejor defensa que esa, te lo garantizo. No sé cómo te vamos a pagar todo lo que estás haciendo por nosotros, de verdad.

—A mí no me tenéis que pagar nada, es de biennacidos ser agradecidos, y yo tengo que agradecerle mucho al señor Lee, que me haya dado la oportunidad de volver a ser feliz —le dije, y lo hice de corazón.

Mientras que el abogado no llegaba, Alison me preparó todo lo de la niña, para que me la llevara antes de que llegara James, y así no se diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Te vienes a mi casa y así nos ponemos el pijama y seguimos jugando? Tengo un parchís sin estrenar, ¿te gusta jugar al parchís? — dije, y ella me miró completamente asombrada.

—¡Sí! Venga vamos, antes de que saquen a mi padre del ascensor y no podamos jugar —me dijo, con toda la inocencia de una niña de cinco años.

Cogió su bebé con su cochecito, así como su ropita, mientras yo llevaba la maleta con sus cosas. No sabíamos el tiempo que estaría conmigo, y así nos asegurábamos que tuviera de todo lo necesario.

Le dio un beso a Alison, otro a Albert, y me dio la mano. Era una niña adorable, con la que me lo pasaría genial, lo tenía claro, aunque disfrutaríamos más si su padre no se encontrara en la situación en la que estaba.

—Gracias— me volvió a susurrar Alison al pasar por su lado, y yo le correspondí con una sonrisa y un guiño de ojo.

Tan solo teníamos que cruzar la calle, por lo que, antes de diez minutos ya teníamos las dos el pijama puesto y estábamos duchadas, porque cruzamos la calle sin darnos cuenta de que llevábamos la cara como el payaso de McDonald's, siempre podíamos decir que veníamos de una fiesta de disfraces y que íbamos de Harley Queen.

Hicimos la comida para las dos, por suerte, la tarde anterior había hecho lasaña de atún, y quedó muchísima, así que tan solo la tuve que calentar, y de postre, tenía natillas de chocolate que me dejó mi vecina. Eso sí que lo echaría de menos, los postres que hacía la señora Harper, y que siempre hacía de más para traernos.

—Tracy, esta lasaña está exquisita, te lo prometo — dijo ella, con la boca manchada de tomate.

—Me alegro de haber acertado con la comida. Ahora, en cuanto nos comamos el postre, nos ponemos a jugar a lo que tú quieras —le dije, y me miró algo somnolienta.

—Creo que mi padre tardará en salir del ascensor, así que, mejor nos pegamos una siestecita viendo una película, y cuando nos despertemos, jugamos al parchís — dijo, con esa sonrisa tan bonita que tenía.

—Perfecto, a mí me encanta Harry Potter, ¿la has visto?

—¿Estás de broma? Si es mi saga preferida, podemos ver la que tú quieras — dijo, como si le hubiera dicho que le había tocado la lotería.

Terminamos de comer y mientras yo recogía la cocina y fregaba los tiestos, la dejé sentada en el sofá, con la película puesta y tapada con una mantita. Cuando llegué, ya estaba dormida, así que aproveché y llamé a Albert, que me había dejado su número como contacto.

Capítulo 9



BRYAN

Me llevaron a la comisaría más cercana, donde me metieron en una habitación, que sería donde se llevaría a cabo el interrogatorio. Solicité un abogado, y me dijeron que ya venía en camino mi hermana con uno, y que, mientras que él no llegara, no hablarían conmigo.

—Hola, soy James Brown, tu abogado. He pedido que nos dejen un minuto a solas para explicarte los cargos de los que se te acusan, y de los que, por supuesto, eres inocente —me dijo, y se veía que era de los caros y buenos.

—Por favor, yo no he hecho nada, ni siquiera sé que es lo que ha pasado —dije al abogado.

—Lo que ha sucedido es lo siguiente. Una de las limpiadoras del hotel entró en la suite para limpiarla y cuando entró en la habitación en la que dormía Candy, se la encontró medio desnuda y sin vida. Al parecer, la habían ahogado con una almohada —me contó, dejándome sin poder reaccionar.

—Yo me fui de allí esta mañana temprano, y no he vuelto todavía. No he sido yo —volví a defenderme.

—Su muerte, según han dicho los forenses, parece que se dio entre las ocho y las diez de la mañana, así que está dentro del horario en el que estuviste con ella. Los vecinos aseguran que escucharon gritos, una pelea

entre usted y su esposa, en la que le decía que ojalá y desapareciera de su vida. Otros dicen que usted la amenazó con acabar con ella.

—¿Y los guardaespaldas? Porque ellos estaban en la puerta, esperando a que mi esposa saliera. Ellos podrán decir quien entró en la habitación cuando y me fui — dije, intentando encontrar una coartada que me sirviera.

—Ellos dicen que no se movieron de allí, y que no entró ni salió nadie —me contestó.

—No puede ser, alguien tuvo que entrar, yo no la maté. Si es verdad que discutimos, pero lo hacemos a menudo. Incluso he solicitado una orden de alejamiento de la niña, para que no se pudiera acercar a ella, pero no sería capaz de acabar con su vida, yo quería que fuera a terapia — dije, y me derrumbé. Si no encontraban al culpable, iba a pasar lo que me quedaba de vida en la cárcel, y mi niña se quedaría sola, que era lo que ella más temía.

—Encontraremos al verdadero culpable, y te sacaré de aquí, te lo prometo —me dijo el abogado, al ver mi cara.

En ese momento entraron los dos policías que me habían detenido, se sentaron frente a mí y a mi abogado, empezaron a poner fotos de Candy muerta encima de la mesa, y rompí a llorar. Yo no lo había hecho, y ella, por mucha maldad que demostró tener, no se merecía ese final.

Les conté todo lo que había sucedido, desde la tarde anterior, como discutimos, les dije que tenía un video en mi poder donde ella hablaba de una infidelidad y le declaraba su amor a un tal, Luke, del que estaba embarazada. No quise guardarme nada que luego pudieran utilizar en mi contra.

Me preguntaron por el tema de la niña, ya que habían interceptado en mi correo tanto el informe del perito forense como la demanda de divorcio con la orden de alejamiento que me había enviado mi abogado.

—Nos resulta un poco chocante el hecho de que, después de aguantar tanto tiempo esos celos enfermizos de su esposa, justo ahora que muere, envía usted a sus abogados a realizar todos esos trámites — dijo uno de ellos.

—Porque, con el tema de mi hija, llegué al límite de lo que estaba dispuesto a permitir —le dije, mirándolo a los ojos.

—¿Sabe usted quien es ese tal Luke?

—No tengo ni idea. Tan solo sé que yo dejé a dos guardaespaldas en la puerta antes de irme, y que ellos tienen que saber si entró alguien más en esa habitación.

—El testimonio de esos dos guardaespaldas deja muy claro que allí, después de que usted saliera, no entró nadie más.

—En esa planta hay cámaras, en las imágenes tiene que estar esa persona, porque yo dejé a Candy viva antes de irme —les reclamé, y entonces entró en juego mi abogado.

—Ya he solicitado al juez una orden para poder registrar la sala de vigilancia, así como un experto informático capaz de recuperar los datos perdidos —les dijo mi abogado, y ellos asintieron con la cabeza.

—Cuando obtenga esa orden, háganoslo saber, que nosotros acudiremos junto a ustedes —le dijo.

—¿Tienes ya a ese experto? Porque conozco a la mejor, Tracy Anderson, dígale a mi hermana que le facilite…

—Es justo la que estaba pensando. Es mi inquilina, y la que se ha encargado de que yo esté aquí como su abogado. Deje todo en mi mano, que antes de que acabe el día de mañana, estará usted en libertad, se lo aseguro —dijo, levantándose para marcharse.

Los policías entraron de nuevo, esta vez para conducirme a una celda de los calabozos de la comisaría, donde permanecería hasta que, bien encontraran las pruebas para declararme inocente o hasta que el juez me llamara a declarar.

Las horas pasaban lentamente, y la noche se me venía encima. Cuando vinieron a traerme la cena, uno de los policías me dijo que ya tenían la orden,

y que mi abogado, junto con la informática y la policía, se había trasladado hasta el hotel.

Recé todo lo que me sabía para que encontraran a esa persona que había entrado detrás de mí, que, seguro que era el culpable de la muerte de Candy, pero una duda me asaltaba. ¿Por qué habrían encubierto a esa persona los dos guardaespaldas? ¿Tendrían ellos algo que ver con su muerte? La cabeza me daba vueltas, así que me tumbé en el camastro que había, dejando que el sueño se apiadara de mí y pudiera desconectar, pero no fue tan sencillo.

A mi mente acudía la imagen de mi hija, ¿quién estaría con ella? ¿Qué le habrían dicho para que no se asustara? ¿Estaría bien? Todo ello se acumulaba tras mis ojos. Y, por si eso no era poco, las imágenes de mi mujer muerta, inerte en esa cama, tan solo con la braga puesta, y empecé a llorar.

No era amor lo que sentía por ella, pero habían sido mucho los años que estuvimos juntos, y su muerte, aunque algunos pensaran que para mí era un alivio, era más bien todo lo contrario, porque yo aspiraba a que fuera a terapia y se dejara ayudar, para que, de ese modo, pudiera recuperar la relación con la niña y terminar de una manera amistosa.

Con las primeras luces del alba, llegó mi abogado, junto a la policía, para llevarme de nuevo a esa habitación, donde me enseñaron otras fotos que no esperé ver en la vida.

—¿Reconoce a este hombre? —me dijo el policía, tras ponerme una foto por delante.

—Claro, es de mi equipo de seguridad, se llama Markel — dije, muy seguro.

—Ese es su apellido. Nos dijo que no sabía quién era el amante de su mujer, y lo tenía delante. Él, es Luke Markel, y su esposa estaba liada con él, y estaba esperando un hijo suyo, como ya sabe.

—¿Él la mató? —pregunté, algo asombrado.

—Él fue la única persona que entró después de que usted saliera, diciéndole a sus compañeros que se encargaba de su vigilancia mientras que ellos bajaban a desayunar. Por eso sus guardaespaldas dijeron que no había entrado nadie, porque no sospecharon de él en ningún momento — aclaró el policía.

—Las imágenes habían sido borradas, pero Tracy consiguió recuperar el disco duro, dejándolos a los tres con el culo al aire. Ahora mismo está siendo interrogado, y luego lo harán con los otros dos, que están acusados de encubrimiento de delito. Así que, ahora mismo te pondrán en libertad — dijo mi abogado, y si no llega a ser un hombre, me lo hubiera comido a besos.

—Exacto, señor Lee, lo que sí le vamos a pedir es que no abandone usted el país, hasta que recopilemos todas las pruebas en contra de esa persona, al menos, por si lo necesitamos para algo —me dijo la policía y yo asentí.

Al salir de allí y recoger todas mis cosas, me encontré con que Albert y Alison estaban allí esperándome, y se lanzaron a mis brazos, llorando.

—¿Dónde está Audrey? —fue lo primero que pregunté.

—Está en casa de Tracy, ha estado con ella desde que te detuvieron. Es un ángel de mujer, a la que quiero que tengas siempre muy cerca. Si no llega a ser por ella, no te habríamos sacado tan pronto, y no solo por buscarte al mejor abogado — dijo mi hermana, sin dejar de abrazarme.

—Quiero que me llevéis a verlas ahora mismo, me muero por abrazar a las dos —les dije, y salimos de allí junto a James.

—Por favor, pásame la minuta en cuanto puedas, has hecho un trabajo impecable —le dijo mi hermana, que pensaba pagar, pero no se lo iba a permitir.

—De eso nada, me la pasas a mí, que seré yo quien la pague —le repliqué.

—No se la voy a pasar a ninguno, ya esto está pagado. Es un favor personal que me pidió mi inquilina, a la que considero una amiga, así que no

pienso cobraros nada a ninguno. Si acaso, me invitáis a comer o a cenar y listo —dijo James.

—No lo dudes, te llamaré en cuanto que esté más tranquilo —le dije, tendiéndole la mano.

—Estamos en contacto, que todavía nos queda mucho por delante, sobre todo lidiar con la prensa en cuanto que se entere. Por ello, te aconsejaría que te adelantaras a ellos. Si me das permiso, redactaré un comunicado de prensa en el que explicaré todo sin entrar en detalle, y lo distribuiré por los principales medios — contestó él.

—Por supuesto, tienes carta libre para hacer lo que creas conveniente —le aseguré, antes de despedirnos.

Durante el trayecto hasta la casa de Tracy, me fueron contando que ella le había dicho a la niña, cuando preguntó por mí, que yo me había quedado encerrado en el ascensor, y que teníamos que buscar un técnico que fuera capaz de sacarme, y ella se quedó conforme.

También me contaron que, mientras que ella iba con mi abogado y con la policía para ver las imágenes de las cámaras del hotel, la niña se había quedado con la vecina, la señora Harper, una anciana adorable a la que le encantaba cocinar repostería.

Me anoté mentalmente enviarle a esa señora un buen regalo, porque no tenía por qué salir de su casa a esas horas de la noche y no dudó en ayudarnos permaneciendo con Audrey. Eso también me demostraba que quería mucho a Tracy, al igual que mi abogado, que no había pasado su minuta como favor personal hacia ella.

Llegamos y nos las encontramos a las dos en el parque que había justo al lado de donde vivía mi hermana, que también resultó ser el barrio donde lo hacía ella, como me había dicho el día anterior.

—¡Papa! —exclamó mi hija en el momento en el que se percató de mi presencia, viniendo a darme un abrazo.

—Mi princesa, no sabes cuanto te quiero —le dije, sin dejar de abrazarla. Ahora me tocaba un momento duro, contarle lo que había ocurrido con su madre, pero no me esperaba que ya lo habían hecho por mí, ahorrándome el mal trago.

—Papi, ya me ha contado Tracy que mi mamá se ha ido al cielo, pero tú no estés triste, ¿vale? Todavía quedamos nosotros dos —y me dio un beso, para salir de nuevo a jugar con otros niños que estaban allí.

—Siento haber tenido que decírselo, lo mismo y he hecho mal, pero cuando me preguntó por su madre, no pude mentirle. No he entrado en detalles, no era necesario, y se lo ha tomado demasiado bien —me contestó, y como respuesta, le di un abrazo.

Capítulo 10



TRACY

Cuando James me llamó, ya bien entrada la noche, para decirme que necesitaban mi ayuda, ni me lo pensé. Audrey ya llevaba un buen rato durmiendo, por lo que llamé a mi vecina para que se quedara con ella.

—Buenas noches, señora Harper, disculpe que la moleste a estas horas, pero necesito su ayuda —le dije, en cuanto que me abrió la puerta.

—Tracy, cielo, no te disculpes, sabes que me acuesto siempre casi con las claras del día. ¿En qué puedo ayudarte? —me comentó ella, tan amable como siempre.

—Tengo en mi casa a la hija de un amigo, que ha tenido un problema. Su abogado me ha llamado por teléfono que me necesitan para un tema informático, y es una cuestión de vida o muerte, si no fuera así, esperaría a por la mañana…

—Vamos, que me estás pidiendo que me quede con la niña, ¿verdad?

—Eso mismo, señora Harper. Es usted mi salvación. En cuanto que termine lo que tengo que hacer, me vendré para acá. Si acaso se despierta, se llama Audrey, me llama usted a mi móvil, que atenderé la llamada enseguida y veré la forma de venirme o tranquilizarla —le dije, cogiendo mi bolso, porque me fui con la misma ropa con la que estaba en mi casa, unos leggins y una sudadera, tan solo me calcé y me puse mi abrigo encima.

—No te preocupes, querida, que esa niña duerme como una bendita. Ayuda a su padre, que es el que te necesita ahora.

Salí de allí como las balas, parando al primer taxi que pasaba por la zona, e indicándole que me llevara al hotel en el que habían estado alojados los señores Lee, que era, además, donde me estaban esperando todos.

Al llegar a la puerta, estaba Alison y Albert parados en la entrada, y me miraron con una sonrisa triste, de esas que te dicen que confían en ti para que resuelvas el problema.

—He venido lo más rápido que he podido. La niña se ha quedado con mi vecina, una señora mayor de mi total confianza —les dije, antes de que me lo preguntaran.

—Sabemos que, si la has dejado con ella, es porque no puede estar en mejores manos, no te preocupes por eso. Ahora, vamos a entrar ahí, en la sala de seguridad, a ver si puedes hacer tu magia, porque las imágenes han sido borradas, y tengo la impresión de que no ha sido algo fortuito ni al azar —dijo Alison, poniéndome la mano en el hombro.

Al llegar a la sala de seguridad, el personal estaba alejado de los ordenadores, supongo que, como medida preventiva, para que no pudieran tocar nada más, y delante estaban James, el abogado, y el agente de policía que llevaba el caso del señor Lee.

—Buenas noches, señores. ¿Qué es lo que ha pasado aquí? —pregunté en cuanto que atravesé la puerta.

—Señorita Anderson, buenas noches. El señor Brown ha informado al juzgado de guardia de la eliminación de las imágenes, así como de la solicitud para que sea usted, como experta en seguridad informática, la encargada de intentar recuperarlas. Por supuesto, se le abonará a través del servicio de justicia, por eso no debe temer —me dijo el agente.

—El dinero no lo es todo, señor agente. Para mí, es más importante encontrar la verdad, si eso lleva a tener al culpable entre rejas, me daré por pagada — contesté.

Me quité el abrigo y me senté en uno de los ordenadores, trasteando si había sido desde ahí desde donde se habían manipulado las imágenes, pero no fue desde ahí. Tres intentos y tres ordenadores después, encontré desde donde había sido.

Más de dos horas tardé en encontrarlas, pero lo conseguí. Recuperé absolutamente todo. En esas imágenes, se veía como los dos guardaespaldas de la puerta charlaban con alguien que había llegado, tras esa charla, ambos se marchaban y ese hombre entraba en la suite, saliendo de ella más de media hora después.

—Señores, aquí tenéis a la persona que entró en la habitación cuando el señor Lee salió, y por el nerviosismo que muestra, y los aspavientos que hace con las manos, me parece que algo se salió del tiesto —les dije.

Alison me abrazó, y Albert me llenó de besos, mientras que James me miraba con orgullo, como si hubiera descubierto los ingredientes de la Coca Cola, y pudiéramos reproducir la fórmula exacta.

—No olvidaré en la vida esto que has hecho por mi hermano y por toda mi familia —me dijo Alison, cuando salimos de allí.

—Tan solo he hecho mi trabajo, no tiene el mérito que me estás dando —contesté.

—¿Qué no? No es tu trabajo, esto es algo que, ni tenías porqué hacer ni te correspondía, pero le ha salvado la vida a mi amigo, a mi socio, a mi hermano sin ser de mi misma sangre —esta vez fue Albert el que habló.

—Bueno, pues si ustedes lo pensáis así, creo que no voy a conseguir que cambiéis de opinión. Ahora, si no me necesitáis para nada más, me marcho a mi casa, que me está esperando la niña y no quiero que se despierte y no me vea allí —les dije. Iba a llamar a un taxi, cuando James me paró.

—Tracy, espera. No llames a nadie, que tengo ahí el coche y te acerco. Encima de que te hemos sacado de la cama no voy a dejar que te marches en un taxi — dijo, y los demás asintieron, montándose en el coche del agente, que también estaba allí aparcado.

—No hace falta, de verdad. Si me puedo ir en un taxi y así no te desvías y puedes sacar a Bryan antes de allí —Le dije.

—Antes tienen que detener a los tres guardaespaldas, y eso llevará un buen rato. Me da tiempo de llevarte a casa y hasta tomarme un café contigo, que ahora ya no tienes excusa, ya no soy tu casero —me dijo, guiñándome un ojo.

—James, ya te lo he dicho. Me pareces un hombre muy interesante, pero no eres mi tipo. No puedo negar que estás como un queso, pero es que yo soy más de jamón, lo siento —le dije, con una sonrisa, y él estalló en una carcajada.

No era la primera vez que se me insinuaba, ni que intentaba invitarme a salir, pero es que, por muy guapo que fuera, que lo era, no me encendía esa chispa que necesitaba, y que sí lo hacía otra persona, aunque fuera prácticamente imposible que se fijara en mí, ya que nos separaban muchas cosas.

—No te creas que no me he dado cuenta de que el jefe supremo te hace tilín, y no porque hayas hecho esto por él, que tengo claro que lo harías ante cualquier injusticia, sino por la manera en la que hablas de él —me dijo, aceptando su derrota.

—Tilín, dice. Me hace tilín, tolón, y hasta tulún. El problema es que no jugamos en la misma liga, vamos, no tenemos ni el mismo árbitro — contesté, y volvió a soltar una carcajada.

Llegamos así, entre charlas y bromas, a la puerta de mi edificio, donde nos despedimos con un abrazo y un beso en la mejilla, y subí hasta mi piso, donde Audrey continuaba dormida.

—No se ha movido durante toda la noche — dijo mi vecina, a la que le estaría eternamente agradecida.

—Muchísimas gracias, señora Harper. Ahora me voy a tomar un café doble, porque no he pegado ojo en toda la noche, y ya está casi amaneciendo. Si el tiempo se sigue portando bien, la bajaré al parque a jugar un rato, antes de que pregunte por su padre —le dije a mi vecina, que se sentó en la cocina a

tomarse uno conmigo, y saqué unos bollitos que había comprado la tarde anterior.

—Yo he echado mi sueñecito en el sofá, no te lo voy a negar. Y con eso, estoy como nueva, así aguanto todo el día otra vez — contestó ella, que cada vez dormía menos.

Estuvimos en la cocina las dos charlando, y en ningún momento me preguntó que era eso que había llevado a mi amigo a esta situación, no le salía. Eso era lo que más me gustaba de ella, que jamás, le pidieras lo que le pidieras, te pedía explicaciones para hacerlo, lo hacía y punto.

Escuchamos unos pasitos por el pasillo, y apareció Audrey, con los pelos como una loca y los ojitos casi pegados, pero con esa sonrisa en los labios que no se le quitaba nunca de esa carita.

—Bueno, como ya estás acompañada, me marcho a mi casa, que tengo mucho que hacer — dijo, dándole un beso a Audrey en la cabecita al pasar por su lado.

—Pero bueno, si ya se ha despertado la princesa de la casa. ¿Quieres una leche con cacao calentita? —le pregunté, porque no sabía que era lo que le gustaba desayunar.

—Sí, por favor, y un bollito de esos. Mi madre no me deja comer estas cosas, dice que de mayor se me va a poner el culo gordo, pero mi padre me defiende y me lo da —me dijo, y algo se me removió por dentro. Me cagaba en sus castas, aunque ya no estuviera en este mundo.

—Pues yo te voy a poner una taza grande y como tu padre te deja, te comes todos los bollitos que quieras —dije, metiendo la taza con la leche en el microondas.

—Lo extraño es que no esté aquí buscándome, a lo mejor es que está esperando a que mi padre salga del ascensor para darle la bronca, como siempre. ¿Puedo llamarla para decirle que me quiero quedar aquí contigo? No me gusta estar con ella cuando está enfadada con mi padre, porque me hace daño —cuando me dijo eso, casi me caigo en redondo.

—Cariño, ven, que tengo que contarte una cosa —le dije, y la senté en mi regazo. —Verás, a tu mamá no podemos llamarla, porque no podrá contestar.

—¿Tan enfadada está con mi padre que no quiere ni contestar al teléfono? Porque entonces, verás la que me espera, mejor que ni hable, porque por cualquier cosa saca la mano de paseo — dijo la niña, con humor, pero también con dolor en sus ojos.

—No es eso, mi amor. Tu mamá ya no va a volver, se ha ido al cielo, y ahora estará en una estrella velando por ti —le dije, pues me negaba a pensar que una madre no quisiera a su hija, debía estar trastornada, porque la niña era un encanto.

—¿Sabes? Lo siento porque ya no la veré más, pero así mi papá y yo podremos vivir más tranquilos. Porque mi padre lo pasaba mal cuando ella se ponía a decirle cosas muy feas, que luego me decía a mí también, y no me gustaba cuando se ponía así —con esas palabras, zanjó la conversación.

No hubo lloros, no hubo lágrimas, y eso me provocó una pena increíble, porque una niña siempre necesitaba a una madre, pero no a una como la que tenía, sino a una que la protegiera de todo el mal, que intentara que fuera feliz, y ella no lo hacía, por eso la niña no lo sintió de la misma manera en que lo haría otra en su lugar. Ella tan solo preguntaba por su padre.

Después de desayunar, nos vestimos, yo antes me di una ducha, mientras que ella veía los dibujos en la televisión. Nos abrigamos bien y nos fuimos al parque que había justo detrás del edificio donde vivía su tía.

Mientras que ella jugaba con otros niños, yo me senté en un banco a vigilarla, cuando vi que salió corriendo, llamando a su padre, y entonces lo vi. Me acerqué a ellos, y tras hablar algunas cosas importantes, como el tema de la madre, me abrazó, y juro por lo más sagrado que lo que sentí en mi interior no era ni medio normal.

Capítulo 11



BRYAN

No podía olvidar el olor de Tracy, la forma en la que trataba a mi hija y todo lo que había hecho por mí. Tenía sentimientos encontrados, por una parte, estaba tan a gusto con ella y me atraía tanto, que me moría por besar esos labios. Pero por otra, recordaba que mi mujer estaba todavía caliente, no habíamos podido hacer su funeral, ni siquiera repatriar el cuerpo, ya que todavía estaba la investigación abierta, y todo lo que sentía por Tracy se quedaba frenado.

A la señora Harper, que le encantaba el tema de la repostería, le llegó de mi parte un horno especial para ello, así como una docena de moldes especiales, y de una calidad excepcional, y me lo agradeció con una tarta de tres chocolates que hizo las delicias de mi hija.

A Tracy no sabía que regalarle, porque sabía que no me lo iba a aceptar, e invitarla a cenar no lo veía factible todavía. Le pedí el favor de que permaneciera en Londres hasta que pudiéramos marcharnos todos, asegurándole que se vendría con nosotros en el avión privado. No confiaba en dejarle a mi hija a nadie que no fuera ella, y aceptó sin tenerle ni que insistir.

Luke confesó, según él, fue un accidente, pero eso no se podía comprobar. Por lo visto, entre ellos la práctica sexual de casi asfixiar al otro mientras tenían sexo, era muy normal, por eso le tapó la cara con una almohada, cuando se la quitó, Candy no respiraba, pero lo que no cuadraba era que no

había indicios de que mi mujer hubiera practicado sexo en las últimas horas, con lo cual no terminaba de ser creíble.

Por supuesto, rompí mi contrato con esa agencia, contratando a otra de la que me hablaron muy bien, y que me dio una buena impresión cuando tuve la entrevista con su CEO.

Estábamos hablando de ello, cuando mi hermana me avisó para que encendiera la televisión, James Brown, mi abogado, había enviado el comunicado del que me habló al salir de comisaria.

"Mi representado, el señor Bryan Lee, quiere aclarar que no ha tenido nada que ver en la muerte, de manera violenta, de su esposa, la señora Candy Lee, encontrada muerta ayer por la mañana por una chica del personal del hotel en el que se hospedaban.

A pesar de que fue el primer sospechoso, por lo que fue detenido en su despacho de la sede londinense, fue puesto en libertad horas después, cuando se encontró al verdadero culpable.

No tiene nada que esconder, así que quiere manifestar que ambos estaban en proceso de divorcio, y que este viaje había sido un intento por salvar su matrimonio.

Pide, por favor, que tengáis la deferencia de no acosar a nadie de la familia, pues ya están sufriendo bastante."

Me gusto la manera que tuvo de encarar el problema, o más bien la situación, clara, concisa y sin adornos, que no se necesitaban para nada. Había dejado clara mi postura y explicado los motivos, sin dejar lugar a dudas de ningún tipo y sin exponer la intimidad de la que era mi esposa, puesto que no había dado datos de ningún tipo sobre la violencia ejercida en ella ni el hecho de que había sido su amante.

En ese momento, mi teléfono empezó a sonar, y vi que se trataba de los padres de Candy, que habrían llegado a Londres hacía pocos minutos, por lo que no dudé en cogerlo, pero lo que no me esperaba era su reacción.

—Eres un sinvergüenza que has llevado a mi hija hasta la muerte, pero la cosa no se quedará así, porque haremos todo lo posible por quitarte a mi nieta,

que no se merece vivir junto a un hombre con tan pocos escrúpulos —Me dijo, nada más ver que yo había contestado a la llamada.

—Si quisierais a vuestra nieta como decís, os interesaríais por saber como la trataba vuestra hija. No tenéis motivo para pedir su custodia, además de que no lo voy a permitir. No era yo la persona sin escrúpulos de lo que me acusáis, será mejor que antes, habléis con la policía y que os lo cuenten ellos.

—¿Qué van a contarme, que mi hija tenía un amante? Fue tu culpa que lo tuviera, porque no le hacías caso, la tratabas mal, y le ponías los cuernos con unas y con otras.

—Si seguís por ese camino, no dudaré en acudir a los tribunales, no podéis demostrarlo porque no es cierto. Y si me llamáis para esto, no tengo nada más que hablar con ustedes —les dije, y colgué la llamada.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que se enteraran de donde estaba la niña y con quién, y fueran allí para llevársela, y casi me vuelvo loco. Por todo ello, me levanté de mi escritorio, me puse la chaqueta y el abrigo, y salí de allí como los locos, encontrándome a Albert por el pasillo.

—¿Le ha pasado algo a Audrey? — preguntó, preocupado.

—Sus abuelos, eso le ha pasado. Los que eran mis suegros acaban de llegar a Londres, y me han amenazado con quitarme a la niña. Por lo visto, yo soy el culpable de todo, hasta de que su hija tuviera un amante, y me da miedo de que se enteren dónde está la niña y se la lleven —le conté, pero sin pararme, yendo hacia el ascensor.

—No creo que sean capaces de hacer algo así, pero será mejor que vayas a comprobarlo. Más vale prevenir que curar — contestó, y asentí con la cabeza.

El coche no me hacía falta, ya que mi hermana vivía a pocos minutos andando del edificio de la sede de la empresa en esa ciudad, por lo que me fui a paso ligero. El hotel lo habíamos dejado, y estábamos parando en casa de Alison, que tenía sitio de sobra, pero mi hija se empeñaba en dormir con Tracy, y a mí no me importaba, porque así no tenía que levantarla temprano cuando nos íbamos a la oficina.

Me recompuse como pude cuando llegué al portal del edificio donde vivía. Esperaba que no hubiera salido con la niña a ninguna parte, a pesar de que llevábamos unos días que el sol brillaba tímidamente, y solían ir al parque.

—Tracy, soy Brian, ¿me puedes abrir, por favor? — dije, cuando contestó a mi llamada al telefonillo.

—Claro, no te voy a dejar en la calle. Si te parece, me lo cuentas por aquí. Desde luego, jefe, tienes unas cosas de bombero jubilado… — dijo, y solté una carcajada.

Después de todo lo que había pasado, le dije que me tuteara y me llamara por mi nombre, aunque esto último no lo había conseguido. Para ella era "jefe o jefe supremo", cosa que a mí me hacía mucha gracia.

Subí hasta su piso, y ya me estaba esperando con la puerta de su casa entornada, y ni pedí permiso, cuando la había dejado así era porque quería que entrara. Al abrir, me encontré a mi hija que la estaba maquillando y le había puesto los pelos como un nido de gaviotas, y no me pude reprimir la carcajada.

—¿Se puede saber de qué te ríes, jefe? Bien guapa que me está dejando mi niña — dijo, guiñándome un ojo. Lo que no sabía ella era que estaba guapa hasta con un saco de patatas a modo de vestido.

—Por favor, ni en las pasarelas de Milán salen las modelos tan favorecidas — contesté.

Las dejé que continuaran un rato así, hasta que Audrey dijo que se iba a su cuarto a jugar con su muñeca, momento en el que Tracy me dijo que la dejara un minuto para volver a ser ella, perdiéndose por el pasillo.

Cuando escuché el agua de la ducha caer, tuve que reprimir mis ganas de ir hasta allí y compartir la ducha con ella, a pesar de que entre nosotros no había habido ni un mísero beso, pero cada vez la deseaba más. Me di cuenta de las dimensiones que había tomado mi miembro con esos pensamientos, y me puse a pensar en otra cosa, no quería que, al salir, me viera de esa guisa.

—Ya estoy aquí, ahora cuéntame que te ha hecho venir hasta aquí con esa premura, porque se notaba que venías casi corriendo —me dijo, y al llegar hasta mí, olí de nuevo el aroma de su champú, ese que se había vuelto una obsesión para mí.

—Los abuelos de Audrey, los padres de Candy están en Londres. Han venido para saber de lo ocurrido con su hija, y me han amenazado con quitarme a la niña —le conté, me miró y soltó una carcajada.

—¿Crees que yo dejaría que se la llevaran? Por encima de mi cadáver, chaval. Si su madre era así con ella, no me quiero ni imaginar como la tratarían sus abuelos — dijo, como si tuviera toda la lógica del mundo.

—Pero tú no eres de su sangre, y la niña está a tu cargo. Ellos podrían alegar mil cosas para llevársela, y entonces me costaría la misma vida volver a tenerla conmigo —le dije, para que entendiera la magnitud de la situación.

Ni cinco minutos llevábamos, cuando llamaron a la puerta, y me quise morir, pensando que eran los abuelos, pero no se trataba de ellos, sino de James, mi abogado.

—Buenas tardes, Bryan, he ido a buscarte a la oficina y Albert me ha dicho que podía encontrarte aquí. Tengo una buena noticia. Puedes volver a casa cuando quieras —me dijo, y no os podéis imaginar el alivio que sentí por el cuerpo.

—Pues, ahora mismo preparo todo y salimos esta misma noche. No quiero estar aquí ni un minuto más. ¿Se sabe algo del cuerpo de Candy?

—Los padres han solicitado su repatriación, ellos han dicho que se encargarán de todo. También han intentado que le dieran la custodia temporal de Audrey, pero el juez lo ha denegado, alegando que tiene a su padre vivo y que nada ha tenido que ver con la muerte de su hija.

En ese momento me puse a llorar como un bebé, sabía que irían en mi contra y que actuarían como tal, pero no me imaginaba que lo harían tan pronto, con tanta premura. Ahí se vio que actuaban con maldad, y no me iba a

quedar quieto, me encargaría de que no tuvieran contacto con mi hija, aunque fuera lo último que hiciera.

—Audrey, mi amor, ve recogiendo que volvemos a casa — dijo Tracy a la niña, gritando por el pasillo, y me hizo sonreír.

—Es única, cuídala bien y trátala como se merece —me pidió James, y me di cuenta de qué sentía algo por ella, pero no fue correspondido.

—No dudes que lo haré y, si ella me lo permite, muy pronto intentaré que no se quede en la amistad que tenemos — dije, pero me callé al ver que venía con mi hija de la mano.

—Jefe, la niña y yo ya estamos listas, nos podemos marchar cuando quieras.

—Perfecto, vayamos todos a casa de Alison, llevad vuestras cosas, que vendrán a recoger todo en una hora. Voy a avisar a Albert, porque creo que él se quedará unos días más para terminar de solucionar lo que nos queda en la empresa — contesté.

James nos ayudó con todo lo que tenían que llevarse, más mi hija que ella, que tan solo llevaba una maleta con su ropa, el resto de sus cosas ya estaban en Nueva York, la empresa con la que trabajamos se había encargado de ello.

Nos despedimos de James, que quedó en avisarme del día del juicio, al que tendría que acudir como testigo, al igual que Tracy, que tendría que testificar como se recuperaron las imágenes.

Capítulo 12



BRYAN

Tal y como había pensado, Albert decidió quedarse toda la semana en Londres, y así ultimar los detalles de los cambios que teníamos que hacer en la empresa, mientras que nosotros ya teníamos todo preparado para marcharnos de nuevo a Nueva York.

Íbamos los tres en el coche, en silencio, pero no era un silencio incómodo, sino todo lo contrario. Era uno reconfortante, de saberse tranquilo, de haber descubierto toda la verdad, aunque tengo que reconocer que dolió como el demonio, y no porque siguiera enamorado de mi esposa, sino porque no me esperaba una traición así.

Era un viaje largo, aunque por suerte, mi avión contaba con todas las comodidades a bordo, desde una amplia cama donde descansar hasta Internet, por lo que podíamos ver alguna película en su enorme pantalla.

—Cuando lleguemos a Nueva York seguro que hay prensa esperándonos, sobre todo, después del comunicado que ha lanzado James a los medios —le dije a Tracy, advirtiéndola para que no se asustara.

—Si piensas que eso me va a asustar, vas listo. Tú no sabes lo que es vivir en un orfanato durante toda tu vida, eso sí que da miedo y no cuatro tipos con una cámara y un micro — contestó.

—¿Has vivido en un orfanato? ¿No tenías familia? —pregunté, aunque recordaba vagamente que algo me había contado, pero, la verdad, no le presté mucha atención a sus palabras.

—Mis padres murieron cuando yo era muy pequeña, y ninguno de la familia se quiso hacer cargo de mí, así que entré en el orfanato de un pueblo de Londres. Los primeros días fueron horribles, y los recuerdo como si me hubiese sucedido ayer mismo, por mucho que quiera olvidarlo. Las burlas eran constantes, ya que mi familia era de buena posición, bueno, en realidad la de mi padre, porque mi madre no tenía nada. Pero el dinero no sirvió para que me quisieran, ya que repudiaron a mi madre, por no tener la clase social que ellos poseían y, por lo tanto, yo tampoco era digna de estar en esa familia.

—No me lo puedo creer. ¿Antepusieron la posición social antes que al cuidado de alguien de su sangre? —pregunté, con un nudo en el pecho.

—Pues sí, por eso, cuando cumplí los dieciocho, vinieron a buscarme para decirme que no me pensaban dar ni un penique de la herencia que me correspondía, como si yo quisiera algo — contestó con mucho orgullo.

—Pero era tuyo, es tuyo, no tenías por qué renunciar a ello, te hubiera facilitado todo en la vida — respondí, sin entender muy bien porqué lo había hecho.

—No estoy acostumbrada a que la vida me lo ponga fácil, más bien todo lo contrario. Para mí, es una satisfacción saber que todo lo que tengo lo he conseguido yo, no me lo ha regalado nadie, y eso me vale más que el dinero.

Entonces la entendí, para ella, el dinero tan solo era un medio de vida, algo que le servía para poder vivir y seguir adelante, pero no lo veía como una ambición, no quería almacenar dinero para lujos, y eso me fascinó aún más de ella.

Mi niña estaba sentada en una de las butacas del avión, viendo dibujos animados, pero en un momento determinado, se quedó dormida, y ella, Tracy, se dio cuenta. Se levantó, reclinó el asiento hacia detrás y le echó una manta, acomodándola como si fuera una madre, y tuve que apartar la vista, porque se me saltaron las lágrimas.

¿Qué hubiera pasado si su madre hubiera actuado así con la niña? ¿Habríamos llegado a divorciarnos o seguiríamos unidos como al principio? Todo ello estaba revoloteando por mi cabeza cuando noté su mano encima de la mía.

—Un penique por tus pensamientos — dijo, y el solo tacto de su piel me provocó un escalofrío por el cuerpo.

—Pues estaba pensando en Candy, en qué hubiera sucedido si ella hubiera actuado con la niña igual que lo has hecho tú hace un instante — respondí, con toda la sinceridad del mundo.

—Supongo que no le gustaban los niños, aunque déjame decirte que, para hacer con una niña lo que ella le hizo a su hija, hay que tener el corazón muy negro — contestó, sin pelos en la lengua.

—Antes no era así, éramos una pareja normal, que hacíamos lo que cualquier pareja, pero en cuanto se enteró que estaba embarazada, la cosa cambió. Para ella, que yo siempre estaba con una amante, pero te juro por mi hija que jamás le fui infiel, ni siquiera de pensamiento.

—Debía tener algún problema mental, si no, no me cabe en la cabeza. ¿Cómo puedes tirar por la borda un matrimonio y una familia por un tipo como ese con el que estaba? Yo daría lo que fuera por poder vivir algo así, y no me malinterpretes, que me refiero a sentirme querida por alguien más que no sea Andy.

—A ti te quiere todo el mundo, Tracy, no puedes decirme que no.

—Pero no de la manera que yo quiero que me quieran. Si te soy sincera, tan solo he tenido una relación en mi vida, creí que era mi príncipe azul, pero al cabo de los meses, destiñó, convirtiéndose en la rana que era. Desde entonces, no he vuelto a estar con nadie.

Me quedé ojiplático, no me podía imaginar que Tracy fuera casi virgen a la edad que tenía. ¿Tan solo una relación? ¿No había estado con nadie siendo como era? Algo me chocó, pero no quise ahondar más.

—Es tu vida y es tu cuerpo, y nadie tiene que decirte como vivirla o qué hacer con él —le respondí, algo contrariado.

—La gente puede pensar que soy idiota, por no haber tenido nunca una aventura de una noche, pero es que yo no soy así, yo no concibo el sexo sin amor, y hasta ahora, no he encontrado al hombre del que enamorarme, o si lo he hecho, porque no te lo voy a negar que empiezo a sentir algo por una persona, sé que es un imposible, no estamos al mismo nivel — dijo, y la entendí, pero esta última parte me dolió como si me clavaran un hierro ardiendo.

—No puedes decir esas cosas, Tracy, no tienes que estar al nivel de nadie…

—Créeme que sí. Si mi propia sangre no me quiso, ni quiso a mi madre por no tener estatus social, ¿la familia de esa persona me va a querer a mí? No, me verán cómo alguien que quiere la fortuna de su hijo o de su hermano, como la usurpadora que viene a sustituir a su esposa, y eso sí que no lo consentiría, que se apartara de ellos por mi culpa, porque luego, todo serían reproches.

—Pero no debe importarte lo que opine la familia de la persona de la que estás enamorada, tan solo lo que piense él —intentaba convencerla.

—Sé que es difícil de entender mi postura, pero créeme cuando te digo que sería lo mejor.

Me iba a costar un mundo que accediera a tener algo conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que no pensaba empezar nada de inmediato, antes necesitaba aprender a estar un tiempo solo, a sanar las heridas que la actitud de Candy me había provocado, pero no iba a cejar en mi empeño.

Nos mantuvimos en silencio un rato, hasta que, al volver la cara, me la encontré completamente dormida, así que hice lo mismo que hizo ella con mi hija, le recliné el asiento y la tapé con una manta. Podría haberle dicho que se fuera a la cama que había al fondo del avión, en una habitación que habilité para estos casos, pero quería tenerla cerca.

Caí en la cuenta de que la pobre se había llevado todo el día anterior jugando con mi hija, y toda la noche pendiente de ella, así que tendría que estar rendida, por lo que la dejé dormir.

No podía apartar mi mirada de ella, tenía algún tipo de magnetismo que, hasta dormida, me hacía mirarla. Me gustaba mucho, y podía decir que había llegado a enamorarme de ella, además de que mi hija la adoraba, y no podría encontrar a otra mujer mejor.

Abrí el portátil y me puse a trabajar un poco. Cuando llegara y dejara a la niña en casa y a Tracy en la suya, me iría a la oficina para ver como había ido todo en los días en los que había estado fuera.

Las horas habían pasado más rápido de lo que yo pensaba, y el comandante nos avisó de que estábamos a punto de aterrizar, por lo que desperté a las dos, para que pusieran el asiento en posición vertical y se abrocharan los cinturones.

—Vamos, chicas, que ya estamos llegando a casa —les dije, y ambas se miraron sonrientes.

—Tracy, yo no quiero que, ahora que hemos vuelto a casa, no nos volvamos a ver — dijo mi hija, casi llorando.

—No te preocupes, mi amor, que eso no va a pasar. No podremos vernos tanto como hasta ahora, porque me toca empezar a trabajar, pero te prometo que los sábados, si tu papá me lo permite, iré a recogerte y pasaremos el día juntas —le dijo ella, amorosamente.

—¿Todos los sábados? ¿Sin faltar ninguno? —insistía mi hija.

—Absolutamente todos, sin excepción — respondió ella, y mi hija se lanzó a sus brazos.

—Audrey, venga, siéntate y abróchate el cinturón, que no queremos que tengas un accidente —le dije, y es que ver a las dos abrazadas, me provocaba un nudo en el estómago que no quería tener.

Cuando aterrizamos en la pista privada, ya nos estaba esperando una furgoneta, porque con todas las cosas que llevaba Audrey, en un coche no iban a caber, en la que se llevarían nuestro equipaje, y otro coche en el que iríamos nosotros.

Habíamos volado sin guardaespaldas, ya que la seguridad la habíamos contratado en casa, en Nueva York, y ahora sí que estaban aquí para protegernos.

—La prensa nos seguirá al salir y, seguramente, la tendrás en la puerta de tu casa durante unos días, por eso, tómate lo que queda de semana libre, hasta que vuelva Albert —le dije, y me miró algo decepcionada.

—No te preocupes, no iré por la oficina ni me acercaré a vosotros hasta que no vuelva Albert — contestó, en un tono que evidenciaba su decepción.

—No es por lo que estás pensando, y te lo voy a demostrar, pero ahora no, ahora necesito poner en orden mi vida…

—Y yo no tengo cabida en ella, ya lo sé. Soy solo una empleada, no lo he olvidado. Será mejor que me vaya en un taxi —dijo, bajándose del coche y cogiendo su maleta.

¿Debería haber salido detrás de ella? Pues sí. ¿Lo hice? En absoluto. No me preguntéis el motivo, porque no sería capaz de dar una razón coherente, simplemente no me moví, y sabía que eso me iba a pesar en el alma, pero a ambos nos vendría bien la distancia de esos días.

Efectivamente, al salir, la prensa estaba allí apostada, y cuando nos vieron salir, las preguntas se sucedían una tras otra, a pesar de que llevaba las ventanillas subidas. Por lo que pude escuchar, ya se había filtrado la noticia de que mi esposa había sido asesinada por su amante, mientras que llevaban a cabo una práctica sexual, digamos que poco ortodoxa, y que se encontraba embarazada de él.

No sabía quién había filtrado todo eso a la prensa, y no me hizo ni pizca de gracia, no por lo que pudiera suponer para mi imagen, que sería la de millonario cornudo, sino por el daño que esos comentarios le podían hacer a

mi hija que, de momento, estaba ajena a todo y no prestaba atención a las palabras de la prensa.

Capítulo 13



TRACY

Abrí mi corazón al máximo en ese avión, sabía que tenía que ser así, pero no por eso me dolió menos el comentario que Bryan me hizo en el coche. Me dio la impresión de que se avergonzaba de mí, y esa sensación ya la conocía demasiado bien, y no pensaba pasar por eso otra vez.

Todo ocurrió unos años atrás, cuando conocí a Logan. Él era atento y cariñoso, pero de una familia que tenía demasiado dinero, y en la que yo no encajaría, pero no lo supe ver en su momento.

Al principio, me parecía normal que no quisiera que conociera todavía a nadie de su entorno, ni a sus amigos ni a compañeros de trabajo. Pensaba que era demasiado pronto para eso, a pesar de que él, sí que conocía a todos los que me rodeaban. Ni siquiera sabía dónde vivía, porque cuando intimábamos, lo hacíamos en mi casa.

No salíamos a penas de fiesta, si quedábamos para salir a cenar o a tomar una copa, siempre lo hacíamos en algún lugar fuera de la ciudad donde vivíamos, y en lugares recónditos, donde no nos pudiera ver nadie. Según él, era para estar tranquilos y que no nos molestara nadie.

Pero una noche, me dijo que no podía venir, que se encontraba con fiebre y necesitaba tranquilidad. Me ofrecí a ir a su casa a cuidarlo, y me dijo que no, poniendo como excusa que podría contagiarme y no me vendría bien trabajando y estudiando como me encontraba en ese momento. Lo creí, no sé

si porque en realidad necesitaba creer que se preocupaba por mí o porque era así de verdad.

Estaba en casa, sola y aburrida, porque Andy había salido con un chico, y encendí la televisión, donde estaban echando un programa de corazón. No solía ver ese tipo de programas, me repateaban que llevaran la vida de la gente al dedillo, sin dejarles la intimidad que todo el mundo se merece, y entonces lo vi.

Era una fiesta de cumpleaños de alguien de la alta sociedad, y que resultó ser su mejor amigo, del que yo no había escuchado ni hablar, e iba con una rubia espectacular colgado del brazo.

—Ya lleváis muchos años juntos, Logan. ¿Para cuándo la boda? — preguntó una de las periodistas.

—Uy, somos muy jóvenes para eso, además de que, estamos aquí para celebrar el cumpleaños de mi mejor amigo, de mi hermano que no es de sangre, yo no soy el protagonista —le contestó con una sonrisa, como si mis sentimientos le importaran cero o nada.

—¿Nos podríais regalar, aunque sea un beso? — preguntó la reportera y él, sin importarle nada, la besó. No fue un simple roce de labios, para nada, fue un beso de esos que te encienden hasta el alma, y me derrumbé.

Esa noche lloré lo más grande, y me dije a mí misma que lo enfrentaría, necesitaba que me dijera a la cara eso que yo ya sospechaba, pero que quise ignorar pensando que eran alucinaciones mías. Y lo hice, al día siguiente, lo llamé, como si no supiera nada, y quedé con él en una cafetería a la que solíamos ir y que, como no, estaba en el culo del mundo.

—Hola, amor, ¿qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara? — preguntó, dándome un beso en la mejilla, que no correspondí.

—Parece que tu fiebre ha desaparecido del todo. Lo mismo no era fiebre como tal, sino que estabas más caliente que el palo de un churrero y la rubia de anoche te quitó la calentura. ¿Pensabas que no me iba a enterar? —le reproché, rompiéndome el alma por dentro.

—¿No decías que no veías ese tipo de programas? — preguntó, riendo, y lo que dijo a continuación, se me clavó en el alma —¿Pensabas que te iba a llevar a ti? Deja de leer historias románticas, que eso nada más que pasa en las películas y en ese tipo de novelas. La camarera huérfana, criada en un orfanato, que se enamora del chico guapo y millonario que la saca de la pobreza más profunda… — dijo, mirándome a los ojos, y soltó una carcajada.

—Eres un hijo de puta. No se juega con los sentimientos de las personas —le dije, con un dolor en el alma del que no sabía cómo me iba a recomponer.

—Como si tú no supieras que te llevaba a esos sitios apartados para que nadie me viera contigo. No puedo negar que me lo he pasado muy bien contigo, en la cama y fuera de ella, pero tú también has sacado tajada de todo esto. Los regalos, las cenas en sitios que no podrías pagar en tu vida. Si quieres, podemos seguir así, viéndonos de vez en cuando y teniendo sexo, que en eso nos compenetramos muy bien y puedo ser muy generoso contigo, como ya has comprobado —dijo, y algo me subió por el estómago, provocándome una arcada, me estaba tratando como a una puta.

—No voy a ser la otra de nadie, y mucho menos su puta, como me estás ofreciendo. Para eso, búscate a otra —le dije, y me levanté, pero él tenía que decir la última palabra.

—Como si pudieras aspirar a algo mejor… Sigue sirviendo mesas, que será a lo que te dediques toda la vida, y aspira a casarte con un mecánico o algo por el estilo. Con tu pasado y tu vida, no tendrás otra cosa — contestó, y le di un tortazo, saliendo de allí con toda la premura que fui capaz de alcanzar.

En ese momento me juré a mí misma que no volvería a estar con nadie que tuviera dinero, que no estuviera a mi nivel, y me puse un escudo contra los hombres.

Intenté enamorarme de nuevo, pero siempre encontraba un porqué que no me gustaba en cada hombre en el que me fijé. Cuando James me invitó a salir, lo rechacé por lo mismo, no quería volver a tener que esconderme de la sociedad, y eso era lo que iba a pasar.

Y ahora, ahora me fijaba en el único hombre que no me convenía y que, para más cliché, era el CEO de la empresa en la que trabajaba, acababa de pasar por el asesinato de su mujer, estando en el ojo del huracán, y tenía una hija a la que le había cogido muchísimo cariño. Tenía que quitármelo de la cabeza, sí o sí, a como diera lugar, pero no podía prescindir de mi trabajo, había luchado mucho por llegar hasta aquí, así que procuraría no cruzármelo por los pasillos de la empresa.

El taxi me dejó en la dirección que le había indicado. No era un barrio malo, pero tampoco la panacea del lujo, aunque se veía bastante seguro. Mi amiga vivía en una casita unifamiliar, como todas las que había en la zona, parecía muy familiar, y eso me gustó. Estaba bastante lejos de la empresa, por lo que me tendría que comprar un coche, o me llevaría bastante tiempo llegar al trabajo.

No le había dicho a Andy que iba de camino, así que no sabía si estaría en casa. Si no estaba, pues la esperaría en la puerta, sentada en el pequeño porche que tenía.

Me disponía a llamar a la puerta, cuando esta se abrió de repente, encontrándome con Andy de la mano de un chico.

—¡Tracy! —gritó, lanzándose a mis brazos.

Lloramos las dos, abrazadas fuertemente y sin poder soltarnos. Cuando lo hicimos, me fijé en el chico que estaba con ella, que me miraba sonriente.

—Yo soy Alex, un amigo de Andy —me dijo, y la miré con una ceja arqueada.

—Nos estamos conociendo, es un compañero de trabajo, de otro departamento — dijo ella, incapaz de guardarme un secreto.

Me dijo que se tenía que marchar a trabajar, pero que volvía a las cinco, que cenaríamos juntas y nos pondríamos al día. Había notado mi semblante y sabía que le tenía que contar muchas cosas. Éramos un libro abierto la una para la otra, no teníamos dobleces ni secretos, lo sabíamos todo.

Subí hasta donde me dijo que estaba mi habitación, y en la que estaban todas mis cosas. Me puse a desembalar las cajas, a ordenar el armario, que era bastante grande para la ropa que yo tenía, la verdad. Tenía dos puertas enormes que, al abrirlas, mostraban un espacio amplio, con cajoneras y zapatero, así como unas barras para colgar la ropa.

En una de las puertas guardé todo lo de invierno, y en la otra, todo lo de verano. La temperatura en Nueva York era muy parecida a la de Londres, salvo que mi ciudad natal, en verano, no tenía tanto sol ni hacía tanto calor como aquí. Cuando terminé, abrí la caja de los libros, y los coloqué en la estantería que había en la habitación, así como mis artículos de aseo en el baño que tenía. Según pude comprobar, las dos habitaciones contaban con cuarto de baño privado, y luego había otro más pequeño en la planta baja, detrás de la pared de la cocina.

La planta baja era de concepto abierto, excepto ese pequeño aseo y el cuarto de lavado, que estaba al otro lado de la cocina. Como sabía que Andy vendría temprano, me dediqué a hacer la cena, para que cuando viniera ya estuviera lista, y de ahí comería yo también algo a mediodía. No es que tuviera mucha hambre, pero no podía estar sin comer hasta la noche, que ni siquiera había cenado la noche anterior ni desayunado esta mañana.

Me di una ducha rápida, me planté un pijama gordito, total no pensaba moverme a ninguna parte, y mis calcetines de andar por casa, esos de pelitos con la suela antideslizante. Me negaba a llevar zapatillas en mi casa, me encantaba la libertad que me ofrecía sentir el suelo bajo la planta de los pies. Nunca, estando en el calor de mi hogar, llevaba ni zapatillas ni sujetador, era como un acto de rebeldía contra la sociedad y la obligación de ir vestida que teníamos en el orfanato.

Me metí en la cocina, preparé una sopa de pollo que salió deliciosa, así como unos filetes de solomillo que encontré en la nevera, y que haría a la plancha con unas patatas panaderas como guarnición.

Con todo listo, me senté en el sofá del salón. Mi primera intención fue encender la televisión, pero no quería que me pasara como con Logan, que lo que viera me hiciera daño, así que cogí mi libro electrónico y continué con la lectura que había dejado a medias.

Tanto me sumí en el argumento de lo que estaba leyendo, ni siquiera me di cuenta de la hora que era, hasta que noté a Andy sentada a mi lado. No hizo falta que me dijera nada, en el momento en el que sus ojos se cruzaron con los míos, rompí a llorar, refugiándome entre sus brazos.

No me habló, no articuló palabra alguna, tan solo me dejó mi tiempo para que me desahogara, para que tuviera las fuerzas necesarias para contarle aquello que me tenía así.

—Me he enamorado, Andy, y no es la persona adecuada para mí — dije, de sopetón.

—¿Por qué dices eso, Tracy? — preguntó.

—Porque es el CEO de mi empresa, al que insistí hasta que me dijo que si al traslado, el que se vio metido en un calabozo acusado de matar a su mujer, el padre de una niña preciosa que me tiene cautivada, pero que no está al mismo nivel social que yo — dije, dejando que las lágrimas cayeran libremente.

—¿Todavía estás con eso, amiga? El dinero no hace a la persona, y no todos los millonarios son igual que Logan — dijo, muy seriamente.

—No puedo permitir que me rompan de nuevo como él lo hizo, Andy. Si me pasara, no sabría cómo salir del pozo.

—¿Vas a dejar escapar tu felicidad por culpa del miedo? No te creía una cobarde — dijo, y me hizo pensar en ello.

Capítulo 14



TRACY

Mi amiga me contó que se encontraba muy a gusto con Alex, pero que no era nada serio, no se había enamorado ni nada por el estilo. Cenamos entre bromas y chismes, le conté como James había ayudado a salir del calabozo a Bryan, y como yo, junto con el abogado, encontré las imágenes que dejaban ver al verdadero culpable del asesinato.

—Quizás he confundido su actitud, Andy. Lo mismo y no está interesado en mí, sino que es como una especie de agradecimiento por todo lo que he hecho por él y por la niña —le dije, después de contarle la manera en la que Bryan me había tratado.

—Eso te lo diré en cuanto lo vea, que espero que no sea dentro de mucho tiempo — dijo mi amiga, y levanté la ceja derecha.

—Sigue soñando, amiga. No pienso tener nada más que un trato laboral con él. ¿Sabes lo que más me duele de todo esto? Que le prometí a Audrey, su hija, que la recogería todos los sábados para pasar el día juntas, y voy a tener que faltar a mi promesa.

—¿Y por qué tendrías que hacer eso? Tú siempre dices que los niños no tienen por qué pagar las diferencias que haya entre los mayores, así que no hagas eso que siempre criticas —me soltó, con toda la razón del mundo, porque eso era algo que siempre me había repateado.

—No es lo mismo, Andy. En este caso estamos hablando de la hija del jefe supremo. ¿Crees que, ahora que está en su casa, en su ambiente, va a dejar que me lleve a la niña?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Ya te la dejó en Londres, casi sin conocerte, y vio la manera en la que tratabas a su hija, la conexión que se ha creado entre las dos…

—Pero lo hizo porque no tenía otra opción, amiga. Aquí tiene a su niñera, a sus abuelos paternos, al personal del servicio. Estoy segura de que, en cuanto que lo llame para decírselo, me pondrá una excusa para que no lo haga, me juego contigo lo que quieras.

—Llámalo. Dile que pasarás por la niña el sábado a las once, que yo te acompañaré, y así de camino lo conozco — dijo mi amiga, guiñándome un ojo.

Tomé mi móvil de encima de la mesa, y marqué su número. Esperé, un tono, dos tonos, tres tonos, y no lo cogía. Cuando menos me lo esperaba, contestó.

—Bryan Lee al aparato —dijo, como si no hubiera mirado la persona que llamaba.

—Bryan, soy Tracy. Te llamaba para decirte que el sábado a las once pasaré por tu casa a recoger a la niña con mi amiga Andy —le dije, y lo escuché resoplar.

—No es buena idea, Tracy. La puerta de mi casa está plagada de periodistas, así que me la voy a llevar a casa de mis padres, tanto ella, como yo, necesitamos estar un tiempo a solas para asimilar todo esto — dijo, y miré a mi amiga. Tenía razón, y eso dolió.

—Lo siento, no tenía que haber llamado, que lo paséis bien — dije, y corté la llamada, sin esperar respuesta.

Andy me miró, no sabía que decirme, y preferí que no lo hiciera, que no hablara nada, era lo mejor para todos. Recogimos la mesa en silencio y,

cuando estuvo todo recogido, me fui a la cama a seguir leyendo, por lo menos así no tendría a Bryan en la cabeza.

—¿Por qué no sales con Alex un rato? —le dije a Andy, cuando estaba a punto de subir las escaleras.

—Porque hoy es tu día, me necesitas a tu lado, y por mucho que te empeñes, no te voy a dejar sola, hoy no, quizás mañana — dijo, y supe que siempre estaría ahí para mí.

El resto de la noche la pasamos juntas, abrazadas en la cama, sin decir nada, porque no hacía falta. Contaba con ella y sabía que tenía su apoyo en todo lo que decidiera, así que las palabras sobraban en un momento así.

Al despertarme, Andy ya no estaba a mi lado, se había marchado a trabajar, pero me había dejado una nota junto a la cafetera.

Me tengo que ir al trabajo, pero te dejo café recién hecho y bollería de la panadería del barrio, que está de muerte. Te espero para comer en mi oficina a las doce y media, así que, date patadas en el culo para estar lista. Te quiero. Andy, tu amiga del alma.

Esa nota me sacó una sonrisa, fue inevitable. Miré el reloj y eran las ocho menos diez, tenía tiempo de sobra para desayunar tranquila, darme una ducha y arreglarme para ir a comer con mi amiga. En Internet había visto varios concesionarios de vehículos de segunda mano y, con lo que me había pagado el juzgado por lo de las imágenes del hotel en el caso de Bryan, tenía suficiente para comprarme uno que no estuviera demasiado mal.

El que me gustaba, entre todos los que vi, estaba en un concesionario que había cerca del edificio de la oficina de mi amiga, así que le diría que me acompañara a verlo, por si me interesaba, comprarlo ya.

Pedí un taxi por la web, que me recogió en casa y me llevó hasta el edificio de mi amiga. Con dos veces que cogiera uno, me podía comprar un coche nuevo. ¡Qué barbaridad de precios! Parecía que, en vez de hacer una carrera normal, me había llevado a hacer el París – Dakar, pero en limusina, de lo que me cobró por el viaje.

Allí estaba mi amiga, esperándome en la puerta, con Alex a su lado, que me dio dos besos en cuanto me vio. No quería decirle nada a Andy, pero ese hombre no me parecía trigo limpio. Me miraba de una manera que no me gustó, y le dio igual que su chica estuviera delante y, lo que era más importante, que era mi mejor amiga.

—Comemos primero y luego vamos a mirar el coche, ¿te parece? — dijo ella, cogiéndome del brazo.

—¿Vais al concesionario de Ralph? —preguntó Alex, con una sonrisa lasciva.

—No tengo ni idea de quién es ese Ralph. Vamos al concesionario de aquí al lado, hay un coche de segunda mano que me ha gustado, pero quiero verlo de cerca, por si realmente está en tan buen estado como dice en la web — Respondí, en un tono neutro, no quería parecer antipática, pero tampoco que pensara que me tenía a su disposición, que era lo que solía ocurrir con hombres como este.

—Yo le puedo echar un vistazo, entiendo de mecánica —dijo él, y quise comprobarlo de primera mano, por lo que me callé que yo también entendía.

Comimos entre risas y bromas, y algún que otro tirito por parte de Alex del que Andy parecía no darse cuenta, pero yo sí que lo hice.

Una vez llegamos al concesionario, fuimos a buscar al tal Ralph, que nos llevó hasta el coche que había visto en la web, y que, a simple vista, parecía que estaba bien.

—Eres tan amable de mostrarme el motor, ¿por favor? — dije, y miré a Andy, que sabía que yo no era una novata en esto, sino que me fascinaba.

—Por supuesto, preciosa, ahora mismo — contestó, coqueteando claramente conmigo, algo que ignoré.

Cuando lo hizo, le hice un gesto con la mano a Alex para que me demostrara sus dotes de mecánica, aunque yo ya había visto algo que haría

que el precio bajara considerablemente, y que yo podría reparar casi con los ojos cerrados.

—Yo lo veo bastante bien, Tracy, de hecho, no creo que tenga nada fuera de lugar — dijo, sin ni siquiera mancharse las manos.

—¿Me dejas a mí? —le pregunté, y me miró como diciendo que yo no sabía más que él, y eso provocó una carcajada en mi amiga.

—Todo tuyo —me contestó.

—Para empezar, los discos de freno están algo gastados, y la correa de distribución también hay que cambiarla, por no decir que la batería tiene más años que un bosque. Creo que tendremos que negociar el precio — dije al tal Ralph, que me miró, primero sorprendido, pero luego soltó una carcajada.

—Eres una cajita de sorpresa, niña. ¿Quién se iba a imaginar que, detrás de esa fachada de niña pija, hubiera un mecánico, y de los buenos? Anda, dime el precio que estás dispuesta a pagarme por él, y realizamos los trámites correspondientes, porque me da que vas a ser dura de pelar.

Nos marchamos a su despacho, donde le dije la cantidad que pagaría, teniendo en cuenta todo lo que tendría que cambiarle al coche y, no solo aceptó, sino que se ofreció a dejarme las piezas necesarias para su reparación a mitad de precio. Firmamos todo, me facilitó las piezas para que lo reparara y me entregó las llaves.

—Te tenías muy callado que sabías de mecánica, Tracy —me dijo, pero en un tono que me decía que no le había gustado que lo humillara de esa manera.

—Ha sido una pequeña broma, Alex, no te lo tomes a mal —le dijo Andy, y la miró como si él no le hubiera dado permiso para hablar.

—Para empezar, esto no va contigo. Y, por supuesto que me lo tomo a mal, me ha humillado delante de mi amigo, para quedar por encima de mí, y eso no lo voy a tolerar —dijo, irritado.

—Vamos a ver, nadie te dio vela en este entierro, porque yo había quedado con mi amiga, no contigo. En segundo lugar, fuiste de chulo, de sobrado, y no

soporto a la gente así. ¿Qué no lo vas a tolerar? Pues no sé cómo vas a hacerlo —le dije, con la misma chulería con la que él le había hablado a mi amiga.

—Nos vemos luego, Andy —respondió, y nos dejó a las dos a solas, acelerando el paso hasta la oficina.

—No me gusta este hombre, Andy. Sé que no soy nadie para decirte esto, pero te intenta anular, te habla mal y coquetea con todo el mundo, incluso conmigo — solté, a pesar de que tenía pensado no decirle nada.

—No sé, Tracy, tiene cosas que no me gusta, pero luego, viene y se disculpa, y me vuelve a tratar bien otra vez.

—Está bien, tú actúa como te dicte tu corazón, pero no bajes la guardia, ¿vale? — dije, montándome en mi coche nuevo que, por suerte, tenía navegador, porque de lo contrario no hubiera sabido salir de la calle.

Puse rumbo a casa, donde me cambiaría de ropa y me pondría a arreglar el coche, ya que llevaba las piezas en el maletero, y así también, me serviría a modo de distracción, para quitar de mi cabeza a Bryan y a la niña, esa a la que esperaba que su padre le contara las cosas tal y como eran, y que no me dejara como una mentirosa ante la pequeña.

Dicho y hecho, subí a mi habitación para dejar el bolso, me puse unos pantalones y una sudadera vieja, de algodón, así como unas deportivas que tenía y que estaban para el arrastre, pero que no las tiraba porque me servían cuando pintábamos el piso o teníamos que hacer alguna reparación.

Levanté el capó del coche y me dispuse a repararlo, por lo demás, no tenía nada que necesitara reparación. Era un cuatro por cuatro en color azul marino, con los detalles plateados. Tenía la tapicería nueva, porque el anterior dueño las tenía cubiertas por unas fundas, y los tapacubos también estaban en perfecto estado.

No me llevó más de un par de horas arreglarlo, cuando me di cuenta, ya estaba Andy en casa, que traía pizza para cenar, ya que, según sus propias palabras, no pararía hasta tener el coche listo, y no podíamos cenar bujías.

Capítulo 15



BRYAN

No sabía por qué le había dicho eso a Tracy. Bueno, en realidad sí que lo sabía, lo había hecho porque no quería que mi hija tuviera un vínculo tan grande con ella, no quería que tuviera dependencia emocional de una mujer que no sabía si querría estar en nuestras vidas más adelante.

En un primer momento no pensaba salir de mi casa en unos días, aparte de ir a la oficina y poco más, pero como tenía a toda la prensa en la puerta, al acecho de cuando salía y cuando no, preparé una pequeña maleta para mi hija y para mí y decidí hacer lo que le había dicho a Tracy, me iría a casa de mis padres.

Ellos no vivían en la ciudad, sino que lo hacían a las afueras, en una casa de campo, que parecía una mansión, no lo voy a negar, pero en la que contaríamos con una intimidad y una calma con la que no contábamos ahora.

—Hijo, no sabía que vendrías a visitarnos — dijo mi madre, en cuanto nos bajamos del coche.

—La prensa me tiene frito, mamá, y necesitaba escapar de todo esto unos días. No encontré un lugar mejor que este, lejos de todo y de todos — contesté, dándole un beso en la mejilla.

—¿Cómo has hecho para que no te sigan hasta aquí? —preguntó mi padre, que llegaba hasta nosotros, cogiendo a la niña en brazos para darle un beso.

—Hemos salido tres coches, el que yo siempre suelo ir, seguido de uno con los guardaespaldas, y el tercero, donde íbamos Audrey y yo, sin chófer y sin seguridad, se han puesto a seguir a los dos primeros, dejándonos el camino libre —les conté.

Había prescindido de la seguridad durante esos días, ya que en casa de mis padres no la iba a necesitar, allí todo era quietud y paz, aparte de que ellos tenían su propio sistema de seguridad y sus propios hombres, sería inútil que permanecieran allí.

—Hijo, tenemos mucho de lo que hablar. Pasemos al salón —dijo mi madre, mientras mi hija saltaba por allí.

—Papi, yo mejor me voy con Natalie a jugar un ratito, ¿vale? —dijo mi hija, que tenía especial predilección por esa chica, y que se convertía en su compañera de juegos mientras que estábamos en esta casa.

—Claro que sí. Natalie, mientras mi hijo y mi nieta estén aquí, dejarás tus obligaciones habituales, que ya se repartirá entre tus compañeras. Tú, te dedicarás en exclusiva a la niña —le dijo mi madre, y ella asintió con la cabeza.

Era una mujer de unos treinta y pocos años, bastante atractiva, y muy simpática, que llevaba con mis padres desde que tenía dieciocho años, así que la conocíamos de toda la vida. Mi hermana siempre decía que estaba enamorada de mí, y que se notaba a kilómetros de distancia, pero yo nunca fui de los que me fijaban en esas cosas.

Pasamos al salón, y lo primero que hizo mi madre fue disculparse por no haberme creído, por no anteponerme a mí y a la niña por delante de Candy.

—Lo siento, mi vida, esa mujer nos lo pintaba como si fuera tu culpa. Y nosotros fuimos tan tontos de creerla, sin ni siquiera preguntarte a ti, para que nos dieras tu versión — dijo mi madre.

—Eso mismo digo yo, no pudimos ser más imbéciles, hijo. Pensábamos, absolutamente, que tú ibas con otras mujeres, y que te escudabas en el trabajo para realizar tus fechorías —esta vez fue mi padre el que me habló.

—Para nada, jamás le fui infiel, y ahora pienso que el imbécil era yo. Me escudaba en el trabajo, pero no para lo que ustedes pensabais. Lo hacía para no volver a casa y que me montara un pollo. Todo se hacía mal según su criterio, y estaba a punto de que me diera algo —empecé a contarle a mi padre.

—Me lo puedo imaginar, Bryan. Tiene que ser muy duro que se te acuse diariamente de algo que no has hecho, de que pongan a tu hija en tu contra, cuando tan solo tiene cinco años.

—Eso no es lo peor, lo peor fue cuando Audrey me contó, aquella tarde, que su madre le pegaba cuando se enfadaba conmigo, como si pudiera hacerme daño a través de la niña, y eso no se lo perdonaré en la vida, por muy fallecida que esté.

—Eso es cierto. Ayer me llamó su madre, para reprocharme que no te hubiera dado la espalda, a ti, que habías sido el causante de todo — comentó mi madre.

—A mí también me lo dijo cuando fue a repatriar el cuerpo de Candy. Incluso, me amenazó con quitarme a la niña, es más, lo llegó a intentar, pero no lo consiguió porque el juez no vio indicio alguno en sus acusaciones. Está igual de loca que su hija —le dije a mi madre, que me daba la razón.

Estuvimos un rato más hablando sobre todo lo que había sucedido, como me había sentido al enterarme de que estaba liada con uno de los guardaespaldas y que estaba esperando un hijo suyo.

—A veces pienso que todo esto es una puta pesadilla, que me despertaré en algún momento y mi relación con Candy sería como lo era al principio de nacer la niña —dije, y dos lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—Tu hermana nos ha hablado de una muchacha que te ha ayudado mucho, con todo el tema tuyo y con la niña. También me ha dicho que es muy guapa y simpática, que no tiene filtro, que es de lo más natural — dijo mi padre.

—Tracy… —dije en voz alta y no pude reprimir una sonrisa que me asomó a la boca.

—Denoto algo de nostalgia en tu voz, hijo mío — dijo mi madre, con una sonrisa pícara.

—No te voy a decir que no, mamá. No estaría siendo sincero. Pero antes de intentar nada con nadie, tengo que sanar mis heridas. No sería justo que alguien pagara los platos rotos de mi relación fallida, de mis últimos años con Candy. Además de que no será una mujer fácil de conquistar, me dejó claro que no se fiaba de los hombres con dinero, que no quería que su familia la vieran como una cazafortunas —les conté a mis padres, que se miraron sonriendo.

—¿Sabes una cosa? Esas son las mujeres que merecen la pena, aquellas que ven a la persona, no su estatus social, y tengo la impresión de que Tracy es de esas. Por lo menos, así nos la ha pintado tu hermana, que ha tenido trato con ella — contestó mi padre, mirándome fijamente.

—Señores, es la hora de comer. Cuando me digan ustedes, pondré la mesa —nos dijo Natalie, que venía con Audrey a su lado.

—Es cierto, abus, que me muero de hambre —dijo mi hija, poniendo una cara muy cómica, y provocando una risa en todos nosotros.

—Dile a tu compañera que la ponga, Natalie, y lávale las manos a la niña, antes de sentarnos a la mesa — dijo mi madre, y ella me miraba de reojo.

Nos sentamos todos a comer, y mi niña devoró como el Demonio de Tasmania, sí que tenía hambre la criatura. Después de comer, mi padre sugirió que nos tomáramos una copa, y la niña se sentó en el sofá a ver dibujos, donde se quedó dormida.

—Natalie, puedes retirarte, si lo deseas —le dijo mi madre, al ver la manera tan descarada en la que me estaba mirando.

—Hijo, ten cuidado con ella. Ahí donde la estás viendo, con su carita de ángel, es una arpía de mucho cuidado. El otro día la oí hablando con su compañera, diciéndole que, como ya estabas viudo, no iba a dudar en meterse en tu cama en cuanto que tuviera ocasión —me advirtió mi padre, ante el estupor de mi madre.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Y encima voy yo y le digo que se haga cargo de la niña. Si es que… a veces, pareces tonto —le dijo, llevándose las manos a la cabeza.

—No te preocupes, mamá, eso no sucederá. Los días que estemos aquí, dormiré con Audrey. Hace mucho que no lo hago y me apetece muchísimo, siento que ella me dará la paz que necesito en estos momentos.

Mi padre asintió con la cabeza, pero mi madre no estaba muy convencida, así que la vimos levantarse e ir hasta la cocina. Cuando vino, ya parecía más tranquila.

—Le he dicho que se tome el fin de semana libre, que con su compañera tendremos más que suficiente, ya que pensamos hacer una barbacoa —dijo mi madre, en cuanto que llegó por el salón.

—Mamá, pero si el fin de semana dan lluvia. Vamos, está el día de frío y nubes como para hacer una barbacoa, ni que estuviéramos en el mes de junio, mujer — dije, soltando una carcajada.

Estábamos riendo, cuando escuchamos unos tacones por el pasillo, y esa manera de andar no podía ser de otra persona que no fuera mi suegra.

—Mira, que bonito. Tu mujer en un frigorífico del tanatorio metida, y tú aquí de risas y charlas — dijo, nada más entrar.

—Mi hijo ya ha soltado suficientes lágrimas por su culpa, y no va a soltar ni una más, te lo garantizo —le dijo mi padre, porque mi madre se había quedado igual que yo, sin poder articular palabra.

—Si has venido a mi casa para incordiar e incomodar a mi hijo, ya te estás largando por el mismo sitio por el que has venido — contestó mi madre, una vez que salió de la estupefacción que le había provocado su presencia.

—He venido para dos cosas, la primera: para contaros que el funeral de mi hija será mañana a las dos de la tarde en la iglesia de nuestra comunidad. Y la segunda: que he presentado en el juzgado una solicitud para que me den la

custodia de la niña — soltó, como la que dice que ha echado la solicitud de una beca, lo que ella no sabía es que yo me había adelantado.

—La niña estará conmigo, su padre, que es con quién tiene que estar. Si has puesto como excusa el trabajo, siento decirte que eso ya lo he presentado yo, mi horario a partir de ahora será de lunes a viernes de ocho a tres, que es justo el que tiene Audrey en el colegio, bueno, la niña sale a las cuatro, así que me dará tiempo a recogerla. También te digo que he solicitado una orden de alejamiento contra ustedes, tengo todo grabado, las amenazas, los insultos, y una copia de la solicitud que presentasteis en Londres, que fue desestimada por un juez. Ahora, si sois tan amables, os ruego que salgáis de esta casa —le dije, y me sentí satisfecho por primera vez en mucho tiempo.

No pensaba asistir al funeral de Candy, no iba a servir como circo mediático, que era lo que ellos pretendían, exponerme y acusarme delante de todos los medios que se congregarían allí ese día.

—No piensas asistir, ¿verdad? — preguntó mi padre, que había notado mi cambio de semblante.

—No, y no tratéis de convencerme. Ellos quieren que yo pierda los nervios allí, públicamente, y poder acusarme de violento ante la prensa, hacerme pasar por una persona que no soy, y no les voy a dar esa oportunidad. Además, no pienso hacer el papel de viudo desolado, porque no lo estoy. Ella se buscó ese final, no yo.

—Me parece una postura perfecta, y no pensamos intervenir en nada. Es más, creo que nosotros tampoco acudiremos. Sería ponerle en bandeja todo lo que ellos han planeado, porque si no tuvieran un plan, no habría venido hasta aquí para avisarnos.

Capítulo 16



BRYAN

Efectivamente, y tal y como pensábamos, aquello no era un funeral, era un circo, donde ellos eran los domadores y el féretro de Candy, un mono de feria.

Había tal cantidad de prensa en la puerta de esa iglesia, que incluso superaban el número de asistentes a la despedida de su hija. Como no podía ser de otro modo, en cuanto que vieron un micrófono, se tiraron como locos a desprestigiarme.

—Señores Taylor, el viudo de su hija no ha venido. ¿Es cierto que se estaban divorciando? ¿Es por qué está tan destruido que no ha podido soportar esto? — preguntaban los reporteros, y los dos soltaron una risa de lo más cínica, pero sobre todo ella, su madre.

—El viudo de mi hija no ha venido porque no es capaz de dar la cara. Por mucho que la justicia haya dicho que no, él fue el culpable de la muerte de mi hija, con todas sus infidelidades, con todas sus mentiras, mi hija tenía una depresión y ese miserable la arrojó a los brazos de la persona que terminó con su vida.

En cuanto escuché eso, marqué el teléfono de mi abogado, que también lo estaba viendo.

—Déjala que hable, que todo esto va en detrimento suyo. En cuanto termine de decir sandeces, redactaré una denuncia por difamación e

intromisión a tu honor. No puede demostrar nada de lo que está diciendo. No le respondas, que sea el peso de la ley el que caiga sobre ella —me dijo, y asentí antes de colgar.

A mi mente, y no sé por qué, vino Tracy. Se me había ocurrido una cosa, pero antes tenía que preguntarles a mis padres si estaban de acuerdo, al fin y al cabo, era su casa.

—Mamá, me gustaría invitar a Tracy a cenar esta noche aquí, a vuestra casa. ¿Os parece bien? Me dijo de ir a buscar a Audrey hoy a mi casa, y le dije que no estábamos, que vendríamos aquí, pero no le dije que podía venir —dije a mi madre.

—¿En serio me estás pidiendo permiso? Coge ese teléfono y llámala antes de que haga planes — contestó.

Salí de allí y me fui a mi habitación, desde donde la llamé. Esperé varios tonos, y al final me contestó, jadeante, y me temí lo peor. ¿Y si estaba con otro hombre por mi gilipollez?

—¿Bryan? ¿Eres tú? —preguntó, cuando notó que yo no soltaba palabra.

—Sí, perdona, Tracy. ¿Te cojo en mal momento?

—No, es que estaba haciendo un poco de deporte y no tenía el móvil cerca, por eso no lo he cogido antes.

—Dime, por favor, que el deporte que estabas haciendo no incluye a otra persona — solté, sin saber el motivo de haberlo hecho, pero ella se lo tomó como una broma, aunque yo lo había dicho completamente en serio.

—Como que te iba yo a coger el teléfono si fuera así… Dime, ¿qué te pasa? Ya he visto el numerito que ha formado tu señora suegra en la televisión. Parecía que le iba la vida en ponerte verde en vez de honrar la memoria de su hija, pero, en fin, de donde no hay no se puede sacar — contestó, sacándome una sonrisa por su manera de ver la vida.

—Te llamaba para que te vengas a pasar el fin de semana a casa de mis padres. Audrey se muere por verte, y yo… yo también, para que nos vamos a

engañar.

Silencio, eso es lo que obtuve al otro lado de la línea, hasta el punto de que miré la pantalla del teléfono por si se había cortado la llamada, pero no, ella seguía al teléfono.

—No sé si es buena idea, Bryan. Meter a tu familia por medio, cuando ni siquiera sabemos si ambos sentimos lo mismo, si seremos compatibles, si…

—No busques más excusas, Tracy. Déjame demostrarte que no todos los ricos, como tú nos llamas, somos iguales, ni nuestras familias tampoco.

Suspiró hondo y asintió.

—Está bien, pásame la dirección por mensaje y en una hora estaré allí —me dijo, pero tuve otra idea mejor.

—Mejor te envío el coche de mi padre, que te recogerá en veinte minutos. No te traigas nada elegante, tal y como está la cosa, no pienso salir de esta propiedad, y en esta casa no somos tan esnob para cenar vestidos de gala. Con un par de vaqueros y jerséis irás bien.

Quedamos en eso, así que fui a buscar a George, que era el chófer de mi padre, y un encanto de hombre. Me sentía nervioso, no os voy a decir lo contrario. Era como cuando llevabas a tu primera novia a cenar con tus padres, deseando de que te dieran su aprobación para seguir con ella, y a mí me pasaba lo mismo, aunque sabía que, si me veían feliz, ellos también lo estarían.

Subí a mi habitación para darme una ducha y recortarme la barba. No es que la llevara hasta el pecho, ni mucho menos, pero sí que me la había dejado crecer dos o tres días. Primero lo hice por desgana, no me apetecía para nada afeitarme, pero luego me vi bien, era una manera de cambiar mi imagen, y decidí que me la recortaría sin afeitarla del todo.

Me eché perfume y me peiné un poco, así como cambié la sudadera por un jersey un poco más arreglado, pero nada fuera de lo común. Cuando salí de

allí, mi hija estaba en el pasillo con mi madre, que la llevaba para que se cambiara de ropa, puesto que se la había puesto bonita con las pinturas.

—Hala, papi, que guapo te has puesto. Parece que fueras a salir con una chica — dijo la sabihonda esa.

—A lo mejor no va a salir con ella, pero sí que la va a traer a casa —le dijo mi madre, susurrando, como si fuera un secreto entre las dos.

—Pues Natalie me dijo que ella iba a ser mi próxima mamá, y no me gusta, papi. Ha cambiado mucho, tan solo me daba órdenes y ya no jugaba conmigo — soltó la niña, dejándonos con la boca abierta.

—El lunes voy a tener una charlita con Natalie, y me parece que se va a tener que buscar otro trabajo — dijo mi madre, pero mirando a la niña de reojo.

—Natalie no será tu próxima mamá, porque mamá nada más que se tiene una durante toda la vida. Pero, aunque se pudiera tener más, no sería ella la elegida, te lo aseguro —le dije a mi hija.

Me bajé a la planta de abajo, y miré detrás de las cortinas, esperando que llegara George, que había ido a recoger a Tracy, avisándonos de que ya estaba con ella.

—Hijo, pareces una novia esperando a su amado detrás de la ventana — dijo mi padre, dándome un susto de muerte, porque no me lo esperaba allí.

—Joder, papá, vaya susto me has dado — dije, y soltó una carcajada, justo cuando entraba el coche por la puerta de la finca.

Cuando la vi bajar de la puerta del copiloto, riendo con George, con esa naturalidad, supe claramente que, como no me correspondiera, estaría bien jodido, porque me había enamorado de ella casi sin darme cuenta.

Venía vestida con unos pantalones vaqueros de pitillo, un jersey de cuello vuelto en color marfil, al igual que las botas de cuña que traía, y en la mano descansaba un chaquetón de plumas en color azul marino, así como una

mochila al hombro del mismo color. El cabello recogido en una coleta alta, y sin apenas maquillaje. Era ella en estado puro.

Mi padre me miró con una sonrisa, y me dio un apretón en el hombro, en señal de aprobación, pero no se quedó solo en eso.

—Me gusta, no es artificial, no trata de impresionar a nadie y, sin embargo, lo hace, hasta sin pretenderlo, con esa naturalidad con la que mira la vida. No la dejes escapar, porque es tu media naranja — dijo mi padre, directo a abrir la puerta para recibirla, y yo lo seguí.

—Gracias por haber venido, Tracy — dije, y la cogí por la cintura para darle dos besos, muy cerquita de la comisura de los labios, y ella se sonrojó.

—Gracias a ustedes por haberme invitado… —no le dio tiempo a terminar, cuando escuchamos a mi hija por el vestíbulo gritando su nombre.

—¡Tracy, has venido! ¡Has cumplido tu palabra! — dijo, lanzándose a sus brazos, y me sentí completo.

—Por supuesto, princesa. Nunca dudes de mi palabra, no tengo nada mejor que eso para mostrar como soy —le contestó, guiñándole el ojo mientras la abrazaba.

—Mira, ellos son mis padres, Michael y Faith Lee — dije, presentándoselos.

—Abuela, ella es la mujer más guapa y buena del mundo. Si debo tener otra mamá, quiero que sea ella, y se llama Tracy —dijo la enana, haciendo que nos sonrojáramos los dos.

—Encantada, Tracy. Me gustan tus botas, son ideales —le dijo mi madre, que se acercó a darle un abrazo.

—Mientras preparan la cena, porque no os dais un paseo por el jardín. No es que sea gran cosa, pero al menos os dará el aire un poco —nos dijo mi madre, pero Tracy la miró con cara de horror.

—¿Hace mucho que usted no sale al jardín? Porque con el frío que hace, no podremos comer, nos habrán amputado los dedos — dijo ella, y mi madre soltó una carcajada, que nos contagió a todos.

—Pues entonces, será mejor que os sentéis delante de la chimenea, así entrareis en calor —nos dijo mi padre, llevándose a Audrey y dejándonos a solas.

La guie hasta el salón, donde, efectivamente, nos sentamos frente a la chimenea. Le cogí las manos con la excusa de que entraran en calor, pero ya no se las solté. Era como si hubieran estado creadas para encajar con las mías, como si, entre ella y yo, fuéramos capaces de completar el puzle de nuestra vida, y no sabía si eso me daba más miedo que placer, la verdad.

—Tus padres son muy agradables. Tu hermana y tú os parecéis a vuestra madre, pero en tu caso, tienes los ojos de tu padre —me dijo, y me hizo mucha gracias que se hubiera fijado en eso. Otra lo habría hecho de las obras de arte que adornaban las paredes o de lo grande que era la casa, pero ella no le daba valor a lo material.

—La verdad es que sí. Sin embargo, Audrey, es una fotocopia de su abuelo, hasta en la forma de ser.

—Ya los he visto, hasta andan igual y es curioso — respondió, con una sonrisa.

—Quiero pedirte disculpas por no haberte llamado, pero tenía que poner todo en orden. No me gustaría perderte, Tracy, quiero que nos conozcamos a fondo, pero te advierto que no será fácil. No con la prensa y los padres de Candy dando por culo a todas horas…

—Sabes que eso me da igual, ya los capearé como pueda. Lo único que me da miedo es que me escondas, que para ti solo sea un pasatiempo, porque eso sí que no lo podré resistir otra vez.

Me dijo, y no pude reprimirme. Que mejor manera de demostrarle mis sentimientos que con un beso. Enmarqué su cara con mis manos, y me acerqué, lentamente, por si quería frenarme en algún momento, pero no lo

hizo. Nuestros labios se encontraron, no fue un beso pasional, porque eso nos podía encender y no estábamos solos, sino que fue muy dulce.

Fue uno de esos besos que prometen mucho más después, porque sabía que, aunque fuera para dormir, esa noche la quería en mi cama, y no iba a parar hasta conseguirlo. Cuando entró mi madre con la niña, ya nos habíamos separado, pero se notaba en nuestras caras que había pasado algo entre nosotros, y tampoco lo negamos, no tenía sentido.

Capítulo 17



TRACY

Cuando recibí la llamada de Bryan para ofrecerme la invitación de ir a casa de sus padres, donde estaban él y la niña, algo cortocircuitó en mi interior.

Por un lado, las ganas de verlos a los dos me impulsaba a decir que sí, pero por otro, el miedo a que me pasara lo mismo que con Logan estaba ahí, presente, y me gritaba que no fuera, que no me expusiera otra vez, porque si volvía a ocurrir lo mismo, no sería capaz de superarlo.

Me mantuve en silencio durante unos segundos, esos en los que Bryan me preguntó si seguía al otro lado de la línea, y en los que no pude articular palabra. Pero sí, acepté la invitación y estaba dispuesta a conocerlo en su entorno, preparada para ver cuál era el trato que me daba su familia, algo esencial para decidir lo que hacer en un futuro próximo.

George, el chófer que me había enviado con el coche de su padre, resultó ser un hombre encantador, con el que fui todo el camino charlando y riendo. Al principio se mostró un poco reacio a que me sentara en el asiento del copiloto, pero no pensaba hacerlo detrás, no cuando ese lugar estaba libre, y al final, aceptó.

Tengo que decir que los padres de Bryan me trataron a las mil maravillas desde el principio. No quise fingir una persona que no era, me mostré tal cual soy en mi día a día, sin artilugios ni nada por el estilo, ya que quería que me aceptaran así, conociendo a la verdadera Tracy. Me vestí como lo haría para ir

a casa de un amigo, sin pensar en la cantidad de ceros que esos amigos tenían en su cuenta bancaria, y acerté, puesto que esa fue la cualidad que más les gustó de mí.

Nos sentamos en el salón, los dos solos, delante de la chimenea, porque en la calle hacía un frío que pelaba, típico de principios de los noviembres neoyorquinos. El silencio en el que nos sumimos al principio fue cómodo, no era de esos que no sabes con qué llenarlos, y se termina hablando de cosas banales y sin sentido.

Ambos abrimos nuestros corazones, expusimos nuestros miedos, y decidimos que nos daríamos una oportunidad, esa que sellamos con un beso, pero no uno vacío, de esos que se daban por probar, más que por otra cosa. Fue un beso de necesidad, esa que ambos teníamos por demostrarle al otro lo que significaba para él, uno dulce, pero que, a la vez, prometía mucho más cuando estuviéramos a solas, uno que no olvidaría jamás.

Cuando entró Faith con la niña, ya nos habíamos separado, pero nos mirábamos de otra manera, una muy distinta a la forma en la que lo hicimos cuando llegué, y se dio cuenta.

—Me alegro de que, por fin, hayas empezado a buscar tu felicidad, Bryan. En cuanto a ti, Tracy, bienvenida a la familia — dijo, dándome un abrazo.

—¿Tracy y tú os habéis hecho novios, papá? —preguntó Audrey, en cuanto vio que su padre y yo uníamos nuestras manos.

—Sí, mi niña. ¿Te parece bien? —dijo él, y yo vi bien que le preguntara.

La niña acababa de perder a su madre, que le había llenado la cabeza de pájaros, de argumentos inexistentes que le harían plantearse muchas cosas, y su seguridad y felicidad era lo primero para su padre.

—¡Me encanta! Con ella a tu lado sé que no me dejarás nunca, que lo que me dijo mamá antes de irse al cielo, no va a pasar —contestó la niña, y la abuela se dio cuenta de todo el daño que esa mujer le hizo a su nieta.

—Por supuesto que no, mi vida. Tú has sido, eres y serás siempre, lo primero para tu papá, y me gusta que sea así, porque eso demuestra que es una persona de valores, que vale más que todo el dinero del mundo —le dije, y la niña vino a abrazarnos a los dos.

Su padre la cogió en brazos, mientras me pasaba el brazo por el hombro, quedando así los tres unidos, y provocando que una lagrimilla cayera por la mejilla de Faith.

—Hacía tanto tiempo que no veía a mi hijo y a mi nieta tan felices, que no sé cómo te puedo dar las gracias, de verdad, Tracy — dijo su madre, y ahora la que lloré fui yo.

—Con la felicidad que ellos me dan a mí, ya estoy más que pagada, Faith. Nunca pensé que encontraría el amor después de tanto desengaño como he sufrido —le dije, y Bryan me besó en los labios mientras que la niña aplaudía.

La cena transcurrió de una forma bonita, donde su madre me contaba cosas de Bryan cuando niño, de las trastadas que hacía junto a Albert, su media naranja en la amistad, como dijo su padre, ya que se conocían desde que empezaron en la guardería y no se habían separado desde entonces.

—¿Cómo fue tu infancia, Tracy? —me preguntó Michael. Al principio me tensé, pero había decidido que no ocultaría nada, lo consideraba una tontería, y prefería hacerlo ahora, a que se enteraran más tarde y lo consideraran una traición a su confianza.

—Me quedé huérfana siendo muy niña. La familia de mi padre son personas con amplios recursos económicos, pero no aceptaban a mi madre por no pertenecer a la misma clase social que ellos, así que nadie se quiso hacer cargo de mí.

—¿En serio no se hicieron cargo de ti por no aceptar a tu madre? ¿Ni siquiera tus abuelos? — preguntó Faith.

—Pues sí, así fue. Crecí en un orfanato, sola y aguantando que se metieran conmigo, hasta que una mañana, apareció Andy. Ella es mi hermana, la que no es de sangre, pero sí de corazón, y el principal motivo de que me encuentre

ahora en Nueva York. La animé a que se viniera a cumplir su sueño laboral, pero la echaba tanto de menos, que esperé al jefe supremo en la puerta de la oficina para argumentarle que yo era la candidata idónea para la vacante que había en la sede central —les conté a sus padres, que pasaron de las lágrimas a la risa.

—Entonces, se puede decir, que también es la causante de que ustedes dos estéis juntos, ¿no? —dijo Michael, sonriendo.

—Papá, no te puedes imaginar lo pesada que puede ser cuando quiere algo. Me persiguió hasta que logró hablar conmigo, y lo hizo en un ascensor, cuando nos quedamos encerrados en él. En ese momento supe que sería un dolor de cabeza para mí —le contaba Bryan a su padre.

—¿Un dolor de cabeza? Más bien el aire fresco que necesitabas para dar un paso adelante y salir del lugar donde te habías atrincherado — contestó su madre.

—Ahora lo veo así, pero en ese momento… Verás, os pongo en situación. Desde que la vi esperando en la puerta, con la boca abierta al verme, supe que más bonita no la podía encontrar, a la vista está que es guapísima. Pero lo que realmente me cautivó de ella fue su arrojo. Otra, en su lugar, no hubiera corrido hasta el ascensor en el que me estaba montando con Albert, sino que hubiera solicitado una cita con mi secretaria. Pero ella no, ella metió la mano para que la puerta no se cerrara, y una vez dentro, me soltó que tenía que hablar conmigo urgentemente.

—¿Qué le dijiste, hijo? — preguntó su madre, pero contesté yo.

—¿Qué me dijo? Que lo sentía mucho, pero que estaba muy ocupado y que era prácticamente imposible que me pudiera atender. No me vine abajo, me quedé con la parte buena, no había dicho imposible del todo. Así que, le advertí que lo seguiría intentando, que yo no era de las que se rendían a las primeras de cambio.

—Y eso terminó de conquistar a mi hijo, como si lo viera —dijo su madre.

—Aquel día en el ascensor, cuando le plantó cara a Candy para defender a la niña, supe que tenía un grave problema. Me encantaba esta mujer, pero sabía que mi esposa no me lo pondría fácil, y por eso procuré no acercarme más a ella. Incluso después de conocer su muerte, y de que me acusaran de ello, Tracy siempre confió en mí, jamás dudó, e hizo todo lo posible para ayudarme —me dijo, y algo se me encendió por dentro.

—No quiero que confundas el amor con el agradecimiento, no podría soportar que te dieras cuenta más tarde. Si realmente no sabes si lo que sientes es una cosa u otra, te agradecería que lo pensaras antes de seguir adelante — dije, muerta de miedo, la verdad.

—Te estoy muy agradecido por todo lo que has hecho por nosotros, pero eso no tiene nada que ver con lo que siento, te lo puedo garantizar. Por agradecimiento no estaría deseando tenerte en mi cama, entre mis brazos, y créeme cuando te digo que lo estoy deseando —me dijo, esta última parte muy bajito, casi susurrando, y en el oído.

Sus ojos me decían que sus palabras eran ciertas, y no tuve necesidad de decir nada más. Esta conversación la tuvimos sentados tomando una copa, mientras que la niña se recostaba en el sofá, viendo dibujos animados. Cuando nos dimos cuenta, estaba completamente dormida y, al mirar el reloj, eran pasadas las diez de la noche, así que todos decidimos irnos a la cama.

Su padre cogió a la niña en brazos, para llevarla a su habitación, donde la recostó en su camita y la tapó bien. Su abuela, cuando terminamos de cenar, la subió a ponerle su pijamita, ya que sabía que terminaría quedándose dormida en el sofá, como así había sido.

Fui a entrar en la habitación en la que había dejado mis cosas, pero Bryan, tomándome de la mano, negó con la cabeza.

—Están tus padres, ¿qué van a pensar de mí? — dije, mientras que me aprisionaba contra la pared del pasillo y me besaba el cuello.

—Que haces muy feliz a su hijo, que eres preciosa y encantadora, y que es difícil resistirse a eso. No van a pensar nada malo, te lo aseguro —me dijo al oído, mientras lamía y mordisqueaba el lóbulo de mi oreja.

Sin más, me metió en su habitación, donde ya había dicho que llevaran mi mochila. Tal y como me dijo, en ella no llevaba nada elegante, porque no saldríamos de la casa. Ni siquiera llevaba una lencería de esas que quitan el hipo, porque no me esperaba terminar así, ni en sueños, por lo que tan solo llevaba dos conjuntos de algodón, de los que solía usar a diario, pero no pareció importarle.

—Bryan, si lo llego a saber, me habría puesto algo más sexy como ropa interior — dije, mientras que él se encargaba de bajar mis pantalones, después de que ambos nos quitáramos la parte superior de nuestro atuendo.

—No hay nada más sexy que esto, una mujer natural, sin artificios, y eso me está volviendo loco — dijo, devorando mi boca de una manera que me aceleró el corazón.

Cuando lo vi tan solo con su bóxer negro puesto, se me paró el pulso. No había visto en mi vida un cuerpo así, parecía directamente esculpido por Bernini. Si vestido era un espectáculo, no os podéis imaginar como estaba desnudo, y no pude evitar abrir la boca de la sorpresa, porque lo que me faltaba por ver, se intuía debajo de la única prenda que le quedaba.

—¿Te gusta lo que ves? — preguntó —Porque a mí me encanta lo que tengo delante de mis ojos.

Me tenía en la cama, tan solo con la braguita, porque mi sujetador salió desperdigado por alguna parte de la habitación, como todo lo demás, y me miraba como si fuera un manjar.

Capítulo 18



BRYAN

Le hice esa pregunta, pero no necesitaba respuesta, puesto que sus ojos, sus pupilas dilatadas de deseo y la manera en la que su cuerpo se estremecía, me decían la respuesta.

Os prometo que hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan excitado, y temía terminar antes de empezar, siquiera. Por lo que respiré hondo, y me lo tomé con calma. Esa noche sería muy larga para los dos, pero también muy especial. Sería la primera que pasáramos juntos, y quería que fuera inolvidable para ambos.

Me arrodillé en la cama, le abrí las piernas y me situé entre ellas. Incliné mi cuerpo para besarla, y fui bajando muy lentamente, mientras que la rozaba con mi miembro, para que viera en el estado en el que me tenía. No solo besé su boca, sino también sus mejillas, su barbilla, su oreja, y así hasta que llegué a sus pechos, con los que me di un festín. Los lamí, los mordí, los succioné, todo ello mientras los amasaba con mis manos y sacándole unos jadeos que me estaban poniendo como una moto.

Cuando me sacié de sus pechos, seguí bajando, hasta llegar a su pubis. A la vez que lo besaba, le iba bajando la braguita con mis dedos metidos en los elásticos laterales. Una vez que la tuve completamente desnuda, me quedé contemplándola, como el que contempla un cuadro en un museo, porque así era ella, arte puro por los cuatros costados.

Su cara me lo decía todo, no hicieron falta palabras, pero no iba a hacer lo que me estaba pidiendo, no aún al menos. Con una sonrisa en mi cara, me situé entre sus piernas, y enterré mi cara entre ellas. Usé mis dedos para abrir sus labios vaginales, y con mi lengua, le di una lamida, lenta, casi tortuosa, que la hizo tener que reprimir un grito de placer.

Pagado de mí mismo por su reacción, seguí haciendo lo mismo. Succioné su clítoris, hice círculos con mi lengua, y añadí un par de dedos en su interior, curvándolos hacia arriba para llegar a ese punto que la volvió loca, haciendo que llegara al orgasmo. Mordió la almohada, mientras veía como su cuerpo se convulsionaba de placer.

Hice el camino inverso con mi boca, hasta llegar de nuevo a sus labios, donde se saboreó a través de mi lengua, mientras mis dedos seguían torturando su botón del placer.

Sin darme cuenta, invirtió los papeles, y ahora era yo el que se encontraba debajo de ella. Hizo lo mismo conmigo, y fue bajando con sus besos hasta llegar al filo de mi bóxer, ese que bajó con sus dientes. Le pedía a Dios y a todos los santos que conocía que no se metiera mi miembro en la boca, porque sería una tortura y no sabía si sería capaz de aguantar sin correrme.

Los santos debían estar ya durmiendo, porque lo primero que hizo fue darle una lamida a mi glande, haciendo que palpitara sobre su lengua. A continuación, esa misma lengua fue la encargada de saborear todo mi torso, mientras que ella se rozaba con mi miembro.

—No aguanto más, Tracy, estoy haciendo un esfuerzo titánico por no correrme — dije, jadeando por lo que me estaba haciendo.

No dijo nada, no articuló una sola palabra. Tan solo, levantó sus caderas, tomó mi miembro con su mano, y lo puso en posición en la entrada de su vagina, para ir bajando lentamente, penetrándose con él.

Rotaba sus caderas de la manera más sensual que había visto en mi vida, con las manos en su pelo y los pechos botando delante de mis ojos. Si seguíamos en esta posición, dudaba que aguantara mucho, por lo que invertí nuestras posiciones.

Le di varias embestidas fuertes, llegando hasta el fondo de su pared vaginal, y provocando sus gemidos, esos que me sonaban a música celestial. En un momento determinado, la hice que se pusiera de espaldas, con las rodillas y los codos apoyados en el colchón, y la penetré por detrás, de un fuerte empellón, mientras la sujetaba por las caderas para que no se impulsara hacia delante.

En esa postura, alcanzó el orgasmo, llevándome con ella, con un gruñido que me salió de lo más profundo de mi ser. Quería gritar, pero con mis padres y la niña cerca, no me atrevía, no quería que ninguno se despertara.

Con la respiración entrecortada, nos dejamos caer en la cama, casi sin poder hablar, pero con una felicidad en el rostro que lo decía todo.

—Creo que necesito una ducha — dijo, con todo su cuerpo perlado de una capa de sudor que evidenciaba el placer que ambos habíamos sentido.

—Vamos, que yo también necesito una —le dije, pero con una sonrisa que hizo que ella pusiera los ojos en blanco.

Al entrar en la ducha, con el agua cayendo sobre nosotros y viendo como las gotas recorrían su pecho, no me pude resistir. Me agaché, puse una de sus piernas sobre mi hombro y me lancé a lamer su sexo, haciéndola gemir de una manera que me puso a mil por hora.

—Eso no es justo, tú me has degustado dos veces, y yo todavía, no te he probado — dijo, después de correrse y con las piernas temblando.

—Es fácil de solucionar, soy todo tuyo —le dije, recostándome en la pared de la ducha.

Cuando la vi arrodillarse ante mi miembro, este dio una sacudida de expectación. Ella, presa del deseo, lo lamió por toda la base, hasta llegar a mi glande, que rodeó con su lengua. Todo ello sin apartar su mirada de la mía, viendo la reacción que causaba en mí.

Sin pensarlo, se la metió en la boca. Notar la calidez de su cavidad bucal, junto a la suavidad de sus labios y el juego de su lengua en mi glande, hizo

que me volviera loco de placer. Sujeté su pelo en mi mano, y le imprimí el ritmo que me gustaba, mientras ella se dejaba hacer.

—Para, o terminaré corriéndome en tu boca — dije, pero no lo hizo. Me miró con una sonrisa que me indicaba todo lo que estaba por venir, y continuó.

En realidad, no estaba acostumbrado a eso, ya que a Candy no le gustaba practicar sexo oral y cuando lo hacía, no ponía especial entusiasmo, y la sacaba de su boca a la mínima de cambio.

Me corrí en su boca, y ella, lejos de mostrar repulsa, se lamió los labios, se levantó del suelo de la ducha, y me besó, como nunca lo habían hecho antes.

Vertí champú en mis manos, y le froté la cabeza, así como ella me lo estaba haciendo a mí. Con el gel de baño en nuestro cuerpo y usando nuestras manos a modo de esponja, nos enjabonamos mutuamente, haciendo especial énfasis en nuestros sexos, excitándonos de nuevo.

La puse de cara a la pared de la ducha, incliné sus caderas hacia detrás, y la penetré de nuevo, fuerte, sin descanso, y ella me pedía más y más. Con cada súplica de ella, mi miembro se ponía aún más duro, y embestía de una manera descomunal, hasta que ambos nos corrimos de nuevo, juntos, entre gritos y jadeos.

—Dios, ha sido bestial — dije, jadeante.

—Ni que lo digas, jefe — contestó, riendo.

—¿Vas a seguir llamándome así durante mucho más tiempo? —pregunté, porque no sabía ella como me ponía que me lo llamara.

—Todo el tiempo que me dejes permanecer a tu lado.

—Pues entonces, será durante todo lo que nos quede de vida, porque no te pienso dejar escapar — contesté, besándonos de nuevo.

Mientras nos secábamos, me di cuenta de que, ninguna de las dos veces, habíamos usado protección, y eso me dio un poco de miedo.

—¿Qué te pasa? Te has puesto blanco de momento — dijo Tracy, algo preocupada.

—No hemos usado protección, no quiero que pienses que soy un inconsciente, pero es que no estoy acostumbrado a esto…

—Idiota eres, hijo. Tengo puesto un DIU, y sé que no has estado con nadie más que tu mujer, y dudo que lo hayas hecho mucho con ella, la verdad —Me dijo, riendo, y le lancé la toalla hecha una bola.

—Desde que nació Audrey, creo que unas tres o cuatro veces. Además, después de que me enterara de que tenía un amante, lo primero que hice fue ir a una clínica y someterme a un examen para ver que no me había pegado nada —le conté, algo que no sabía nadie.

—Pues entonces, quita esa cara de vinagre que me llevas, y vámonos a la cama, que estoy que me caigo de sueño. He practicado más deporte hoy que en toda mi vida —me respondió.

La cogí de la cintura y la llevé hasta la cama, donde nos acostamos desnudos. No quería que hubiese ninguna barrera entre nosotros, ni siquiera una ligera tela. Necesitaba sentir su piel contra mi piel, su calor corporal, por eso nos tumbamos de lado, yo detrás de ella, dándole con mi miembro en sus nalgas, y fue la mejor sensación del mundo.

Nos despertaron las risas de Audrey en el pasillo, y la voz de mi madre hablando con la niña, lo que nos hizo sonreír. Mi madre le decía que no podía entrar en mi habitación como hacía antes, que podía estar con Tracy durmiendo y molestarnos, que debía llamar primero. Pero no lo hizo, se fueron las dos hacia la planta baja.

—Buenos días, preciosa — dije, acunando su cara para poder besarla.

—Buenos días, precioso — contestó, poniendo sus manos en mi trasero, amasándolo.

—Creo que mi amigo se alegra de que estés aquí, desnuda, debajo de mí…

El beso se fue tornando más pasional, y terminé de nuevo enterrado en su interior, que me recibió con una humedad y un calor que me decían que ella estaba tan deseosa como yo.

—Deberíamos bajar, deben estar esperándonos para desayunar — dijo, una vez que hubimos terminado.

—Si eso es lo que esperas, ya te dijo yo que no. Aquí, quien va levantándose va desayunando. La única mañana en la que lo hacemos juntos es la de Navidad, y por el tema de los regalos, que, si no, tampoco —le dije, riendo.

En mi casa éramos así, lo único que no perdonábamos era que cada uno comiera o cenara por su cuenta, pero el tema del desayuno se pasaba por alto. Todo era por una sencilla razón. Cuando mi padre trabajaba, se levantaba a las seis de la mañana, y mi madre se negaba a tener que hacerlo a esa hora, pudiendo dormir un poco más. Yo me iba para el colegio a las ocho, y ella decía que, recién levantada, no le entraba nada de comida, así que yo desayunaba antes de irme y ella lo hacía cuando venía de dejarme en el colegio.

Nos dimos una ducha y bajamos a la cocina, que era el lugar de desayuno, de siempre. Antes, mis padres no vivían en una casa así, sino que era más modesta. No es que nos faltara el dinero, ni mucho menos, que mis padres eran de clase media – alta desde siempre, pero cuando mi empresa empezó a dar esos beneficios tan desorbitados, lo primero que hice fue comprarles a mis padres esa casa, así como invertir un dinero en su nombre, que le había arrojado los dividendos de los que ahora disfrutaban.

Allí estaba Natalie con su compañera, que me miró de una manera que no me gustó, al igual que a Tracy.

—¿Mi madre no te había dado el fin de semana libre, Natalie? — dije, en un tono para nada amable.

—Sí, pero me ha llamado porque quería hablar conmigo. No deberíais consentir tanto a esa niña, se ha vuelto una mentirosa de manual. Ahora entiendo que, igual que se ha inventado lo mío, se ha podido inventar lo que

le hacía su madre — contestó, pero no me dio tiempo a decir nada más, lo hizo Tracy por mí.

Capítulo 19



TRACY

Venía muy relajada después de la noche tan bonita y pasional que había pasado con Bryan, así como por la manera en la que me había dejado claro que yo era su pareja, y escuchar a la niñata aquella hablar de esa manera de Audrey, me repateó el estómago.

—Vamos a ver, como se eduque o no a esa niña, a ti ni te va ni te viene. Esa niña ha pasado un calvario con su madre, y está demostrado. Ni Bryan ni yo tenemos que darte más explicaciones, así que, ponte a lo que tengas que hacer y no te metas donde no te llaman —le contesté, sin saber que era lo que se podría haber inventado Audrey.

—Gracias a sus mentiras, he perdido mi trabajo, así que no tengo nada que hacer — contestó, mirándome con odio.

—Pues si has perdido tu trabajo, no sé qué haces en esta casa. Recoge lo que tengas aquí todavía, y vete de aquí —le dijo Bryan, bastante serio y en un tono que no había visto nunca hablarle a nadie.

Ella nos miró de una manera que ponía los vellos de punta, cogió una caja que tenía a sus pies y de la que ninguno nos habíamos percatado, y salió por la puerta de la cocina. Me anoté mentalmente preguntarle a Bryan que era lo que pasaba con esa mujer, puesto que no me pensaba quedar con la duda.

—Espero que, antes de entrar a trabajar aquí, firmara un contrato de confidencialidad, porque tal y como está la cosa, la veo de plató en plató paseándose, contando mentiras —le dije y vi como su rostro mudaba de color.

—¡Mamá! ¡Papá! —Se levantó, corriendo, hasta el salón, que era donde estaban los dos sentados con la niña.

—¿Qué se quema, hijo? —preguntó su padre.

—Decidme que, antes de despedir a Natalie, habéis hecho que firme un contrato de confidencialidad —les suplicó Bryan.

—No lo hemos pensado, Bryan, la verdad. Lleva con nosotros mucho tiempo, y no creí que fuera necesario — contestó su padre con mucho pesar.

—¡Dios! Esto es una locura…

—Tranquilízate, amor, que seguro que no quiere meterse en tanto jaleo por cuatro dólares que son los que va a sacar —Intentaba tranquilizarlo.

—¿Qué es lo que ocurre, Bryan? —preguntó la madre, bastante nerviosa, de ver a su hijo de esa manera.

—Estoy seguro de que aprovechará toda la situación para sacar tajada. Sin contar con que la arpía de mi suegra no la utilice para seguir inventándose cosas y dejarme en mal lugar —dijo Bryan, y se me ocurrió algo.

—Manda un comunicado. Diles a tus abogados que lo redacten y lo envíen a todos los medios, en el que se indique se tomarán medidas legales contra todo aquel que te difame o salga a hablar de ti cosas que no sean ciertas y que atenten contra tu honor — dije, con la intención de que se adelantara a esa mujer o a cualquiera que saliera. Todos sabíamos que oportunistas había en todas partes.

—Eres la mejor, eso no se me había ocurrido — dijo, dándome un beso en los labios, y corriendo al despacho de su padre.

En cuanto que salió de allí, después de hablar con sus abogados, lo hizo más tranquilo. Nos contó que sus abogados ya lo habían hecho, se habían

adelantado a cualquier cosa que pudieran hacer en su contra, y amenazaban con una demanda millonaria al que lo intentara.

La mañana estaba fría, pero el sol nos acompañó en ese día, por lo que salimos a dar un paseo por el jardín con la niña, que llevaba un cochecito de capota con una muñeca que tenía en casa de sus abuelos.

Él llevaba el brazo echado por mi hombro, y yo sentía un pesar por lo que le había dicho en la cocina, que me oprimía el pecho, así que no dudé en pedirle disculpas.

—Siento haberte dicho eso en la cocina sobre Natalie — dije, cuando nos sentamos en uno de los bancos que había en el jardín.

—¿Estás de broma? No tienes que sentir nada, todo lo contrario. Esas palabras me han hecho prepararme para todo lo que puedan decir sobre mí.

—¿Tuviste algo con ella? En el pasado, quiero decir. Porque me miraba como si fueras de su propiedad y yo una ladrona.

—Siempre estuvo enamorada de mí, pero no se atrevió a decirlo porque estaba casado con Candy. Ayer, cuando llegamos, le dijimos que se ocupara de la niña, como hacía siempre, pero cuando Audrey se quedó a solas con nosotros, nos dijo que le había dicho que sería su próxima mamá, y que le tenía que hacer caso o iba a haber consecuencias —me contó, dejándome sin palabras.

—¿Eso es lo que se supone que la niña se ha inventado? No tiene vergüenza, y menos si, tal y como dice tu madre, llevaba aquí muchos años con vosotros —lo dije como me salió, sin pensar.

—Eso mismo pensó mi madre, por eso nos dijo que la iba a despedir. Algo más ha tenido que suceder para que no esperara al lunes, que era lo que tenía pensado — contestó, sin soltar mis manos.

Cuando vimos que era la hora de la comida, volvimos sobre nuestros pasos, prometiéndole a la niña que esa tarde jugaríamos con ella al parchís.

Desde que había aprendido los días que estuvo conmigo, se había vuelto uno de sus juegos preferidos.

Al llegar allí, Faith nos llevó aparte para contarnos el motivo por el que había despedido a Natalie antes de tiempo.

—Tenía en mi cuarto un dinero guardado para dárselo a la niña antes de irse. Le puse uno de los clips personalizados que me regaló tu padre. Cuando he ido a buscarlo, no estaba, y tan solo Natalie sabía dónde estaba. Tuve un presentimiento muy feo, y entré en su cuarto para ver si lo había cogido, pero la niña me dijo que la había visto entrar en la habitación donde en principio se iba a quedar Tracy…

—¿Lo puso allí para culpar a Tracy? —preguntó Bryan, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Yo te juro que no sabía nada, Faith. Yo no…

—No tienes que justificarte, Tracy, sé que no fuiste tú. Ella lo hizo, y fue por celos. No soportaba que Bryan estuviera contigo, ella lo quería para sí —dijo Faith, cogiendo mis manos.

—Es lo mejor que has hecho, mamá. Ahora nos toca ser fuertes para todo lo que se nos viene encima. Escuchemos lo que escuchemos, no vamos a decir nada, a nadie. Responderemos por la vía legal, nada más —nos dijo Bryan a todos.

Entramos al salón para comer, y allí nos estaban esperando el abuelo y la nieta, sentados a la mesa, y con cara de desesperación, sobre todo la pequeña, que era un pocito sin fondo a la hora de comer.

—Menos mal que habéis dejado la charla, casi me muero de hambre —dijo la niña, poniéndose las manos en la cabeza.

—Claro, cariño, como que tan solo has desayunado dos tostadas con mermelada, huevos a la plancha y un bollo de leche —le dijo mi madre.

—Abuela, eso fue hace mil horas. Ya mi estómago no se acuerda de eso —contestó ella, muy indignada y provocando una sonora carcajada en todos.

Estuvimos comiendo entre bromas, risas y cosas que nos contaba la niña. En el postre, ya todos estábamos hasta arriba con el estofado que había preparado la cocinera, y que tenía unas manos prodigiosas, pero la niña no, ella decía que todavía le quedaba un huequito para el flan de chocolate que habían servido.

—Bueno, ha sido un placer pasar estos dos días con vosotros, pero ya toca volver a casa —les dije, despidiéndome de los padres de Bryan, después del café.

—¿Ya te vas? ¿Papá, nosotros también nos vamos? Yo no me quiero quedar aquí sin Tracy —bombardeó la niña.

—Cariño, si quieres que volvamos a casa, lo hacemos, pero Tracy no se viene con nosotros, ella tiene que volver a la suya —le explicaba su padre.

—Pero… los novios duermen juntos, la abuela me lo ha dicho, y no podéis hacerlo si uno vive en una casa y el otro vive en otra —dijo ella, sin entender nada.

—Vamos a ver, cielo. Los novios duermen juntos siempre y cuando los dos estén en la misma casa. Los días que vaya a vuestra casa, dormiré en la misma cama que papá, y cuando vosotros vengáis a la mía, pues también lo haremos así. Pero llevamos muy poco tiempo siendo novios, todavía no nos podemos ir a vivir a la misma casa —intenté explicarle lo más sencillamente posible para que lo entendiera.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que pase eso? Porque le pienso pedir a Papá Noel un hermanito, y si no vives en mi casa con mi padre, pues no me sirve de nada que me lo traiga, porque no podré verlo todos los días ni estar con él —nos soltó, y su padre y yo nos miramos.

—No hay un tiempo específico, mi amor, pero desde ya te digo que a Papá Noel no le dará tiempo de traerte el hermanito este año, a lo mejor el que viene —le soltó su padre, y yo le di un tortazo en el hombro, para que no le dijera esas cosas a la niña.

—Bueno, lo dicho, subo por mi mochila y me marcho ya, que mañana empiezo a trabajar y me tengo que levantar temprano, que si no el jefe supremo terminará despidiéndome por llegar tarde — dije, saliendo del salón en el que estábamos.

Los dejé a todos hablando allí, mientras que subí por mis cosas. Me había dejado algo tocada lo del robo de Natalie y que quisiera cargarme a mí con el muerto, por eso no tardé ni cinco minutos en subir y volver a bajar.

—Te llevo yo, así me entero de donde vives — dijo Bryan, cogiendo las llaves de su coche.

—A ver si te van a ver, y tienes a la prensa aquí en menos que canta un gallo — dije, temiendo por la niña.

—Nosotros también nos marchamos ya. Audrey tiene mañana cole y está deseando volver, hace más de dos semanas que no va y no me gusta que falte tanto, a pesar de que todavía no es obligatorio que vaya.

—Está bien, espero que recojas tus cosas, mientras me despido de tus padres.

Mientras él subía, me quedé abajo con sus padres. Pensaba que, ahora que estábamos a solas me iban a recriminar algo sobre mis orígenes o sobre mi paso por el orfanato, pero nada más lejos de la realidad. Se limitaron a darme un abrazo, y a agradecerme que su hijo hubiera vuelto, porque, según ellos, el de los últimos años no era él, sino la versión sin vida de un cuerpo que respiraba por inercia, nada más.

Salimos al jardín, donde estaba aparcado el coche, y sin escolta, lo que me extrañó muchísimo, pero Bryan me aclaró que, en casa de sus padres, no la necesitaba, pues allí tenían su propia seguridad.

La niña iba sentada en el asiento trasero, jugando con un peluche, hasta que se quedó medio dormida. Siempre le pasaba, era montarse en un coche, fuera la hora que fuera, y caer frita. Menos mal que, por la noche, luego dormía bien, porque si no, sería una tortura, sobre todo para su padre, que tenía que trabajar al día siguiente.

Le indiqué la dirección de la casa de mi amiga, y lo vi asentir con la cabeza. Me fue explicando que ese barrio en concreto era de personas trabajadoras, uno muy familiar y bastante seguro, comparado con otros mucho más conflictivos.

—Nos vemos mañana, jefe —le dije, mirándonos a los ojos.

—En cuanto llegues, sube a mi despacho, por favor — dijo, para después darme un beso que me dejó con ganas de más.

Le di un beso a la niña en la cabecita, y entré en mi casa, diciéndole adiós desde la cancela, ya que era una vivienda unifamiliar, como ya os he comentado antes.

Capítulo 20



BRYAN

Cuando dejé a Tracy en su casa, me di cuenta de que tenía un coche siguiéndome. Realmente me daba igual que me vieran con ella y en actitud cariñosa, no pensaba esconderme cuando mi mujer me había corneado más que a un torero. Además, que nosotros habíamos iniciado esta relación una vez que entre mi mujer y yo ya no existía ningún vínculo, y no por su fallecimiento, sino porque ya había decidido pedirle el divorcio.

Lo único que me daba miedo de todo esto era que la prensa acosara a Tracy, que sacaran a la luz cosas que ella no quisiera que salieran, pero ya cruzaríamos ese puente cuando llegara el momento.

A la llegada a mi casa estaba toda la prensa en la puerta, soltando cada improperio que no era ni medio normal, pero había decidido que no haría caso a nada de lo que dijeran. Lo que no me pareciera bien que se dijera en los medios, se iba a denunciar, y listo, no pensaba entrar a desmentir ni afirmar lo que comentaran los periodistas.

Tuve que tocar el claxon varias veces para que me dejaran paso, e incluso el personal de seguridad hizo acto de presencia, ya que se agolparon todos en torno al coche y no quería atropellar a nadie.

—Papi, me estoy asustando — dijo mi hija, al ver como los periodistas se echaban casi encima del coche.

—No pasa nada, mi vida. Están aquí porque quieren saber si papá tiene algo que decir sobre la partida de mamá al cielo, nada más — contesté, con mucha suavidad.

—Pues diles que no vas a decir nada y que se vayan — contestó ella, y pensé en hacer algo.

En cuanto que entré, Audrey se marchó con la chica que la atendía en casa, y entré en mi despacho para hablar con mis abogados, no podíamos seguir así cada vez que entraba y salía, y también hablaría con Tracy.

Mis abogados me dijeron que, si salía a hablar, tenía que ser muy claro, para que no pudieran tergiversar mi testimonio, y que me mostrara tal y como era, sin llantos innecesarios ni datos que no sirvieran nada más que para especular en mi contra. A continuación, llamé a Tracy, y le conté lo que pensaba hacer.

—Hola mi amor, ¿tanto me echas de menos que ya has tenido que llamarme? dijo ella, en tono burlón.

—No sabes cuanto, pero te llamo para otra cosa. Tengo a la prensa en la puerta de mi casa, y he hablado con los abogados para salir y darles mi testimonio, ya que Audrey estaba bastante asustada, y no quiero que sienta miedo en su propia casa —le expliqué.

—Si necesitas contar lo nuestro y es por eso por lo que me estás llamando, adelante, no tengo nada que objetar.

—¿Y si se ponen a investigar y descubren tu pasado? —le dije, porque eso era lo que más miedo me daba, por ella, no por mí.

—Pues entonces descubrirán que soy una mujer echa a sí misma, que no ha necesitado nunca ni el amor ni el dinero de su familia. Ahora, si es porque te avergüences de que te relacionen con algo así…

—No termines esa frase. A mí me da igual de donde vengas, como si te encontraron en un vertedero. Yo estoy enamorado de la persona que eres ahora y como habrás comprobado, a mi familia tampoco le ha importado

nada. Si lo he dicho es porque no quiero que te sientas incómoda, nada más. Pero si me das permiso, ahora mismo salgo a la puerta y lo cuento todo —le dije, porque era cierto, a mí me daba exactamente igual de donde viniera.

—Hazlo, pero asegúrate de que, después de eso, desaparezcan de la puerta de tu casa. Lo primero tiene que ser siempre la seguridad y el bienestar de la niña.

Colgué la llamada y salí hasta donde estaban los periodistas. Iba a dar mi versión de la historia, a cambio, ellos desaparecerían de la puerta de mi casa o terminaría llamando a la policía. Sabía que ese era su trabajo, pero ellos tenían que hacerse cargo de que tenía una niña de cinco años que se asustaba de estas cosas.

—Buenas tardes, estoy aquí para llegar a un acuerdo con vosotros. Solo si me dais vuestra palabra, seguiré hablando —les dije, nada más abrir el portón de entrada.

—¿Qué clase de acuerdo? — preguntó uno de los periodistas, y los demás asintieron.

—Os daré mi testimonio, pero a cambio, quiero que desparezcáis de aquí. Tengo una hija de cinco años que acaba de perder a su madre, y a la que le asusta ver tanta gente congregada en la puerta, tirándose encima del coche prácticamente. Ella tiene que ir volviendo a la normalidad, pero con vosotros aquí, no es posible.

—Si nos da usted su testimonio, todos los que estamos aquí le damos nuestra palabra de que nos marcharemos. Tan solo queremos saber su versión de la historia — dijo otro, buscando la aprobación de los demás, que no tardó en producirse.

—Entonces, con estas palabras, queda sellado nuestro acuerdo. Veréis, la relación entre mi difunta esposa y yo no era buena desde hace mucho tiempo, prácticamente desde que nació la niña. Hice todo lo habido y por haber para que nuestro matrimonio no se fuera al garete, a pesar de que sentía que ya no estaba enamorado de ella, pero eran muchos años y entendí que el amor se había transformado.

—Entonces, ¿ese viaje fue otro intento para reconstruir vuestra relación? —preguntó uno de los presentes.

—Exacto, pero no salió como yo pensaba. Ella tenía un amante, algo de lo que me acusó a mí en infinidad de veces, y que era mentira. No encontrareis una sola foto mía con otra mujer, no al menos hasta que presenté el divorcio.

—¿Está diciendo que tiene una nueva ilusión?

—Eso es. Londres me dio la oportunidad de conocer a una mujer de la que me he enamorado sin siquiera pretenderlo. Su nombre es Tracy, y es empleada de mi empresa, ahora en la sede central, antes de la de Londres. Si os estoy dando todos estos datos es porque no quiero que mi relación se vea acosada por los medios. No pensamos escondernos, porque no estamos haciendo nada malo.

—¿La niña la conoce? ¿Qué dice su familia de que haya encontrado el amor tan pronto?

—La niña la conoce desde antes de que estuviéramos juntos, que realmente fue ayer cuando hablamos de ir en serio, y está encantada con ella, al igual que mi familia. Es por todo ello que no quiero que nos atosiguéis, por favor.

—¿Qué pasó ese día que encontraron a su esposa muerta?

—La noche anterior, se escapó de sus escoltas, y la encontraron en un pub, un poco pasada de copas. La llevaron a la habitación y la dejamos dormir, hasta la mañana siguiente, en la que tuvimos una sonora discusión, donde los gritos se hicieron presentes y nos dijimos cosas muy duras, tanto ella a mí, como yo a ella. Salí de allí, y la dejé viva. Al poco tiempo me detuvieron, pero gracias a un buen abogado y a un informático inmejorable, pudieron demostrar que fue su amante quien lo hizo. No quiero especulaciones sobre nada, os estoy contando todos los detalles, porque tarde o temprano saldrán a la luz, estoy seguro.

—¿Es cierto eso que se especula de que la niña tampoco es su hija? — Tengo que reconocer que esa pregunta me dolió en el alma.

—Audrey es mi hija, y eso sí que no lo voy a consentir, que se especule con la paternidad de la niña. Los problemas entre Candy y yo empezaron después de nacer ella, no antes. Con lo cual, no hay ninguna duda. La persona que ha empezado ese bulo no está en lo cierto. ¿Alguien sabe de dónde ha salido?

—Fue un comentario que hizo la madre de su difunta esposa en el funeral — contestó otro de los periodistas que estaban presentes.

—Ese comentario fue desafortunado y completamente erróneo. Si lo hizo públicamente, será demandada por ello. Lo hace con el único objetivo de hacerme daño y de intentar conseguir la custodia de mi hija, una que ya se le ha sido negada en la ciudad donde ocurrieron los hechos. Creo que ya no queda nada por aclarar, así que, por favor os pido que os marchéis. Mi hija necesita empezar su rutina de nuevo mañana y no me gustaría que todavía estuvierais aquí, porque no diré ni una sola palabra más.

Dicho esto, vi como todos ellos empezaban a recoger sus cámaras y sus micrófonos, así que los dejé allí y volví al interior de mi casa, a mi refugio, junto a mi hija.

—Papi, ¿ya se van a marchar? — preguntó Audrey en cuanto entré en casa.

—Sí, cariño. Mañana cuando salgamos para el cole, ya no estarán ahí. Por cierto, tengo que decirte algo. Si, cualquiera de estos días, va la abuela o el abuelo a recogerte y a decirte que te va a llevar conmigo, le dices a la seño que me llame, ¿vale? De todas maneras, yo se lo diré también en cuanto que mañana te lleve al colegio —dije, antes de entrar en mi cuarto para darme una ducha y ponerme ropa cómoda para cenar con ella.

Cenamos como siempre, en la sala de estar, donde estábamos más cómodos y nos pusimos a ver la televisión un rato, echaban una película que a los dos nos encantaba, pero cuando me di cuenta, ya estaba dormida, así que la cogí en brazos y la llevé a la cama, donde la acosté y la dejé bien tapadita.

No sabía si Tracy estaba despierta, pero me apetecía mucho hablar con ella, así que le envié un mensaje.

Bryan: *Espero que no estés dormida, pero si es así, ya lo leerás mañana. Todo ha ido de maravilla, pero la impertinente de la madre de Candy ha ido diciendo por ahí que Audrey no es mi hija, como si tuviera alguna duda al respecto.*

Dejé el teléfono a un lado, mientras me lavaba los dientes, pensando que no me contestaría, pero vibró y supe que era ella la que me había escrito.

Tracy: *¿Qué piensa esa mujer cuando hace esas afirmaciones? ¿No se da cuenta de que a la única a la que le hace daño es a su nieta? Ni te lo pienses, plántale una demanda y cállale la boca de una vez.*

Bryan: *Es lo que pienso hacer. Te dejo ya que descanses, te echo de menos en mi cama, a pesar de que sólo te he tenido una noche entre mis brazos. Tengo una propuesta para ti, te espero en mi despacho a las nueve, para que me dé tiempo a llegar después de dejar a Audrey en el colegio. Te quiero.*

Tracy: *Es usted muy malo, jefe supremo, no se deja a una chica con la duda durante toda la noche. Si mañana luzco más ojeras que un oso panda, será usted el culpable. Yo también te echo de menos. Te quiero. Nos vemos mañana, estaré allí cinco minutos antes, por si acaso.*

Después de leer esto me salió una carcajada. Me estaba riendo más en estos últimos días que ella estaba a mi lado que en los últimos años al lado de mi mujer, y eso me daba mucho miedo. Si Tracy decidía cortar la relación, me iba a costar un mundo poder superarla, lo tenía claro, porque no encontraría a otra mujer como ella, por mucho que me empeñara en buscarla.

Capítulo 21



TRACY

En cuanto me levanté por la mañana, me di una ducha y me arreglé para ir a la oficina. Era mi primer día, y me moría de ganas por empezar en ese nuevo trabajo, que no tendría mucha diferencia del anterior, salvo que, en este caso, al equipo lo coordinaría yo.

Bajé a la cocina a desayunar, y vi a Andy con mala cara, seguro que tenía algo que ver con Alex, pero esperaría a que ella se decidiera a contármelo.

—Hola, corazón mío. ¿Por qué tienes esa carita tan triste? —no me pude reprimir a preguntar en cuanto la vi de cerca.

—Ay, Tracy, tengo la impresión de que Alex me está engañando con otra —Me dijo, con los ojos acuosos por la tristeza.

—Pues ya sabes, puerta y a buscarse a otro. Ya te dije que no me parecía trigo limpio, pero no quiero que mi percepción te influya para nada. Pregúntale, obsérvalo, y si ves algo que no te guste, corta por lo sano, antes de que sea más tarde —le dije, mientras que nos tomamos el café.

La noche anterior, cuando volví de casa de los padres de Bryan, la encontré en casa, pero no me di cuenta de que estaba tan mal. Le conté todo lo que me había sucedido, y me aplaudió por mi valentía, por intentar algo con él, cuando me había sucedido lo de Logan.

No es que me considerara una persona valiente, ni mucho menos, pero sí que había dejado a un lado todos mis miedos y reticencias, y me había lanzado a la piscina, y no en el mejor momento, ni mucho menos.

Bryan se encontraba ahora en uno de los momentos más difíciles de su vida, con toda la prensa pendiente de él y de sus movimientos, y con su exsuegra metiendo las narices en todo y acusándolo de cosas que no eran ciertas, pero no me dio miedo, eso no, lo que me lo daba de verdad es que nadie de su familia me considerara a su altura.

Cogí mi coche y me dispuse a poner en el GPS la dirección de la empresa, porque no sabía ni por donde quedaba. Según me había dicho Albert, no me tenía que preocupar del aparcamiento, ya que el edificio contaba con uno y mis datos se los habían dado al chico de la garita para que me dejara pasar.

Me encontraba un tanto nerviosa por eso que me tenía que decir Bryan, y por lo que me había citado a primera hora en su despacho. Esa noche, por mi cabeza pasaron todo tipo de escenarios, y no sabría decir cuál de todos me daba más miedo.

—Buenos días, soy Tracy Anderson y hoy es mi primer día en esta sede, por lo que no tengo credencial todavía, pero el señor William me había autorizado la entrada — dije al chico que estaba en la garita.

—Déjeme mirar el listado, un segundito —se puso a mirar en el ordenador, hasta que me encontró —. Aquí está, no se preocupe que ahora mismo le abro.

—Muchas gracias — dije, amablemente.

El chico me indicó cual sería mi plaza, para que no tuviera que andar buscando por todo el aparcamiento, ni aparcara en otra que no fuera la mía. Por lo visto, todos tenían una plaza asignada, así no había jaleo y estaban todos los coches localizados. Los visitantes aparcaban en otra zona que tenían habilitada para ellos.

Bryan me había dicho que subiera a su despacho, pero no sabía cuál era, así que le pregunté a la chica de recepción, que en ese momento estaba

hablando por teléfono, por lo que esperé a que terminara la llamada.

—Buenos días, ¿me podría indicar donde puedo encontrar el despacho del señor Lee, por favor? —le dije, y noté una mirada que no me gustó un pelo.

—El señor Lee no recibe a nadie — contestó, de manera muy grosera.

—El señor Lee me ha citado a las nueve en su despacho, y no me gustaría llegar tarde, odio la impuntualidad —le contesté, en el mismo tono en el que lo había hecho ella.

—Le repito que no puede ser, porque el señor Lee tiene la agenda muy apretada y no recibe a nadie que no sea el CEO de una gran empresa, como él. Así que, si no le importa, abandone el edificio, por favor —me dijo ella, con mucha altanería.

—No me gustaría tener que llamarlo por teléfono, y por supuesto, no me voy a marchar, entre otras cosas, porque a partir de hoy, trabajo aquí. ¿Me indicaría donde está su despacho, si es usted tan amable? —insistí, empezando a cabrearme.

—Si empieza usted hoy, donde tiene que ir es a Recursos Humanos, no al despacho del señor Lee.

—Mira, lo siento por ti porque te va a caer una bronca de campeonato, pero no me has dejado otra opción —le dije, sacando el móvil del bolso y marcando su número.

—Dime mi amor, ¿ya estás en el despacho? — contestó en cuanto que vio que era yo quién llamaba.

—No. La amable recepcionista no me da paso. Como mucho, a Recursos Humanos, y como no tengo ni idea de donde se encuentra tu despacho, pues aquí sigo, en la recepción del edificio —le dije, bastante alto para que se enterara bien, pero lejos de amedrentarse, todavía se puso más chula.

—La amable recepcionista le va a decir a seguridad que la saque de aquí inmediatamente. Encima haciéndome creer que está hablando con el señor Lee, como si yo fuera tonta —dijo, alzando la voz.

—No te muevas de ahí, estoy en el aparcamiento —me dijo, y fui a sentarme a unos sillones que encontré en un lateral.

—¿No piensa marcharse? Pues entonces, no tengo otra opción —iba a marcar el número de seguridad, cuando salió Bryan del ascensor del aparcamiento.

—Hola, cariño. ¿Qué haces aquí cuando te dije que me esperaras en mi despacho? —me dijo, dándome un beso en los labios que dejó a la recepcionista con la boca abierta.

—Señor Lee, yo… verás es que… yo no sabía que ella…

—Deje de dar excusas sin sentido. Si usted no estaba segura de si dejarla pasar o no, era tan sencillo como haber llamado al señor William o a mí, pero no tiene que tratar a la gente con tanta prepotencia como usted lo ha hecho — le dijo Bryan, y ella agachó la cabeza.

—No volverá a pasar, señor Lee. No tenía conocimiento de que era su pareja ni de que tenía permitida la entrada — contestó ella, sin levantar la cabeza.

—Por supuesto que no volverá a pasar, porque si ocurre, estará despedida. Ahora, vamos, cariño, que tenemos que hablar —me dijo, tomándome de la mano.

La recepcionista me miró de una manera que no me gustó nada, se notaba a leguas que me veía como una trepa, que se estaba aprovechando de las debilidades de CEO. Me había juzgado sin saber la historia que tenía detrás, pero ya estaba acostumbrada a eso, tampoco me había cogido de nuevas, la verdad, así que ya estaba curada de espanto.

Dentro del ascensor, y en cuanto que las puertas se cerraron, Bryan se abalanzó sobre mí, dejándome arrinconada en una esquina, con la espalda pegada a la pared y su cuerpo aprisionando al mío.

—Dios, tenía ganas de tenerte así desde que nos quedamos encerrados en el ascensor de Londres — dijo, y se lanzó a mi boca, devorándola a placer.

—Para, para, que podría entrar alguien — dije, cuando se separó para coger aire, y me miró sonriente.

—Este ascensor es de mi uso personal, y ahora del tuyo, porque todas las mañanas te quiero en mi despacho a primera hora. Ya no tendrás ningún problema, porque sabrás exactamente el lugar al que tienes que ir — dijo, besándome de nuevo.

¡Cómo había echado de menos sus besos! Y eso que tan solo había pasado un día desde que nos vimos, pero me pareció eterno, y a él le tuvo que resultar igual, a juzgar por la forma en la que me besaba.

Cuando notó que estábamos cerca de nuestro destino, se separó de mí, se puso el abrigo en la mano para tapar su erección y se atusó el pelo, mientras yo lo miraba como si fuera un monumento andante, como si todavía no me creyera que estaba ahí, conmigo, y de la manera en la que estaba.

—Buenos días, Catherine, no me pases visitas ni llamadas de momento, que tengo que hablar con la señorita Anderson. Si el señor William pregunta por mí, dígale que estoy ocupado, que ya lo llamaré. Vamos dentro, amor — me dijo, y la secretaria me miró completamente sorprendida.

—Por supuesto, señor Lee. Buenos días — contestó ella, como si fuera un robot.

Entramos en su despacho, tiró el abrigo de mala manera sobre un pequeño sofá que tenía, y echó el pestillo de la puerta, mientras que me aprisionaba contra ella, metiendo sus manos entre mis piernas y devorando mi boca.

Pronto me arrancó el primer orgasmo con sus dedos, me subió la falda, y bajó sus pantalones, penetrándome de una fuerte embestida.

—Bryan, nos pueden oír ahí fuera, y no me quiero ganar más enemistades el primer día, que con la recepcionista ya tengo bastante —le pedí, entre gemidos.

—Me importa poco que me oigan, pero no va a ser así. Este despacho está insonorizado, para que desde fuera no se pueda escuchar nada de lo que se

hable en su interior. Puedes gritar si quieres, que no te oirá nadie — contestó, mientras que seguía embistiendo.

En cuanto que me dijo eso, mandé a la mierda mi pudor y todo lo que ello conlleva, y me dediqué a disfrutar de lo que me estaba haciendo, hasta que ambos alcanzamos el clímax de nuevo.

—¿Esta es la propuesta que me tenías que hacer? — dije cuando terminamos y pasé al baño a asearme y arreglarme un poco.

—No, esa es la bienvenida que te daré todos los días, para que empieces tu jornada laboral con una sonrisa, la propuesta es otra — contestó.

—Pues no me pienso quejar, que quieres que te diga — dije, riendo, y él lo hizo conmigo.

—La propuesta es la siguiente, pero toma asiento antes, por favor. Me gustaría que los fines de semana te vinieras a casa con nosotros. Entiendo que decirte que te vengas para siempre, cuando llevamos tan poco tiempo, puede resultarte agobiante.

—¿Hablas en serio? —pregunté, algo extrañada por la velocidad que estaba cogiendo nuestra relación.

—Totalmente, por mí te diría que lo hicieras para siempre, pero te entiendo, así que vamos a empezar por los fines de semana. Así podremos hacer planes con la niña, y dormir juntos, que es lo que más extraño, y eso que tan solo lo hemos hecho una vez, pero me resulta doloroso volverme y no tocar tu cuerpo — dijo, y no pude negarme.

—Está bien, hablaré con Andy y le diré que, de viernes a domingo estaré en tu casa, volviendo a la mía ese mismo día por la tarde — contesté, y me negó con la cabeza.

—El domingo es parte del fin de semana, además, así el lunes vendremos juntos a la oficina. Dormirás en tu casa de lunes a jueves, y no hay negociación.

¿Era una locura? De las grandes. ¿Estaba loca? Como una cabra, así que, no hay más preguntas, señoría. Estuvimos un rato más charlando sobre el trabajo, hasta que avisó a Albert para que me explicara en qué consistiría mi trabajo y donde estaba mi despacho, que casualmente, estaba en la misma planta que los suyos, y me hizo soltar una carcajada.

Cuando salimos de allí, fuimos a mi despacho, y de ahí, a recursos humanos, para que me dieran las acreditaciones que me sirvieran para entrar y salir del edificio, así como del aparcamiento y mis claves para entrar en el ordenador y empezar a trabajar, aunque ya tenía la mañana perdida, todavía quedaba mucho día por delante.

Capítulo 22



BRYAN

Los días fueron pasando, incluso las semanas, y la relación que habíamos empezado Tracy y yo iba viento en popa. Durante la semana, nos veíamos en la oficina, comíamos juntos y, algunas tardes, paseábamos con Audrey a la salida del colegio.

Los fines de semana eran otra historia, porque desde que salíamos de la oficina, ya no nos separábamos hasta el lunes por la tarde. En esos días, compartíamos nuestros planes con la niña, pero también hacíamos otros a solas, donde salíamos a cenar y disfrutábamos de nuestra ración de sexo, porque a eso no estábamos dispuestos a renunciar.

Cada día me sentía más a gusto a su lado, y no solo por lo bonita que era, sino porque me entendía como nunca antes ninguna mujer lo hizo. Si no podía contestar a una llamada suya, no hacía un drama, simplemente esperaba a que yo pudiera devolvérsela.

Con Audrey, mi hija, su relación no podía ser mejor. Era de las que no le importaba tirarse al suelo a jugar, dejar que la niña la maquillara o la peinara o ponerse a jugar al escondite en el jardín. Por primera vez, veía a mi hija plenamente feliz, a pesar de que no tuviera a su madre con ella.

—Señor Lee, ha llegado una notificación urgente del juzgado — dijo mi secretaria, Catherine.

—Démela, tiene que ser la fecha del juicio por el homicidio de Candy, al que debemos acudir Tracy y yo como testigos — dije, pero me chocó un poco que no viniera a nombre de los dos, la verdad.

Cuando abrí el sobre, me quedé helado, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Era una solicitud de prueba de paternidad que habían pedido los padres de Candy, alegando que su hija les comunicó que había tenido un desliz con otro hombre y había quedado embarazada de la niña.

Lo miraba y no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Cómo habían sido capaces de llegar tan lejos? ¿En qué se basaban para solicitar eso, en el testimonio de una mentirosa? Aunque fuera cierto, yo la consideraba mi hija, e iba a luchar por ella hasta el fin de mis días, lo tenía claro.

—Dígale a la señorita Anderson y al señor William que vengan a mi despacho, por favor — dije a Catherine por el interfono, ya que no era capaz de enviar ni un mísero mensaje.

—Ahora mismo, señor Lee — respondió ella.

Ni cinco minutos pasaron hasta que ambos llegaron a mi despacho, haciéndolo casi a la vez.

—¿Qué te ocurre, Bryan? Estás blanco, como si te fueras a desmayar — dijo Tracy, en cuanto que me vio, corriendo para ponerse a mi lado.

—Mirad —no fui capaz nada más que de tenderles el documento para que lo vieran.

Seguía sin poder articular palabra alguna, y las palabras que estaban escritas en ese documento se repetían una y otra vez en mi cabeza. Había que ser muy cruel para querer hacer eso. Estaban demostrando de donde había sacado la maldad su hija, porque actuaban a modo de venganza, simplemente por hacerme daño, sin saber que a quien se lo hacían era a la niña.

—¡Qué hijos de puta! —exclamó Albert, tan sorprendido como yo.

—Puedes alegar que, si ellos sabían que no era tu hija, por qué han callado durante tanto tiempo. Además, ya existe un arraigo con la niña, y eso, ningún

juez lo va a pasar por alto — dijo Tracy, que a veces pensaba de más, como era este caso. Ella siempre iba un pasito por delante.

—Voy a llamar a los abogados, a ver que me dicen —les dije, y ambos se sentaron, no me iban a dejar solo en estos momentos.

Mis abogados también habían recibido esa notificación, hacía solo dos minutos, por eso no les había dado tiempo de comunicármelo. Estuvimos hablando más de una hora, no me podía negar a realizarme esa prueba, o automáticamente se les daría la razón a los padres de Candy. Así que, no tenía más remedio que acudir cuando me habían citado, con la niña, al laboratorio que se había fijado para tal fin.

—Tengo miedo, si me quitan a Audrey, me muero, mi vida ya no tendrá sentido —expresé mi pensamiento en voz alta.

—No pienses en eso ahora, verás como todo sale bien — dijo Albert, mientras que Tracy se me quedó mirando, pensativa.

—Bryan, ¿es posible que Candy les dijera la verdad a sus padres? Porque entonces, tendrías que buscar la forma de demostrar que la niña tiene arraigo, o las cosas se podrían complicar —me dijo, y la verdad es que me sentó mal.

—¿Tú siempre te tienes que poner en lo peor? ¿No voy a obtener nunca una palabra de aliento por tu parte? —le dije, bastante cabreado.

—Lo siento, pero no puedo. No te puedo decir que todo va a salir bien, porque ni tú, ni yo, ni nadie, lo sabe. Prefiero ponerme en lo peor, ir un paso por delante de lo que las mentes maquiavélicas de tus exsuegros piensen y que no te coja nada de improviso. Pero, si no es lo que quieres escuchar, ya no te daré más mi opinión. Ahora, si me disculpáis, tengo mucho trabajo — dijo, y salió del despacho sin decirme ni adiós.

—Te has pasado, amigo. Ella tan solo quería que no tuvieras ningún problema en el futuro, no era para que te lo tomaras así — dijo Albert, cuando nos quedamos solos.

—Lo sé, pero no es eso lo que necesito. Necesito el apoyo de mi pareja, que me coja de la mano y me diga que, juntos, vamos a salir de esto, no que se ponga a elucubrar sobre posibles escenarios — dije, aun sabiendo que mi amigo tenía razón.

—Ella solo está mirando por tu bien y el de la niña, así que siento decirte esto, pero no tienes razón. Vas a perder a una mujer de bandera, en todos los sentidos, si no eres capaz de rectificar en tus errores e ir a buscarla.

—Ahora mismo no puedo, necesito estar solo y masticar todo lo que tengo delante, nada más —con esas palabras también le dije que se marchara, no quería estar con nadie.

Me encerré en mi despacho, pero sin hacer nada, tan solo mirar el papel que tenía delante. Ni siquiera bajé a comer con Tracy y Albert, como hacía todos los días, porque no me veía capaz de sentarme frente a ella después de cómo le había hablado.

Cuando vi que era la hora de ir a recoger a Audrey al colegio, cogí mi abrigo, apagué el ordenador y salí de allí, sin decirle nada a nadie, tan solo a mi escolta y chófer, que ya me estaba esperando.

Sabía que estaba actuando mal, que debería ir a hablar con los dos, porque los traté de igual manera, pero no me sentía con fuerzas. Lo único que quería era ir a por mi niña y encerrarme en mi casa con ella, perderme entre sus brazos y hacerle saber que era la persona que más quería en el mundo.

Eso hice, en cuanto que la recogí del colegio, la abracé. Incluso fui yo el que me bajé del coche para ir a por ella, cuando generalmente lo hacía el escolta, a modo de protección.

—Papi, ¿Tracy está en el coche? — preguntó, y es que estaba acostumbrada a que la recogiéramos los dos.

—No, cariño, hoy estamos los dos solos. Me apetecía tener una noche con mi chica preferida. Por eso, tú y yo, en cuanto que lleguemos a casa, nos vamos a duchar, a poner el pijama y vamos a llamar a tu hamburguesería

preferida para cenar —le contesté, sin hacer alusión a que habíamos discutido.

—¿Luego podemos ver la peli de las princesas? Sé que la hemos visto muchas veces, pero es que me encanta cuando se pone a cantar y a hacer movimientos con las manos —me explicaba, haciendo lo mismo que la protagonista de su película preferida.

—Por supuesto, cariño. Es más, vamos a hacer una parada en el centro comercial y te voy a comprar el pijama con su dibujo, ese que te gustó el otro día, y su muñeca. ¿Te parece bien?

—¡Chupi! Me encanta ese pijama, se ve súper calentito, y ya la muñeca, ni te cuento. Eres el mejor papi del mundo —me dijo, abrazándome, y sus palabras me llegaron al corazón.

Entiendo que todos los niños suelen ser un tanto interesados, y que cualquiera que le dé parte de sus caprichos, se vuelve su persona preferida, pero en el momento en el que me encontraba, quise aferrarme a que lo decía por el cariño que le mostraba, por los ratos que compartíamos juntos, no por nada material.

Entramos en el centro comercial, pero no estuvimos merodeando por ahí, sino que fuimos directamente a la tienda de los pijamas, donde yo también me compré otro para hacerle compañía, que aun siendo de Disney también, era como más masculino, con un pantalón de cuadros rojos y negros y una camiseta con la cara de Mickey. Si os digo que me acordé de comprar uno para Tracy os estaría mintiendo, en ese instante éramos solos la niña y yo, nadie más.

Al salir de la tienda, nos dimos de bruces con ella, que estaba con su amiga. Cuando me vio con las bolsas y la niña, noté la decepción en su rostro, porque eso íbamos a hacerlo el fin de semana. Habíamos hablado de comprar tres pijamas, el de ella y el de la niña, de princesas, y el mío algo más masculino, y supo que lo había comprado, pero sin ella.

—¡Tracy! Pensaba que no te vería hoy — dijo mi niña, lanzándose a sus brazos.

—¡Hola, mi amor! Sí, es que había quedado con mi amiga para tener una tarde de chicas — contestó ella, sin decirle que la culpa había sido mía, y ahí vi que me había equivocado con ella, pero a base de bien.

—¿Podemos hablar un momento? —le pedí, pero negó con la cabeza.

—No, estoy con mi amiga, y no pienso apartarme de ella. Ya todo lo que teníamos que decirnos, está dicho, y más con este gesto que has tenido — dijo, señalando las bolsas.

—Esto no tiene nada que ver con lo que teníamos planeado. Ha sido algo que se me ha ocurrido sobre la marcha.

—Me apuesto lo que quieras a que en esa bolsa no hay uno para mí. Mientras que yo, en la que llevo en mis manos, si he contado con vosotros. Ya veo que en tu vida sobro, y no voy a mendigar el cariño de nadie, eso lo tengo claro —me soltó, dándome una bolsa en la que venían dos chándales iguales a otro que ella llevaba en otra.

—Tracy… tan solo quiero disculparme por mis palabras, entiéndeme, estaba nervioso…

—No han sido tus palabras lo que me han hecho daño, Bryan, si no tus acciones. Si hubiese estado enfadada contigo cuando salí de la oficina, no te habría comprado esto, como parte del plan que teníamos este fin de semana de irnos al campo. Pero en cuanto que te he visto salir de ahí con la niña, he sabido que el que me has apartado has sido tú, que, al igual que no te gusta que exprese mi opinión en torno a todo lo que está pasando, tampoco me incluyes en tus planes, y ya he sufrido bastante a lo largo de mi vida como para añadirle algo más —me dijo eso sin dramas, sin lágrimas en los ojos, levantando una coraza a su alrededor que no le había visto nunca, pero no por ello sin dolor, uno profundo que asomaba a sus ojos.

—Tracy, por favor, dame una oportunidad de enmendar mi error. Te prometo que no volverá a pasar —le pedí, aun siendo consciente de que me iba a costar mucho trabajo que volviera a confiar en mí.

Capítulo 23



TRACY

Cuando salí del despacho de Bryan lo hice enfadada, porque pensara que tan solo quería joderle con mi opinión, pero luego, pensando en frío, llegué a la conclusión de que yo también hubiera actuado de la misma manera.

Necesitaba a una persona que lo apoyara, no que se pusiera en los más terribles escenarios, pero es que yo era así. Ante cualquier problema que la vida me presentara, planteaba todo lo peor que pudiera pasar, para estar preparada ante las adversidades, pero no todo el mundo era igual que yo, y tenía que entenderlo y ponerme en su lugar.

Por eso, me puse a trabajar, y no lo avisé ni siquiera para comer, Albert me había dicho que necesitaba estar solo, y lo iba a respetar. Ya hablaríamos a la salida del trabajo, mientras que íbamos hacia el colegio de la niña. Porque lo habíamos convertido en una rutina. A las cuatro y media, nos íbamos los dos en su coche a recoger a Audrey, pasábamos la tarde juntos haciendo cualquier cosa que a la niña le gustara y luego, me llevaban a casa, hasta por la mañana que me recogía para ir al trabajo.

—Tienes que entenderlo, Tracy. Bryan ahora mismo necesita todo el apoyo del mundo, que, por otro lado, tampoco es ninguna excusa para hablarnos como nos ha hablado antes, también te lo digo —me dijo Albert, cuando nos sentamos en la cafetería.

—Si yo lo entiendo, y sabéis que mi apoyo lo ha tenido siempre, incluso antes de ser su pareja. Pero entiende tú que su manera de tratarme me ha dolido. Yo tan solo quería que pudiera estar preparado para cualquier eventualidad que surja, nada más —le contesté, dándole mi punto de vista.

Estuvimos durante toda la comida hablando del tema, de lo que podía pasar si Candy decía la verdad y Bryan no era el padre de Audrey, lo que eso supondría para él y, sobre todo, para la niña, que estaba ajena a todo. Cómo le explicabas a una niña de cinco años que, el padre que siempre había conocido no lo era, y que tenía que dejarlo atrás para ir a vivir con dos personas que, aparte de lo mayores que eran, no tenían apenas vínculo con la niña.

Terminó nuestra hora de la comida, y ambos volvimos al trabajo. Me sumergí tanto en lo que tenía que hacer, en el trabajo que tenía pendiente, que no me di cuenta de la hora, y ya pasaban de las cuatro y media, así que me levanté y fui hasta su despacho.

—Señorita Anderson, el señor Lee no está, ya se ha marchado —me dijo Catherine cuando me vio llegar.

—Es verdad, me lo dijo antes, pero no lo había recordado. Gracias, Catherine —le dije, disimulando el dolor que me había provocado el hecho de que no me hubiese avisado.

Pedí un taxi por la aplicación, que me avisó que estaba a cinco minutos de la oficina, por lo que me fui directamente hasta la calle. Primera y última vez que me ocurría esto. A partir de mañana, vendría en mi coche a la oficina, y así no tendría que contar con él, que me había dejado tirada sin ningún miramiento.

Vale que quisiera estar solo, pero por lo menos, un mensaje. Un “oye Tracy, que me voy a por la niña y me apetece estar solo con ella hoy, pero le diré al chofer que pase a recogerte más tarde”. No sé, un poquito de interés, no que se había olvidado de mi existencia.

Le dije al conductor la dirección de mi casa y, al llegar allí, me encontré con Andy, hecha un mar de lágrimas, así que dejé mi dolor y mis problemas a un lado, era hora de centrarme en mi amiga, que me necesitaba.

—¿Se puede saber quién se ha muerto para que llores de esa manera? —pregunté, bastante asustada, la verdad.

—Se ha muerto mi corazón. Todo lo que sospechaba era cierto. He pillado a Alex en la sala de la fotocopiadora con otra de nuestras compañeras —me dijo, sin parar de llorar.

—Sabes que no me gusta jactarme de ello, pero te lo dije. Ese es un cabrón marca registrada, que no se merece ni una lágrima tuya. Venga, date una ducha, me cambio de ropa y nos vamos al centro comercial, que tengo que hacer algunas compras —le dije, y me miró como si le hubiera dicho que la iba a llevar de excursión a Marte.

—¿Crees que me apetece ir de compras? — contestó, como si no fuera evidente.

—Sé que no te apetece, y yo no estoy mejor que tú, pero nos vendrá bien a las dos. Te doy diez minutos, que es lo que yo voy a tardar en cambiarme, y si no estás, te saco a la calle así, con el pijama y los churretes de maquillaje en los ojos, así que, tú verás —le dije, y subí a mi cuarto para cambiarme.

Sabía que hablaba en serio, yo no era de las que amenazaban en vano, así que, en cuanto bajé al salón, ya me estaba esperando con el chaquetón en la mano.

Nos subimos en mi coche y pusimos rumbo al centro comercial. Por el camino me fue contando que, en vez de negarlo, Alex le dijo que sí, que se había liado con ella porque le había dado la gana, que era un hombre libre y que no le tenía que rendir cuentas a nadie. Vamos, que para él la relación era unilateral, y lo que pensara o el daño que le podía provocar a mi amiga le importaba bien poco.

—Chica, yo tampoco es que haya tenido el mejor día de mi vida, la verdad.

—¿Has discutido con Bryan?

—Más que discutir, hemos tenido un desencuentro…

Le conté todo lo que me había pasado y, lejos de darme la razón, se la dio a él. Mi amiga decía que me pusiera en su lugar, que tenía que estar destrozado, y que no le tuviera en cuenta lo que había dicho u hecho en este día.

Me autoconvencí de que estaba equivocada, y por eso, al pasar por una tienda de deportes que me gustaba mucho, entramos y me hice con tres chándales iguales, pero en diferente color, para el paseo por el campo que teníamos pensado hacer este fin de semana.

También habíamos pensado venir a comprar tres pijamas iguales para ver la película que tanto le gustaba a Audrey. Eso sí, los nuestros de princesas y el de Bryan, más masculino, tipo Mickey o algo así, aunque a mí me encantaría que se lo comprara de Olaf, pero tenía la impresión de que no iba a acceder a eso.

—Vamos a echar un vistazo a la tienda de pijamas, así cuando vengamos el sábado, lo haremos a tiro hecho —le dije a Andy, que también se había pillado un chándal para venir con nosotros.

Cuando íbamos a entrar, nos chocamos, literalmente, con él y con la niña. Al principio me sorprendió, pero cuando me fijé en lo que llevaba en la bolsa, un dolor me atravesó el pecho. No por el hecho en sí de que no me hubiera comprado nada, porque gracias a la vida, yo me podía comprar lo que me diera la gana, que tenía dinero suficiente para eso. Fue por el hecho de que no se acordara de mí, de que no hubiera pensado que eso lo íbamos a hacer los tres juntos.

Tuvimos unas palabras, le entregué la bolsa con sus dos chándales, porque, a pesar de todo, yo sí que me acordaba de ellos, yo sí que los incluía en mis planes, de una manera y otra, aunque no estuvieran presentes físicamente, pero me acababa de demostrar que él no lo hacía.

Me marché de allí con todo el dolor de mi corazón, pero no iba a mendigar el cariño de nadie, eso lo tenía más que claro.

—Venga amiga, vamos a tomarnos algo para cenar y así no tenemos que ponernos en la cocina cuando lleguemos — dijo Andy, intentando alegrarme.

Me limpié las lágrimas que habían asomado a mis ojos, no me iba a permitir derramar ni una más por ningún hombre, aunque me muriera por dentro.

—Me apetece comida italiana, y conozco una pizzería que hace unas pizzas deliciosas —le dije, poniendo rumbo al aparcamiento donde había dejado mi coche, quería salir de allí lo antes posible.

Nos montamos en mi coche y conduje hasta el local que le había dicho a mi amiga, y que había descubierto gracias a Albert, porque habíamos cerrado un contrato allí con un empresario.

—Esto nos va a costar un pico, amiga —dijo Andy, cuando vio el sitio al que la llevaba.

—A ti no te va a costar nada, porque te voy a invitar yo. Además, ¿para qué está el dinero si no es para gastarlo con la gente que quieres?

Entramos y nos dieron una mesa al fondo, donde estábamos tranquilas y podíamos hablar con total intimidad.

—Amiga, lo nuestro con los hombres es digno de estudio —me dijo Andy, con una media sonrisa en los labios.

—¿Digno de estudio? Es para que nos metamos las dos a monja de clausura, cariño. Más mala suerte no podemos tener.

—Y yo que pensaba que Alex era un hombre de los pies a la cabeza, y ha resultado que ha sido una total decepción — dijo ella, agachando la cabeza.

Decidimos no hablar más de ningún hombre, y nos centramos en los planes que haríamos durante las Navidades, esas que se acercaban y que serían las primeras que celebraríamos allí en Nueva York.

Al salir de allí, me di cuenta de que mi teléfono tenía un mensaje, pero lo leería cuando estuviéramos en casa, porque sabía de quién era.

Nos montamos en el coche, y pusimos rumbo a casa. El trayecto lo hicimos en silencio, yo centrada en la carretera y ella sumida en sus

pensamientos, hasta que llegamos a casa.

—Me voy a la cama, me duele la cabeza horrores y necesito descansar —dijo Andy, a la que se le habían marcado las ojeras.

—Sí, yo también me voy a la cama, voy a ver si termino el libro que tengo a medias y me evado de todo lo que tengo en la cabeza en estos momentos —dije, dándole un abrazo y deseándole buenas noches.

Entré en el baño, me duché y me puse el pijama, me lavé los dientes y me eché en la cama con el móvil en la mano. Me debatía entre leer o no el mensaje, pero al final pensé que era una tontería no leerlo, ya que lo tendría que ver al día siguiente.

Bryan: *Te echo de menos, déjame demostrarte que no soy así. Te suplico que me perdones, dame otra oportunidad. Te quiero.*

Tracy: *No voy a decir que yo no lo haga también, pero necesito una seguridad que no me estás dando. Será mejor que lo hablemos mañana, cara a cara. Un beso, buenas noches.*

No fui capaz de escribir esas dos palabras. Si de por sí me costaba pronunciar esas dos palabras, exponer así mis sentimientos, después de que me hicieran daño, todavía me costaba más.

Cogí mi libro electrónico y me acosté, necesitaba evadirme de todo lo que me rodeaba, y la única manera que encontré de hacerlo era esa, sumergiéndome en la historia que tenía a medias hasta que mi mente desconectara de todo.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando me di cuenta, estaba sonando la alarma del despertador para ir a la oficina. Me levanté de manera automática, como si fuera un robot, y me vestí de la misma forma. Me puse unos pantalones chinos, con unas botas marrones, un jersey de cuello vuelto y mi abrigo. Recogí mi melena en una coleta alta, porque tenía los pelos como si los hubiera metido en un enchufe, y apliqué un poco de máscara de pestañas y brillo labial. Ya estaba lista para enfrentarme a lo que me depara el día.

Capítulo 24



BRYAN

El encuentro con Tracy me dejó con mal sabor de boca, porque en todo lo que me había argumentado, tenía razón. Mientras que ella nos tuvo presentes durante todo el tiempo, aún sin estar nosotros físicamente con ella, yo me limité a pensar en mi hija y en mí, dejándola al margen.

¿Me habría convertido en una persona egoísta? ¿Lo ocurrido con Candy me había vuelto así? A pesar de todo, quise que mi hija no notara nada, pero, aunque fuera una niña, se dio cuenta de que ni Tracy, ni yo, habíamos actuado como lo hacíamos normalmente.

—Papi, ¿estás peleado con Tracy? No os habéis dado ni un beso cuando os habéis visto. ¿Ya no sois novios? — pregunto, con cierto pesar en su tono de voz.

—Hemos discutido, cariño. La verdad es que no sé si lo seguimos siendo o no, tendremos que hablar —le dije, porque tampoco quería mentirle.

—¿Qué haces que no la llamas? Si es porque estoy yo delante, ahora mismo me retiro a mi cuarto, y listo. Así podéis hablar los dos tranquilamente —me dijo, haciendo uso de esa lógica que tenía últimamente y que nos dejaba a los adultos sin palabras.

—Vamos a hacer una cosa, porque no quiero molestarla ahora, que está con su amiga. Mejor, le envío un mensaje y que me conteste cuando ella

considere necesario —dije, levantándome para ir a buscar mi móvil, que estaba encima de la mesa.

Bryan: *Te echo de menos, déjame demostrarte que no soy así. Te suplico que me perdones, dame otra oportunidad. Te quiero.*

Esto fue lo que le envié, dejé el teléfono a un lado, porque sabía que, si me contestaba, no lo haría de inmediato, y me centré en mi hija. Nos habíamos duchado y puesto el pijama nuevo, y cada vez que miraba hacia abajo, me acordaba de lo mal que me había portado con Tracy, que no se merecía mi indiferencia ni la de mi hija, porque ella tampoco la había tenido presente.

En ese momento reflexioné si lo mejor para nosotros ahora mismo era que hubiera iniciado esa relación. Pensé que, a lo mejor, debería de haber esperado un poco, no porque no estuviera enamorado de ella, o porque no la considerara digna de mí, que sería lo que ella pensara, sino por la situación que nos rodeaba a mi hija y a mí.

Mi hija… Mi cabeza empezó a ir por otros derroteros. ¿Qué pasaría si Candy había dicho la verdad y Audrey no era mi hija? ¿Sería capaz un juez de enviarla con sus abuelos? Analizando la situación fríamente, sería lo lógico, ya que ellos eran de su sangre y yo no, pero eso me dejaría completamente devastado, no lo podía consentir.

Decidí apartar esos pensamientos de mi cabeza, y centrarme en ver la película con mi hija, que me miraba como si me hubiesen salido tres cabezas.

—Papá, estás muy raro, como si tu cabeza estuviera en la luna — dijo, mirándome muy fijamente.

—Tienes razón, cariño. Por un momento, me he perdido en mis pensamientos, pero eso no va a volver a ocurrir, sigamos viendo la película, anda.

Al principio, Audrey se puso a cantar las canciones y hasta a bailarlas, pero, poco a poco, se fue viniendo abajo, hasta quedarse dormida con su cabecita en mi regazo. La miré con adoración, la que sentía por ella, que no era poca. La tomé entre mis brazos y subí con ella para acostarla en su camita.

Me apetecía que durmiera esa noche conmigo, tenerla cerca, impregnarme de su olor, pero no quería que nada de su rutina se viera alterado y, si se despertaba y se veía en mi cama, se daría cuenta de que algo pasaba, ya que yo no la dejaba nunca dormir ahí, a no ser que estuviera malita.

Estaba saliendo de su cuarto, dejando la puerta entornada, cuando sentí mi móvil vibrar. Era Tracy, que me contestaba al mensaje.

Tracy: *No voy a decir que yo no lo haga también, pero necesito una seguridad que no me estás dando. Será mejor que lo hablemos mañana, cara a cara. Un beso, buenas noches.*

Por lo menos no me cerraba la puerta, me había dado un halo de esperanza, que hizo que me acostara con una triste sonrisa en la boca, la echaba de menos, pero no sabía si era del todo bueno para ella, y eso lo tendríamos que hablar, tal y como ella había sugerido.

Tras dar muchas vueltas en la cama, finalmente me quedé dormido, pero ya era bien entrada la madrugada, por lo que dormiría más bien poco. Todos mis problemas se dieron cita esa noche en mi almohada, haciendo que mis párpados no se terminaran de cerrar. ¿Lo peor de todo? Que resolver todos esos problemas no estaba en mi mano, sino que dependía de los demás para hacerlo.

Cuando sonó el despertador, me quería morir, literalmente. No tenía fuerzas para enfrentarme al día, y a los problemas que me fueran surgiendo, y no solo en el trabajo, que ahí sí que tenía gente a mi alrededor muy capaces de resolverlos, sino a los de mi vida privada.

No tuve más remedio que levantarme, o Audrey llegaría tarde al colegio, por mucho que lo que me apeteciera fuera taparme hasta la cabeza y no salir de ahí hasta pasada toda la tormenta, pero el adulto era yo y tenía que hacer frente a mis responsabilidades.

Ese día dejé los trajes a un lado, no me apetecía vestirme como el que iba a una boda, por lo que opté por un pantalón chino y una camisa, sin chaqueta ni corbata, mis zapatos de vestir y mi abrigo gordo, porque el frío que hacía se te colaba hasta los huesos.

Audrey ya estaba vestida, lucía el chándal del uniforme del colegio. En infantil no tenían que llevar el uniforme completo, tan solo eso. Ya el año próximo si tendría que comprarle la falda y demás, pero mientras tanto, iba así de calentita.

—Papi, hoy te he ganado, he terminado antes —me dijo, cuando llegué abajo, donde el ama de llaves, Joana, le había servido el desayuno.

—Si que es cierto, hoy se me han pegado un poquito las sábanas — contesté, sirviéndome un café, que en estos momentos era lo único que me entraba.

—Pues yo no te veo ninguna sábana pegada, no seas mentiroso. Te has quedado dormido, admítelo — dijo, muy seria, y tanto Joana, como yo, soltamos una carcajada.

—Cariño, cuando alguien dice que se le han pegado las sábanas, eso significa que se ha quedado dormido —le explicó Joana, con mucha paciencia.

—Pues vaya tontería, con lo fácil que es decirlo sin dar rodeos —dijo ella, indignadísima por no haberlo entendido a la primera.

Terminó de desayunar y nos montamos en el coche, donde el escolta ya estaba esperándonos, y la llevé hasta el colegio. Esta vez, al igual que ayer, fui yo el que la dejé dentro de su clase, donde le di un abrazo y un beso antes de irme.

—Papi, me abrazas como cuando te ibas de viaje. ¿Te vas a ir y no me vas a decir nada? —me preguntó la enana, que sabía más que nadie.

—No cariño, no me voy de viaje. Tendré que ir unos días a Londres, pero te prometo que, antes de irme, te lo diré.

—También me puedes llevar contigo, y así veo a la tía Alison — contestó, sacándome una sonrisa.

—Bueno, ya veremos. Cuando sepa la fecha, ya miraremos lo que hacer.

Salí de allí diciéndole adiós a su profesora, que desde siempre me había mirado con otros ojos que los del padre de una alumna, pero nunca le di pie, así que no lo iba a hacer ahora.

Me monté de nuevo en el coche, y pusimos rumbo a la oficina. Le expliqué a Sam, mi escolta y chófer personal, que no pasaríamos hoy por casa de Tracy a recogerla.

—Me permite decirle algo, señor Lee — preguntó, Sam, con el que últimamente había cogido mucha confianza.

—Por supuesto, Sam. Siéntete libre de decirme lo que quieras, siempre, sin tener la necesidad de preguntar — contesté, porque ya lo consideraba un amigo.

—Esa mujer le hace mucho bien. Cuando está con ella, lo veo relajando, sonriente, feliz. Si ha metido la pata en algo, haga todo lo posible por repararlo, porque no encontrará a otra mujer como ella.

Esas palabras me dieron mucho que pensar. Quería decirle tantas cosas a Tracy, que no sabía si sería capaz de hacerlo o me iba a bloquear como el día anterior.

Entré en el edificio de las oficinas, donde la recepcionista, desde que pasó aquello con Tracy, agachaba la cabeza, mientras que a ella la miraba con desdén, como si fuera la culpable de todo lo que le había pasado.

La saludé de pasada, no quería entrar en conversación, ni con ella ni con nadie que no fuera Tracy. El trayecto en el ascensor se me hizo eterno y, al salir de allí, lo primero que escuché fue su risa, sin filtros, tan natural como ella era. Se reía de algo que le había dicho Albert, y reconozco que una punzada de celos me atravesó el corazón, aunque lo disimulé lo mejor que pude.

Quise que esas risas las tuviera solo conmigo, que fuera yo el que se las causara, pero por desgracia, yo tan solo le había provocado lágrimas, y eso me dolió en el alma.

—Buenos días, chicos —dije al pasar por su lado, sin querer interrumpir lo que estaban hablando.

—Buenos días, jefe — dijo Albert, mientras que ella se quedaba en silencio, esperando a que yo siguiera hablando.

—Tracy, cuando puedas, me gustaría que vinieras a mi despacho. Quiero hablar contigo — dije, y vi que eso era lo que estaba esperando.

—Dejo esto en mi despacho, y ahora mismo voy. Dame un minuto —me respondió, para ir pasillo abajo hasta llegar a su despacho.

—Pon tu corazón encima de la mesa, porque si no lo haces, no conseguirás que te perdone. Y sería una lástima, porque esta mujer me gusta mucho para ti —me dijo Albert, se dio la vuelta y se fue, dejándome en el pasillo solo.

Mi secretaria ya me tenía un montón de documentación que tenía que firmar, pero ahora mismo mi cabeza no estaba en esos papeles, sino en Tracy, que venía por el pasillo dispuesta a hablar conmigo, y no pensaba desperdiciar la oportunidad.

—Al final de la mañana se los devolveré firmados —le dije a Catherine, entrando en mi despacho.

—Pero, señor Lee, son importantes, hay gente que está esperándolos para poder seguir con sus trabajos…

—He dicho al final de la mañana, creo que he sido demasiado claro. Ahora, si no le importa, tengo asuntos que tratar con la señorita Anderson — la interrumpí, y eso provocó que ella volviera la cara y mirara a Tracy con enfado.

—Chica, lo mío no va a tardar más de media hora, así que no me mires así, que yo no tengo la culpa —le contestó Tracy, que se había dado cuenta de la manera en la que la miró.

Dejé a Catherine fuera, y cerré la puerta tal y como Tracy entró en el despacho. Me urgía mucho más lo que tenía que hablar con ella que toda esa documentación que me había pasado mi secretaria.

—No sé ni por dónde empezar, si te soy sincero — dije, en cuanto nos sentamos los dos en el sofá que había en mi despacho.

—Si te es más fácil, empiezo yo — contestó, pero no podía, o más bien, no quería. Me daba miedo que empezara ella y yo no supiera abrirle mi corazón.

Capítulo 25



TRACY

Cuando le dije eso me miró de una manera que me impresionó. No sabía si era miedo lo que detecté en su mirada, pero si no lo era, se le parecía muchísimo.

—No, déjame que sea yo quién hable primero, por favor. Necesito decirte todo lo que tengo en mi cabeza, todo lo que mi corazón siente, porque voy a terminar volviéndome loco —me dijo, y no tuve más remedio que asentir.

—Está bien, sé tú el primero que hable — contesté.

—En primer lugar, quiero pedirte disculpas por todo, empezando por la manera en la que te hablé, cuando tú solo querías que estuviera preparado para todo, pero entiéndeme que, en esos momentos, lo que necesitaba eran palabras de aliento, no que nadie me pusiera por delante lo peor que me podría pasar —me explicó, y lo entendí.

—Por eso, la que te pide disculpas soy yo. Tengo que entender que no todo el mundo es igual, y que las necesidades de cada uno son distintas. De ahora en adelante, me guardaré mis opiniones para mí, no te preocupes — dije, tomándole la mano, puesto que veía que lo necesitaba.

—No, todo lo contrario. No quiero que te reprimas por mi culpa, es más, esas cosas son las que me enamoran de ti, tu espontaneidad, la naturalidad

con la que ves las cosas. Tu opinión siempre será bienvenida y escuchada, aunque me duela, es mejor estar preparado que encontrármelo de sopetón.

—Bueno, en ese caso, te la daré cuando te haya dado mi apoyo, no antes.

—En segundo lugar, mis disculpas son por no haber contado contigo el otro día. Te prometo que no miraba más allá de Audrey, quería exprimir todo el tiempo con ella, el miedo me invadió, e imaginarme sin ella a mi lado fue lo más doloroso del mundo entero. Pero tampoco quiero vivir mi vida alejado de ti.

—Entiendo tu postura, pero me dolió mucho, no te lo voy a negar. Yo, en el tema de las relaciones, necesito seguridad, y gestos como esos me hacen sentirme mal, desconfiar. No es que yo quiera estar pegada a vosotros todo el día, ni que no hagas tu vida más allá de mí, nada más lejos de la realidad. Lo que quiero decir con esto es que, un simple mensaje me hubiera bastado, avisándome de que te irías con la niña y querías estar solo con ella, nada más.

—Lo sé, no actué como tendría que haberlo hecho, y eso me quema por dentro, no lo voy a negar. No te lo merecías, y te ruego que me des otra oportunidad, Tracy. Te quiero en mi vida, y estoy enamorado de ti — dijo, mirándome a los ojos.

No le contesté, me limité a darle un beso en los labios. Los dos habíamos actuado mal, pero lo principal es que nos habíamos dado cuenta de nuestros errores, y estábamos aquí para hablarlo y llegar a una conclusión, los dos juntos.

—Quiero que vengas esta tarde con nosotros, que hagamos los planes que dejamos a medias, por favor —me dijo, pero yo había quedado con Andy, no quería dejarla sola, me necesitaba.

—Mi amiga está mal, me necesita. Ha cogido a su chico enrollándose con otra compañera de trabajo en la oficina, y lo tiene que ver a diario. Es un suplicio para ella, te lo prometo —le expliqué, para que entendiera que no era por él.

—Dile que venga. Tengo entendido que es secretaria, ¿no es así? Pues la de Albert se va a primero de mes, a su marido le han destinado fuera y ella no se quiere quedar aquí, sin él. Que se despida del trabajo, la espero aquí en una hora — dijo, y no pude reprimir una sonrisa.

—La llamaré, pero no te prometo nada. Es así de cabezona, que le vamos a hacer.

—Si no viene ahora, esta tarde la recogemos, junto a Albert y la niña, y nos vamos todos a cenar a mi casa. Allí hablaremos tranquilos y le pondré el contrato por delante. Dame sus datos, porque supongo que te los sabrás de memoria —me dijo, y se me llenó el pecho de amor.

—Por supuesto, te los puedo recitar ahora mismo, si quieres — dije, guiñándole un ojo.

Me tomó de la mano y jaló hacia él, hasta que me tuvo completamente pegada a su cuerpo. Metió una mano entre mi cabello y el cuello, para acercarme a su boca, y me besó, como si me necesitara más que el aire para respirar, como yo lo necesitaba y lo había anhelado desde que discutimos.

—Esta noche te quiero conmigo, en mi cama, entre mis brazos — dijo, susurrándolo en mis labios, y me estremecí.

—No lo sé, lo mismo y Andy me necesita…

—No te voy a decir que no lo haga, pero yo también te necesito, y podemos estar con ella hasta la hora de dormir. Que se traiga ropa y se quede en casa, que comparta nuestros planes, no me importa.

—Está bien, se lo diré ahora cuando la llame.

Salí de allí directa a mi despacho, tenía que hablar con mi amiga, con mi hermana, y convencerla para que accediera a lo que le iba a pedir, aunque contaba con que no sería fácil de hacer.

Entré, iba a cerrar la puerta, pero Albert me paró con el pie. Me miró y supo que todo entre Bryan y yo se había arreglado, y me dio por pensar en hacer de casamentera.

—Este fin de semana, no hagas planes, que te vienes con Bryan y conmigo —le dije, sonriente.

—Es para mí un placer que me propongas hacer un trío, pero desde ya te digo que respeto mucho a la mujer de mi amigo, así que lo siento, te tendrás que buscar a otro — dijo, bromeando.

—No se puede ser más idiota que tú, pero eres un idiota de lo más encantador. Hemos invitado a una amiga, y me gustaría que la conocieras. Además, así ella tampoco se sentiría como un candelabro con nosotros —le expliqué, así por encima.

—Ahora sí que has dañado mi corazón, prefería la primera opción. Tan solo espero que tu amiga esté tan bien como tú, y no me refiero de salud, precisamente —una carcajada brotó de mi garganta, y se escuchó en todo el pasillo.

—Anda, idiota, déjame, que tengo muchas cosas que hacer —me dio un beso en la mejilla y se fue para el despacho de Bryan.

Entré en mi despacho y me dispuse a llamar a Andy. No voy a decir que fuera fácil, porque me costó casi media hora convencerla.

—Venga, amiga, que el cambio de aires te vendrá muy bien. Además, el que será tu jefe, es un tío encantador —le dije, para terminar de convencerla.

—Está bien, pero no me pienso despedir todavía. Le voy a pedir a mi jefe una semana de vacaciones, que me las deben, porque no las he cogido todavía. Hablaré con tu chico y, si me convence la idea, entonces me despediré.

—Ah, se me olvidaba. Ahora cuando salgas del trabajo, prepara una mochila de fin de semana, te vienes con nosotros. No olvides meter el chándal que compramos juntas, para el paseo por el campo.

—¿Qué dices? Ni que yo tuviera complejo de candelabro, ni te pienses que me voy a ir con una pareja, por muy hermana mía que te sienta.

—No estarás sola con nosotros, también viene Albert, y la niña, no se te olvide. Y a eso sí que no voy a consentir que me digas que no. Ahora te cuelgo, que tengo trabajo. Te recojo a las cinco — dije, y colgué.

Llevaba un rato enfrascada en el trabajo, cuando llamaron a mi puerta, era Catherine, la secretaria de Bryan, y no traía cara de buenos amigos.

—¿Ocurre algo, Catherine? —le pregunté, porque se quedó a medio camino entre la puerta y mi escritorio.

—Pues sí que ocurre, para que nos vamos a engañar, aunque eso sea lo que tú pretendas.

—¿Perdona? No entiendo lo que me quieres decir, será mejor que te dejes de rodeos y hables claro.

—Lo que te quiero decir es que he oído vuestra conversación, la tuya con Albert, y me parece vergonzoso que pretendas hacer un trío con los dos jefes de la empresa. ¿Hasta dónde eres capaz de llegar para mantenerte en tu puesto? — dijo, y a pesar de la rabia que me entró por el cuerpo, lo primero que me salió fue una carcajada.

—No tengo que darle explicaciones a nadie de lo que hago, y mucho menos de mi vida privada. Pero te voy a decir algo, si estoy en este puesto no es porque me acueste con nadie, sino porque he demostrado mi valía. Ahora, si no te importa, será mejor que te marches a hacer tu trabajo, que es lo que tendrías que estar haciendo, en vez de escuchar conversaciones ajenas — dije, invitándola a que se marchara de mi despacho.

Seguí trabajando, luego le contaría a Bryan lo que había sucedido, pero no me dio tiempo. Cinco minutos después nos citó a Albert y a mí en su despacho, y me resultó extraño, la verdad, porque no teníamos ningún tema laboral pendiente.

—¿Me has llamado, amor? — dije, y vi que Catherine estaba allí, y me miraba por encima del hombro.

—Sí, pero prefiero esperar a que venga Albert, así estamos todos los implicados — contestó, de una manera muy fría, y supe lo que nos iba a decir.

Albert entró cantando, pero al ver la cara de su amigo, cambió el semblante a uno más serio, de preocupación. No lo dejé hablar, me fui directamente al tema.

—Albert, ¿le puedes reproducir a Bryan, palabra por palabra, la conversación que hemos tenido tú y yo en la puerta de mi despacho hace un rato? —le dije a mi amigo, que asintió con la cabeza.

—Por supuesto, me has dicho que no hiciera planes este fin de semana que me iba con vosotros y con tu amiga. Yo, antes de saber que también venía tu amiga, he bromeado sobre hacer un trío, y tú me has llamado idiota, y entonces me has contado lo de Andy. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? — preguntó, y a Bryan le cambió el semblante.

—Aquí, la mayor cotilla del reino, que ha venido a mi despacho a reclamarme que quería hacer un trío con vosotros dos para mantenerme en mi puesto, y luego, como no le he seguido el juego ni le he dado ninguna explicación, ha venido a contárselo al jefe supremo — dije, levantándome del sofá, en el que me había sentado a esperar a Albert.

—¿En serio te has creído semejante burrada? — preguntó a su amigo.

—No es que me lo haya creído, que me costaba hacerlo, pero necesitaba que me explicarais todo vosotros —dijo Bryan, completamente avergonzado.

—Sé que para ti es difícil de entender que no todas las mujeres somos como Candy, pero si quisiera hacer un trío o una orgía o lo que me naciera en ese momento, al primero que se lo contaría sería a ti. Sigo pensando que no confías al cien por cien en mí y en mis sentimientos, pero eso lo hablaremos luego en casa, no quiero seguir siendo la comidilla de los cotillas de la empresa — contesté, saliendo de allí tranquilamente.

—Sigue cagándola, amigo, que al final, conseguirás apartarla de ti, me parece que es lo que te vas a encontrar con tu actitud. Tu miedo a que te

vuelva a pasar lo mismo que con Candy está haciendo que metas la pata cada dos por tres —oí que le decía Albert a su amigo, dejándolo allí sentado.

Entré en el servicio, me eché agua en la cara y respiré hondo. Tenía que ser empática con Bryan, y por eso no le dije cuatro cosas bien dichas, pero ni él, ni su secretaria, iba a hacer que no bromeara con Albert o con quien fuera. La confianza era primordial en una pareja, y él parecía no entenderlo.

Capítulo 26



BRYAN

Me sentí la persona más imbécil del mundo. ¿Cómo había podido creer semejante cosa? ¿Todo esto fue producto de las inseguridades que me había dejado la relación con Candy? Me estaba mareando, pero, aun así, me puse en mi sitio, y tuve una charla bastante dura con mi secretaria.

—Catherine, no te marches, siéntate, haz el favor — dije, muy serio, con un tono que evidenciaba el cabreo que sentía.

—Señor Lee, yo… debí malinterpretar las palabras, lo mismo y no escuché bien, pero no quería que le…

—¡Calle de una vez! No pienso tolerar más intromisiones en la intimidad, ni en la mía, ni en la de nadie. La próxima vez que venga a contarme un chisme, porque eso es lo que ha venido a decirme, asegúrese de que es verdad. O mejor, jamás venga a contarme ningún chisme, así nos evitaremos la vergüenza los dos, usted y yo. Ahora, salga de mi despacho cagando leches y póngase a trabajar, que para eso es para lo que le pago, no para que esté ejerciendo de la vieja del visillo. ¿Le ha quedado claro o necesita un esquema?

—Sí, señor, me ha quedado todo clarísimo — respondió, encima indignada, manda narices, y salió de mi despacho.

Dentro, entré en mi baño privado, me mojé la cara y salí al despacho de Tracy, le tenía que pedir disculpas a los dos, pero primero, empezaría con ella, que para algo era mi pareja.

—Tracy… —estaba con Albert en su despacho, riendo los dos de nuevo, y esa punzada de celos, volvió a hacer acto de presencia —Si estáis ocupados, vuelvo más tarde.

—Entra y siéntate, porque tenemos mucho de lo que hablar — dijo Tracy, mientras Albert hacía el ademán de levantarse, pero le puse una mano en el hombro para que volviera a sentarse.

—No, será mejor que te quedes — dije.

—Sí, así dejamos ya todo clarito de una puñetera vez —dijo ella.

—Joder, no sé qué me ha pasado para creerme el chisme de esa mujer. Bueno, sí que lo sé, porque ese sentimiento me embargó también esta mañana, cuando os vi riendo en el pasillo, y ahora ha vuelto de nuevo, y se llaman celos. Por eso, os quiero pedir disculpas, no sé lo que me pasa últimamente, que no hago más que meter la pata con los dos —me expliqué lo mejor que pude.

—Vamos a ver Bryan, nos conocemos de toda la vida. ¿En qué cabeza cabe que yo quiera hacer un trío contigo y con tu chica? Si quisiera hacer algo de eso, me iría a un club, y lo haría con dos personas que no tuviera que ver a diario y, por supuesto, por las que no tuviera sentimientos — dijo Bryan, y tuve que agachar la cabeza, totalmente avergonzado.

—Cariño, entiende que no voy a dejar de bromear con Albert por tus celos. Somos amigos, y yo la amistad la veo así, tanto para lo bueno como para lo malo. Creo que te he demostrado de sobra que puedes confiar en mí. Tienes que aprender que no todas las mujeres somos como Candy, ni para lo bueno ni para lo malo —dijo Tracy, con mucha paciencia.

—Ni yo quiero que lo hagas. La libertad en una pareja es primordial y, al igual que tú no coartas mi libertad, yo tampoco lo voy a hacer contigo. Pero, por favor te pido que tengas mucha paciencia conmigo. Esa relación tan

tóxica durante tantos años, todo lo que está saliendo ahora, me ha dejado un tanto marcado. Quiero que sepas que tengo total confianza en ti, en vosotros —les dije, y ambos se levantaron para abrazarme.

—Por cierto, ¿qué ha dicho tu amiga sobre el trabajo y sobre lo de este fin de semana? — pregunté a Tracy en relación con Andy.

—No te voy a negar que me ha costado convencerla, pero al final, ha claudicado, aunque no del todo.

—¿No del todo? No te entiendo lo que me quieres decir — dije, un tanto extrañado por su respuesta.

—Verás, te explico. No se ha despedido del trabajo, ha pedido una semana de vacaciones que le debían, alegando motivos personales. Dice que va a hablar contigo, y si le convence lo que le ofreces, presentará la carta de dimisión, si no, continuará allí hasta que encuentre algo con las mismas condiciones.

—El lógico lo que ha hecho. ¿Y del fin de semana con nosotros? ¿Ha dicho algo? Porque si ella no va, yo tampoco quiero ir de candelabro con ustedes —soltó Albert.

—A eso ha accedido, pero porque sabe que no estará sola. Por cierto, he omitido que serás su jefe, para que no se sienta violenta y actúe con normalidad. A todos los efectos, eres un amigo de Bryan — respondió ella, sonriente.

—A sus órdenes, jefa —dijo el otro, haciéndonos reír.

—Bueno, me marcho que tengo mucha documentación que revisar y firmar. Nos vemos a la hora de la comida —les dije a los dos, y salí de allí, dejando a ambos entre charlas y risas.

Me encerré en mi despacho, revisando todo lo que tenía pendiente, sumergiéndome en el trabajo hasta que tocaron a la puerta, eran Albert y Tracy, que venían a buscarme para la comida.

—¿Ya es la hora de comer? Joder, se me ha pasado la mañana volando — dije, levantándome para coger mi abrigo y salir con ellos.

—Mi estómago ya no aguanta más, por eso hemos venido a buscarte. Hace más de media hora que te estábamos esperando — dijo Tracy, tocándose la barriga.

—Pues ni cuenta me he dado, pero venga, vamos, antes de que el alienígena que habita en tu interior salga y nos devore a todos — dije, entre risas.

Al pasar por la mesa de mi secretaria, nos miró como si todas sus sospechas y esa conversación que escuchó fueran ciertas. Como si ella estuviera en poder de la verdad absoluta y los demás estuviéramos por debajo de ella, haciendo algo que no era moralmente aceptable. Fui a volverme para decirle algo, pero Tracy y Albert, cada uno por un brazo, se encargaron de que no tuviera otra opción que seguir adelante sin hacer caso.

—No merece la pena, amigo. Si de verdad no te sientes cómodo con ella aquí, cámbiala de departamento. Estoy dispuesto a compartir a mi secretaria contigo, y no en un trío, no vayamos a liarla otra vez — dijo Albert, y solté una carcajada, que se me quitó al instante en el momento en el que se abrieron las puertas del ascensor.

—¿Se puede saber que hacéis vosotros aquí? —les dije a los padres de Candy, que me esperaban en el vestíbulo.

—Venimos a decirte que ya se ha fijado la fecha del juicio sobre la paternidad de la niña. Tendrás que ir a realizarte las pruebas de ADN el lunes a primera hora, para que los resultados estén listos en un par de semanas, que será cuando se celebre la vista — dijo, pero con un tono que no me gustó nada.

—Eso me lo dirá mi abogado cuando reciba la citación, así que no me toméis por tonto. Quiero el motivo real de tan grata visita — respondí, del modo más irónico que pude.

—En realidad hemos venido a ver si lo que dijiste en aquella comparecencia era cierto. Esta debe ser la fulana que está contigo, la que te va a sacar los cuartos, porque la he investigado y no viene una alta cuna, precisamente — dijo, señalando a Tracy.

—Mire, señora. Si venir de alta cuna, como usted dice, implica ser más puta que las gallinas, liarme con el primero que me encuentre y quedarme embarazada de él, como hizo su hija, prefiero que la mía esté en la estación de metro más profunda. Y ahora, si nos disculpa, tenemos hambre y vamos a comer, que tengan buena tarde —dijo Tracy, enganchándose a mi brazo para que saliéramos de allí, donde los dejamos a ambos, que se miraban entre sí algo desconcertados.

—Gracias, mi amor, pero que quede claro que te iba a defender — dije, dándole un beso en los labios.

—No hay de qué, el que debe tener claro que sé defenderme sola, eres tú. Aunque te agradezco la intención — respondió, con una sonrisa.

Entramos en el restaurante en el que solíamos comer a diario, y justo cuando estábamos tomando asiento, me sonó el móvil, era mi abogado. Contesté la llamada sabiendo lo que me iba a contar, puesto que ya "radio patio" había venido a decírmelo personalmente.

—No me gusta el laboratorio que han escogido, Bryan. Tiene fama de amañar los resultados de ADN, así que, aunque te hagas la prueba allí, buscaré otro donde hacerlo también, para comparar los resultados — dijo mi abogado, y empecé a agobiarme por eso que había dicho.

—Pero… si es el laboratorio que ha elegido el juzgado, ¿qué posibilidades podemos tener de que admitan el otro resultado como prueba? Me refiero al caso de que saliera negativa la paternidad —le pregunté, no me quería quedar con nada en el tintero.

—No te voy a mentir, las posibilidades son casi nulas, pero podremos interponer un recurso que inhabilite el resultado anterior, aunque no sea algo inmediato.

—Gracias, Robert. Ojalá y salga todo bien, porque si me quitan a mi niña, no sé lo que podría hacer — dije, sincerándome con él.

—Siempre hay opciones, Bryan. Aunque tardemos, aunque te duela, pero no dejaremos que se lleven a la niña definitivamente — contestó mi abogado, intentando tranquilizarme.

No voy a decir que esa comida fuera la mejor de mi vida, ni por asomo. Mi hija ocupaba todos mis pensamientos, ni siquiera estaba escuchando la conversación de los demás, aunque sí que intuía por donde iba.

—Bryan, baja a la tierra, cariño. Sé que a lo que te vas a enfrentar es muy duro, pero tienes que estar fuerte, y no has probado la comida — dijo Tracy, tomando mi mano.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Es pensar en que se lleven a la niña y se me revuelven las tripas, irremediablemente.

—Pues no pienses que se la van a llevar. Como ha dicho el abogado, vamos a luchar por ella con uñas y dientes. Todos, no solo tú, y eso debes tenerlo claro — dijo Albert.

—Tengo claro que no voy a estar solo, que contaré con el apoyo de mucha gente, pero eso no quita para que me preocupe por todo, Albert. Ya no confío en que Candy no dijera la verdad. Llevaba mucho tiempo liada con Luke, ¿quién me dice que Audrey no sea de otro de sus amantes? Es como si, en todo el tiempo que hemos estado juntos, no la hubiera conocido, como si fuera una extraña con la que compartía mi cama y mi tiempo —les dije, y es que era así como me sentía, ni más ni menos.

—Yo tengo un lema, que puede resultar un poco pasota, lo reconozco, pero a mí me ha servido en más de una ocasión para no hundirme en la miseria. Es muy sencillo: “Si el problema no tiene solución, para qué te preocupas. Y si la tiene, para qué te preocupas”. Pasará lo que tenga que pasar, Bryan, ni más ni menos — dijo Tracy y, aunque entendía lo que me quería decir, no era aplicable en mi caso.

—Te entiendo, y pienso que en otros aspectos de la vida me sería muy útil, pero no en este. Estamos hablando de la vida de una niña, que solo ha conocido un padre, que soy yo, y a la que quiero más que a mi vida, no de un problema económico o laboral — dije, con un nudo que me apretaba la garganta.

Capítulo 27



TRACY

Después de la comida, ninguno de los tres fue capaz de centrarse en el trabajo, por lo que Bryan dio por concluida la jornada laboral. Tan solo terminó de revisar y firmar la documentación que tenía pendiente y que Catherine estaba esperando desde bien temprano.

Le dejó los documentos encima de la mesa, y vino a buscarnos. Yo había llevado mi coche, así que iría con él a buscar a Andy, con la que había quedado en un rato, y de paso, prepararía yo también una mochila con ropa y cosas, a pesar de que en casa de Bryan tenía varios atuendos desde hacía tiempo.

—Señor Lee, ¿ya se marcha? Le recuerdo que tiene pendiente el acuerdo con la empresa de cárnicos, están esperando su propuesta — dijo la secretaria, como si ella fuera la dueña y el otro un simple empleado.

—Pues que esperen hasta el martes, porque el lunes tampoco voy a venir, tengo asuntos personales. La señorita Anderson tampoco vendrá, y el señor William lo hará a media mañana. Aplace todo lo que haya en sus agendas y repártalos a lo largo de la semana — dijo él, mientras que ella lo miraba con los ojos como platos, completamente asombrada.

—Pero… eso no puede ser, señor Lee. La gente también tiene compromisos. Nunca se había ausentado así, por motivos personales. Usted

siempre dijo que los problemas que no fueran laborales había que dejarlos fuera de las oficinas…

—¿Me va a decir usted como llevar mi empresa, Catherine? Le recuerdo que, aunque se fuera a pique, tengo dinero suficiente para vivir seis vidas, pero eso no va a pasar. Haga lo que le he dicho y deje de cuestionar mi vida, o tendré que verme obligado a despedirla. No se lo advierto más —la interrumpió Bryan, y ella agachó la cabeza.

Nos montamos en el ascensor que nos llevaría hasta el aparcamiento, en silencio, hasta que ya no me pude morder más la lengua, o iba a terminar con ella amputada.

—¿Has tenido algo con esa mujer alguna vez? No sé, aunque fuera un beso. Porque te trata como si ella fuera la dueña de todo esto, o aspirara a serlo — dije, y ambos me miraron como si hubiera dicho una locura.

—Nunca, jamás en la vida. Pero tienes razón en tu planteamiento. Siempre he notado que le gustaba, aunque también te digo que no se atrevió a verbalizarlo, ni conmigo ni con nadie — contestó Bryan.

—Tiene que ser que, ahora que eres viudo, había visto su oportunidad. Lo que ella no esperaba era la aparición de Tracy. Déjame decirte que hay mucha gente en la oficina hablando de ello, especulando todo tipo de teorías. Desde que la conociste y te liaste con ella estando todavía casado, hasta que ella es una cazafortunas que está esperando el momento de que le pongas un anillo en el dedo para no dar palo al agua —nos dijo Albert, mientras yo sonreía.

—¿Eso te afecta en algo, Tracy? Porque estoy dispuesto a enviar un comunicado interno explicando todo, no tengo ningún problema en hacerlo — me preguntó Bryan, un tanto incómodo.

—He aprendido a que, lo que los demás opinen de mí, me dé igual. Yo sé como soy, los que me conocen de verdad, también lo saben. El resto, que piense lo que quiera, será su problema, no el mío — dije a Bryan, que tomó mi cara y me dio un beso.

—A ver, tortolitos. Tened piedad con este pobre hombre que no se acuerda ya de la última vez que estuvo con una mujer. Si ya me dicen la palabra clítoris y pienso que es un personaje de Asterix y Obelix — dijo Albert, y ambos estallamos en una carcajada.

—Desde luego, hijo, eres único para cortar un momento romántico — contestó Bryan.

—Pues no te quiero decir nada cuando conozca a Andy. No es porque sea mi amiga, pero parece sacada de una pasarela de Milán. Es guapísima, tiene un cuerpazo y un estilo que ya lo quisieran muchas —les dije, y Albert sacó una sonrisa de lo más pícara.

—Ay, ¡qué por fin voy a poder recrear el cliché ese tan típico de jefe y secretaria! —exclamó, llevándose la mano al pecho de una manera de lo más teatral.

Salimos del ascensor y nos dirigimos cada uno a nuestro coche, quedando en vernos a las seis en su casa, ellos se ocuparían de la cena y nosotras del postre. Pensé en pasar por una pastelería que habíamos descubierto, por casualidad, y que tenía unos pastelitos de limón que nos encantaba a las dos.

Cuando llegué a mi casa, ya estaba Andy allí, esperándome con su mochila preparada, y con una ilusión en la cara que no había visto desde que llegué a Nueva York.

—¿Y esa cara? ¿Te ha tocado la lotería y no me he enterado? — dije, dándole un beso en la mejilla al pasar por su lado.

—El Karma, que siempre llega. Mi jefe ha cogido a esos dos en la fotocopiadora practicando sexo, y les han abierto un expediente. De momento, estarán un mes privados de empleo y sueldo y, si se repite, los pondrán de patitas en la calle — dijo ella, muy sonriente.

—¿Te has pensado lo del trabajo que te ofrece Bryan? —le pregunté, mientras cogía mi mochila y metía toda mi ropa.

—La verdad es que sí. Con que me iguale las condiciones laborales que tengo ahora, no me lo pensaré y presentaré mi renuncia. Es de tonta estar en un sitio en el que lo veré a diario y sufriré. Además, si ese jefe es tan guapo y simpático como dices, me alegraré la vista — contestó, sacándome una carcajada.

Si ella supiera que iba a pasar el fin de semana con su nuevo jefe, no estaría tan tranquila. Ojalá ambos tuvieran feeling y surgiera entre los dos el amor, porque no encontraba un hombre mejor que Albert para mi amiga.

Una vez tuve todo listo, me cambié de ropa, poniéndome algo más cómodo y nos dirigimos hasta la pastelería en mi coche, antes de ir hasta casa de Bryan.

—¿Te quedas en el coche o bajas conmigo? —le dije a Andy cuando estacioné en doble fila en la puerta de la pastelería.

—Con el frío que hace, prefiero esperarte aquí. Así, si el coche le molesta a alguien, lo puedo mover — contestó ella, aun sabiendo que sería muy extraño que molestara, puesto que los coches que estaban aparcados allí solían ser de los trabajadores de la zona.

—Vale, enseguida vuelvo — dije, bajándome del coche a la carrera.

Sí que hacía un frío de muerte, y encima, tenía toda la pinta de que iba a empezar a nevar. Entré en la pastelería y no había ningún cliente esperando, por lo que me atendieron inmediatamente. No solo compré los pastelitos de limón que tanto nos gustaban, sino que también me llevé milhojas de chocolate y otros con una crema de fresa que tenían una pinta estupenda, y que estaba segura de que haría las delicias de Audrey.

Dejé el paquete en el asiento de detrás, donde también iban nuestras mochilas y una botella de vino blanco que había comprado Andy, según ella, para no ir con las manos vacías.

—Pues nada, ponemos rumbo a nuestra felicidad — dije, y ella me miró, sonriente.

—¿Cómo es el amigo de Bryan que viene a pasar el fin de semana con nosotros? —me preguntó Andy, curiosa.

—Un bombón, desde ya te lo digo, que ese hombre no tiene nada feo. Además, es encantador, detallista y con el que te partes de risa —lo describí, y ella me miró con una ceja alzada.

—Si fuera todo eso que dices, ya estaría casado y con hijos. Me puedes decir la verdad, que es feo, no me voy a asustar. Últimamente he pensado que ya no voy a mirar el físico de un hombre, sino su manera de ser y de actuar conmigo — contestó, como si lo que yo le había descrito fuera una utopía.

—Piensa lo que quieras. Cuando lleguemos allí lo podrás comprobar. Eso sí, ten a mano un pañuelo de papel para que no se te note el hilo de babas cayendo por tu barbilla —le dije, y empezó a reírse de lo lindo.

El resto del trayecto lo hicimos cantando al son de la música que sonaba por la radio del coche. En ese momento pusieron una canción que nos encantaba a las dos, y nos pusimos a cantar a grito pelado, mientras que ella lo acompañaba con un baile.

En un semáforo que nos cogió en rojo, se posicionó otro coche a nuestro lado, y nos miraban sin poder parar de reír, porque parecía que estábamos encima de un escenario.

Llegamos por fin a casa de Bryan, y a Andy le causó la misma impresión que a mí, no se podía ser más bonita, tanto por fuera como por dentro. Mi chico, al que había avisado el guardián de la garita de seguridad, estuvo pendiente para abrirnos la verja, y pasamos al interior, donde aparqué mi coche junto al suyo.

Cuando Andy vio a Albert en la puerta, con un pantalón de algodón que le caía por las caderas, y una camiseta blanca que le marcaba todos los músculos, tuve que cerrarle la boca.

—Ahí tienes al feo —le dije, bajándome del coche.

—La madre que me parió. ¿Sus amigos son todos iguales?

—No tengo ni idea, tan solo conozco a Albert, pero creo que me he quedado corta con mi descripción — dije, guiñándole un ojo.

Ambos se acercaron para ayudarnos con las cosas, y aproveché para presentar a mi amiga, mientras que un torbellino salía corriendo hacia mis brazos.

—¡Tracy! No sabes cuanto te he echado de menos, pero, por suerte, ya estás aquí otra vez, y como novia de mi padre, que es lo que yo quería —me dijo la niña, abrazándose a mi cuello.

—Chicos, ella es Andy, mi mejor amiga, y como una hermana para mí — les dije.

—Encantado, Andy. Mañana a primera hora, antes de salir al centro comercial, tenemos una conversación pendiente. Espero que te decidas a venirte con nosotros a trabajar —le dijo Bryan, dándole dos besos.

—Tu amiga se quedó corta con tu descripción, te lo aseguro. Yo soy Albert — dijo éste, poniendo sus manos en la cintura de mi amiga y dándole otros dos besos.

—Pues anda que con la tuya… — respondió ella, y Bryan y yo empezamos a reírnos.

—Papi, creo que el tío Albert ha tenido un topetazo — dijo Audrey, y ambos la miramos sin saber lo que quería decir —. Sí, lo que les pasa a los mayores cuando se enamoran a primera vista de la otra persona…

—Un flechazo, Audrey, se dice así — dijo su padre, porque yo no podía parar de reír.

—Ni que lo digas, enana. Acabo de conocer a la mujer de mi vida, a la madre de mis hijos, ahora tan solo tengo que conquistarla —le dijo Albert a la niña, mientras que Bryan y Andy entraban en la casa.

—Lo único que te pido es que no le hagas daño. Al igual que a mí, le ha tocado sufrir mucho en esta vida, se merece ser feliz. Si lo que quieres de ella

es echar un polvo, déjaselo claro igualmente, que no se ilusione contigo si no ves un futuro con ella —le dije a Albert, de la forma más clara que pude.

—No te preocupes. No te voy a decir que no quiera acostarme con ella, porque no me gusta mentir, pero no es solo eso. Quiero ver su manera de ser, de actuar, y una vez que lo vea, actuaré en consecuencia —me dijo, dejándome una caricia en la cara antes de entrar.

Llevamos las mochilas hasta las habitaciones, antes de bajar a cenar, porque la mesa ya estaba puesta y tan solo quedaba servir la comida.

Capítulo 28



BRYAN

Por fin la tenía en mi casa, conmigo, y en este fin de semana quería que fuera único y especial, para todos, por lo que no escatimé en gastos cuando lo preparé, y ninguno de ellos sabía nada.

Di por hecho que todos estarían de acuerdo en lo que tenía pensado, y que les haría especial ilusión a las chicas, aunque nosotros también lo pasaríamos genial.

—Esta noche no podemos demorarnos mucho, que mañana tenemos que madrugar, os tengo una sorpresa preparada —les dije, y todos me miraron extrañados.

—¿Una sorpresa? Pues yo no sé si traigo ropa para algo elegante, desde ya te lo digo — dijo Tracy, a la que no le gustaba nada desentonar en los sitios a los que la llevaba.

—¿Traes vaqueros y chaquetón calentito? ¿Unas botas o deportivas con las que puedas ir cómoda? —le pregunté, y ella asintió con la cabeza —Pues entonces, no necesitas nada más.

La cena transcurrió entre risas, era como si todos nos conociéramos de toda la vida. Después del postre, llevamos a la niña a la cama. A pesar de que estaba nerviosa por la sorpresa, se quedó dormida casi al instante, y volvimos

a bajar al salón, donde habíamos dejado a Albert con Andy, y nos lo encontramos partidos de risa.

—¿Qué es eso tan gracioso de lo que os estáis riendo? —preguntó Bryan al verlos.

—No te lo vas a creer, hermano. He caído como un pardillo — contestó Albert.

—Resulta que estábamos preparando unas copas, y al echar la ginebra de fresa en el vaso, le digo: mira que bien huele. Lo ha cogido y se lo ha bebido de un trago, y le ha pasado como a los dibujos animados, le ha salido el humo por las orejas —nos contaba Andy, que había encajado en el grupo como una más.

—No me lo puedo creer. Y él es el que presume de que le van las bebidas fuertes — dijo Tracy, riendo.

Estuvimos un rato más los cuatro juntos, y aproveché para hablar con Andy sobre las condiciones del puesto que le ofrecía. Tendría el mismo horario que todos nosotros, lo cual eran un par de horas menos al día que en la empresa en la que trabajaba ahora, eso sin contar con los fines de semana, donde tan solo se quedaba el equipo de guardia. Con respecto al sueldo, yo le ofrecía casi quinientos dólares más mensuales, por lo que ni se lo tuvo que pensar.

—Le he dicho a Tracy por el camino que, si me igualabas las condiciones, dejaba aquello. No solo las has igualado, sino que las has mejorado considerablemente, por lo cual, dime donde tengo que firmar — contestó, con una sonrisa, la misma que vi en la cara de mi amigo.

—Ahora mismo voy por el contrato…

Dejé a Tracy explicándole que ella me había facilitado todos los datos, para que no pudiera echarse atrás después. Cuando llegué, estaba esperándome con una sonrisa.

—Listo, jefe. Tan solo me queda esperar que, todo lo que me ha dicho mi amiga sobre el que será mi jefe directo, sea cierto. Por lo menos espero alegrarme la vista — dijo, tendiéndome el documento firmado, mientras que Albert casi se atraganta al escucharla decir eso.

—Tu jefe es lo mejor de lo mejor, te lo digo yo — contestó el otro, haciéndonos soltar una carcajada.

—Me acabas de decir que te gusto, no hace ni dos minutos. Digo que mi jefe me va a alegrar la vista y, ¿me lo pintas así? Ya no sé qué pensar, la verdad —le dijo Andy a Albert.

—No dudes de lo que te he dicho, tan solo es que no soy celoso. Además, ¿te gusto yo?

—A quién no le gustarías, alma de cántaro —le respondió ella.

—Pues entonces, no tengo nada que temer. El martes lo descubrirás cuando vayas por la oficina — contestó él, guiñándole el ojo.

Los dejamos allí en el salón, porque yo tenía otros planes para Tracy y para mí, por lo que dimos las buenas noches y nos dispusimos a entrar en mi habitación.

En cuanto que atravesamos el umbral de la puerta, la cerré y la aprisioné contra ella. Me lancé a sus labios, besándola como deseaba desde que entró en mi casa. Con mucha parsimonia y tranquilidad, nos fuimos desnudando, mientras íbamos de camino a la cama, que ya estaba destapada desde que yo llegué.

Con toda la suavidad que pude, la dejé caer, situándome entre sus piernas, sin dejar de besarla, y bajando por todo su cuerpo, dejando un reguero de besos. Cuando llegué a su monte de venus, abrí sus piernas, y me dediqué a lamer su sexo, de abajo arriba y, al contrario, hasta que conseguí que tuviera su primer orgasmo.

—Dios, Bryan… —dijo, entre gemidos y jadeos.

Mi miembro estaba preparado para atacar, y así lo hice, penetrándola de una fuerte embestida, consiguiendo que ese orgasmo que había tenido se alargara. Estuvimos así durante un buen rato, perdiendo la noción del tiempo, hasta que ambos alcanzamos el clímax, con nuestros cuerpos perlados de sudor por ese momento que habíamos tenido.

Nos quedamos dormidos uno en los brazos del otro, hasta que sonó el despertador. Me levanté con tiempo, y con una sonrisa que hacía mucho que no lucía en mi cara. Desperté a mi chica con un beso en los labios, y me respondió con una sonrisa.

—Venga, vamos, o el avión se irá sin nosotros — dije, y me miró sorprendida.

—¿El avión? ¿Dónde nos llevas? Mira que, ni Andy ni yo traemos el pasaporte — respondió, con curiosidad.

—El pasaporte no os va a hacer falta. Y no os pienso decir a donde vamos hasta que no lleguemos. Ni siquiera Albert lo sabe. Así que, prepara la mochila que nos vamos. Voy a despertar a los demás — dije, dándole otro beso y entrando en la ducha.

Salí de la ducha y me vestí cómodo, con unos vaqueros, un jersey de cuello vuelto y unas zapatillas deportivas blancas, dejando el chaquetón de plumas encima de la silla del vestidor.

Dejé que Tracy entrara al baño, y fui a buscar a los demás. Mi niña ya estaba levantada y vestida, tomándose una leche con cacao en la cocina, junto a Andy, que también estaba arreglada, esperando al resto.

—Albert estaba en la ducha, no creo que tarde en bajar — dijo, algo sonrojada, y supe que habían pasado la noche juntos.

—Sí, Tracy también está vistiéndose, vamos bien de tiempo —le contesté.

—Papi, ¿dónde vamos? — preguntó mi niña.

—Es una sorpresa, y si te lo digo, dejaría de serlo. Lo veréis cuando lleguemos al sitio. Tan solo os voy a decir que iremos en avión.

Las dos me miraron con una mezcla de sorpresa e ilusión, parecía que tenía delante a dos niñas, y no dudaba de que ambas iban a disfrutar de lo lindo en esta pequeña escapada. Esperaba que no fuera la última vez que pudiéramos salir los cinco juntos, que el juzgado, dándole igual el resultado que arrojara la prueba de paternidad, me reconociera como su padre, porque a todos los efectos lo era, la quería como si hubiera sido mi semilla la responsable de que ella estuviera en este mundo.

—Bueno, como ya estamos todos listos, cojamos nuestras mochilas y vayámonos ya, que nos están esperando en el aeropuerto — dije, y Albert me miró asombrado.

—No me has dicho nada de esto, hermano. Me ha dolido que no confíes en mí — respondió Albert, dramatizando todo como estaba acostumbrado, pero en broma, por supuesto.

—Si te lo hubiera dicho, no sería una sorpresa — respondió la niña, tal y como yo le había dicho a ella, sacándonos una sonrisa porque puso los ojos en blanco, eran tal para cual.

Salimos hacia el aeropuerto en uno de los coches, que conducía Sam, mi más fiel escolta. El único que se había quedado, junto con Tom, porque los demás habían sido despedidos.

En el trayecto en el avión, hasta nuestro destino, pude notar el nerviosismo en mis chicas, porque así las consideraba ya a las tres, mientras que Albert me miraba con una ceja arqueada. La azafata, después de las palabras que le dirigió Tracy en el viaje de regreso de Londres, no se permitió tener familiaridad conmigo, aunque sí que lo intentó con mi amigo, que no dudó en cortarle el punto.

—Me parece muy poco profesional esa actitud que está teniendo, mucho más cuando estamos aquí en pareja y con una niña pequeña. Si sigue persistiendo en esto, no dudaré en dar mis quejas a la empresa —le contestó Albert, y ella agachó la cabeza y se marchó a su puesto.

Después de poco menos de tres horas, llegamos a nuestro destino. Quería que saliéramos temprano por lo mismo, porque cuando llegáramos todavía no

estaría abierto el parque y podríamos disfrutar de todo durante estos dos días, porque hasta el domingo por la noche no volveríamos de nuevo a Nueva York.

—Chicos, hemos llegado a nuestro destino, Orlando. Espero que pasemos unos días inolvidables en el parque Disney —les dije, y mientras que las chicas saltaban de alegría, Albert me miraba incrédulo.

—Ya podías haber elegido otro destino, capullo. Que ya nos veo con la pasada de las orejitas paseando por todo el parque y saliendo en todas las revistas —me dijo, y solté una carcajada.

—Me da exactamente igual lo que salga, solo quiero que sea un viaje inolvidable para todos, incluido tú.

En el hangar nos estaba esperando un coche que nos llevaría hasta el parque, donde nos alojaríamos en el mejor hotel del recinto, había pedido dos habitaciones dobles, una de ellas era una suite, con dos habitaciones, de la que una era sencilla, que sería donde dormiría Audrey.

—Papá, quiero que nos compres un vestido de princesa, a las tres, y vosotros de príncipe, ¿lo vas a hacer? — preguntó la niña, completamente entusiasmada en cuanto que entró por las puertas del hotel, que daba directamente al parque.

—Cariño, el vestido de princesa para ti. Andy y yo nos compraremos las orejas y la faldita de Minie, y a papá y al tío Albert, les compramos las de Mickey. ¿Te parece bien? —le dijo Tracy, que no se veía con un vestido de princesa por todo el parque.

—Eso, eso, que tu padre y yo estaremos monísimos con esas orejas. No va a tener vida para pagarme esto, te lo prometo —dijo Albert, con toda la ironía del mundo.

—No me seas quejumbroso, haz el favor. Aquí no somos el CEO y su mano derecha, somos dos parejas que venimos a disfrutar de la magia con una niña de cinco años — contesté, sin parar de reír.

Dejamos las cosas en las habitaciones, y nos fuimos directos al parque. Nada más entrar, hicimos lo que le habíamos prometido a la niña, pero fueron Andy y Tracy las que pagaron, ya que no nos dejaron ni entrar.

Salieron las tres completamente transformadas, al final, mi chica y su amiga se compraron el disfraz de Minie al completo, excepto los zapatos, que siguieron con sus deportivas, y mi niña salió caracterizada como Elsa, la protagonista de Frozen, que era su princesa preferida.

Además de todo eso, también salieron con varias bolsas, en las que había un poquito de todo, desde pijamas para hacer una noche Disney cuando volviéramos a casa, hasta bolas para el árbol de Navidad.

Eso era lo que más me dolía, que los resultados de las pruebas de ADN, así como el juicio, se celebraría el día veintidós de diciembre, y si salía negativo, mi niña no pasaría esas fechas tan entrañables conmigo. Tracy se dio cuenta de mi cambio de semblante y enseguida vino a abrazarme.

—No pienses en eso ahora, ya verás como todo saldrá bien y pasaremos las fiestas todos juntos —me dijo, dándome un beso en los labios.

Capítulo 29



BRYAN

—¿Y si no es así? ¿Y si se llevan a mi niña y no puedo darle los regalos de Papá Noel? — decía, con las lágrimas a punto de brotar de mis ojos.

—Si eso ocurre, ya encontraremos la manera de que podamos pasar ese día con ella, o de llevárselos. No sirve de nada que te lamentes antes de que ocurra, cuando ahora la tienes aquí, a tu lado, y está disfrutando de lo lindo. Concéntrate en hacerle estos días los más bonitos de su vida, que los recuerde siempre, ya cruzaremos ese puente cuando nos toque — dijo ella, cuya premisa era adelantarse a todos los contratiempos, y entendí que tenía razón, preocuparme ahora no tenía sentido si lo que quería era que mi niña lo pasara bien.

Al final, Albert, que era el más reticente a ponerse las dichosas orejitas, entró en una tienda para comprarle a la niña unos colores que sabíamos que le iban a gustar, y nos hizo vestirnos a los dos de Mickey.

—No me lo puedo creer, corre hazles una foto para inmortalizar este momento —le dijo Tracy a Andy, que justo le estaba sacando una foto a la niña.

—¿En serio? Seguro que esto ha sido idea de Albert, me apuesto lo que quieras —contestó Andy, sin dejar de disparar con la cámara del móvil.

—Hombre, no ibais a ir vosotras de Minie, y nosotros quedar como dos pavisosos con unas simples orejas. De eso ni hablar. Ven aquí, vamos a hacernos un selfi — dijo Albert, cogiendo a Andy por la cintura, situándose detrás de ella.

—Venga, ahora una a la familia feliz —dijo Andy, e hicimos lo mismo, solo que con Audrey en el centro de los dos.

—Esta foto la pienso enmarcar y ponerla en mi despacho —le dije a Tracy, que soltó una carcajada.

—Estará precioso, tú dando una imagen de CEO implacable, y con una foto en tu escritorio vestido de Mickey — contestó ella, sacándome una carcajada.

Entramos a comer en uno de los restaurantes del parque, porque estábamos hambrientos y agotados, y eso que tan solo habíamos visto la mitad. Nada más entrar, vimos una pizza con forma de las orejas de Mickey que nos llamó la atención, pero no por su forma, sino por la pinta tan estupenda que tenía.

—Yo quiero una de esas —dijo Tracy, que se le fueron los ojos tras ella.

—Y yo, y un refresco, que me muero de sed —dijo la niña, que no duraría ni cinco minutos despierta en cuanto que le pusiéramos el pijama.

Comimos allí, entre risas y fotos. Ese viaje no solo sería inolvidable para la niña, sino para todos los que habíamos ido, porque mejor no lo podíamos estar pasando.

Continuamos visitando el parque, montándonos en las atracciones y hartándonos de hacer compras. En el castillo de las princesas, compramos absolutamente de todo, pero esta vez no pagaron las chicas, sino que dije que lo cargaran a la habitación. Menos mal que el avión era privado, porque de lo contrario, toda la bodega la ocuparían nuestras cosas.

—Mira papi, me encanta esta mochila para el cole. ¿Podemos comprar dos? — preguntó mi hija, y me extrañó.

—¿Para qué quieres dos mochilas? ¿Una para usarla y otra por si se parte? —le preguntó Andy, con la misma curiosidad que yo.

—No, una es para mí, y la otra para una niña nueva que ha llegado al cole. Vive con sus abuelos porque no tiene ni mamá ni papá, que se fueron al cielo hace poco. Siempre está triste, y me gustaría regalársela para que se ponga contenta — respondió.

Así era mi hija, todo corazón. Con ese argumento no pude negarme a comprarla, es más, a partir de ahí, todo lo que se le compraba a ella se hacía de manera doble, y no solo yo, que los chicos también lo hacían.

Llegamos al hotel y tuvimos que pedir la cena en la habitación, porque, tal y como habíamos dicho, en el momento en el que Audrey salió de la ducha y se plantó el pijama, cayó rendida en el pequeño sofá de la sala que había.

—Menos mal que ha comido bien durante todo el día, porque no puede ni con su cuerpo. La voy a llevar a la cama mientras nos traen la cena — dijo Tracy, y asentí con la cabeza.

La trataba como si realmente fuera su hija. Ni su madre la había tratado nunca con tanto amor y tanto cariño. Mi abogado me había dicho que iba a utilizar el informe psicológico de la niña para solicitar la custodia total, a pesar de que los resultados dieran negativos, y tan solo esperaba que eso sirviera para algo.

Estábamos sentados cenando los cuatro, cuando me fijé en un gesto que hizo Albert, y que me indicaba que quería hablar conmigo. Me levanté y lo seguí, mientras las chicas seguían charlando.

—Acaba de llamarme el abogado de Londres, me ha dicho que no ha hecho falta que fuerais al juicio, se han utilizado vuestras declaraciones además de las imágenes. Luke ha sido condenado a quince años de prisión, mientras que los otros dos guardaespaldas han sido acusados y condenados por encubrimiento a seis años cada uno. Pero hay algo más que deberías saber —me dijo Albert, con un gesto de preocupación.

—Habla ya, por lo que más quieras o me voy a arañar la cara de los nervios — dije, queriendo saberlo cuanto antes.

—Verás… Luke ha pedido una prueba de paternidad de Audrey, dice que cree que puede ser su hija, y si es así, pedirá que la custodia se la otorguen a la familia materna, o sea, a los padres de Candy —me dijo, y juro que no me desmayé de milagro.

—¿Qué me estás contando? ¿Cómo va a ser ese su padre, si él llegó hasta nosotros cuando la niña ya había nacido? —dije, con un nudo en la garganta.

—Según él, conoció a Candy en un bar una noche que salió con las amigas, y tuvieron sexo en el baño de la discoteca. Cuando entró a trabajar para ti, se dio cuenta de que era la misma chica, y que tenía una hija que podría ser suya a juzgar por la fecha en la que nació. A mí todo esto me huele muy mal, Bryan, y a James, el abogado, también.

—¿Habrán sido capaces de pagarle a ese tipo para que diga esto y manipular las pruebas de ADN? Por el amor de Dios, si es él quien ha matado a su hija, no yo, y todo por el afán de hacerme daño… —dije, un poco más alto de lo normal, por lo que Tracy vino inmediatamente.

—¿Nos puedes dejar a solas, Albert, por favor? —le pidió ella, y mi amigo salió de la habitación, dejándonos a los dos allí —Ahora, cuéntame que es eso que te trae de cabeza, por favor. Somos pareja, y estoy aquí para ayudarte en todo lo que sea necesario.

—Se trata de Luke, ha declarado en el juicio que sospecha que Audrey es también su hija. Quiere una prueba de paternidad y, si es él su padre, que la custodia se la otorguen a sus abuelos maternos. Si es así, me voy a morir de pena, Tracy, mi vida ya no tendrá sentido — dije, sin poder reprimir el llanto.

No me dijo nada, no articulamos palabra, tan solo nos abrazamos, y sentir su calor me hizo sentir bien. No me pude resistir, la besé de manera pasional, la necesitaba.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres ahora? — pregunto, pero no le contesté, tan solo la besé de nuevo, dando rienda a nuestra pasión.

En esta ocasión no hubo preliminares, me aseguré con mis dedos de que estaba lista para recibirme, y cuando lo hube comprobado, la penetré fuertemente y de manera salvaje, ahogando su grito de placer con mi boca. Estuve bombeando en su interior hasta que noté que llegó al orgasmo, y fue entonces cuando me dejé ir.

Jamás había usado el sexo como válvula de escape ante ninguna situación, y me sentí mal después de hacerlo. Tenía la impresión de que Tracy se estaba sintiendo utilizada, y así se lo hice saber.

—Lo siento, no he podido ser más delicado. Necesitaba sentirte, que me arraigaras en este momento — dije, con toda la sinceridad.

—¿Me has oído quejarme? Pues entonces, no digas más tonterías, por favor. Cada uno tiene una forma de quitarse el estrés, y esta que tú has escogido no me parece nada mal. Anda, vamos a darnos una ducha y dormir un poco, que tengo la leve impresión de que, tu hija, mañana, nos va a dar la del pulpo —me dijo, haciendo hincapié en eso de tu hija, y me sacó una sonrisa.

Nada podía hacer más que someterme a esa prueba y rezar para que mi mujer no me hubiera engañado con la paternidad de Audrey. Y si, así había sido, demostrar que la niña no conocía otra figura paterna más que a mí, y que sería una locura apartarla de mí.

Esa noche dormimos abrazados, sin más sexo que el que habíamos tenido antes. El olor de su pelo resultó ser el mejor somnífero para mis sentidos, que, unido al palizón que nos habíamos dado durante todo el día, me hizo dormir como un bebé.

El día siguiente transcurrió como el anterior, entre comidas, carreras por el parque, atracciones y compras, pero con una diferencia, la comida de ese día la hicimos rodeados de princesas. Las chicas quisieron hacerle ese regalo a mi hija, y ella lo disfrutó como la niña que era.

—Hermano, como Andy se dé cuenta de cómo me está mirando Pocahontas, le va a faltar parque para buscar a John Smith — dijo Albert en un susurro, pero a mí me salió una carcajada.

—Quita, quita, que están distraídas, porque Cenicienta me ha dejado su número de teléfono en una servilleta — contesté yo, enseñándole el papelito por debajo de la mesa.

—Trágatelo, no dejes pruebas o salimos de aquí directos a Turquía a por un trasplante de pelo — dijo él, entre risas.

Por suerte no se dieron cuenta, o eso pensábamos nosotros, porque ya de vuelta a casa, en el avión, nos lo soltaron de lo lindo, y la primera fue Tracy.

—¿Has grabado ya el número en la agenda del móvil? Lo digo porque no vaya a ser que pierdas el papelito — soltó, una vez que la niña estuvo dormida.

—Ingenuo de mí, que pensé que no te habías dado cuenta —le dije, y cogí su cara y la besé en los labios —. No seas tonta, ese papel se quedó en el suelo de la mesa donde comimos.

—Ah, ¿sí? ¿Y entonces qué es esto que se ha caído del bolsillo de tu pantalón? — preguntó, y me puse blanco como la pared.

—Te juro que eso no es mío, que yo lo tiré — dije, y soltó una carcajada.

—Ya sé que lo tiraste, pero yo lo recogí, quería ver tu cara cuando te lo preguntara.

—¡Eres mala! —contesté, y me puse a hacerle cosquillas.

—¿Mala ella? Mala la amiga, que mira lo que se ha comprado la cabrona —dijo Albert, enseñándome el disfraz de Pocahontas que llevaba Andy en una bolsa.

—Así, cuando me lo ponga, se te quitarán todas las tonterías. Tantas miraditas ni tanto cuento. Y te has librado porque no sé lo que tenemos, que, si llego a tener claro que somos pareja, esa tiene que dejar de vestirse de la india para ponerse el disfraz de Olaf, porque la iba a dejar guapa —le contestó Andy, y soltamos una carcajada.

—¿Cómo que no sabes lo que tenemos? ¿Necesitas que te lo ponga por escrito? Además, tengo algo que contarte antes de que llegues el martes a la oficina. Yo soy tu jefe —le soltó, y Andy se quedó con la boca abierta.

Capítulo 30



TRACY

Cuando Albert le dijo eso a Andy, casi me da un infarto. ¿No había podido callarse hasta que llegara a la oficina? Ella me miró sin dar crédito a sus palabras, como si yo no pudiera haberle fallado de esa manera, y me sentí mal.

—Tracy, dime que lo que está diciendo Albert es mentira, por lo que tú más quieras — dijo, con las manos puestas en la cintura.

Estoy segura de que, si hubiésemos estado en otro lugar, habría salido corriendo, pero ahí, jugábamos con la oportunidad de que no tenía donde huir, por lo que era más fácil que nos escuchara.

—Verás, Andy…

—Es muy sencillo, ¿es mentira o no?

—No, no es mentira, pero todo tiene una explicación, que espero que me dejes darte —le dije, sabiendo que me escucharía.

—Lo que te daba yo ahora mismo son dos hostias que ibas a tocar las palmas con las orejas, fíjate lo que te digo — contestó ella.

—No te quise decir quién era porque no quería que te sintieras cohibida, quería que te mostraras tal y como eres, y eso es lo que has hecho. La

atracción entre vosotros ha surgido después —le expliqué, pero ella me miraba como si le estuviera hablando en chino.

—Claro, y nada tiene que ver que me haya liado con mi jefe, ¿no?

—Yo estoy liada con el mío y no me he muerto. Así que no digas chorradas, por lo que tú más quieras.

—Andy, no te has liado con tu jefe. Yo, que soy tu jefe, me he convertido en tu pareja. Te lo he dicho antes y te lo repito ahora. ¿Necesitas que te aclare lo que somos? Porque sí es así, ven conmigo —le dijo, la tomó de la mano y la llevó hasta el dormitorio que había en el avión, ante la risa de Bryan y mía.

—Pensé que la cosa iba a terminar peor — susurró Bryan, con una sonrisa en la cara.

—Y yo, por un momento pensé que mi amistad con ella se terminaba y tendría que acabar durmiendo debajo de un puente —Le contesté.

—Si ese fuera el motivo por el que accederías a vivir conmigo, no te preocupes que ya me encargo yo de que te ponga las maletas en la puerta — contestó, de manera muy seria, pero claramente bromeando, y solté una carcajada.

Durante más de la mitad del trayecto estuvieron esos dos en la habitación, y cuando salieron, lo hicieron de la mano y con una sonrisa. Tenía claro que se acababan de conocer, y que tenían mucho que descubrir el uno del otro, pero me alegré por mi amiga, se merecía un hombre de verdad a su lado.

—Veo que habéis arreglado vuestras diferencias —les dije, con una sonrisa.

—Y tanto que la hemos arreglado, aunque todavía me quedan algunas dudas que resolveremos cuando estemos de vuelta en Nueva York — contestó Andy, y todos soltamos una carcajada.

—¿Tú no necesitas que te aclare nada? Lo digo porque, ahora que han salido ellos y se pueden quedar pendientes de la niña, no tendría ningún

problema en resolver tus dudas —me dijo Bryan, y lo miré con la boca abierta.

—No se puede ser más descarado que tú, pero no te preocupes, que, si se me ocurre algo, te lo preguntaré cuando lleguemos a tu casa —le dije, sacándole una sonrisa a todos.

El piloto nos avisó de que estábamos a punto de aterrizar. Por suerte, no habíamos visto prensa durante nuestra estancia en el parque, pero no por mí, sino por ellos, en especial Albert, al que no le gustaba verse en las portadas de las revistas ni en los programas del corazón. Decía que él no era un personaje de la farándula, por mucho dinero que ambos tuvieran en sus cuentas.

El aterrizaje fue igual que en el Aeropuerto Internacional de Orlando, sin ningún contratiempo. El coche con Sam ya nos estaba esperando, porque habíamos viajado sin escolta, o por lo menos no vino ninguno con nosotros en el avión.

Algunas veces, Bryan, decía que necesitaba parecer una persona normal, entiéndase como normal, alguien que puede salir y entrar sin temer por su seguridad, y es que, a veces, tenía que reconocer que su vida era un poquito agobiante.

Nos fuimos todos para la casa de Bryan, ya que al día siguiente tendría que acudir con la niña a los laboratorios para someterse a la prueba de ADN, y sería en el mismo sitio y con la muestra que obtuvieran de la niña, donde también se hiciera la de Luke.

—No entiendo porque tiene que venir la muestra de Luke hasta aquí, cuando lo normal sería que lo hicieran en Londres, que es donde se ha solicitado la prueba de paternidad. Algo me huele mal en todo esto — dije, no me podía callar, una vez que la niña ya estaba acostada y durmiendo.

—Eso mismo pienso yo. Tendríamos que llamar al abogado para que se solicitara en otro laboratorio —dijo Albert, que todavía permanecía con nosotros.

—Ya se ha recurrido esa decisión, pero el juez no ve ningún indicio como para que se solicite en otro laboratorio. Tan solo esperemos que los tentáculos de la familia de Candy no hayan llegado hasta allí —nos contestó Bryan, que se veía un tanto nervioso.

Albert llevó a Andy a casa, y él se marchó a la suya, quedando en que nos veríamos en el laboratorio, ya que no quería dejarlo solo. Nosotros nos marchamos a la cama. Esa noche no hubo sexo, pero sí mucho cariño, todo el que le pude dar a mi chico, que no durmió más que un par de horas, y no de manera continuada.

Por la mañana, cuando nos levantamos, su cara lo decía todo. Siendo sincera, esto de que Luke reclamara la paternidad de la niña me sonaba un poquito raro, pero lo que más me extrañaba era que la familia de ella se lo permitiera. ¿Acaso lo habían comprado? Si era así, no iba a parar hasta demostrarlo, me sentaría en el ordenador hasta descubrir todo, pero antes tenía que saber el nombre del doctor que llevaría a cabo la prueba, y desde ahí, empezar a tirar del hilo.

No le diría nada a él, en realidad, no le diría nada a nadie, llevaría mi investigación en secreto, hasta que tuviera todos los datos que lo demostraran. Yo, como siempre, adelantándome a los acontecimientos, que lo mismo y hacían la prueba de paternidad y salía que era su hija y no teníamos que mover nada, pero mi mente y mi intuición me decían que no iba a ser así.

—¿Listo para enfrentarte a lo que viene? —le dije, dándole un beso en los labios cuando salió del baño para vestirse.

—Para esto no se está listo nunca, Tracy, pero es lo que toca, enfrentarlo con la mejor actitud posible — contestó, respondiéndome al beso.

Audrey ya estaba desayunando cuando llegamos a la cocina, ni a Bryan ni a mí nos apetecía nada, así que tan solo nos tomamos un café que nos sirvió Joana, el ama de llaves.

—Mi amor, antes de ir al cole tenemos que ir a un sitio, donde te cogerán una muestra de saliva y a papá otra —le explicó a la niña, que lo miraba sin saber que decir.

—Papi, pero yo no quiero ir. Mejor, te echo yo la saliva en un tarrito y lo llevas tú, como cuando el médico me dice que tiene que estudiar mi pis, que te lo llevas en un tarro — respondió ella, con esa sonrisa que nos tenía a todos cautivados.

—No se puede hacer eso, mi amor. Pero te prometo que ni te dolerá ni tardaremos más de cinco minutos. Luego te llevaré al colegio, y Tracy vendrá con nosotros.

—¿Me puedes invitar a un bollito de esos que a mí me gustan cuando salgamos? Por cierto, papi, me dijiste que me llevarías a la pista de patinaje del Rockefeller Center y todavía no hemos ido.

—El viernes iremos a patinar, y si tu padre no quiere porque le da miedo, Andy y yo lo haremos contigo —le respondí, sonriente, y ella tocó las palmas.

—¿Miedo a mí, patinar? Soy el mejor subido a unos patines sobre hielo, chavala. El viernes os lo demostraré a las dos —contestó su padre, disimulando su nerviosismo.

—Eso ya lo veremos, jefe supremo. Ahora, vámonos o llegaremos tarde a la cita — dije, cogiendo el bolso.

Mientras que él le ponía el chaquetón a la niña y cogía su abrigo, Joana me llamó, según ella para preguntarme una cosa sobre la comida, pero ambas sabíamos que no tenía nada que ver con eso.

—No lo sueltes de la mano, por favor. Ahora, más que nunca, te necesita a su lado. Si es cierto lo que dicen y se llevan a la niña, este hombre caerá en un pozo tan profundo del que no será capaz de salir por sí mismo —me dijo la mujer, que los quería como si fueran su hijo y su nieta.

—No me marcharé, Joana. Estoy profundamente enamorada de los dos, y lo ayudaré en todo lo que sea posible.

—Ojalá te hubiera conocido a ti antes que, a esa bruja, que Dios la tenga en su gloria, por no decir que seguramente estará en el Infierno.

Nos dimos un abrazo y salí de allí, consciente de que nos estaban esperando y que era algo crucial en la vida de todos, porque esa niña era la alegría de esta casa y de todos los que la rodeaban.

Al llegar allí, los abuelos maternos de la niña estaban en la sala de espera, y la niña se puso, automáticamente, detrás de nosotros.

—¿Qué te ocurre, Audrey? —le pregunté, agachándome para estar a su altura.

—No me gustan mis abuelos de mamá. Me miran mal, siempre lo han hecho. Le decían a mi madre que yo lo que necesitaba era mano dura, que, si estuviera viviendo con ellos, ya me hubiesen enviado a un internado —me dijo la niña en un susurro.

—No lo permitiremos, cariño. Lo mismo y te tienes que ir con ellos durante un tiempo, pero no será mucho, Tracy y yo nos encargaremos de que así sea —le dijo el padre a la niña, puesto que no podía decirle todo del tirón, tenía que ir preparándola poco a poco.

—Pero yo no me quiero ir con ellos. No lo hagas, papá, que yo me quiero quedar contigo y con Tracy —dijo la niña, empezando a llorar.

La abuela, que nos vio, se vino directamente hacia nosotros y empezó a increparnos.

—No te da vergüenza, que hace nada y menos que enterramos a tu madre, cambiarla por una mujer que no conoces de nada. Menos mal que, cuando estés con nosotros, irás más tiesa que una vela —le dijo a la niña, que empezó a llorar abrazada a su padre.

—Haga el favor de hablarle bien a la niña. Ella no ha cambiado a su madre por nada ni por nadie, tan solo se refugia en las personas que le brindan el cariño que su madre no supo darle, nada más —le dije, con una rabia imposible de disimular.

—La que te tienes que callar eres tú, que no tienes vela en este entierro, descarada — dijo el abuelo, que se veía que era una marioneta en las manos

de su esposa.

—No te saldrás con la tuya, no te llevarás a la niña para hacerle una infancia desgraciada. Lucharé con uñas y dientes por ella — contestó Bryan, en un momento en el que Albert, que acababa de llegar con Andy, se llevaron a la niña.

—En el momento en el que te enteres que no es tu hija, porque no lo es, verás como te deshaces pronto de ella. Verás en sus ojos la traición de su madre y no podrás soportarlo —le contestó ella, dándose media vuelta y volviendo al mismo lugar en el que estaba.

Capítulo 31



BRYAN

Me faltó la picha de un mosquito, como se dice vulgarmente, para darle una buena hostia a esa mujer. Cada vez me resultaba más odiosa, y la manera en la que le había hablado a mi niña, demostró que no la quería con ellos porque le tuvieran cariño, ni mucho menos, lo hacían porque era la única manera que tenían de hacerme daño, privándome de lo que más quería.

En un momento dado, me di cuenta de que Tracy anotaba algo en una libreta, pero no le di la menor importancia, así como iba apuntando en ella todo lo que la enfermera le estaba respondiendo a las preguntas que le estaba haciendo.

—Listo, ya hemos terminado —dijo el doctor, cuando tuvo las dos muestras, la mía y la de mi hija.

—¿Cuánto tiempo tardarán los resultados? —le pregunté, quería ir haciéndome a la idea del tiempo que me quedaba junto a mi niña.

—En cuarenta y ocho horas podrán pasar a recogerlos, y enviaremos una copia al juzgado que lo ha solicitado — dijo el médico.

Salimos de allí con una sonrisa, pero que era totalmente impostada, y que lucíamos para no preocupar a la niña.

—Papi, llévame a por el bollito, anda, que esa mujer me ha dejado mal sabor de boca —nos dijo, y ahí sí que nos tuvimos que reír de verdad.

—Anda, sabihonda, que sabes tú mucho. Un bollito, un zumo, y al colegio sin más dilaciones — dije, cogiéndola en brazos para darle un beso, al que le siguió otro de Tracy.

Desayunamos los cinco juntos. Parecía que fuéramos una familia, de esas de sangre que no se sueltan de la mano por muchas adversidades que se presenten. Así éramos en realidad, solo que la nuestra era una familia elegida.

Albert y Andy se fueron para la empresa, ya que quería que fuera conociendo todo el funcionamiento y en qué consistiría su trabajo antes de que la antigua secretaria se fuera. Esa misma mañana había enviado la carta de renuncia a su antigua empresa, como le debían vacaciones, ya no se tenía que incorporar más, tan solo tenía que pasar a firmar la documentación y recoger el finiquito que le correspondía por ley.

A nosotros nos recogió Sam, llevamos a la niña al colegio y fuimos al despacho de mi abogado, con el que había quedado que pasaría por allí cuando saliéramos de la clínica.

—Buenos días, Bryan y compañía, pasad por aquí, por favor —nos dijo, y ambos entramos en su despacho.

—Buenos días, Robert. ¿Tenemos alguna que otra novedad hoy? — pregunté, temeroso de que me dijera que sí.

—Pues sí que tenemos, pero no es del todo mala — dijo, al ver mi cara.

—Bueno, algo es algo. ¿Qué ha sucedido? —pregunté, deseoso de conocer todas las noticias.

—Al parecer, Luke va diciendo por la cárcel que le ha sacado un buen pico de dinero a los viejos de su amante. Que, en vez de ir a por él, quieren ir a por ti. También ha dicho que tiene claro que él no es el padre de la niña, pero que ellos le dijeron que daba igual, que pusiera en la solicitud que sí, y que le cedieran la custodia a ellos, que se ocuparían de todo.

—¡Me cago en la leche! Con tal de salirse con la suya, son capaces de arruinarle la vida a una niña pequeña. ¿Cómo podemos conseguir esta declaración por escrito? Ofrécele lo que sea, el dinero que te pida, un millón de dólares por que testifique lo que le ha dicho al otro preso —le ofrecí, tenía que parar toda esta locura antes de que fuera a más.

—Espera, Bryan, no te precipites. Si puedo encontrar el rastro del dinero que esa mujer le ha dado, tanto a él, como a los médicos para que falsifiquen esas pruebas, no tendrás que desprenderte de esa cantidad de dinero — dijo Tracy, y os juro que lo vi todo negro.

—¡La vida de mi hija vale todo el dinero del mundo! —le grité, mientras ella me miraba con los ojos cuajados en lágrimas, porque yo seguí diciéndole cosas —No te creía tan materialista, Tracy. ¿Este es el apoyo que me ibas a dar? ¿Todo para que no suelte un centavo de algo que es sólo mío? Si lo que pretendes es vivir de mi dinero, no te preocupes, que tendrás mucho para gastar, pero eso no quita que quiera terminar con todo esto cuanto antes.

—Adiós, Bryan, que te vaya bien. Ojalá y lo consigas, te lo digo de corazón —me dijo Tracy, que se levantó y se fue, dejándome allí solo.

Estuve un rato más en el despacho, viendo la forma que teníamos de llegar a Luke, que era lo que le podíamos ofrecer para que diera ese testimonio, y hablando con James, el abogado que me había representado en Londres. Quedamos en que él sería el encargado de ir a verlo, de hablar con él para ver qué era lo que pedía a cambio de su declaración.

Salí de allí con una mezcla de dolor y de decepción, no me esperaba que Tracy fuera a decirme eso, no la veía de esa manera, pero al parecer, cada vez que me fijo en una mujer, me equivoco.

Sam me dijo que ella no había querido que la llevara hasta la oficina, que pidió un taxi, y casi que lo agradecí, porque no me apetecía tener que aguantar el viaje con ella en el coche si me hubiera esperado, aunque esa opción era poco probable.

—Buenas tardes — dije a mi secretaria, que estaba enviando un correo electrónico.

—Buenas tardes, señor Lee. La señorita Anderson está en su despacho, pero ha pedido que no se la moleste —me dijo, y asentí con la cabeza, lo que menos quería ahora mismo era cruzarme con ella.

Me encerré en mi despacho, hasta que Albert llamó a la puerta con Andy, que venían a buscarme para ir a comer, pero en cuanto que me vieron la cara, supieron que algo había pasado. Les conté lo sucedido en el despacho del abogado, así como la manera en la que me había contestado Tracy.

—¿Le has dicho eso? — preguntó Albert, con los ojos como platos.

—Al parecer, todavía no la conoces. Podía vivir como una reina si hubiera peleado por la herencia que le correspondía, y en vez de hacer eso, renunció a todo por orgullo. ¿Piensas que contigo haría algo distinto? La has jorobado, pero bien, porque ella no es como la has pintado, por mucho que tú mismo quieras creerlo — contestó Andy, pero no podía creerla, no después de lo que me había dicho Tracy.

—Lo mismo y no pudo luchar por la herencia porque no tenía medios para ir contra su familia, no porque no quisiera nada — respondí, a la defensiva.

—Si eso es lo que piensas de ella, no te voy a decir nada más. Bueno sí, una sola cosa. Se dejará la piel en demostrar que esa mujer ha comprado la voluntad de mucha gente, para que no pierdas a tu hija, y cuando lo haga, cuando haya terminado todo, te presentará su carta de dimisión y buscará otro trabajo. Es de las mejores, y no tardará en encontrar otro en la competencia, ya sea aquí o en otro país, eso a ella le da igual —me contestó y se fue, dejándome allí con la palabra en la boca.

—Te has equivocado, amigo, y te darás cuenta —me dijo Albert.

—¿Tú también te vas a poner de su parte? Claro, ahora que te acuestas con su amiguita, no puedes quedar mal. Es mejor situarse a su lado que en contra, o te podrías quedar sin follar, aunque eso suponga pegarle una patada a tu mejor amigo —le dije, con rabia, con una furia que nunca antes había sentido.

—Haré como que no he escuchado esas palabras, porque de otro modo, te partiría la cara y entonces, sería cuando nuestra amistad se iría a la mierda.

Reflexiona todo lo que ha pasado, quizás así puedas perdonarte el perder a una mujer como Tracy.

Di un puñetazo encima de la mesa, en el momento en el que me quedé solo. No tenía ganas de ir a comer, pero tenía que hacerlo, puesto que tan solo llevaba un café en el cuerpo desde esta mañana, y al final, terminaría desmayado.

Vi a mi amigo y a su chica en la cafetería donde solíamos ir, pero como no me apetecía seguir viendo muestras de cariño ni escuchar reproches, seguí de largo. Comería en la siguiente cafetería que me encontrara por el camino. Estaba tomando asiento, cuando mi teléfono sonó, era James, el abogado de Londres, así que no tardé en contestar la llamada.

—Bryan, acabo de salir de la cárcel donde está Luke, y tengo noticias — dijo, nada más contestar.

—¿Qué es lo que quiere por declarar? —pregunté, quería ir directo al grano, no me planteaba dar ningún rodeo.

—Quiere medio millón de euros y que los trasladen a los tres a una cárcel americana — dijo.

—Lo primero lo tengo al alcance de mi mano, lo segundo no tengo ni puñetera idea de cómo se puede hacer — contesté, empezando a agobiarme.

—Tendría que ser una solicitud por escrito, por parte de algún político o juez norteamericano, aunque también lo podíamos solicitar desde aquí, alegando que su familia no tiene posibles para visitarlo en Londres.

—Ofrécele un millón de euros y la solicitud por tu parte, pero necesitamos esa confesión ya, antes de que salgan los resultados de ADN, o lo tendré jodido para quedarme con mi hija.

—Te llamo en un rato, vuelvo a entrar a ver si puedo hablar con él de nuevo.

Pedí un sándwich, porque no me apetecía nada, tenía el estómago cerrado, y lo acompañé con una cerveza. Me mantuve allí hasta que recibí de nuevo su

llamada, que no tardó más de quince minutos desde que me terminé el sándwich.

—Dime que ha accedido, por lo que tú más quieras —le pedí, en cuanto descolgué el teléfono.

—Lo ha hecho, llevo aquí una declaración jurada de todo lo que la madre de Candy le ha pagado por decir una mentira. Le he asegurado que, en menos de una hora, estaría la transferencia hecha, está esperando a que le lleve el justificante para firmarla.

—Ahora mismo se la hago y te lo envío por mensaje. Asegúrate de que la firme, o estamos perdidos —le dije, colgando la llamada.

Por suerte, había pagado mi cuenta en cuanto me trajeron la comida, así que pude salir corriendo de camino a mi oficina. Entré en mi despacho e hice la transferencia, esa que envíe corriendo a James, y que me respondió con la declaración firmada. Me la enviaría por correo certificado, pero también la compulsaría en el juzgado de Londres, desde donde se enviaría una copia al de Nueva York, al que se había trasladado el expediente de paternidad.

Respiré hondo, y me fijé que encima de mi escritorio había una carpeta, con un post-it que ponía mi nombre, y una letra que reconocería entre millones de ella, la de Tracy.

Al abrirla, me encontré con todos los extractos de las cuentas a las que la madre de Candy había enviado dinero, entre las que estaban la de Luke, la del médico e incluso la del juez que llevaba el caso. Junto a ello, y al final del dosier, se encontraba una carta de renuncia, dejaba el trabajo con fecha de hoy, tal y como me anunció Andy que haría.

Salí corriendo a su despacho, pero no la encontré. Al salir de allí, me di de frente con Albert.

—No la busques, se ha marchado —me dijo, y entró en su despacho.

Capítulo 32



TRACY

Salí de ese despacho con los ojos anegados en lágrimas, pero con la dignidad y el orgullo por las nubes. ¿Era eso lo que pensaba realmente de mí? ¿Creía que estaba con él por el dinero? Con esas palabras me dejó claro que no confiaba en mí, y que no me iba a permitir que le demostrara que no todas las mujeres éramos de la misma calaña que su esposa, pero no lo iba a dejar ahí.

Me iría al despacho, e intentaría, bueno no, intentarlo no, me recluiría en él hasta que tuviera todo el nudo desecho, hasta que tuviera pruebas suficientes para demostrar los distintos sobornos que habían pagado sus suegros, y luego me marcharía, lo más lejos posible.

—Señorita Anderson, ¿espera a que baje el señor Lee o prefiere que la acerque un momento a donde sea que tenga que ir? —me dijo Sam, el chófer, en cuanto que me vio.

—No hace falta, Sam, gracias. El señor Lee podría necesitar el coche en breve y yo ya he llamado un taxi —le respondí, viendo como estaba llegando en ese mismo momento.

—Como usted quiera —asumió, y volvió a centrarse en lo que estaba haciendo.

Me subí a aquel taxi con un nudo en la garganta, pero no dejaría que me oprimiera lo suficiente como para no hacer lo que estaba dispuesta. Le di la dirección de las oficinas, y entré en ellas como si no me pasara nada, aunque me estuviera muriendo por dentro.

—Buenas tardes, Catherine. Estaré en mi despacho, pero no me pases ni llamadas ni visitas, no quiero que me moleste nadie —le dije, y ella me miró triunfante, como si hubiese ganado la batalla, una que, a estas alturas, ya me daba lo mismo.

—Por supuesto, señorita Anderson, no la molestará nadie — respondió, con una sonrisa totalmente impostada.

Entré en él y cerré por dentro, no quería ver ni hablar con nadie. Encendí el ordenador, y me puse directamente con lo que tenía pensado. No toqué nada de mi trabajo, ni lo tocaría, puesto que, con el informe, iba a presentar mi carta de renuncia.

No fueron especialmente delicados en sus fechorías, así que no me costó demasiado trabajo encontrar la cuenta desde la que se hicieron los pagos, pero sí que me costó un poco demostrar quienes eran algunos de los destinatarios, ya que el dinero fue a parar a algunos entramados empresariales, pero al final, lo conseguí.

Ni siquiera bajé a comer, primero porque no me apetecía, y segundo porque quería terminar todo y salir de aquí lo más pronto y, a ser posible, sin tener que cruzarme con Bryan.

Ya sabía lo que venía ahora, el perdón y el pedir otra oportunidad, pero no quería pasarme toda la vida pensando en que sería lo próximo que ocurriría para que este hombre me apartara de su lado, para que me acusara de algo que no era cierto.

Mandé imprimir todo lo que tenía, mientras redactaba mi carta de renuncia, pidiendo causar baja desde este mismo momento. Una vez lo tuve todo, lo metí en una carpeta y escribí su nombre en la tapa, saliendo de mi despacho para dejarlo en el escritorio de Bryan.

—Estás aquí todavía —me dijo Albert, cuando vine de vuelta por mi abrigo y por mi bolso.

—Por poco tiempo. Veo que tu amigo te ha contado lo que ha ocurrido en el despacho del abogado, así que, poco más tengo yo que añadir —le contesté, pensando en que se pondría de su lado, pero no lo hizo, o al menos no de manera tajante.

—Es un necio, y cuando se dé cuenta de que tú no eres así, ya habrás volado de su lado. Pero no se lo vayas a poner fácil. En caso de que vaya a buscarte, que lo hará, no lo perdones a la primera de cambio — decía Albert.

—Ni a la primera ni a la segunda, Albert. Esto se acabó, para siempre. Está clarísimo que no confía en mí, por mucho que le he demostrado que su estatus social y su dinero me importan una mierda. Si hubiera querido todo eso, habría luchado por lo que es mío, por lo que me pertenece de mi padre, pero no lo quiero, ni de él, ni de nadie.

—Su relación con Candy lo ha dejado muy tocado, es normal que no se fíe de ninguna mujer, Tracy, tendrás que ponerte en su lugar.

—¿Acaso no lo he hecho? Te recuerdo que, sin conocerlo apenas, confié en que él no había matado a su mujer, y me puse manos a la obra hasta que pude demostrarlo. Le di motivos de sobra para que confiara en mí, cuando me hice cargo de su hija, sin tener por qué hacerlo, y hoy, lo único que le he dicho es que no se precipitara, que yo podía demostrar que sus exsuegros habían comprado a todo el mundo, y no se tendría que desprender de un dinero que, quizás algún día, le sirviera a su hija.

—Sé y entiendo tu punto de vista, pero él se fue por lo peor.

—Por eso, ya no se va a tener que ir ni por lo peor ni por lo mejor, la que se va soy yo. Me tomaré unas semanas de descanso antes de buscar otro trabajo, con mi currículo y experiencia, no tardaré mucho en hacerlo. Y ahora, que sé que Andy está en buenas manos, no me importará que sea en el culo del mundo, la verdad.

—No digas eso. Está claro que aquí no puedes seguir, por mucho que me gustaría que lo hicieras, porque su presencia te haría mucho daño. Pero no te alejes de Andy, ni de mí, por favor. En esta ciudad hay muchas empresas y, si quieres, yo mismo llamo a una de ellas y en cinco minutos tienes trabajo.

—Te lo agradezco, pero me gustaría intentarlo por mí misma. En caso de que no lo encontrara, te prometo que te pediré ayuda, hablaré contigo para que hagas esa llamada. Ahora, si me lo permites, me marcho de aquí antes de que vuelva.

Le di un beso y un abrazo a Albert, y quedamos en que nos veríamos pronto. Lo que más me dolía de toda esta situación es que, por una cosa o por otra, ninguno había sabido proteger a la niña, que sufriría mi partida, ya que nos habíamos cogido mucho cariño la una a la otra.

De Catherine ni me despedí. Por suerte, cuando me marché no estaba en su puesto de trabajo, así que cogí el ascensor, y bajé hasta el vestíbulo, donde la chica de recepción me miró algo extrañada, ya que estaba acostumbrada a que llegáramos y nos marcháramos juntas.

Paré el primer taxi que encontré, ya que mi coche se lo había llevado Andy el día anterior para nuestra casa, y estaba aparcado allí. Cuando llegué a mi hogar, me quité toda la ropa y me metí en la ducha, donde dejé salir toda mi rabia y mi dolor en forma de llanto. Me prometí a mí misma que sería la última vez que lloraba por un hombre, que no me iba a hundir como la vez anterior, como me pasó con Logan, sino que sería fuerte y seguiría adelante, daba igual que mis sentimientos por Bryan triplicaran los que tuve por ese otro hombre que marcó mi vida.

Me puse el pijama y me senté en el sofá con mi libro electrónico. En él había encontrado la mejor manera de evadirme de la realidad. Cuando me quise dar cuenta, era la hora de la cena, así que me levanté para preparar algo, ya que, desde el café y el bollito de por la mañana, no tenía nada en el estómago.

Una de las cuidadoras que tuvimos en el orfanato era española, y me enseñó a cocinar algunos platos de su tierra, pues su gastronomía me

encantaba. Por eso, como teníamos en casa patatas y huevos, hice una tortilla de patatas, que me salían de muerte, y preparé una ensalada.

Estaba terminando de cortar los tomates, cuando la puerta de mi casa se abrió, eran Andy y Albert. Por suerte había hecho comida para un regimiento, como siempre me solía ocurrir, así que podríamos cenar los tres hasta saciarnos y, os aseguro que quedaría algo para el día siguiente.

—Voy a cambiarme y enseguida bajo —nos dijo Andy, que me dejó un beso al pasar.

—¿Cómo te encuentras? — preguntó Albert cuando entró en la cocina.

—Me encuentro, que ya es bastante. Pero lo superaré, de cosas peores he salido, no lo dudes.

—Eres la mujer más fuerte que conozco, te lo prometo.

—No lo soy tanto, pero aprendí a ponerme una coraza cuando algo me hace daño. No me gusta que nadie vea mi lado vulnerable, llevo muchos años así, y no será ahora cuando cambie, la verdad — respondí, justo en el momento en el que llegaba Andy.

—Mentira, ella es fuerte por naturaleza, y lo demuestra a cada día. Eso que dice que se pone una coraza, no es precisamente para eludir los problemas, sino para protegerse del amor. La verdad es que no ha tenido mucha suerte en ese aspecto, en realidad, no hemos tenido, porque yo también me he encontrado con cada uno que era para echarle de comer a parte — dijo Andy en cuanto que entró.

—Venga, vamos a cenar que se enfría la tortilla —les dije, intentando cambiar de tema.

—Ni que fría estuviera mala, si es como más buena está. La que quede, no la vayas a tirar, que me la como yo para desayunar — contestó Andy, indignada.

—No la he probado en mi vida. Mira que he estado en sitios viajando, pero nunca en España, es una asignatura pendiente que tengo —dijo Albert,

sacándose un trozo.

—Pues, cuando la pruebes, te aseguro que le pedirás a Tracy que la cocine más a menudo. Yo lo hago, o lo hacía cuando vivíamos en Londres, porque aquí no me ha dado tiempo todavía —le contestó Andy a su chico.

—¡Dios mío, esto está buenísimo! —exclamó él, con el primer bocado, provocándome una sonrisa.

—Me parece que no va a quedar nada para tu desayuno, Andy —dije, riendo.

—Anda que no, verás ahora —nos dijo, se levantó, cortó una porción de tortilla y se la llevó hasta la cocina, donde la guardó dentro del microondas, sobre un plato, y haciendo que riéramos a carcajadas los dos.

—Andy, supongo que tú la Navidad la pasarás con Albert, y él estará acostumbrado a pasarla con Bryan…

—Ni pienses que te voy a dejar sola en esas fechas —me interrumpió Andy.

—Déjame terminar, por favor. Necesito cambiar de aires por unos días, y he pensado que me voy a coger una casita de campo, para estar sola. Siempre has respetado mi espacio, te ruego que lo vuelvas a hacer ahora, por favor —Le solicité, y sabía que mi amiga no me fallaría.

—Si me lo pides tú y es porque necesitas la soledad para curarte de tus heridas, lo haré, pero no porque me apetezca, que te quede claro —respondió, algo enfadada.

—Bryan me preguntó por ti cuando te fuiste —dijo Albert, como a media voz.

—No quiero saber nada de él, ya me ha hecho demasiado daño —respondí, y el nudo volvió a mi garganta.

—Tranquila, que no le dije nada que no supiera ya. Aparte de tener una conversación con él, pero de la que no te pienso contar nada, no te preocupes

— respondió Albert.

—Gracias, has demostrado que, por muy amigo tuyo que sea, saber ver cuando no ha actuado bien, y eso no siempre se encuentra…

—Tracy, mi padre siempre me decía que los mejores amigos te dicen los defectos a la cara, pero te defienden a tus espaldas, y siempre lo he llevado a gala — dijo Albert, dejándome un beso en la mejilla.

Capítulo 33

BRYAN

—¿Cómo qué ya se ha ido? Hace menos de diez minutos que he vuelto de la comida, y Catherine me ha dicho que estaba en su despacho. No se puede ir así, tengo que disculparme con ella —le dije a Albert, cuando me informó que Tracy ya se había marchado.

—¿Crees que con una disculpa se arregla siempre todo? Pues déjame decirte que, lo mismo las dos primeras veces a lo mejor funciona, pero cuando se empieza a convertir en una rutina, empieza a hacer mella —me contestó él, bastante serio.

—Joder, siempre me pasa lo mismo. Sé que me pasé con los comentarios, pero era mi dolor y mi resentimiento los que hablaban por mí, no yo.

—Entonces, será mejor que antes de ir a buscarla, cures tu dolor y tu resentimiento, porque ella también tiene corazón, ¿sabes? Y no puede consentir que tú estés siempre pisoteándoselo, por muy enamorada que esté de ti.

—Tienes razón, antes de dar un paso en falso, voy a acudir a terapia, pero me gustaría explicarle todo, pedirle perdón de nuevo y decirle que me espere, que volveré a por ella.

—No me había dado cuenta de lo egoísta que eres hasta ahora. Has tenido todo este tiempo para hablar con ella, para decirle como te sientes, para abrirle tu corazón, al igual que ella lo hizo contigo, pero no, has preferido pensar que estaba cortada por el mismo patrón que Candy, y así protegerte. Y

ahora, pretendes que deje su vida en pausa por ti, por el hombre que le hace daño continuamente. Déjala que siga con su vida y, si cuando te hayas curado, todavía quieres ir a buscarla, hazlo, pero con la certeza de que le darás lo que ella necesita.

Se dio la vuelta y entró de nuevo en su despacho, dejándome solo en el pasillo, masticando las palabras que me había dicho, y entendiendo que tenía razón en todo.

Con la carpeta y la declaración jurada de Luke en la mano, me fui de nuevo hasta el despacho de abogados, para reunirme con Robert antes de que salieran los resultados de las pruebas de paternidad.

—Veo que tienes material nuevo, o no habrías venido tan rápido —me dijo Robert, al que esperé que terminara de atender a un cliente.

—Y tanto, con esto, podemos cerrar el caso. Además de que quiero denunciar a todo el que ha entrado en el juego de esa mujer, aparte de hacerlo también contra ella y contra su esposo — dije, tendiéndole el dosier que había preparado Tracy.

—Joder, esto es mejor de lo que me esperaba. Vayamos ahora mismo al juzgado, y quiero el teléfono de la persona que ha conseguido todo esto, pienso meterla en la nómina de mis empleados en cuanto hable con ella, nos ahorraría muchos dolores de cabeza — dijo Robert, y una punzada me atravesó el pecho.

—Todo esto lo ha conseguido la mujer que estaba aquí conmigo esta mañana, aquí tienes su teléfono —le dije, tendiéndole mi móvil para que lo anotara.

—Pues déjame decirte que es muy buena, y que para nada tiene que ver con la persona que pintaste con tus comentarios, aunque me meta en algo que no me incumba, además de guapa, porque no lo puede ser más.

—No te preocupes, ya sé que metí la pata con ella. Y es cierto, pero si bonita es por fuera, no te puedes imaginar lo espectacular que es por dentro.

Salimos del despacho y nos metimos en mi coche, él vivía cerca y acudía a su despacho a pie, dando un paseo. Pusimos rumbo al juzgado, donde solicitamos ver al juez y al fiscal de guardia, a los que teníamos pensado mostrarle todas las pruebas conseguidas.

—Buenas tardes, me dicen que quieren ustedes aportar nuevas pruebas al caso Lee, ¿no es cierto? —nos preguntó el juez, que nos atendió en su despacho en cuanto que llegó el fiscal.

—Efectivamente, señoría. Con la venia, queríamos mostrarles como la acusación que han hecho los señores Porter, no tienen fundamento. Es más, ellos se han encargado, a base de sobornos, de asegurarse que se dicte sentencia a su favor. Aquí tienen el dosier que lo demuestra —les dijo Robert, tendiéndole una copia del dosier, porque no íbamos a ser tan tontos de entregar el original.

—Necesitamos un tiempo para estudiarlo todo. Quedan citados aquí, de nuevo, dentro de una hora, que será el tiempo que tardemos en revisarlo todo — dijo el juez, con el consentimiento del fiscal.

Eran las seis de la tarde. Por suerte, avisé a mi madre de que me retrasaría, así que ella fue la encargada de recoger a la niña del colegio, llevarla hasta mi casa y darle la cena antes de acostarla, ya que al día siguiente tenía clase y no debía acostarse demasiado tarde.

—Vamos a cenar algo ahí enfrente, y luego volvemos —me indicó Robert, señalando una cafetería que había en la otra acera.

—Perfecto, empiezo a tener algo de hambre — contesté.

Entramos en la cafetería y tomamos asiento, nos atendió una chica muy simpática, a la que se notaba que le gustaba su trabajo, por la manera que tenía de tratar a los clientes.

Durante la cena, estuvimos hablando de la suerte que había tenido de que Tracy hubiera podido seguir el rastro del dinero que salió de las cuentas de mis exsuegros, y de que lo hubiera podido documentar todo tan bien, porque

de no haber sido así, era muy probable que me hubiesen quitado la custodia de la niña.

Pasada la hora que nos dijeron que tardarían, volvimos al juzgado, donde ya nos estaban esperando. Su cara no auguraba nada bueno, pero tan solo esperaba que fuera para la otra parte, porque si con eso no podía conseguir nada, no sabía que era lo que tenía que hacer.

—Señor Lee, felicite a la persona que ha conseguido todo esto, porque no es fácil, y se lo digo con conocimiento de causa, ya que hemos pedido a un experto que analizara la documentación, y ha corroborado que es auténtica y que, quién lo ha buscado, es un genio de los ordenadores — dijo el fiscal, con el asentimiento del juez.

—Se lo diré en cuanto tenga ocasión, muchas gracias — respondí, sin dar ningún dato más de ella.

—En cuanto a lo que nos preocupa, que es la custodia de esa niña, e independientemente de los resultados que arrojen las pruebas de ADN, usted es su padre a todos los efectos. Por ello, aquí tiene, un documento que lo acredita, y con validez permanente. Por otro lado, y aun intuyendo que usted presentará denuncia contra esas personas, el juzgado ya ha actuado de oficio, por lo que, ahora mismo, están procediendo a la detención de sus suegros, así como del doctor que iba a falsificar el resultado y del juez que iba a otorgarle la custodia a ellos.

—¿Eso significa que el proceso queda anulado? —pregunté, porque era lo único que me interesaba saber.

—No solo eso, sino que esas personas no se podrán acercar a usted ni a su hija, y que empezará un proceso legal en su contra, que presumo terminará con ellos entre rejas —me dijo el fiscal, y me puse a llorar como un bebé.

—No llore, Señor Lee, la justicia suele estar del lado de la persona que la merece, y usted ha sido un gran padre para esa niña, eso es indudable —me consolaba el juez.

Al salir de allí, me topé con todos los implicados, que en ese momento llegaban al juzgado, y no me pude reprimir.

—La verdad siempre termina saliendo, y eso es lo que ha ocurrido. Ojalá te pudras en la cárcel, una abuela no quiere el dolor y el sufrimiento para su nieta, como lo querías tú —le dije, y me miró con una sonrisa de maldad que me puso los vellos de punta.

—Esa niña le trajo el dolor a mi hija, y se merece pasar por lo mismo que pasó su madre, por la soledad y el desamparo que ella sentía — dijo, y entonces lo tuve claro, la maldad era algo genético en esa familia, y yo evitaría a toda costa que mi hija la sufriera.

Le di las gracias a Robert, y lo acerqué con el coche hasta su casa, donde nos despedimos. Lo primero que pensé fue en ir a la casa donde Tracy vivía con Andy, pero lo descarté de inmediato, no estaba sanado y si iba, tan solo le haría más daño.

Puse rumbo a mi casa, donde me esperaban mis padres, porque a pesar de que Joana estaba allí, ellos no querían dejar a la niña sola. En mi cabeza estaba Tracy, otra vez me había salvado de una buena, y otra vez yo la había decepcionado a lo grande. No me merecía a una mujer como ella, pero haría todo lo que estuviera en mi mano para llegar a merecerla.

—Hijo mío, ¿qué ha ocurrido? — preguntó mi padre, preocupado, en cuanto que entré en mi casa.

—Se acabó, ya no tendré que luchar más por la custodia de Audrey. Me da igual si es mi hija biológica o no, la he cuidado, la he acompañado en estos cinco años, y es mi hija a todos los efectos —les dije, y recibí un abrazo por su parte.

Les expliqué como Tracy me había ayudado a conseguirlo, pero también les conté el episodio que había tenido lugar por la mañana en el despacho del abogado, mientras que mi padre negaba con la cabeza.

—Esa chica no es así, lo demostró el otro día en casa — dijo mi madre, con cierta tristeza.

—Lo sé, pero mi dolor me hizo hablar de esa manera. Tengo que pedir ayuda, mamá, o no volveré a confiar nunca en ninguna mujer. No puedo acercarme a ella y hacerle daño de nuevo, no se lo merece —le contesté a mi madre, bajo la atenta mirada de mi padre.

—Eso es lo primero, hijo mío, reconocer que necesitas ayuda. Ese es el primer paso que tienes que dar. Como bien has dicho, esa chica no se merece que, a las primeras de cambio y en cuanto que haga algún comentario, le saltes a la yugular. Tienes que empezar por sanarte tú, para que, juntos, podáis empezar de nuevo —Fueron las sabias palabras de mi padre.

—Lo que me da miedo es que ella me olvide por el camino, que empiece su vida con otra persona que conozca y que le brinde la seguridad que yo no le puedo dar en estos momentos —abrí mi corazón a mis padres, y les expliqué mis miedos y mis dudas.

—Si es amor de verdad, eso no se pasa de un día para otro, Bryan. Y si ella logra pasar página, tendrás la tranquilidad de que no era para ti, de que ya vendrá la persona que haga que tus cimientos se vuelvan inestables. Ahora es momento de que pienses en ti, en lo que necesitáis la niña y tú, lo demás vendrá solo —me aconsejó mi madre.

Estuvimos un buen rato más charlando, al final se quedaron a dormir en mi casa, porque era ya muy tarde para ponerse en carretera. Nos fuimos a la cama con una tranquilidad que nos era necesaria, sabiendo que la niña estaría a salvo de la maldad de la familia de su madre, esa que no se podría acercar a ella.

En mi cabeza también estaba todo lo que le tenía que agradecer a Tracy, pero no sabía cómo hacerlo. Pensé en enviarle algún regalo, pero tenía claro que no era de esas mujeres a las que se le podía contentar con una joya o cualquier regalo caro, así que lo descarté de inmediato. Tan solo le envié un mensaje, sin ninguna pretensión.

Bryan: *Gracias por salvarme de nuevo. Sin ti, no lo habría conseguido, sin ti, mi hija no estaría descansando a mi lado. A pesar de todo, no olvides que te quiero.*

Capítulo 34



TRACY

Albert se marchó después de cenar, quedando con Andy en que la recogería por la mañana para ir a la oficina, y dejándonos solas a las dos. Recogimos la mesa y guardamos todos los utensilios sucios en el lavavajillas, y nos sentamos en el sofá a tomarnos un coctel sin alcohol, como hacíamos cuando vivíamos en Londres, si al otro día teníamos que trabajar.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Andy, sin rodeos, directa al grano.

—Decepcionada, dolida, como si mi corazón hubiera sido pisoteado, pero no te preocupes, saldré de esta — contesté, con una sonrisa triste.

—Puedes permitirte derrumbarte, Tracy, no eres la mujer de piedra. Sé que, debajo de toda esa fachada, te estás muriendo de pena y de dolor, pero, aun así, no te permites caer, y eso tampoco es bueno — respondió, tomando mis manos.

—Lo sé, y sí que me he derrumbado antes de que llegarais, pero ya no, ahora toca resurgir como el Ave Fénix. Esto no podrá conmigo, Andy. De momento, me voy a tomar hasta después de las fiestas como si fueran unas vacaciones, necesito la soledad para volver más fuerte. Cuando lo haga, me pondré a buscar trabajo, pero no te preocupes, que la idea de irme de aquí no está en mi cabeza, no nos volveremos a separar más — dije, y ella tan solo me abrazó.

Me levanté para irme a la cama, cuando noté que mi teléfono había sonado, así que lo cogí para ver quien era. No me lo podía creer, era un mensaje de Bryan, uno que no pensaba responder, aunque sí leer.

Bryan: *Gracias por salvarme de nuevo. Sin ti, no lo habría conseguido, sin ti, mi hija no estaría descansando a mi lado. A pesar de todo, no olvides que te quiero.*

No dudaba de que me quisiera, pero no lo hacía bien, no de la manera sana en la que yo deseaba que lo hiciera, tal y como yo lo hacía con él. Por eso no le contesté, lo dejé visto y ya está.

Lo que me había dicho Andy era cierto, por dentro me estaba muriendo de pena, pero ese sentimiento era solo mío, no tenía por qué mostrarlo a los demás. El que vieran mi lado vulnerable no me hacía bien, era como si notara que todo el mundo podía aprovecharse de ello, así que me lo guardaba para mí.

Volvía a necesitar evadirme, y como sabía que no iba a conciliar el sueño fácilmente, recuperé mi libro electrónico de la estantería en la que lo había dejado, y me marché a la cama, no sin antes darle las buenas noches a mi amiga, y dejarle un beso en la mejilla.

Me acosté a seguir leyendo, ese libro me estaba resultando muy interesante, por lo que me sumergí entre sus páginas y, cuando me di cuenta, lo había terminado. Tenía otros muchos en mi biblioteca, pero eran más de las dos de la madrugada, y sentía como mis párpados se estaban cerrando, como mi cuerpo me pedía un descanso que estaba más que dispuesta a dárselo.

Cerré los ojos con la tranquilidad del trabajo bien hecho, con la satisfacción de que esa niña ya no tendría que estar de un sitio para otro, que podría permanecer con su padre toda la vida, mucho más después de ver la manera que tenía de tratarla aquella mujer.

Sonó el despertador, y me quise morir. El día anterior se me había olvidado apagarlo, y como no tenía que ir al trabajo, lo desactivé y me acosté de nuevo. Era como si mi cuerpo pesara plomo, como si estuviera a punto de colapsar.

Desperté bien entrada la mañana, me levanté y me di una ducha. Cuando salí de ella, dispuesta a ponerme otro pijama y a seguir vegetando, mi teléfono sonó, y no reconocía el número, pero a pesar de eso, contesté la llamada.

—Buenas tardes. ¿Es usted la señorita Anderson? —me preguntó una voz masculina que me resultaba familiar, pero que no había conseguido ubicar.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Robert Patterson, del despacho de abogados Patterson and Son. Me gustaría hablar con usted personalmente de un asunto laboral. ¿Cuándo le vendría bien que nos reuniéramos? — preguntó, y no supe reaccionar.

—Pues… no sé la verdad. Por mí, ahora mismo si tiene tiempo. Vamos, lo que tarde en vestirme y llegar hasta su despacho — dije, de manera atropellada, por los nervios.

—En primer lugar, tuteémonos, nos sentiremos más cómodos. Y, en segundo lugar, ¿le parece que nos veamos en una hora? En diez minutos tengo cita con un cliente, y tardaremos más o menos ese tiempo — respondió, con una risa.

—Perfecto, en una hora estaré en tu despacho. Muchas gracias —me despedí de él, pero no me había quedado claro cuál sería esa propuesta laboral, ya que no tenía ni idea de los temas que se trataban en ese despacho.

Me sequé el pelo, porque con el frío que hacía me negaba a salir a la calle con la melena mojada, y me la recogí en una coleta baja con la raya en medio. Me vestí con un pantalón de pinzas de los que usaba para ir a trabajar, unas botas de cuña y un jersey de punto con el escote en v, que me encantaba como me quedaba. Mi abrigo, mi bufanda y mis guantes, un poco de brillo labial y ya estaba lista para ir a ver a Robert a su despacho.

Andy hacía ya muchísimo tiempo que se había marchado, así que no la llamé, no quería que le llamaran la atención por atender una llamada personal, lo haría a la hora de la comida. Quizás, si me encontraba con ánimos, iría a comer con ella.

Me monté en mi coche, y salí dispuesta a llegar al despacho donde me estaba esperando Robert lo antes posible, para así salir de dudas. Por suerte, encontré aparcamiento a tan solo unos metros del edificio donde se encontraba el bufete, así que, en un par de minutos me enteraría de todo.

—Buenas tardes, tengo cita con Robert. Soy Tracy Anderson — dije a la chica que estaba en la recepción del despacho.

—Un segundito, la estaba esperando, enseguida le aviso — respondió ella, muy amablemente.

Enseguida salió Robert a recibirme, lo que no esperaba era lo que me iba a proponer a continuación.

—¿Qué te parece sí, en vez de hablar en el despacho, lo hacemos delante de una buena comida? Es la hora, y así estaríamos más cómodos —me dijo, y no tuve otro remedio que asentir.

—Me parece bien, aunque tenía otros planes, pero no te preocupes, no podrían acudir ni, aunque charláramos en el despacho —le dije, con total confianza.

Tomamos el ascensor y bajamos hasta un restaurante que se encontraba en la misma acera del edificio, a tan solo unos metros de donde estábamos y que, al parecer, era el lugar donde Robert comía todos los días.

Una vez que ya estábamos en una mesa y con la bebida por delante, empezamos a hablar de lo que me había llevado hasta allí.

—Verás, Tracy, voy a ir directo al grano. He visto el gran trabajo que has hecho en el caso Lee, y la rapidez con la que has encontrado todo lo necesario para anular el caso. Entiendo que, siendo tu pareja, le hayas puesto un poco de premura al asunto, pero, aun así, eres una gran profesional. James Brown también me ha dicho que, en alguna que otra ocasión, has trabajado con él con el mismo resultado. Por eso, te quiero proponer que trabajes con mi despacho — dijo, dejándome completamente a cuadros.

—En primer lugar, Bryan y yo ya no somos pareja, ambos necesitamos cosas distintas en nuestra vida, y es mejor dejarlo ahora, aunque nos duela, que más tarde, cuando los sentimientos sean mayores.

—En eso tienes razón, si la cosa no funciona al principio, no lo va a hacer luego más tarde — respondió él, con una sonrisa un poco pícara.

—Con respecto a lo del trabajo que me ofreces, la verdad es que nunca me lo había planteado de esta manera, pero no me desagrada del todo — respondí.

—Podrías trabajar como freelance, estoy seguro de que, en cuanto empiece a correrse la voz, los distintos despachos de abogados se darán patadas en el culo para venir a buscarte, y perdón por la expresión tan vulgar que he utilizado, pero es que no encontraba otra que le viniera tan bien como esta — dijo, riendo.

—Eso me gusta más, así mi única jefa sería yo, y trabajo no me iba a faltar, te lo aseguro. Incluso podría ofrecer mis servicios al juzgado, en eso no había caído.

—Y ellos estarán encantados de trabajar contigo. Tanto el juez como el fiscal del caso Lee, quedaron fascinados con su trabajo. Es más, yo mismo me comprometo a facilitarle los datos a todos mis compañeros. Tengo un pequeño local que yo utilizaba a modo de despacho cuando empecé, te lo puedo ceder y montar ahí tu oficina — dijo, y todo me parecieron facilidades, ahí había gato encerrado.

—Son todos facilidades, no estoy acostumbrada a que la vida me venga tan de color de rosa, la verdad. Si hay algo más que debiera saber, me gustaría enterarme ahora — dije, sin paños calientes.

—Lo único que te pediré a cambio es que mis casos estén en primer lugar, nada más. Cuando te hagas un nombre, pondremos un precio de alquiler al local. Sé que nunca lo has tenido fácil, pero ya va siendo hora de que eso empiece a cambiar —me dijo, y me convenció.

—Está bien, trato hecho. Eso sí, hasta después de las fiestas no estoy para nadie, necesito unos días para mí, para poner en orden mi vida, y eso no es negociable.

—Nosotros tampoco trabajamos en estas fiestas, a no ser que sea algo muy urgente, que rara vez ocurre, la verdad. Nos vemos el día dos de enero, eso sí, vamos a ver el local, te doy las llaves y lo vas adecuando a tus necesidades y gustos —me indicó.

Terminamos de comer entre risas y planes de futuro. No consintió que lo invitara, así que él fue el que se hizo cargo de la cuenta, tras lo cual, salimos rumbo al local del que me había hablado, y que se encontraba en la calle de enfrente de donde estábamos.

En realidad, no había que hacer mucho, puesto que el mobiliario principal estaba, tan solo había que limpiar a fondo y añadir un poco de decoración. Al principio sería yo misma la que me ocupara de todo, pero con el tiempo, y si las cosas me iban bien, tendría que poner a alguien en la recepción, porque tenía un mostrador a la entrada, así como una pequeña sala de espera.

—Me encanta el local, tiene una luminosidad increíble — dije, sin dejar de mirarlo.

—Pues nada, aquí tienes las llaves. Puedes hacer los cambios que necesites, eso lo dejo a tu elección —me contestó él, sonriente.

Salimos de allí, yo con muchos sueños y muchas ideas en la cabeza. Tenía dinero para poner en marcha mi negocio, porque con lo que me pagaron en el juzgado londinense, además, de lo que tenía ahorrado, podría tirar casi un año sin ingresos, aunque rezaba para que no fuera así.

Nos despedimos en la puerta del edificio, Robert se fue para su despacho y yo fui hacia mi coche, en el que me monté e, inconscientemente, llevé hasta la oficina de Bryan. Ya que estaba aquí, esperaría a Andy, así podría llevarla hasta nuestra casa y contarle todo lo que me había pasado durante el trayecto.

Capítulo 35



TRACY

Estaba esperando a Andy, cuando lo vi salir, y no iba solo. Lo acompañaba una mujer espectacular, con unas piernas kilométricas y una melena rubia y sedosa que le llegaba casi al final de la espalda. Se notaba que era de su mismo estatus social, porque rezumaba elegancia por los poros de su piel.

Se estaba riendo por algo que le había dicho ella. Escuchar esa risa fue para mí, como si me estuvieran atravesando el corazón con un puñal ardiendo, pero no lo exterioricé.

En un momento determinado, nuestras miradas se cruzaron, pero lejos de acercarse a saludarme, hizo como si no me conociera, lo que terminó de matarme. Cuando me di cuenta, ellos ya se habían marchado y a mí las lágrimas me caían por el rostro sin control alguno.

—Hey, amiga, ¿qué te ocurre? —me preguntó Andy, que me había visto nada más salir.

—Nada, he venido a recogerte porque me han hecho una propuesta de trabajo, y he aceptado. ¿Nos vamos a cenar y te lo cuento? Por supuesto, Albert está incluido en el plan. Además, mañana es festivo y no trabajas —le dije, suplicando con la mirada.

—Venga, voy a decirle a Albert que se venga —dijo mi amiga, cruzando de nuevo la calle hasta donde estaba su chico.

—Hola Tracy, me alegro mucho de que hayas encontrado trabajo tan pronto, te dije que no te iba a faltar. Te agradezco tu invitación, pero no me encuentro muy bien y prefiero irme a casa a descansar — dijo él, y entendí que mi amiga tenía que estar a su lado.

—Andy, será mejor que lo dejemos para otro día. Ve con él, que tiene mala cara y parece que le va a subir la fiebre. Yo estaré bien, no te preocupes por mí. Mañana te llamo y te cuento todo —dije, y ella asintió con la cabeza.

—Eres la mejor, Tracy. Pensaba cenar contigo e irme luego para su casa, no demasiado tarde, porque me da la impresión de que tiene un enfriamiento de campeonato, y que la fiebre, tal y como tú has dicho, no va a tardar en aparecer. Que descanses —nos despedimos con un beso y arranqué el coche.

No me apetecía estar en casa sola, dándole vueltas a las imágenes de Bryan con esa mujer, por lo que puse rumbo a mi restaurante italiano favorito, lo que no esperaba era encontrármelo allí, y sin la niña.

—Buenas noches, señorita, ¿mesa para uno? — preguntó el jefe de sala.

—Buenas noches, sí por favor, vengo sola — dije con un tono que sonó más triste de lo que pensaba.

—Sígame, si es usted tan amable.

Me llevó hasta una mesa al fondo, junto a una ventana. En cuanto me senté, me di cuenta de que empezaba a nevar, y eso era ya lo que me faltaba. Por suerte, todavía no era copiosa, así que no necesitaría el uso de cadenas para llegar a casa, aunque sí que la conducción sería un poco más complicada.

Al pasar por una de las mesas, una risa me llamó la atención, era la suya, la de Bryan, que estaba cenando allí con esa mujer con la que salió de la oficina, y las tripas se me revolvieron.

Los ojos se me iban hacia esa mesa en la que estaba Bryan sentado con esa mujer, aunque, afortunadamente, él no me veía a mí, ni siquiera me había visto llegar, estaba demasiado entretenido con esa mujer, demasiado atento a sus movimientos.

Si no hubiera pedido ya la comanda, lo más seguro es que me hubiese marchado, pero tampoco era justo que yo tuviera que renunciar a algo que me gustaba por su culpa. Me parecía de muy mal gusto que la hubiera traído aquí, sabiendo que era el restaurante preferido de la niña y mío, pero no se le podían pedir peras al olmo.

Cené sumida en mis pensamientos, no pedí postre, porque la noche se estaba poniendo cada vez más fea, así que decidí marcharme antes de que se pusiera peor y tuviera que ponerle las cadenas al coche, cosa que me resultaba muy complicado.

Aboné mi cuenta, y me levanté para marcharme, cuando él levantó la cabeza y me vio. Su mirada era de total confusión, como si no se esperara encontrarme allí, pero también detecté dolor en ella. Tal y como hizo él cuando me vio frente a la oficina, pasé por su lado como si no lo conociera, mientras que Bryan agachó la cabeza, completamente avergonzado.

Salí de allí con lágrimas en los ojos, jamás en la vida pensé que me trataría de esa manera, que encontrara sustituta al día siguiente de que lo dejáramos, pero así era la vida conmigo, tan cabrona desde que nací.

Me monté en el coche y puse rumbo a mi casa, iba pendiente de la carretera, pero apenas se veía lo que tenía delante, ya que la nieve caía con fuerza. Lo último que recuerdo es que se me cruzó algo, quise dar un volantazo, pero el coche me patinó, chocando con un árbol que había en el lateral de la carretera.

Cuando abrí los ojos, continuaba en el coche, me dolía el brazo derecho una barbaridad, y tenía las piernas atrapadas bajo el volante, por lo que no me podía mover. La sangre empezó a caer de mi frente, por lo que supuse que me había cortado con algún fragmento del cristal de la luna delantera.

Como pude, y a pesar del dolor que sentía, busqué mi bolso, ese que había dejado en el asiento del copiloto cuando me monté en el coche, para ver si el móvil tenía cobertura y podía llamar a emergencias. Gracias al cielo, lo encontré, y marqué el número con un dolor que hacía que mis lágrimas cayeran sin control. ¿Por qué tenía tan mala suerte?

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle? — respondió una chica.

—He tenido un accidente con el coche, a pocos minutos del restaurante italiano "La Romana", y estoy herida — dije, como pude a la chica que me atendió.

—No se preocupe, estamos localizando la llamada para enviarle ayuda. ¿Está dentro del coche o ha podido salir?

—Sigo en el interior. He chocado con un árbol y tengo las piernas atrapadas, no me puedo mover.

En ese momento el pánico se apoderó de mí, ¿y si no podía moverlas nunca más? ¿Y si me había quedado así para siempre? Empecé a hiperventilar, y la chica se dio cuenta, por lo que atrajo mi atención enseguida.

—No piense en lo peor, es normal que ocurra esto. El problema estaría en que no pudiera mover ninguna parte de su cuerpo. Verá cómo, en cuanto la saquen de ahí todo se quedará en un susto. Manténgase conmigo al teléfono hasta que llegue la ayuda que ya le he enviado.

Me tuvo al teléfono hasta que llegaron los bomberos y una ambulancia, que fue cuando colgué la llamada. No os puedo decir que me pasó, pero volví a perder la conciencia. Cuando me desperté, estaba en el hospital, con Andy y Albert al lado de mi cama.

—Nos has dado un susto de muerte, que lo sepas —me dijo Albert, que fue quién me vio abrir los ojos.

—¿Qué haces aquí? Tendrías que estar en la cama, con el resfriado que tenías esta mañana, no sé cómo puedes estar ahora así de bien, me tendrás que decir que es lo que te has tomado — dije, a media voz, puesto que me dolía la garganta.

—Eso no fue esta mañana, Tracy. Llevas una semana en el hospital. Te diste un golpe en la cabeza que inflamó tu cerebro, hasta que esa inflamación

no ha bajado, no te han quitado la sedación —me explicó Andy, y entonces lo recordé todo.

—¿Qué es lo que me he hecho? ¿Tengo afectada la movilidad? —fue lo primero que pregunté.

—No, te han operado de una fractura de peroné, y también tenías roto el cúbito del brazo derecho, pero en cuanto que te quiten las escayolas, podrás hacer tu vida normal —me explicó Albert, con una sonrisa, y me entró un alivio por el cuerpo que no os puedo explicar.

—Tracy, tanto Bryan, como Robert, han venido a verte en cuanto que se han enterado. Hoy, como ya te quitaban la sedación, Bryan no ha venido, no quería incomodarte con su presencia. Robert ha dicho que vendrá esta tarde cuando termine un asunto pendiente — dijo Andy, como con miedo.

—Hace bien en no venir. ¿No os ha contado que me trató como si no me conociera cuando nos vimos en el restaurante esa noche? Estaba con una mujer, la misma con la que lo vi salir del edificio de la empresa —les dije, pero se miraron entre ellos.

—Hay algo más que tenemos que contarte, pero de antemano te digo que no se lo hemos dicho a Bryan, tan solo lo sabemos los tres, si quieres decírselo o no, está en tu mano — dijo Albert, mirándome seriamente.

—Me estáis asustando. ¿Qué más me ocurre? —les pregunté, alternando la mirada de uno al otro.

—Estás embarazada, de cinco semanas en concreto, y el bebé está bien. No sé si consciente o inconscientemente, lo protegiste con tus brazos, por eso tienes la rotura en el derecho —me contó Andy, y las lágrimas empezaron a caer por mi rostro.

—¿Estoy embarazada…? No lo sabía, pero no voy a negar que intuía que me pasaba algo. De hecho, tenía cita en el ginecólogo dos días después del accidente, porque manchaba, pero no me terminaba de bajar la regla, pensé que sería un quiste o algo parecido — dije, llorando, con una mezcla de alegría y de miedo que no podía resistir.

—Sabes que no vas a estar sola en esto, yo estaré a tu lado, seré la tita Andy. Pero, decidas lo que decidas, te apoyaré en tu decisión — dijo mi amiga, y yo asentí.

Les pedí que se fueran a comer algo, necesitaba estar sola para rumiar todo lo que me había ocurrido. Hasta para esto era desgraciada. Todo el mundo se entera en su casa, o en la consulta de un ginecólogo, y yo me tengo que enterar de una de las noticias más bonitas de mi vida teniendo un accidente.

Ni siquiera me planteé el aborto, quería ser madre, y este niño había llegado en el momento en el que más lo necesitaba, cuando más sola me sentía. Ahora tenía que pensar en cómo se lo diría a su padre, porque no me lo iba a callar.

En primer lugar, no era nadie para privar a mi hijo de la figura paterna, así como a su hermana de que lo conociera. Ella le había pedido a Papá Noel en su carta un hermanito, y su deseo se había visto concedido. Otra cosa es que no quisiera nada de él, ni tampoco le exigiría que ejerciera de padre si no era eso lo que le nacía. También tenía claro que, en cuanto que naciera, se le haría una prueba de paternidad, para que jamás tuviera dudas, eso si es que se decidía a ejercer como tal, porque si decía que no, lo daría por bueno y lo criaría yo sola, por mucho que me doliera.

Estaba pensando en eso, cuando llegaron Albert y Andy, que me traían un sándwich, ya que la comida que me había traído después de que pasara el médico y comprobara que no tenía ninguna secuela por el golpe, ni la había tocado, estaba fea de cojones.

—Hemos pensado que tendrías hambre — dijo mi amigo, con el sándwich y un zumo en la mano.

—No te puedes imaginar cuánto. Por cierto, quiero que llames a Bryan, tenemos que hablar, y cuanto antes lo hagamos, mejor, así sabré a qué atenerme con él —le dije a Albert, que me miró sorprendido, como si no esperara que se lo fuera a contar a su amigo.

Capítulo 36



BRYAN

Esa mañana había acudido a la oficina Sophie, una amiga de toda la vida que había vuelto a la ciudad y que necesitaba mi ayuda a nivel laboral. Era la heredera de un imperio hotelero y buscaba un programa de seguridad para sus hoteles, para que no se pudieran filtrar los datos de sus clientes de ninguna de las maneras, ya que, la mayoría de ellos solían ser personas de muy alto nivel adquisitivo, que no siempre acudían con sus esposas. Creo que me ha entendido todo el mundo…

Teníamos una confianza el uno con el otro fuera de lo común, con ello quiero decir que podríamos parecer una pareja a simple vista, pero no, lo nuestro tan solo era amistad de la buena. Ahora que la volvía a tener cerca, quería retomar nuestras charlas, nuestras salidas a tomar una copa o a cenar, como hacíamos antes, por eso no dudé en invitarla esa misma noche.

—Te invito a cenar —le dije cuando salíamos de mi despacho.

—Y yo acepto encantada, siempre que sea en ese restaurante italiano que me gusta tanto, el que está a las afueras de la ciudad — dijo, y entonces Tracy vino a mi cabeza, a ella también le encanta ese restaurante.

Salimos del edificio entre bromas y risas, me hacía falta un día así, una Sophie en mi vida. Cuando fuimos a montarnos en el coche, algo llamó mi atención. Era como si me mente la hubiera ubicado antes que mi vista, y allí

estaba ella, apoyada en su coche y con una decepción en los ojos que me llegó al alma.

No fui capaz de decirle ni hola, porque mientras que yo estaba entre risas con Sophie, siendo el culpable de todo, ella estaba ahí, mirándome con dolor, y eso no me lo podía perdonar.

—Bueno, cuéntame de tu vida, que hace mucho que no nos vemos —le dije, una vez que estuvimos acomodados en una mesa.

—Pues no hay mucho que contar, la verdad. Sigo con Amanda, de hecho, nos casamos hace dos meses en Las Vegas, ante el estupor de mis padres, como te puedes imaginar —me contaba, entre risas.

Amanda había sido su novia de toda la vida, ya que mi amiga era lesbiana, y no dudó en contarlo cuando lo suyo se volvió más serio. Sus padres, chapados a la antigua como eran, montaron en cólera, porque eso no estaba bien visto en una señorita de la sociedad como ella. Pero, lejos de amilanarse, les dijo que eso era lo que había, si querían, bien, pero si no querían, lo único que conseguirían sería que se alejara de ellos.

En cuanto que conocieron a la chica, que también provenía de una familia adinerada, pero con una mentalidad mucho más abierta, vieron que estaban hechas la una para la otra, y empezaron a aceptar la relación.

—Ellos querrían un bodorrio por todo lo alto, ¿me equivoco? —le dije, riendo, porque me podía imaginar la escena.

—No, no te equivocas. Cuando les dije que ya nos habíamos casado, pero que haríamos una fiesta para nuestras familias y amigos, a mi madre casi le da un soponcio, me dijo de todo menos bonita, pero al final entendió que la boda era nuestra, y que éramos nosotras las que teníamos que elegir como hacerlo.

—¿Y dónde está ella ahora? —pregunté, porque la podíamos haber invitado a cenar con nosotros, y me sabía un poco mal.

—Está de viaje de negocios, no vuelve hasta el viernes. Pero no te preocupes, que en cuanto vuelva organizamos algo para cenar los tres, ¿o

tengo que decir los cuatro? Porque en la prensa he visto que estabas saliendo con una chica.

—Será los tres, he metido la pata con ella, y ahora estoy solo. Y no, no ha sido porque le haya sido infiel, que te lo estoy viendo en la mirada, sino por otra cosa.

Empecé a contarle toda mi historia con Tracy, y cuanto más hablaba, más se llevaba ella las manos a la cabeza. Estábamos con los postres cuando levanté la mirada y la vi. Allí, junto a nuestra mesa, por lo visto había estado cenando sola y no me había dado cuenta, o la habría invitado a que se sentara con nosotros.

Me miró a los ojos, desvió su vista a Sophie, y pude ver sus pensamientos. Pensaba que la había sustituido por ella, por mi mejor amiga lesbiana. Pero no abrí la boca, dejé que lo pensara, lo mismo y, para ella, era mejor que pasara página.

Estuvimos como diez minutos más dentro del restaurante, pero mi amiga se dio cuenta de que algo me pasaba, porque mi semblante cambió de todas, todas.

—Bryan, ¿quién es esa mujer y por qué te has puesto de este modo? —preguntó, muy seria.

—Ella es… ella es Tracy — contesté después de tomar una bocanada de aire.

No le tuve que decir nada más, ella misma ató cabos y supo que la había cagado a lo grande, por no pararla, por no aclararle quien era ella, y así me lo hizo saber.

—Eres idiota, ¿por qué no le has dicho nada? ¿Por qué no la has parado para darle una explicación? Esa mujer está enamorada de ti, se le nota en la forma que ha tenido de mirarte, en el dolor y la decepción que mostraban sus ojos. No la pierdas, o vas a terminar lamentándolo —me dijo, mientras salíamos hacia el coche.

La noche se había puesto criminal, la nieve caía copiosamente, y casi no se podía ver lo que teníamos delante. Estas Navidades iban a ser muy blancas, tal y como le gustaba a Audrey. En ese momento recordé que le habíamos dicho que la llevaríamos a patinar el viernes, y un nudo se me formó en el pecho.

El coche iba muy lento, porque las condiciones climáticas no nos permitían ir a mayor velocidad. A tan solo unos metros, vimos a los bomberos y a una ambulancia, alguien había tenido un accidente, y se me vino a la cabeza Tracy, así que le dije a Sam que parara a un lado, que tenía que ver de quien se trataba.

—Siga circulando, por favor — dijo uno de los policías.

—No puedo, tengo que ver si es una amiga, creo que ese es su coche — dije, y al mirar un poco más detenidamente, vi como los bomberos la sacaban de entre el amasijo de hierros en los que se había convertido la parte delantera de su coche —¡Tracy!

—¿Reconoce a esa mujer? — preguntó el mismo policía.

—Por supuesto, era mi pareja hasta hace dos días. Déjeme ir con ella, por favor —le supliqué.

—No puedo permitírselo. Al no ser familiar directo, tan solo le diré que la llevaremos al Hospital Central —me dijo, y salí corriendo para mi coche. Tenía que llegar antes que ella.

—Vamos, Sam, es Tracy. La llevan al Hospital Central. Voy a avisar a Albert — dije, mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Tranquilízate, Bryan, verás como todo se queda en un susto.

Llamé a mi amigo, pero lo cogió su chica. Me costó un mundo decirle que Tracy, a la que consideraba su hermana, había tenido un accidente de tráfico, y le dije al hospital al que la llevaban. Albert estaba allí, en el mismo hospital, ya que le había subido la fiebre una barbaridad, por lo que, cuando Tracy llegara, ella ya estaría allí.

Durante la semana que pasó en coma inducido, iba todos los días, me reconfortaba poder verla, pero esa mañana nos avisaron que le quitarían la sedación, por lo que, en unas horas, volvería a tener conciencia, así que decidí marcharme. No quería incomodarla con mi presencia, me enteraría de su evolución a través de mi amigo o de su chica, ya no podía hacer nada más.

Estaba en mi despacho, rodeado de documentación, como era ya una costumbre en mí, cuando mi teléfono sonó de nuevo, era Albert, al que pedí que me avisara cuando Tracy volviera en sí.

—Dime amigo, doy por hecho que me llamas para avisarme de que ha recuperado la conciencia — dije, nada más contestar la llamada.

—Sí y no. Verás, ha recuperado la conciencia, pero quiere hablar contigo de una cosa importante —me dijo, y el mundo se me cayó encima, no estaba preparado para tener una conversación con ella.

—No sé si podré, la verdad. No me siento preparado para ponerme frente a ella, no sabría que decirle — contesté, de manera sincera.

—No tienes que decirle nada, tan solo escucharla, o terminarás arrepintiéndote.

—Joder, ¿qué os ha dado a todos con el arrepentimiento? No puedo, Albert. Primero tengo que pensar en mí. Mañana empiezo con la terapia, en cuanto esté fuerte y seguro de que no le volveré a hacer daño, la enfrentaré, ahora mismo, te juro que no puedo.

—Tú mismo, pero luego no te llames a engaño, luego no quieras hacer como si la culpa no hubiera sido tuya y la taches de mala persona. Piénsalo, y si te decides, estaré a tu lado para apoyarte, pero si, por el contrario, no decides venir, no le pidas responsabilidades a nadie.

Colgó la llamada y me dejó sin saber que hacer. Por lo que me había contado, lo que tenía que hablar Tracy conmigo era demasiado importante. Quizás estuviera enferma de verdad, algo que no tuviera que ver con el accidente y necesitara mi ayuda.

No, eso no podía ser, porque entonces, Albert, la habría ayudado igual que yo. Lo mismo era algo que había descubierto en el tema laboral, pero tampoco lo veía una opción, ya que nuestro amigo estaba a su lado y se lo podría contar a él. Al final, estaba volviéndome loco, por lo que llamé a Sophie, necesitaba su consejo.

—El hombre más guapo de toda la ciudad, se ha dignado a llamarme por teléfono. ¿Qué necesitas, cariño mío? — dijo, sacándome una sonrisa.

—Consejo, eso es lo que necesito, pero no quiero hablarlo por teléfono. ¿Qué te parece si te invito a comer y hablamos? —le propuse.

—Eso está hecho, dame media hora y estoy en tu despacho — contestó, y sabía que estaba sonriendo.

Colgué la llamada y me puse a terminar lo que tenía pendiente, haciendo tiempo hasta que llegara mi amiga, que, tal y como había dicho, en treinta minutos exactos entraba por la puerta.

—Venga, apaga todo y sal pitando de aquí, que me da la impresión de que va a ser una de esas conversaciones profundas — dijo, cogiendo mi abrigo del perchero.

—A sus órdenes, jefa — dije, sonriendo.

Al salir, Catherine nos miraba de una manera que no me gustó, como hacía cuando quién iba a mi lado era Tracy, por eso no le dije ni adiós, esa mujer me estaba dando muchos quebraderos de cabeza. Anoté mentalmente llamar a Recursos Humanos para que la cambiara de departamento, con Andy allí teníamos de sobra para los dos.

—Hoy no puedo ir muy lejos, así que comeremos en la cafetería de enfrente, que es donde lo hacemos Albert y yo todos los días — dije, guiándola hasta allí.

—Como si quieres comprar dos perritos calientes y nos vamos a tu coche a comerlo, porque lo de sentarse en un parque, con la nieve y el frío que hace, mejor lo dejamos para más adelante — respondió, sacándome otra sonrisa.

Mi amiga era así, al igual que su mujer, natural. Era de esas personas que no piensan lo que dicen, sino que hablan tal y como pasa por su cabeza, sin filtros, y me encantaba que fuera así.

A Candy no le gustaba, por eso nos fuimos distanciando y, cuando quedábamos, lo hacíamos a solas o con su pareja, nunca se incluía en mis planes cuando sabía que ella estaría presente. Para ella, era chabacana y no era digna del imperio que heredaría algún día.

Capítulo 37



BRYAN

Nos acomodamos en una mesa, al fondo de la cafetería, para poder estar tranquilos y hablar cómodamente, sin tener que estar pendientes de si alguien escuchaba nuestra conversación.

—Albert me ha llamado, Tracy quiere hablar conmigo — solté del tirón, necesitaba hacerlo de esa manera.

—Y no sabes qué hacer, ¿estoy en lo cierto? — preguntó, mientras que me tomaba de las manos.

—Eso mismo. Por un lado, pienso que sería mejor no quedarme con la duda de qué es eso tan importante que quiere decirme, pero por otro…

—Por otro no te ves con fuerzas. Mira Bryan, no te voy a decir lo que tienes que hacer, porque si te digo que esperes y no vayas, y lo que tenéis que hablar es realmente importante, me quedará el cargo de conciencia de saber que las cosas podrían haber sido de otro modo. Pero, si te digo que vayas y luego te sientes mal, también pensaré que es por mi culpa.

—Pues buen consejo me estás dando, al final estoy como al principio —le dije, medio bromeando.

—Lo sé, te podrías haber ahorrado la comida y yo el desplazamiento, así que estamos empatados… —Me sacó la lengua, siguiendo con mi broma.

—En serio, no sé qué hacer, te lo juro.

—¿Te ha dicho que tiene que ser hoy mismo? — preguntó, y negué con la cabeza.

—Albert me ha dicho que no tiene por qué ser hoy, pero que cuanto antes lo haga, será mucho mejor.

—Pues entonces, consúltalo esta noche con la almohada, piénsatelo bien, y mañana, con más claridad, actúa como te lo dicte tu corazón. Es así de sencilla la cosa.

Comimos entre risas y cotilleos, como era lo normal cuando estábamos los dos juntos. Me contó que su mujer ya había vuelto de ese segundo viaje que tuvo que hacer de manera urgente, y que les ha dicho a los chicos de su equipo que, salvo que se estuviera quemando la sede de la empresa, que no la llamaran hasta después de las fiestas. Se había ganado un merecido descanso.

—Estamos pensando en someternos a una fecundación artificial. Dirás que estamos locas, pero vamos a hacerlo las dos, por si no hay suerte con una que lo haya con la otra —me dijo, y solté una carcajada.

—¿Y si os quedáis las dos a la vez? —pregunté, completamente asombrado.

—Pues entonces, tendremos embarazo múltiple — contestó, tan tranquila, como si fuera algo normal.

—Eres única. Bueno, sois únicas — dije, riendo, para luego ponerme un poco más serio —¿Sabes una cosa? Me acabas de demostrar que, en esta vida, lo más importante es tener valor y enfrentarse a las cosas tal y como vienen, por lo cual, voy a ir al hospital a hablar con Tracy.

—¡Ese es mi chico! No sabes lo que te tiene que decir, pero a lo mejor, eso tan importante, puede cambiarte la vida. Te lo digo por experiencia, que nada es lo que parece — contestó.

—Me gustaría que me acompañaras. ¿Podría ser?

—¿Estás seguro de eso? —Asentí con la cabeza —Pues entonces, paga que nos vamos.

Ella había llegado en un taxi, no le gustaba nada conducir, ni llevar chófer, decía que la hacía sentir mal, como si estuviera por encima de los demás, por lo que siempre tiraba de amigos o de ese tipo de transportes. Avisé a Sam de que nos marchábamos, y apareció de inmediato con el coche en la puerta de la cafetería donde habíamos comido, para llevarnos al hospital.

—¿Listo para enfrentarte a lo que sea? —me preguntó, ya en la puerta de la habitación.

—No, pero si no lo hago, me puedo arrepentir, como me decís todos últimamente — contesté, llamando a la puerta, desde donde me dieron paso.

Entramos los dos, pero cuando vi la mirada que Tracy nos dedicó, me di cuenta de que no había sido buena idea decirle a Sophie que me acompañara. Por suerte, Albert estaba allí, y todavía no la había visto, no había coincidido con ella, y le dio una alegría enorme.

—¡Sophie, que alegría verte! Chica, estás igualita a cuando te fuiste, por ti no pasan los años —le dijo Albert, fundiéndose en un abrazo con ella.

—Quita, chaval, que una tiene que tener una apariencia y me estás arrugando la ropa —le contestó ella, con una sonrisa, que provocó una carcajada en mi amigo, mientras que Andy y Tracy no le quitaban el ojo de encima.

—Anda, vamos a tomarnos un café y dejemos que ellos dos hablen a solas. Andy, mi amor, ven con nosotros, así te presento a Sophie, te va a encantar —le dijo mi amigo a su chica, que lo miraba como si le estuviera hablando en japonés.

Nos quedamos un rato en silencio cuando todos se marcharon y nos dejaron a solas, mirándonos, sin saber como romper el hielo, así que lo hice yo.

—Albert me ha llamado, me dijo que querías hablar conmigo. Pero, antes que nada, quiero saber cómo te encuentras — dije, sentándome a los pies de su cama.

—Dolida, así estoy, y no solo por las heridas de mi cuerpo. Te podrías haber ahorrado el traer a tu nueva amiguita, ¿no te parece? Es de muy mal gusto, no te voy a pedir que volvamos a estar juntos, si es lo que temías —me dijo, y otra vez ese nudo, pero en esta ocasión no iba a callarme, le iba a explicar todo.

—Sophie no es mi nueva amiguita, es mi amiga, y no en el sentido en el que estás imaginando, y no me interrumpas, por favor, que te veo las intenciones — dije, en cuanto que noté que iba a replicarme.

—Está bien, sigue.

—Es mi amiga de toda la vida, ella y su mujer. Sí, has oído bien, no pongas esa cara. Está casada con Amanda, vivían fuera de la ciudad y ha vuelto. El día que nos viste, había venido a la empresa a buscar una aplicación para sus hoteles, y la invité a cenar. Sé que tenía que habértelo contado cuando nos vimos, pero me quedé bloqueado…

—No fue tu culpa que tuviera aquel accidente. Iba muy pendiente de la carretera, pero se me cruzó un animal, y por las condiciones climatológicas, no pude hacerme con el control del coche. Quédate tranquilo por ese tema. Con respecto a que me tenías que haber aclarado todo el tema de Sophie, no tenías porqué, tú y yo ya no éramos nada.

—Siempre seremos, Tracy. Estoy enamorado de ti, hasta la médula, pero necesito curar mis heridas, volver a ser el hombre que era antes de que Candy me volviera en lo que me he convertido. Solo así estaré seguro de que no te volveré a hacer daño.

—Estoy embarazada, Bryan. Vamos a tener un hijo. En primer lugar, esto no te obliga a nada, quiero que lo tengas claro. Si necesitas una prueba de paternidad, estoy dispuesta a que se le haga al bebé en cuanto que nazca. Si no quieres ejercer de padre, también lo entiendo. Al fin y al cabo, hemos estado más tiempo separados que juntos…

—No me lo puedo creer… Me dijiste que tomabas la píldora — contesté, en un tono algo más fuerte y duro de lo que pretendía.

—Por supuesto que la tomaba, pero sabes igual que yo, que ningún método es fiable al cien por cien. Pero ya te lo he dicho, no te sientas obligado a nada. Mi obligación como madre era decírtelo, porque no soy nadie para negarle al padre de mi hijo la oportunidad de saberlo. Ya me ha quedado clara tu postura. Ahora, si no te importa, déjame sola, necesito descansar — dijo, y volvió la cara hacia la ventana, como si yo no estuviera, como si lo que me hubiese dicho es que si no me gustaba el pantalón que me había comprado, que fuera a descambiarlo.

Viendo su actitud, salí de la habitación, cuando levanté la cabeza, venían los chicos por el pasillo, pero al ver mi cara, supieron que la cosa no había ido bien.

—Ya te lo ha dicho. Y por la cara que traes, no es que te haya sentado demasiado bien. Mejor, me voy con ella, que es la que me necesita —dijo Andy, dejando a los demás allí parados, frente a mí.

—No es eso — contesté, tomándola por el brazo para que se parara —. Me dijo que tomaba la píldora, y ahora me viene con un embarazo. No sé ni qué pensar, la verdad.

—Por eso mismo, ella ya ha cumplido con su parte, si tú no quieres cumplir con la tuya, no te preocupes, que su tía Andy permanecerá a su lado. Eso sí, luego, cuando ya esté lo suficientemente grande, no vengas exigiendo nada, porque seré yo la que no te lo voy a permitir — dijo, dejándome a cuadros.

—¿Vas a ser padre de nuevo? ¿Y tienes esa cara? Mira, déjame en paz porque no te mereces ni el aire que respiras —me dijo Sophie, que entró con Andy en la habitación.

—¿Tú no me vas a decir nada? ¿No me vas a decir que me voy a arrepentir, bla, bla, bla? —le dije a Albert, que me miró como si no me conociera.

—Ni eso te mereces.

Se dio la vuelta y salió del hospital. Él ni siquiera entró en la habitación. Y yo, ¿en qué pensaba? ¿Realmente me creía que lo hubiera hecho a propósito? Siendo sincero conmigo mismo, sabía que Tracy no era ese tipo de persona, así que me di la vuelta y entré de nuevo en la habitación, pero antes me tomé una infusión relajante que saqué de la máquina de la sala de espera del hospital.

—Dejadnos a solas, por favor —dije cuando entré, sin llamar, por cierto.

—No me pienso mover de aquí. ¿No crees que ya le has hecho demasiado daño? — dijo Andy, mirándome a los ojos y bastante enfadada.

—Me da igual que te quedes, pero esta conversación es entre ella y yo. No quiero escuchar ni un solo comentario al respecto, creo que he sido suficientemente claro —les dije, mirándolas a las dos, a Andy y a Sophie, que permanecía allí.

—Andy, Sophie, dejadnos a solas, por favor. Si os necesito, no dudéis en que os volveré a llamar —les dijo Tracy a las dos, con una mirada suplicante.

Esperamos a que ambas salieran, aunque tenía muy claro que no se iban a mover del pasillo, a cotillas no les ganaba nadie, sobre todo, Sophie, de la que me esperaba una buena bronca cuando saliéramos del hospital.

—¿Qué quieres? ¿Para qué has vuelto? — preguntó, con un tono mezcla de dolor y rabia.

—Lo siento, ¿vale? Es lo mismo que te he dicho antes, no puedo evitar creer que todo el mundo me engaña, es por eso por lo que necesito ayuda, que voy a ir a terapia. Pero luego, cuando pienso las cosas, veo que no tengo razón. Quiero formar parte de la vida de ese niño, que me vea como su padre, pero también quiero que seamos una familia. No ahora, ni mañana, pero sí cuando pueda ofrecerte la estabilidad que necesitáis — dije, mientras que las lágrimas salían de mis ojos a borbotones.

—Entiendo tus sentimientos, pero entiende tú los míos. No puedo estar entre arenas movedizas, en una relación en la que no sé lo que va a pasar, con una persona con la que tenga que medir mis palabras por miedo a su reacción. Y ahora, con un bebé en camino, mucho menos.

En ese momento, llamaron a la puerta, y vi como Robert entraba con un enorme ramo de flores, algo que a mí no se me había pasado ni por la cabeza, y entendí lo que me estaba diciendo. Ese hombre sí que podía darle esa estabilidad que ella reclamaba, así que, sin decir ni una sola palabra, me levanté y abandoné la habitación.

Capítulo 38



TRACY

No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos, se había atrevido a venir con ella al hospital, era el colmo de la desfachatez y del mal gusto, pero no me lo callé. En cuanto que empezamos a hablar, se lo solté, o terminaría envenenada.

Me explicó quién era, y me lo creí, a pesar de que me chocó bastante, pero no tenía ningún motivo para pensar que era mentira. A continuación, me abrió su corazón, pero el mío, por mucho que me lo negara a mí misma, tenía puesta una coraza.

Lo que más me decepcionó, fue la forma en la que me reclamó cuando le conté que estaba embarazada, a pesar de que le dejé muy claro que no estaba obligado a nada, por lo que lo eché de la habitación. Necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro, y con él ahí, juzgándome, no lo iba a conseguir.

Sin darme cuenta, entró Andy, seguida de esa mujer, Sophie creo que era su nombre, que se acercó hasta la cama y me abrazó, de una manera que me tocó el alma, así que no me reprimí, lloré desconsoladamente junto a una persona a la que no conocía.

—Ya está, cariño. No nos conocemos de nada, pero el cabezón ese me va a oír. Está enamorado de ti hasta decir basta y, conociéndolo como lo conozco, este bebé le hace una ilusión enorme, pero está roto. Esa víbora que tenía por

esposa le ha hecho tanto daño que no es capaz de vivir las cosas buenas que le pasan —me dijo, sin soltar mis manos.

—No sé ni que pensar, ni que creer, os lo juro. Por un lado, pienso que es feliz a mi lado, pero a continuación, él se encarga de dejarme claro que piensa que soy como ella, cuando no es así.

—Ahora, tan solo tienes que pensar en tu bebé, en que tienes que cuidarte, porque no estás sola, nos tienes a nosotras, y a Albert, que será otro que no te suelte de la mano.

—Eso lo tengo claro, a mi niño no va a faltarle amor, pero su reacción me ha cogido completamente de imprevisto. Le advertí que no tenía ninguna obligación. Joder, si hasta le he ofrecido que se haga una prueba de paternidad para que no tenga ninguna duda…

En ese momento entró de nuevo en la habitación, y les pidió que nos dejaran a solas. A pesar de la reticencia de mi amiga para hacerlo, les supliqué a las dos que salieran, que teníamos mucho de lo que hablar.

Se plantó delante de mí, sentado en la cama, y se abrió en canal a mí, mientras lloraba a moco tendido, al igual que yo. Los dos lo hicimos, nos dijimos nuestras dudas, nuestras necesidades y, cuando estábamos a punto de llegar a un acuerdo, llamaron a la puerta, era Robert con un enorme ramo de flores.

Volví la cabeza hacia Bryan, en un intento de decirle que entre Robert y yo tan solo había una relación laboral, pero no me dio tiempo. Se levantó y se marchó, sin decir siquiera adiós, y supe que otra vez se había roto lo nuestro.

—Si llego en mal momento, puedo volver luego — dijo Robert, señalando a la puerta.

—No te preocupes, como siempre, él ha sacado sus propias conclusiones — dije, y entonces se acercó a saludarme.

Estuvo un rato conmigo en la habitación, hablando del local, que ya estaba listo. Había llamado a una decoradora de interiores, que se había encargado

de ponerlo todo un poco más femenino, para que, cuando llegara la hora de entrar a trabajar, lo tuviera todo a punto.

Cuando se fue y me quedé sola, la rabia y el dolor que sentía hicieron acto de presencia, así que me dejé ir, solté todo lo que llevaba dentro sin nadie a mi alrededor, tal y como estaba acostumbrada a hacerlo.

Seis días habían pasado ya desde ese momento, y no había vuelto a aparecer por la habitación del hospital, ni siquiera una simple llamada o un mensaje, era como si se lo hubiera tragado la tierra.

La visita de mis amigos, incluso la de Sophie, me iba alegrando un poco los días, pero la imagen de Bryan y sus palabras no se me iban de la cabeza.

—Sophie llamando a Tracy, se solicita permiso para que aterrice —me decía ella, quien me estaba hablando y a la que no había escuchado, para que nos vamos a engañar.

—Lo siento, por un momento me sumí en mis pensamientos —le dije.

—No hace falta que lo jures. Te decía que el doctor me ha dicho, cuando me ha visto por el pasillo, que te va a dar el alta en cuanto venga a verte. La semana que viene es Navidad y habíamos pensado…

—No contéis conmigo. Ni puedo ir a ninguna parte ni me apetece, la verdad. Vosotros, haced los planes que queráis, pero a mí me dejáis en mi casita, reposando hasta que me quiten las escayolas.

—Eso no te lo crees ni tú. Aquí nos vamos todos, de hecho, ya tenemos todo listo. Pasaremos las fiestas en una casita en el campo, en un pueblecito a una hora y media de aquí, donde estaremos hasta el día dos de enero.

—Pues yo no voy. Ya os lo he dicho. ¿Qué pinto yo allí con dos parejas? Y encima como voy, para ser una carga…

—Deja de decir sandeces. No vas a pasar las fiestas sola, porque no nos da la gana. Además de que estamos todos de acuerdo, fin de la discusión.

Si se pensaban esas dos que yo me iba a ir con ellos, lo tenían claro. En cuanto llegara a mi casa, me iba a atrincherar en mi dormitorio y no saldría nada más que para comer.

—No pienses que te vas a meter en tu dormitorio, porque no te voy a dar esa opción. En primer lugar, porque no podrás bajar las escaleras, y en segundo, y no menos importante, porque ni siquiera vamos a pasar por casa. Ya tengo todo en el coche de Albert, y nos vamos directamente para la casita en la que vamos a pasar las fiestas — dijo Andy, dejándome con la boca abierta.

—Eso se llama secuestro, que lo sepáis.

—No, cariño, eso se llama amistad — dijo Sophie, y me dejó callada.

Quería preguntar por Bryan, pero no me atrevía a hacerlo. Sí él no había venido ni llamado, era porque no quería formar parte de todo esto, por mucho que hubiera dicho lo contrario.

El que sí que venía todos los días era Robert, que desde que se enteró de mi embarazo, lo hacía con un peluche o cualquier otro detallito para el bebé. El abogado era un hombre bastante guapo, no lo voy a negar, y se estaba portando de maravilla conmigo.

En una de sus visitas, me llegó a decir que, si yo le diera una oportunidad cuando me encontrara mejor, él estaría encantado de ser un padre para mi bebé, que él podía darme la familia que tanto había anhelado durante toda mi vida, pero no. Le estaba muy agradecida por todo lo que había hecho por mí, pero no estaba enamorada de él, y no lo estaría nunca, porque mi corazón le pertenecía a una sola persona.

—Está bien, y agradezco tu sinceridad. Espero que, por lo menos, podamos seguir siendo amigos —me dijo ese día, tras aquella conversación.

—Por supuesto, mi amistad la tendrás siempre, no lo dudes —le respondí, y me dejó un beso en la mejilla.

Sumida en mis pensamientos estaba, escuchando las voces de mis amigas de fondo, cuando entró el doctor por la puerta.

—Hola, Tracy. ¿Qué tal te encuentras?

—Loca por marcharme de aquí, pero a mi casa, no al lugar al que me quieren llevar esta gente — respondí, con una sonrisa.

—En tu casa no te puedes quedar eternamente. Así que, sí, yo les he dado permiso para que te lleven con ellos. No me mires así, que es lo mejor para tu recuperación. Este es el alta hospitalaria, aunque no te podrás marchar todavía. Ahora vendrá mi compañera para hacerte una ecografía y comprobar que todo va genial con el bebé.

—Gracias, doctor, estaré esperando ya vestida — contesté, y soltó una carcajada.

Entre Sophie y Andy, me llevaron hasta el baño, donde me ayudaron a darme una ducha y a vestirme. Hacía mucho frío, así que mi amiga me había traído unos pantalones anchos de algodón, ya que la escayola de la pierna no entraba en otros más estrechos. Una sudadera a la que le había puesto una cremallera en la manga en la que tenía el yeso, y unas deportivas, aunque tan solo me pude poner una de ellas.

—Me siento como un rapero del Bronx —les dije, cuando me miré en el espejo, y ellas empezaron a reírse.

—Hija de la gran bretaña, tienes salida para todo — dijo Sophie, sin parar de reír.

—¿Se puede saber de qué os estáis riendo ahí dentro? —dijo Albert, desde el exterior del baño.

—Espera y verás —le dije, y cuando abrí la puerta y me vio, me puse a rapear una canción de Eminen, mientras que se partía de la risa.

“Two trailer park girls go round the outside
Round the outside, round the outside

Guess who's back
Back again
Shady's back
Tell a friend"

—¿En serio? Ja, ja, ja —decía él, hasta con lágrimas en los ojos de la risa que tenía.

—No me vayas a decir que, con la ropa que me ha traído tu chica, no parezco un rapero, por favor. Tan solo espero que con la talla de la ropa interior haya acertado, porque el embarazo todavía no se me nota, y esta es capaz de haber comprado unas bragas con las que me pueda resguardar la garganta para el frío.

Sophie no se podía poner derecha del ataque de risa que le había entrado, y Andy me miraba con los ojos como platos por lo que había dicho. Por suerte, tenía este carácter, porque otra en mi lugar, estaría llorando por las esquinas, pero yo no era así.

Vino la chica con el ecógrafo y me hizo tumbarme de nuevo en la cama, me bajó el pantalón un poco, y echó el líquido en mi vientre, para empezar a hacerme la ecografía.

—Aquí lo tenemos, y está perfectamente, mira como se mueve — señaló la pantalla y tan solo se veía como una habichuelita, que no paraba de moverse.

—Este momento es precioso — dije, con lágrimas de emoción.

—Escuchamos el latido, y te dejo marchar.

Cuando le dio volumen al aparato y lo pudimos escuchar, todas lloramos, y Albert porque había salido a atender una llamada, que si no también lo estaría haciendo.

La única pena que tenía era que su padre no había querido estar en este momento a mi lado, que sería yo la única que tendría que sacarlo adelante sola, pero no podía hacer nada más. Lo que había estado en mi mano, lo había hecho, pero él no había querido recoger el testigo lanzado.

Me dio las imágenes de la ecografía de mi bebé, y las guardé en una carpeta que me había comprado Andy, para todo lo relacionado con el hospital, y me dijo que me podía marchar ya.

Andy, Albert y yo, íbamos en el coche de mi amigo, mientras que Sophie y su chica iban en el coche de ella. Amanda resultó ser una persona encantadora, siempre pendiente de su chica, y con una sonrisa en la boca.

El camino me resultaba familiar, pero no terminaba de encuadrarlo con nada, hasta que me di cuenta de a dónde íbamos, y empecé a hablar.

—Espero que no me estéis llevando a donde yo pienso que vamos, porque entonces, yo misma me daré la vuelta, aunque sea en la silla de ruedas —les dije, enfadada, pero no me hicieron caso.

Capítulo 39



BRYAN

Al salir aquel día de la oficina, me encontré a Robert en la puerta, me estaba esperando, y parecía que era serio lo que me tenía que contar.

—Robert, ¿qué haces aquí? — pregunté, extrañado.

—Tengo que hablar contigo, vayamos a un sitio más tranquilo.

Lo guie hasta la cafetería de enfrente, donde nos sentamos en una mesa y pedimos dos cervezas, mientras escuchaba lo que me tuviera que decir.

—Sé que entre Tracy y tú las cosas no están bien, ella misma me lo dijo el día de su accidente, ya que estuvimos toda la tarde juntos. Voy a ser claro, Bryan, yo puedo darle todo lo que ella necesita. Entre nosotros hubo un acercamiento, así que, por favor, te voy a pedir que no la visites, que la dejes ser feliz —me contó, dejándome sin palabras.

—Eso lo tendrá que decidir ella, ¿no te parece? Además, de que está esperando un hijo mío, al que no pienso renunciar.

—Un hijo que, si todo va bien, se va a criar conmigo, la figura de padre que tendrá será la mía. Si de verdad la quieres, apártate de ella y deja que siga con su vida. Sabes que ni al niño, ni a ella, le van a faltar de nada estando a mi lado. De momento, tiene el local en el que empecé, que he puesto a su

disposición para que se haga freelance, y el que he adecuado para que esté cómoda y a su gusto.

No escuché nada más, tenía que salir de allí si no quería que Robert terminara con la nariz rota de un puñetazo. Dejé un billete de veinte dólares encima de la mesa, y me largué, sin decir ni adiós.

Todo lo que había dicho era verdad, con él estarían bien, pero era mi familia, y yo seguía estando enamorado de ella al igual que ella de mí. No quería pensar en nada más que en mí, en mis necesidades, pero no podía, un sentimiento muy fuerte se apoderó de mí. No sabía si era rabia, miedo o decepción, pero para deshacerme de eso, en cuanto que entré en mi casa, me fui al gimnasio.

Cada golpe que asestaba al saco de boxeo era una lágrima que soltaba. ¿Por qué no la había conocido antes que a Candy? ¿Por qué me empeñé en hacer que mi matrimonio funcionara? Me había dejado como un juguete roto, y lo peor de todo es que, el pegamento que podía arreglarme, que eran Tracy y el bebé, se lo estaba regalando a otro con mi actitud.

Terminé con las manos doloridas. Ese día no tuve fuerzas ni para recoger a Audrey en el colegio, lo hicieron Joana y Sam, mientras yo me daba una ducha y me ponía la careta para que mi hija no se diera cuenta de lo roto que estaba su padre.

La noche fue infernal, no pegué un ojo, no se me caía del pensamiento las palabras de Robert, pero no pensaba renunciar a mi hijo. A ella podría quitármela de la cabeza con el tiempo, aunque me costara la misma vida, pero a mi hijo no, por ahí no iba a pasar.

—¡Vaya cara que traes! — dijo Albert en cuanto me vio en la puerta de la oficina.

—Ayer tuve una visita inesperada, y sus palabras me han retumbado en la cabeza durante toda la noche.

—Anda, vamos, tomemos un café y me cuentas.

Cruzamos la calle y nos fuimos a la cafetería de enfrente, donde nos pedimos dos cafés y nos sentamos en una de las mesas.

—No sé lo que hacer. Tengo la cabeza hecha un lío —le dije a mi amigo.

—Cuéntamelo — dijo él.

Respiré hondo, cogí el valor suficiente para enfrentarme a todo, y empecé a contarle la conversación que había tenido con Robert, lo que me había comentado sobre el bebé, y el supuesto acercamiento que había surgido entre Tracy y él.

—Amigo, entre Tracy y él, el único acercamiento que ha habido es el laboral. Es cierto que le ha ofrecido el local y se lo ha acondicionado, pero a cambio, quiere prioridad en sus casos y un porcentaje de sus ganancias.

—Pero, ¿y si eso es suficiente para que Tracy lo vea con otros ojos? Es mi hijo, Albert, y no pienso renunciar a él, como me ha sugerido Robert.

—Eso te lo tendría que pedir ella, y no lo ha hecho. Pero tampoco puedes estar sin hablar con ella, porque le estás dando señales contradictorias a lo que realmente piensas.

—Joder, tengo la mente saturada, no entra ni un dato más. Porque, además, a eso le tenemos que sumar el que, cuando está Audrey delante, me tengo que poner la careta de hombre feliz, y eso me está desgastando. Necesito alejarme unos días de todo y de todos, así que voy a coger las vacaciones desde este mismo momento y me voy a encerrar con la niña en casa de mis padres, donde estaremos tranquilos — dije, y a mi amigo pareció que se le encendía una bombilla.

—Tengo una idea, pero necesito que me des tu aprobación, bueno, más bien la de tus padres, porque será en su casa —dijo Albert, y yo seguía sin entender nada.

—Si te explicas mejor, lo mismo y hasta me entero de lo que quieres hacer — respondí, negando con la cabeza.

—Vamos a ver. Tracy tenía pensado irse a pasar la Navidad al campo, a una casita, antes de tener el accidente. Está claro que Andy no querrá dejarla sola en su casa, así que, voy a hablar con ella y con Sophie…

—¿Con Sophie? ¿Qué tiene que ver ella en esto? —lo interrumpí, porque no me cuadraba lo de mi amiga.

—Déjame que te diga que ella va todos los días al hospital, y que se ha hecho inseparable de mi chica y de Tracy. Dicho esto, continúo con lo que te estaba proponiendo. Podemos pasar las fiestas en casa de tus padres, todos juntos, pero no le diremos nada a ella. Una vez que esté allí, háblale de lo de Robert, y aclara con ella qué es lo que queréis, que pasos vais a seguir los dos — terminó de decir Albert, y me pareció una idea excelente.

—Espera que ahora mismo llamo a mi madre, si ella no quiere, cosa que dudo, porque ya sabes lo que le gusta a ella una reunión y una fiesta, alquilaré una casita y nos iremos allí todos, no te preocupes — dije, mientras marcaba el número de ella.

—Hijo, ¿ocurre algo? — preguntó en cuanto vio que era yo quien la llamaba.

—No, mamá, tan solo quería preguntarte algo.

Le conté a mi madre todo, desde que Tracy estaba embarazada e íbamos a ser padres, nuestro distanciamiento y la conversación con Robert, para terminar, haciéndole un resumen de la idea que había tenido Albert.

—Hijo mío, pareces tonto. Eso no tienes ni que preguntarlo. Sabes que aquí hay habitaciones de sobra para todos, además de que serán unas Navidades como las que a mí me gustan, rodeada de gente que nos quiere.

—Gracias, mamá. Es la última oportunidad que voy a tener para arreglar las cosas con Tracy.

—Esa chica es estupenda, y será una madre maravillosa. No dejes que se te escape. Si hay algo que esté en mi mano, no dudes que lo haré. Voy a decirle

a Margaret que vaya preparando las habitaciones, que hace mucho que están cerradas.

Colgó la llamada y nos dispusimos a trabajar, tenía que dejarlo todo listo para que, cuando me marchara a las cuatro, se pudiera hacer cargo de cualquier cosa que quedaba pendiente.

Me llamaron de Recursos Humanos, ya habían encontrado un puesto para trasladar a Catherine, así que me tocaba comunicárselo, por eso la llamé.

—Dígame, señor Lee. ¿Qué se le ofrece? — dijo, en un tono que no me gustó, y que evidenciaba que ya le habían llegado los rumores de su cambio.

—Catherine, a partir de este momento, hemos decidido que ocupes otro puesto en la empresa. No se verá afectado tu sueldo, por eso no tienes que preocuparte, pero en vez de ejercer como mi secretaria, lo harás como administrativa del departamento de contabilidad — dije, muy serio, y se desató el caos.

—Eso estaba claro que sucedería, desde que entraron esas dos inglesitas en juego, tenía todas las papeletas para que saliera de aquí. Pero ¿sabe qué? Que eso es una degradación en mi rango, y pienso acudir a los sindicatos para denunciarlo —me amenazó, y fue lo peor que podía haber hecho, porque desató mi ira.

—¿Sabe una cosa, Catherine? Lo he pensado mejor. Recoja todas sus cosas, está despedida. Ahora mismo avisaré a Recursos Humanos y a contabilidad para que le preparen el despido y el finiquito, no me interesa tener a gente como usted trabajando para mí —le dije, bastante enfadado.

—No tiene motivo para despedirme, será un despido improcedente y no me pienso quedar de brazos cruzados, se lo aseguro.

—Por supuesto que tengo motivos para hacerlo, y muchos, además. En primer lugar, ha escuchado detrás de las puertas conversaciones privadas, ha venido con chismes malintencionados a mi despacho y, por último, pero no menos importante, me ha amenazado. ¿Le parecen pocos motivos esos? No me haga perder más tiempo, y vaya hasta el departamento que le he dicho

antes, donde tendrán preparada toda su documentación — dije, señalándole la puerta.

En cuanto salió, avisé a la responsable de redactar su carta de despido, así como a la persona encargada de calcular su finiquito. Les pedí, por favor, que lo tuvieran como una prioridad, ya que quería que saliera de allí lo antes posible. También avisé a los de seguridad, para que se cercioraran de que no salía ningún material privado de la empresa. No sería el primero ni el último al que algún empleado despechado traicionaba de esa manera.

Con todo listo, avisé a Andy para comentarle que se quedaba al mando de mi despacho también, que sería la secretaria de ambos, aunque yo me marchaba en un rato. Le pedí que cambiara todas mis reuniones a la agenda de su chico, y si alguna empresa de las que tenía concertada una cita requería mi presencia, que le indicara que hasta después de las fiestas no estaría disponible por problemas personales.

—Espero que todo eso que ha pensado Albert sirva para algo, porque puede ser un arma de doble filo —me dijo Andy, y no entendía lo que me quería decir.

—¿A qué te refieres, concretamente, con eso de, alma de doble filo? — pregunté, deseoso de que me lo contara.

—A que pueden pasar dos cosas, que se arregle todo entre vosotros, o que la perdamos todos para siempre por esa encerrona. Sé que eres el padre de su hijo y que, a tu forma, estás enamorado de ella y la quieres, pero también te digo que tengas claro que no voy a consentir que le hagas más daño — dijo Andy, con toda la sinceridad que pudo.

—La quiero más que a mi vida y, si me estoy atreviendo a hacer todo esto, es porque no quiero hacerle daño, todo lo contrario. Quiero construir una vida con ellos a mi lado, quiero la familia que estamos destinados a ser, y no porque venga un bebé en camino, sino porque la necesito a mi lado — contesté, sinceramente.

—Eso espero. Crucemos los dedos para que, cuando le den el alta, no se ponga cabezona y entre por el aro. Tengo claro que las dos primeras horas no

nos querrá ver a ninguno, nos amenazará con pedir un taxi y marcharse, y tendrá la cara larga. Mi única esperanza es que la presencia de tu hija, la ablande hasta el punto de que deje que te expliques.

Capítulo 40



BRYAN

Durante esos seis días que separaron mi partida hasta la casa de mis padres y su salida del hospital, ni la visité ni la llamé. No quería que se diera cuenta de la encerrona que le teníamos preparada, porque entonces sí que no tendría la oportunidad de explicarme, se la estaría poniendo en bandeja a Robert, y no pensaba hacerlo.

Mis padres me preguntaron por el embarazo de Tracy, pero no supe que contarles, porque realmente no sabía nada más que lo que me había dicho ella. Hablar de ese niño nos iluminaba la cara, y mi madre creyó que era conveniente que le contara a Audrey que iba a tener un hermanito.

—Será un punto a tu favor, hijo — decía mi madre.

—Lo sé, pero quiero que se lo digamos los dos juntos. O mejor aún, ella dijo que se lo iba a pedir a Papá Noel, pues le pienso poner un pergamino que diga que uno de sus regalos llegará para finales de junio, que será la fecha en la que nacerá el bebé. Ese pergamino irá acompañado de un chupete y unos patucos —les expliqué a mis padres lo que se me había ocurrido.

—Me parece una idea magnífica. Ahora, crucemos los dedos para que ella no se vaya de aquí en cuanto vea donde la traen vuestros amigos — contestó mi padre.

Audrey estaba jugando en su habitación, mis padres sentados en el salón, y yo de pie en la ventana. Albert me había avisado de que ya habían salido de la clínica, así que no tardarían mucho más en llegar.

—Si estás así por ella, no me quiero imaginar el día que venga tu hijo al mundo — dijo mi madre, que no me había quitado el ojo de encima.

—Estoy más nervioso que cuando nació Audrey, te lo prometo — contesté, sin dejar de pasearme de un lado a otro de la ventana.

—Recuérdame que mañana vaya a buscar al carpintero — dijo mi padre, y lo miré con una ceja arqueada.

—¿Al carpintero? No me has dicho nada en estos días de que tuvieras que reparar algo —respondí, a ver si me decía que era lo que tenía algún desperfecto.

—Es que estos días no te habías dedicado a pasear por esa tabla. De aquí a un rato, como sigas así, se va a notar el desgaste con el resto del suelo.

Mi madre soltó una carcajada, arrastrándome a mí con ella. No se podía tener más guasa que mi padre, os lo prometo. Seguimos entre bromas, que sabía que eran para que me distrajera durante el tiempo que transcurría hasta su llegada, pero de pronto vi el coche a lo lejos, así que abrí la verja y nos fuimos hacia la puerta.

—Bienvenidos a mi casa, chicos. Espero que, durante estos días, os sintáis como si estuvierais en la vuestra —les dijo mi padre, que bajó los escalones del porche.

—Seguro que sí, Michael — dijo Amanda, dándole un beso.

—Faith, si no fuera lesbiana, me liaba con tu marido. Cada día está más bueno —le decía Sophie a mi madre, provocándole una carcajada

—Eso lo dices porque no me has escuchado quejarme al subir las escaleras — contestó mi padre, sin poder parar de reír.

—Tú, amigo, haz el favor de echarnos una mano para sacar a la rapera del coche, que te mueves menos que los ojos de Espinete —me dijo a mí, haciendo alusión a unos dibujos animados españoles que descubrió un día por Internet.

—¿La rapera? ¿De qué coño estás hablando? — pregunté, mientras bajaba a darle el encuentro.

—Del de la futura madre de tu hijo, a la que su amiga la ha vestido como si fuera la prima hermana de Jay-Z —me contestó, y es que ella tenía para todo el mundo.

—Mira bonita, no me cabrees más de lo que ya estoy, que vaya encerrona me habéis hecho. Si tuviera las dos piernas bien, ya habría cogido el camino para mi casa —le respondió Tracy, desde el interior del coche.

—Pero como no las tienes, no te queda otra que joderte. Aunque te voy a decir una cosa, ni se te vaya a ocurrir amargarte ni amargarnos las Navidades, porque yo sí tengo las dos piernas buenas, y te doy una patada en el trasero ese que tienes, y llegas a tu casa sin necesidad de pedir un Uber ni nada parecido — dijo Sophie, que era capaz de eso y de mucho más.

—Anda, vamos, que estarás más cómoda dentro —le dije a Tracy, que me miró de una manera que no supe descifrar.

—Sí, por favor, que estoy deseando quitarme esta ropa, diez tallas más grandes, y que no me favorece nada — dijo, ya con un poquito menos de enfado.

—Estás preciosa, y lo estarías hasta con un saco de patatas puesto a modo de vestido. Tenemos que hablar, no te vayas a pensar que esa conversación que tuvimos en el hospital está conclusa — dije, mientras la llevaba al interior de la casa.

Mis amigos me contaron que la silla de ruedas llegaría esa misma tarde, y a mi padre le faltó tiempo para encargarle una rampa de madera para ponerla en los escalones del porche y con la que pudiera salir al jardín cuando le

apeteciera, ya que la silla que le habían comprado era motorizada y no necesitaba que la empujara nadie.

—Después de seis días sin dar señales de vida, permíteme que piense lo que quiera —respondió Tracy.

—No, porque todo tiene una explicación. Pero primero, vamos a ir a ponerte cómoda y a quitarte esta ropa. Cuando estés a gusto y tranquila, hablaremos de todo… Verás la sorpresa que se va a llevar Audrey cuando te vea.

—Ella es la única persona a la que he echado de menos — dijo, pero con la intención de que yo sintiera el mismo dolor que ella había sentido en estos días.

—Chicos, llevo a Tracy a la habitación a que se ponga cómoda y ahora bajamos. Que mi madre os diga las habitaciones que os corresponde a cada uno —les dije, y no dejé ni que saludara a mis padres.

—¡Michael, Faith, gracias por ofrecernos vuestra casa! ¡En el momento en el que el cromañón de vuestro hijo me deje, os saludaré en condiciones! — gritaba ella por la escalera.

—Arreglad primero lo vuestro, que nuestro saludo puede esperar. ¡Ah, por cierto, espero que hayas traído una foto de la ecografía de mi nieto para poder verlo! — dijo mi madre, también a gritos, y ella me miró, como con miedo.

—¿Les has contado que vamos a ser padres? — preguntó, y se llevó la mano que no tenía escayolada a la cara.

—Claro, son sus abuelos, ¿qué querías que hiciera?

—Dios mío, ahora van a pensar que soy una aprovechada, que no ha desperdiciado la primera oportunidad para echarle el lazo a su hijo — dijo medio llorando.

—De eso nada, están encantados. ¿Sabes lo que me ha dicho mi madre? — Negó con la cabeza —Que no te deje escapar, que eres la mujer que siempre han querido para mí.

Con tanta charla, no se había dado cuenta de que la había llevado a mi habitación, pero no pensaba dejarla dormir sola, ni en otra cama que no fuera la mía.

—¿Se puede saber por qué me has traído a tu habitación? — preguntó, completamente desconcertada.

—Muy sencillo, vamos a dormir por parejas.

—Pero… tú y yo no somos pareja.

—¿Eso quién lo dice? Y no me digas que tú, porque no pienso hacerte caso. Estamos esperando un bebé, te quiero más que a mi vida, y mi hija está encantada contigo. Creo que no me hacen falta más argumentos.

No me rebatió nada, tan solo resopló, como hacía siempre que algo no le cuadraba. La puse en la cama, y coloqué a su lado su maleta, para que buscara algo que ponerse y con ello se sintiera cómoda e identificada, cuando llamaron a la puerta.

—¿Se puede o estáis en paños menores? Bueno, da igual, como si no os hubiera visto a los dos en ropa interior en otras ocasiones —dijo Sophie, entrando igualmente.

—¿Cuándo has visto tú a mi chica en paños menores, si se puede saber? A ver si me voy a tener que poner celoso a estas alturas — respondí, bromeando.

—Uh, has dicho mi chica y ella no ha protestado, vamos avanzando… En fin, que yo no venía a cotillear, que mi presencia aquí se debe a que le traigo ropa a esta criaturita, porque su amiga tiene el gusto donde las avispas, en el culo —dijo, de la manera más natural, y los tres reímos.

—¡Serás cabrona! ¿Por qué me has dejado salir con estas pintas del hospital si tenías otra ropa para mí? —le dijo Tracy, viendo las prendas que les había traído.

—Hija, de vez en cuando también me gusta reírme, y cuando te has puesto a rapear como Eminem delante de Albert… ese momento no ha tenido precio

— dijo, riendo.

—¿En serio le ha hecho eso? —pregunté, aunque no sé de qué me extrañaba, cuando ella siempre se había tomado la vida con humor.

—Por supuesto, ha sido glorioso. Bueno, me voy y que tu chico te ayude a cambiarte de ropa, que seguro que lo hará encantado —dijo, e igual que había entrado, salió.

Cuando nos quedamos a solas, eché el pestillo de la habitación, y la ayudé a desnudarse. Veía sus mejillas sonrojadas, y eso me hizo sonreír, no le era tan indiferente como ella me quería hacer creer.

No me pude resistir, y en el momento en el que le retiré la sudadera, cuando ya la tenía en ropa interior, enmarqué su cara con mis manos, y la besé. Al principio pensé que me iba a rechazar, pero nada más lejos de la realidad, porque me lo devolvió, con ganas, como si lo hubiese estado deseando tanto como yo.

—Te amo, Tracy, y quiero que me dejes demostrártelo.

—Yo también te amo, pero tenemos mucho de lo que hablar.

Le puse unos leggins de campana que resultaban muy cómodos con la escayola, y una sudadera con las mangas anchas, pero que le quedaba como un guante, y la senté de nuevo en la cama. Era hora de aclarar todo lo que nos quedaba pendiente.

—Te voy a contar el motivo de mi alejamiento, pero quiero que seas completamente sincera conmigo, Tracy. Solo tú tienes el derecho a pedirme lo que hizo Robert — dije, sentándome a su lado.

—¿Robert? ¿Qué tiene él que ver con todo esto? —preguntó, extrañada.

—Pues verás, vino a buscarme a la oficina… —le conté todo lo que me había dicho, lo de su acercamiento y todo lo referente al bebé, mientras que ella me escuchaba atentamente.

—Nada de eso es cierto, ni es lo que yo quiero, Bryan. El bebé solo tiene un padre, y ese eres tú. Está en tu mano si quieres estar a su lado o no, pero por lo que estoy viendo, no quieres renunciar a él. Entre Robert y yo no hay nada, ni lo habrá nunca, porque mi corazón te pertenece, y no pienso empezar una relación con otro hombre tan solo por no estar sola con mi hijo.

—Por supuesto que no pienso renunciar a él, es mi hijo, y desde ya lo quiero igual que lo hago con Audrey. Ese fue el motivo por el que me fui, porque cuando lo vi allí, con las flores y con el peluche para el bebé, y después escuchar esas palabras, pensé que ya habías decidido apartarme de tu vida.

—Sé que te lo he dicho en muchas ocasiones, aunque te quiero a mi lado, a nuestro lado, no quiero sufrir más, no quiero que me hagas más daño.

—Estoy en terapia, he solicitado la ayuda que necesitaba, pero esto no se cura de un momento para otro, por eso te pido paciencia. Meteré la pata muchas veces, pero quiero que tengas claro que no seré yo, sino mi orgullo el que hable, hasta que, por fin, pueda deshacerme de ese sentimiento que me ahoga.

Capítulo 41



TRACY

Esa charla que tuvimos fue un antes y un después en nuestra agitada relación. Me contó que le diríamos a Audrey lo del embarazo con una carta, acompañada de un chupete, y me pareció una idea entrañable, pero, tenía un problema. Navidad era dentro de tres días y yo no había comprado un solo regalo para nadie.

En mi estado, era impensable salir a un centro comercial, así que no me quedó más remedio que tirar del gigante de las compras, Internet. No sabía que le habían comprado los demás a la niña, que era la que más me preocupaba, así que, los reuní a todos en el salón, y les hice un tercer grado.

—Necesito saber que le habéis comprado a la niña para Navidad —les dije, directa al grano.

—Cariño, creí que los habías reunido a todos para contarles que hemos vuelto, que volvemos a ser una pareja — dijo Bryan, completamente sorprendido.

—Ay, de eso se iban a dar cuenta ellos solos. Ahora, lo más importante es que, faltan tres días para Navidad y no le he comprado nada a la niña. Por eso, necesito saber qué es lo que habéis encargado ustedes, para no repetirme — contesté, y sus padres me miraron con una sonrisa en los labios.

—No sabéis cuanto nos alegramos por vosotros. Un amor como el que os tenéis no podía caer en saco roto — dijo su madre, dándome un abrazo.

—Mi nieta se pondrá loca de alegría cuando se entere —esta vez fue su padre el que habló.

—Pero ya sabes lo que te he dicho, Bryan, como le hagas daño te capo — le dijo Andy.

—Y nosotras te ayudamos, ¿verdad mi amor? —respondió Sophie, mientras que Amanda asentía con la cabeza y hacía gestos llevándose los dedos a los ojos, como si lo estuviera vigilando.

—Todo eso me parece perfecto, pero no habéis contestado a mi pregunta —dije, resoplando porque se habían desviado del tema.

—Vamos a ver, Tracy. El mejor regalo que le puedes hacer, ya se lo has hecho, lo llevas en tu vientre — dijo Bryan, acariciándomelo.

—Pero todavía no está aquí, y no quiero que, las primeras Navidades juntas las recuerde como esas en la que no le encargué nada a Papá Noel de mi parte —le dije. Sabía que lo que más quería la niña era un hermanito, pero mis intenciones eran que tuviera algo tangible, para que recordara estas fechas.

Me estuvieron contando todo lo que le habían comprado, y me quedaba sin opciones, hasta que el abuelo me dio una idea.

—Tracy, la niña siempre ha querido una bicicleta, de esas que llevan el canasto delante. Hasta ahora, como no sabía montar muy bien, se ha estado ejercitando con la de su padre cuando era pequeño. Pienso que, si le regalas una, será la niña más feliz del planeta Tierra —me dijo, ante la cara de pavor de su hijo.

—Papá, quedamos en que no se le compraría hasta el año que viene…

—Perfecto. Michael, vente conmigo al despacho y vamos a mirar todas, a ver si vemos una que sepamos que le va a gustar —le dije al abuelo, interrumpiendo a Bryan.

—Vaya, vaya, al final, mi padre y mi novia se han aliado para ir en mi contra. Eso está precioso —dijo Bryan, con las manos en la cintura, pero sabíamos que estaba de broma.

—Somos dos contra uno, hijo, así que, lo siento, pero ese será el regalo estrella de este año para la niña.

No había cogido mi portátil, por lo que me tuve que poner a buscar en el de Bryan, que muy amablemente me lo cedió. Con la bici no tardamos nada de tiempo, ya que encontramos una preciosa, blanca y rosa, con su cestita de paseo. Para que el padre no pusiera inconveniente, le pedí también todo el conjunto de protecciones, como el casco, rodilleras y coderas, por supuesto de su princesa preferida. También le pedí una mochila con ruedas, de la que estaba antojada hacía mucho tiempo, a juego con una carpeta y un estuche de lápices. Varios juegos de mesa adaptados a su edad fue lo que terminó con la compra de sus regalos.

Ahora tocaba los demás. A Michael y a Albert les compré un reloj de firma, ya que sabía que ambos compartían el mismo hobby, coleccionarlos. Para Faith y las chicas un bolso también de una firma muy conocida, a cada una en su estilo, y me faltaba Bryan.

Con él, aparte de algo material, quería tener un gesto simbólico, así que entré en una de las páginas de regalos personalizados y encargué una taza que decía: “soy el mejor papá del mundo”. Como fondo de la taza estarían una foto de Audrey y la ecografía del bebé por el otro lado, pero eso no lo vería hasta que no le echara algo caliente. Le compré un maletín de piel nuevo, así como un cinturón y una pulsera de oro blanco, con una chapa en el lado principal de la pulsera, en el que, por un lado, estaría su nombre y por el otro el mío.

Ya lo tenía todo y, lo mejor, que llegaban al día siguiente. Me di un capricho que, aun sabiendo que no luciría tal y como estaba, me apeteció para el día de Nochebuena y Fin de Año. Me compré dos vestidos, uno de punto en color rojo vino, para la cena del veinticuatro, y otro negro de tirantes cruzados en la espalda, largo, para la del treinta y uno.

Entraba Bryan en la habitación, cuando sonó mi teléfono. Vi que era Robert, y contesté a la llamada por dos motivos. El principal, para dejarle claro que había vuelto con mi chico, y el segundo, para decirle que me lo había pensado mejor y que no tenía intención de trabajar con él.

—Hola Robert, ¿qué tal todo? — dije, poniendo el altavoz para que Bryan lo escuchara.

—Hola, Tracy, te llamaba para preguntar cómo estabais el bebé y tú, además de para invitarte a pasar estas fiestas conmigo, yo puedo ayudarte en todo lo que necesites — dijo.

La cara de Bryan mutó de color, pero le agarré la mano, lo miré y le di un beso. Tenía que conseguir que confiara en mí, y para ello no tenía ningún problema en tener esta conversación en su presencia.

—Pues te lo agradezco, Robert, pero no va a poder ser. Estamos en la casa de los padres de Bryan, hemos vuelto como pareja. Además, que…

—¿Qué habéis vuelto como pareja? ¿Qué pasa, que no has tenido bastante con lo que te ha hecho que sigues ahí, dejando que te humille? Te creía con más sentido común, Tracy, los hombres así no cambian nunca, sino, que se lo digan a Candy, que mira donde está —me interrumpió, pero no lo dejé seguir por ahí.

—Mira Robert, te voy a dejar una cosa muy clarita, entre tú y yo no ha habido ni habrá nada en la vida. Es más, visto lo visto, no quiero que tengamos ni relación laboral, por lo cual, como no tenemos nada firmado, el acuerdo que teníamos se queda roto desde este mismo momento.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues está muy clarito, chico. Que no voy a trabajar por libre, que no voy a hacer uso de ese local y que vuelvo a la empresa, de donde nunca he salido, porque mi chico jamás tramitó mi dimisión.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué hago ahora con todas las mejoras que le hice al local para ti? ¿Me lo puedes explicar? No te consideraba una mujer

con tan pocos escrúpulos…

—Te estás pasando. Con respecto al local, jamás te he pedido nada, ni siquiera que lo arreglaras. Pero mira, es mejor ver el lado bueno de las cosas, ya lo tienes listo para ponerlo en alquiler. Y hasta aquí esta conversación, Robert, no quiero que vuelvas a escribirme ni a llamarme. Te dije que podíamos ser amigos, pero va a ser que, con tu actitud, no me apetece.

Colgué la llamada, no quería escuchar más sandeces. Tenía pensado renunciar al trabajo de Robert en cuanto que Bryan me contó lo de su visita, pero cuando mi chico me dijo que estaba de baja porque no había cursado mi dimisión, vi el cielo abierto.

—No tenías por qué tener esta conversación con Robert en mi presencia —dijo, tomando mis manos.

—Claro que tenía que hacerlo. Yo no tengo nada que ocultar, Bryan, y quiero que te vayas dando cuenta de como soy, que, conmigo, no tienes nada que temer. Eso sí, yo de ti, iba buscando otro despacho de abogados para la empresa, porque tiene toda la pinta de que te va a putear todo lo que pueda —le dije, riendo.

—Pues sí, ahora hablaré con Albert, o con Sophie, lo mismo y ella me puede ayudar con los que llevan su negocio.

Salimos del despacho, y Audrey vino corriendo. Todavía no la había visto, entre una cosa y otra, y que ella estaba jugando en su habitación, no habíamos encontrado la ocasión.

—¡Mi niña! —exclamé, con el brazo abierto, porque el otro lo tenía que llevar en cabestrillo.

—¡Tracy! Estás aquí, has vuelto. ¿Te quedarás con nosotros? —me dijo, abrazándome fuerte y emocionada.

—Por supuesto que sí, de aquí no me sacan ni con agua hirviendo.

Pasamos al comedor para servir el almuerzo, que transcurrió de una forma de lo más agradable. Por fin, todo, poco a poco se iba poniendo en su sitio. Lo

que más pena me daba era que iba a tener que pasar parte de este segundo trimestre de embarazo pegada a esta silla, cuando me hubiera gustado hacerlo de otra manera.

Estaba agotada, y Bryan lo notó. Fueron demasiadas emociones juntas en un mismo día, por lo que no dudó en llevarme a la cama. Por suerte, la casa de sus padres contaba con un ascensor, porque si no fuera así, iba a terminar con un dolor de espalda bastante considerable.

—¿Te piensas quedar conmigo? —le pregunté, cuando vi que se estaba deshaciendo de toda su ropa.

—¿Tengo algo mejor que hacer? Yo tampoco he dormido bien en toda la noche, y la niña tiene a bastantes personas que la pueden entretener. Así que, aunque no sea la siesta que me hubiera gustado, pero que ya tendremos tiempo de hacerla, vamos a echarnos un rato que se te están cayendo los ojos — dijo, dejando caer mi cuerpo por el lado bueno encima de él.

No os puedo decir cuando me quedé dormida, lo que sí os digo es que, cuando nos despertamos, la casa estaba en completo silencio, y la noche había caído con fuerza.

—Debe ser de madrugada. Pues sí que estábamos cansados — dijo Bryan, dejándome un beso en los labios.

—Yo estoy tan a gusto, que no tengo ni hambre. Por un día que no cene, no va a pasar nada, mañana desayuno más fuerte, y solucionado — dije, mientras que él me abrazaba por detrás.

Sentir su miembro en mis nalgas me encendió de una manera que no recordaba. Tenía que ser el tiempo que llevaba sin sexo, que sumado a la revolución que tenían mis hormonas por el embarazo, habían dado ese resultado.

—Estate quieta y no seas mala, que no soy de piedra — dijo, puesto que empecé a mover mi trasero sobre su bóxer.

—Ni yo, ni yo. Pero seguro que encontramos una manera de poder hacerlo.

—¿Estás loca? ¿Y si te haces daño?

—Daño me está haciendo sentirte ahí y no poder tenerte dentro —contesté, haciendo más fuertes mis movimientos.

Capítulo 42



BRYAN

¡Madre del amor hermoso! ¿Cómo me podía resistir a lo que me estaba insinuando, si yo tenía más ganas aún que ella? Pues, como comprenderéis, no lo hice, caí rendido ante sus encantos, que no eran pocos.

Llevé mi mano hasta su sexo, para comprobar si lo que me decía era cierto, y estaba empapada. No quería que fuera algo rápido, quería recrearme en el momento. Después de todo por lo que habíamos pasado, nos lo merecíamos, y no iba a dejarla con las ganas.

Como pude, le di la vuelta, poniéndola con la espalda apoyada en el colchón. Ambos estábamos desnudos, dijimos que estaríamos más cómodos de esa manera, que dormiríamos mejor. Con cuidado de no hacerle daño, puse la pierna escayolada encima de un cojín, dándome la apertura que necesitaba para hacer lo que quería, que no era otra cosa que degustarla a placer.

Le di una lamida a su sexo, que ella recibió con un gemido, indicándome que iba por buen camino. Con dos de mis dedos, le abrí los labios vaginales, encontrándome con su clítoris, ese que saboreé con mi boca, con mis labios, con mi lengua, para terminar, dándole pequeños mordisquitos que la volvieron loca.

Estuve un rato con mi cabeza hundida entre sus piernas, porque cada vez que estaba cerca de llegar al orgasmo, me paraba, para volver a empezar instantes después.

—Como te retires ahora, te mato — dijo, cuando estuvo cerca de alcanzar el clímax, pero esta vez no paré, dejé que llegara.

Ver su cara mientras que se corría fue el mayor de los placeres. Para ese entonces, ya mi miembro estaba duro como una roca, y había adquirido un tamaño considerable.

Le di la vuelta de nuevo, poniéndola otra vez en posición lateral, y situándome a su espalda, desde donde la penetré, pero esta vez no lo hice fuerte, sino que me fui introduciendo en ella poco a poco, para mayor tortura de ambos.

—Tengo una pierna y un brazo rotos, a mi sexo no le ocurre nada — dijo, desesperada porque aumentara el ritmo.

—Tu sexo tiene ahora mismo un bebé dentro, y no quiero haceros daño a ninguno de los dos — contesté, pero me miró de una manera escalofriante, que me provocó una carcajada.

—Aumenta el ritmo si no quieres que apriete mi sexo de tal manera que te tengan que amputar el pene.

—Tú mandas, yo solo estoy aquí para servirte — dije, y empecé a bombear con fuerza.

Nuestros gemidos y jadeos se tuvieron que escuchar en toda la casa, porque con el silencio que había, no podía ser de otro modo. Cuando veía que estaba cerca de correrme, paraba o ralentizaba el ritmo, hasta que llegó un momento en el que, con el orgasmo de Tracy, me dejé ir.

—¡Joder, ha sido la leche! —exclamé, porque, a pesar de no tener mucha posibilidad de movimiento por su estado, había sido una de las experiencias más satisfactorias de mi vida sexual.

—Ni que lo digas, no te puedes imaginar las ganas que tenía.

—Pues esto es solo el principio, tenemos todo lo que queda de noche por delante. Ahora que hemos encontrado el modo, no pienso parar — contesté, besándola de nuevo.

Y así pasó. Entre acto y acto, descansábamos un poco, pero nada que superara unos minutos, para volver de nuevo al ataque. No sola esa fue la postura que encontramos, que, con la práctica, se nos fueron ocurriendo algunas más, que fueron tan excitantes o más que la primera, hasta que caímos rendidos.

Nos despertamos sobre las diez de la mañana, porque nadie quiso interrumpir nuestro descanso, y bajamos a desayunar, entre las miradas cómplices de nuestros amigos y las sonrisas de mi padre.

—Veo que vosotros ya habéis tenido vuestra propia noche buena —nos dijo Sophie, haciendo que todos estallaran en una carcajada.

—Por suerte, la niña está en casa de una amiguita que vino por ella ayer por la tarde, porque si no fuera así, le hubiéramos tenido que poner tapones en los oídos a la chiquilla —esta vez fue Albert el que habló, mientras que Tracy estaba cada vez más roja y yo me reía más.

—Hija, no te sonrojes, es normal, sois jóvenes y os amáis —le dijo mi madre, a la vez que mi padre estaba muy pensativo.

—Ahora, aunque no entréis en detalles, me tenéis que contar la postura. Que el año pasado tu madre se partió un pie, y no encontramos la manera hasta que no le quitaron la escayola. Hijo mío, eres un crac, porque encima, Tracy, no solo tiene la de la pierna, sino también la de un brazo…

Las carcajadas resonaron en toda la cocina, mientras que Tracy lucía color rojo gamba en su cara. Pero la cosa aumentó cuando Sophie empezó con sus bromas, hasta el punto de que mi madre tuvo que salir corriendo al baño porque se hacía pis encima.

—Michael, ¿has jugado alguna vez al Tetris? Pues esto es igual, tienes que ir probando posturas hasta que encajen las piezas —soltó la muy loca, y Tracy, que estaba bebiendo un sorbo de café, lo escupió como un aspersor.

—Imagínate como lo tenemos que hacer nosotras, Michael, que, por muchas vueltas de demos, no hay piezas que encajar —dijo Amanda, y todos volvimos a reír.

—De verdad, no os podéis imaginar el bien que nos hacen estas risas. Hacía muchos años que no escuchábamos tantas y a esta hora de la mañana —dijo mi madre, viniendo por el pasillo.

—Esta familia vuelve a ser lo que era, y todo se los debemos a ellos, a los que queremos como si fueran unos hijos más, incluidas las nuevas incorporaciones —le siguió mi padre.

—No, papá, todo se lo debemos a ella, que me ha hecho volver a confiar en el amor, y que nos trae al mundo otra personita más que nos hará todavía más felices — respondí a mi padre, que me dio la razón abrazando a Tracy.

En ese momento, llamaron a la puerta. Todos pensábamos que sería Audrey, que la traían los padres de su amiga, pero resultó ser quien menos esperábamos, que se había saltado la orden de alejamiento a la torera.

—¿Se puede saber que estás haciendo aquí? —le pregunté a mi exsuegro.

—Vengo a pedirte clemencia. Retira la denuncia a mi mujer y te prometo que nos marcharemos del país, no volverás a vernos en la vida — dijo, sin paños caliente.

—¿Tienes la poquísima vergüenza de pedirme eso? ¿No habéis tenido suficiente con el daño que me habéis hecho? —respondí.

—Hablemos dentro, por favor, tengo que contarte muchas cosas —me suplicó con la mirada.

—Hijo, hablad en mi despacho, escucha lo que tenga que decirte y toma las decisiones que tengas que tomar — dijo mi padre, y Tracy asintió con la cabeza.

Pasamos al despacho de mi padre. Me fijé bien en él, y estaba mucho más delgado y demacrado. En realidad, me resultaba digno de lástima, porque había sido un pelele en brazos de su hija, y ahora lo estaba siendo en las manos de su mujer.

—Bryan, sé que tienes toda la razón del mundo en hacer lo que has hecho. Si no tuviste bastante con todo el daño que te hizo Candy, ahora encima tienes

que lidiar también con todas las maldades de mi esposa —empezó a decirme.

—Si alguien fue infiel en nuestro matrimonio, no fui yo, por mucho que tu hija se empeñara en acusarme de ello. Habéis intentado hacerme daño con lo que más quería, y por ahí sí que no voy a pasar.

—Mi esposa tiene una enfermedad terminal. Ha usado la venganza como medio para seguir de pie, porque después del asesinato de Candy, pensó que era lo mejor que le podía pasar, vengarla antes de morirse.

—Pero se equivocó de objetivo. Si quería vengar su muerte, lo único que tenía que hacer era testificar en contra de Luke, no a su favor, diciéndole que yo había sido quien había empujado a su hija en brazos de ese hombre. Si incluso llegó a decir que podía ser algo orquestado por mí — dije, con mucho dolor.

—Entiendo tu postura, te lo prometo. Si retiras la demanda contra ella, te firmo ahora mismo un documento en el que me comprometo a irme con ella fuera del país, y no volverás a saber nada de nosotros.

—No está en mi mano, aunque yo la retirara, el fiscal y el juez de guardia actuaron de oficio.

—Sí que está en tu mano, porque tengo el compromiso de ellos de que, si tú lo haces, y debido a la enfermedad y al compromiso que he puesto sobre la mesa, ellos también se retirarían —me dijo, pero evidentemente, no terminé de creerlo, así que fui muy claro.

—Ahora mismo no voy a hacer nada, entre otras cosas porque he despedido a mi abogado y no tengo asesoramiento legal. Pero me comprometo a una cosa, el lunes, hablaré con el juez y el fiscal que presentaron la demanda de oficio y si ellos me confirman lo que tú me has dicho, te llamaré. Eso sí, como comprenderás no me pienso fiar de tu palabra, redactaré un escrito que tendréis que firmar los dos y, por supuesto, no te quiero cerca de ninguno de nosotros.

—Gracias, Bryan, eso es más de lo que esperaba. Te mereces ser feliz con esa chica y el bebé que estáis esperando, que ya ha llegado a mis oídos. Ojalá

y se recupere pronto, será una buena madre para mi nieta, todo lo que mi hija no supo ser. Pero claro, ella tenía un espejo en el que mirarse que no era el mejor.

—Eso no tiene nada que ver, porque Tracy no ha tenido madre ni padre, se ha criado en un orfanato, y tiene un corazón que jamás ha tenido tu hija.

Agachó la cabeza. Sabía que tenía razón en todo lo que le había dicho, así que no me pudo rebatir nada. Eso venía impreso en la persona y en su carácter, para nada influía la familia que tenías o el ambiente en el que crecieras, y de eso estaba plenamente convencido.

Quedamos en eso, y se marchó de la casa, algo más conforme y contento que cuando entró. No me lo pensé ni esperé más, llamé al juzgado y concerté una cita con las dos personas que aclararían todas mis dudas.

—¿Cómo ha ido, hijo? — preguntó mi madre, al entrar al salón donde estaban todos poniendo las bolas del árbol, incluida mi hija, que ya había vuelto de casa de su amiguita.

—Mejor de lo que esperábamos ambos. He concertado una cita con el juez y el fiscal que llevan el caso. Al parecer, ella tiene una enfermedad terminal, y quiere que pase sus últimos momentos a su lado, fuera del país. Si eso es cierto, y previa firma de un documento que lo indique, retiraré la denuncia — les expliqué a todos.

—Haces muy bien, Bryan. Que no te quede sobre tu conciencia que los últimos días los pasó entre rejas, por mucho que se lo merezca — dijo Tracy, tomando mi mano.

La tarde la pasamos colocando adornos y recibiendo paquetes, que fueron llevados al despacho de mi padre, que era el único lugar de la casa que la niña no frecuentaba. Cuando terminamos de comer, mientras que todos nos quedábamos en el salón, Tracy se encerró allí para envolver los regalos e identificarlos para cada uno de nosotros.

La noche fue otra vez nuestra. Para quedarme tranquilo, hablé con un ginecólogo, que me dijo que no había ningún problema en que practicáramos

sexo, sino más bien todo lo contrario. En embarazos normales, como el que estaba llevando Tracy, que no requerían cuidados especiales, eso servía para fortalecer el suelo pélvico de cara al parto. Y yo, yo me lo tomé al pie de la letra.

Capítulo 43



BRYAN

La Nochebuena la pasamos genial. A nuestro nutrido grupo de personas, se sumaron los padres de Sophie, que estaban en la ciudad, no así el día treinta y uno, que ser marcharían a esquiar. El día de Navidad solo estuvimos nosotros, pero fue un pequeño caos, sobre todo por la niña, que se despertó gritando.

—¡Ha llegado Papá Noel! ¡Todos arriba! —decía por el pasillo.

—Creo que vamos a tener que levantarnos, o esta pequeña diablilla es capaz de abrir todos los paquetes, hasta los que no son suyos —le dije a Tracy, besándola con pasión.

—O te estás quieto, o no bajaremos hasta la hora de comer, te lo prometo — contestó ella, provocándome una carcajada.

—Es una buena propuesta, si no fuera por la persona que está llamando a la puerta.

—¡Venga papá, no seáis más lentos! No entiendo a estos mayores, que no se emocionan por abrir los regalos —se marchó murmurando, mientras nosotros reíamos.

Nos pusimos el pijama, porque en mi casa era tradición que, el día de Navidad, mientras que abríamos los regalos y desayunábamos, todos íbamos ataviados con uno de esos navideños. En esta ocasión, mi madre, al enterarse

de que pasaríamos las fiestas con ellos, mis amigos y yo, los compró todos iguales, incluso las zapatillas las llevábamos a conjunto.

Cuando llegamos abajo, ya estaban todos en el salón, esperando nuestra llegada para empezar a abrir los regalos. Estos días no teníamos servicio, ni mis padres ni yo, ya que le daba todos los días libres a Joana, porque ellos también tenían derecho a pasar las fiestas en familia, al igual que nosotros. Por eso, la cocinera, antes de marcharse el día veintidós, había dejado comida hecha para los días importantes, el resto de ellos nos apañábamos nosotros.

—Espera, estos dos tienen que ser los últimos que abras —le dije a Audrey, señalando el sobre de regalo que contenía la carta y la caja con la bicicleta.

—Está bien, aunque iba a empezar por los más grandes, pero tampoco puedo hacerlo por los más pequeños, porque entonces tendría que hacerlo por el sobre. ¿Por qué no me los vas dando tú y me dices quién se lo ha encargado? —me ofreció la niña, y asentí.

Le fuimos dando uno por uno, dejando esos dos para el final. Es cierto que tuvimos mucha suerte con ella, porque era una niña que, a pesar de tener de todo, cualquier detalle le hacía una ilusión inmensa.

Mientras iba abriendo, los demás sonreíamos con sus reacciones. Le habían regalado una cocinita de madera, ropita para su bebé Reborn, ropa para ella, un maletín de maquillaje infantil, y así, infinidad de cosas, hasta que tan solo quedaron los dos que faltaban.

—Abre primero el sobre —le dijo Tracy, un tanto nerviosa por saber cómo reaccionaría la niña. A pesar de su edad, Audrey había aprendido a leer durante el verano, así que no necesitó que nadie se la leyera.

—¿Es en serio? ¿De verdad tienes a un hermanito creciendo en tu barriga? —preguntó la niña con lágrimas en los ojos.

—Sí, cariño. ¿Te hace ilusión ser la hermana mayor? —le preguntó mi chica, que lloraba al igual que ella, y con la reacción de la niña, lloró hasta el apuntador.

—Me habéis hecho la niña más feliz del mundo. Si Papá Noel me hubiera traído tan solo este regalo, lo sería. Por fin voy a tener la familia que siempre he querido. Ahora tan solo me falta una cosa, pero estoy segura de que no me vas a decir que no —dijo la niña, mientras se abrazaba a mi chica y a mí.

—¿Qué es eso que nos vas a pedir, Audrey? —le pregunté, con un nudo en la garganta, porque me lo podía imaginar.

—Quiero que vivamos los tres juntos, y que Tracy sea mi mamá, igual que lo va a ser de mi hermanito pequeño —nos dijo.

Tracy y yo nos miramos, ninguno quería decir que sí sin saber la opinión del otro, pero no nos hizo falta ninguna palabra, con esa mirada ambos habíamos asentido a esa pregunta.

—Por supuesto que sí, mi vida. Si vamos a ser una familia, tendremos que vivir bajo el mismo techo — respondí a mi hija, la otra parte de la petición no me correspondía a mí.

—Y a mí me puedes llamar como te salga del alma, pero no tienes que esperar a que nos vayamos a vivir juntos, lo puedes hacer desde ya —le dijo Tracy, y entonces la niña rompió a llorar como nunca antes la había visto, pero no era de pena, no era de dolor, era de felicidad.

—Ahora me toca abrir el otro, antes de que ustedes empecéis, que no se me ha olvidado —dijo, la que minutos antes, había afirmado que con su hermano tenía bastante.

Cuando vio la caja con la bicicleta, se puso a saltar por todo el salón, hasta que mi padre la interceptó.

—Luego, una vez que hayamos terminado de desayunar, entre el tío Albert y yo te la montamos. ¿Te parece? —le dijo mi padre, con ella en brazos.

—Claro, porque mi padre tiene que descansar con mamá, que todavía está convaleciente del accidente —respondió mi hija, mientras que Sophie elevaba una ceja.

Los demás nos dimos los regalos, que nos gustaron bastante, como solía ser normal. Pero yo todavía tenía otro más para Tracy, que no estaba entre esos paquetes, porque no me parecía bien mostrarlo delante de todos. Me había hecho con un conjunto de ropa interior en una reconocida firma de lencería, y con el que estaría de lo más sexy, a pesar de sus escayolas. Además de que siempre lo podríamos disfrutar cuando estuviera completamente restablecida.

Pasamos todas las fiestas juntos, y estábamos de lo más felices. Todos nos pusimos muy guapos y elegantes para la noche de Fin de Año, pero Tracy resaltó entre todos, con ese vestido negro que se había comprado para la ocasión y sobre el que le dije que quería que se lo pusiera para cenar conmigo en cuanto que le quitaran las escayolas, porque ya me imaginaba mil formas de quitárselo.

Mi reunión con el juez y el fiscal se mantuvo en la más estricta intimidad, asegurándome que todo lo que me había dicho el que un día fue mi suegro era verdad. No lo dudé, lo llamé y habíamos quedado para ese mismo día en mi despacho.

Tracy todavía no se había venido a vivir a mi casa, en realidad todavía no había hecho la mudanza, porque desde que salimos de la propiedad de mis padres se había venido con nosotros.

Albert también le había pedido a Andy que se fueran a vivir juntos, pero esta estaba un poquito más reticente, cuando al final se pasaba todas las noches en casa de su chico, aunque todo se andaría.

—Bryan, tienes una visita en tu despacho, le he dicho que te esperara allí — dijo Andy en cuanto llegué, y sabía de quién se trataba.

—Has hecho bien, Andy. Ahora mismo lo atiendo, pero antes, dile a Albert que tengo que hablar con él, en cuanto termine con lo que me espera en mi despacho —le contesté, puesto que quería hacerle una propuesta a mi amigo que sabía que no iba a rechazar.

—Perfecto, ahora mismo lo aviso.

Entré en mi despacho y allí estaba mi exsuegro, cada vez más demacrado. A veces me daba por pensar que el que estaba enfermo era él, porque por día que pasaba lo veía peor.

—Severus, buenos días. Veo que sigues siendo igual de puntual que siempre —le dije, tendiéndole la mano.

—Así es, sabes que no me gusta hacer perder el tiempo a nadie porque me tenga que esperar.

—Voy a ir directo al grano, creo que darles rodeos a las cosas es innecesario, y como tú dices, nos haría perder el tiempo a los dos. He consultado con las personas que te indiqué, y me han verificado y confirmado todo. Así que, aquí tienes el documento con el que te comprometes a salir del país y no volver a acercarte a mi familia — dije, y le puse el documento por delante.

—Así será. Puede que te haya dado la impresión, todos estos años, de que no tengo autoridad en mi familia, pero eso ya se acabó. Tan solo te voy a pedir una cosa, que le des esto a tu hija, es un pequeño detalle de su abuelo, para que me recuerde de la mejor manera, que no lo haga con miedo por culpa de Maggie —me dijo, con lágrimas en los ojos y antes de firmar.

—Se lo daré, al igual que le hablaré de que tú no tienes nada que ver con su abuela, por mucho que seáis un matrimonio. Si ella, cuando crezca, quiere retomar el contacto contigo, te prometo que no se lo impediré, pero ahora mismo es demasiado vulnerable como para que tu mujer le llene la cabeza de pájaros en mi contra.

Nos dimos la mano y salimos del despacho, lo acompañé hasta el ascensor, no sin antes enviar un correo electrónico, donde tuve que acreditar mi identidad, en el que solicitaba la retirada de la denuncia por motivos de humanidad.

Cuando nos despedíamos, Albert salía de su despacho, para darme el encuentro en el mío.

—Ese hombre me da pena, su esposa lo ha convertido en un ser desgraciado, al igual que su hija hizo contigo —me dijo, sin dejar de mirar el ascensor en el que se había marchado.

—Afortunadamente, yo salí a tiempo de eso. Anda entra, que quiero hablar contigo una cosa.

—A sus órdenes, jefe.

—Verás, Albert, me gustaría tomarme unos días, o más bien, unas semanas, de descanso. Por lo menos, hasta que a Tracy le quiten las escayolas. Aunque sé que Joana está con ella, pero me gustaría ocuparme de sus necesidades.

—Cuenta conmigo, amigo. Sabes que la empresa en mis manos está a salvo, y si necesito tu firma para algo, con enviarte la documentación o pasar por tu casa para llevarla, tengo suficiente.

—Sabía que no me dirías que no. Además, quiero hacerte un regalo. Me gustaría que ambos, Andy y tú, os trasladarais a la propiedad que está junto a la mía, podríamos abrir el jardín, de manera que fuera una sola con dos casas. Siendo así, no creo que tu chica te dijera que no, y no porque tu casa sea fea o menos que la que te digo, sino porque estaría cerca de Tracy.

—Eso es mucho dinero, Bryan, no puedo consentirlo.

—Hagamos una cosa, como el día de mañana mi hija querrá independizarse, pon el ático a su nombre y estamos en paz.

—Eso no tienes ni que pedirlo. Ahora mismo se lo diré a Andy, que se volverá loca.

Estábamos hablando de ello, cuando entró Sophie como una exhalación, sin llamar siquiera, y con una ilusión en su rostro que llamaba la atención.

—¡No os podéis imaginar lo que me ha pasado! —gritaba, riendo.

—Si no nos lo cuentas… Tienes que saber que el curso de adivinación no lo terminamos ninguno de los dos — dijo Albert, provocando más su risa.

—Andy, corre, ven, que quiero que tú también te enteres —le dijo a la chica de nuestro amigo desde el umbral de la puerta.

—¿Qué es este escándalo? ¿Qué te ha pasado? — preguntó ella entrando en el despacho.

—¡Qué estamos embarazadas! Ha sido en la primera fecundación, y eso no suele pasar a menudo, y más cuando lo estamos las dos a la vez —nos soltó la loca, lo había hecho.

—¿Cómo que las dos a la vez? —preguntaron Albert y Andy, al unísono.

—Porque nos sometimos las dos, para tener más posibilidades, cada una con el ovulo de la otra. Lo hicimos así para que fuera hija de las dos. Si una se quedaba, sería la madre gestante, pero con el óvulo de la otra. Así que, vamos a ser madres, yo llevo a su bebé y ella al mío.

¿Qué hicimos aparte de felicitarla? Reírnos por las ocurrencias de esas dos locas, que se verían con dos bebés recién nacidos con pocos o ningunos días de diferencia.

Capítulo 44



TRACY

Los días fueron pasando, y con ellos el tiempo que debía tener las escayolas. La del brazo ya me la habían quitado, y ahora le tocaba a la de la pierna, por eso estábamos en la consulta del traumatólogo.

—Relájate, que verás como todo va a salir bien —me decía Bryan, que me tenía tomada de la mano.

—Eso espero, porque estar en esta silla sentada y con la barriga hasta la boca, no me hace especial ilusión, la verdad. Me estoy poniendo como una vaquita, y terminaré pareciendo una rotonda, que va a ser más fácil saltarme que darme la vuelta —contesté, algo desesperada.

—No seas exagerada, que como mucho habrás cogido unos cinco o seis kilos, que en un embarazo no es nada de extrañar. Además, estás preciosa, como siempre —me dijo mi chico, que siempre tenía palabras bonitas para mí.

Nos llamaron para entrar en la consulta, y me faltó tiempo para correr por el pasillo. Tenía unas ganas enormes de salir de allí andando, aunque sabía que todo tendría que ir poco a poco.

—Vamos a quitar esta escayola y te haremos una placa para ver como ha soldado el hueso — dijo el traumatólogo, pero a Bryan le faltó tiempo para saltar.

—Está embarazada, ¿será seguro para el bebé?

—No se preocupe, señor Lee, tenemos los medios necesarios para cubrir y proteger su vientre — contestó el doctor.

Definitivamente, me la quitarían. Como yo había sido previsora, metí una zapatilla en el bolso, esa que me puse en el mismo momento en el que me dieron el alta.

Las especificaciones eran claras, no podía hacer largas caminatas ni forzar la pierna más de lo necesario, con tacones, no por lo menos las dos o tres primeras semanas, que sería lo que tardaría el músculo en recuperarse. Eso sí, pequeños paseos eran aconsejables, y yo me lo iba a tomar al pie de la letra.

Salimos de la consulta de trauma, y fuimos a la de ginecología, puesto que me tocaba la revisión de las veinte semanas. Esperábamos que nos dejara ver el sexo, porque en las anteriores no habíamos sido capaces de saberlo.

—Vamos a ver si eta cosita nos deja ver si es garbancito o garbancita — dijo el doctor, mientras me preparaba en la camilla.

—Ojalá, porque no hemos comprado nada todavía, esperando a saber de qué color comprarlo — contesté, medio en broma. Sí es cierto que habíamos comprado poco, pero porque queríamos esperar a superar el segundo trimestre.

Me echó el gel, que estaba frío de cojones, y empezó a pasar el ecógrafo por mi vientre. Tomó las mediciones y nos dijo que todo iba perfectamente.

—Vamos a cambiar al 4D para que veáis bien su carita, y a ver si nos deja saber como llamarlo o llamarla — dijo el médico, y el cambio fue brutal.

Se le veía la carita a la perfección y, en un momento dado, abrió sus piernas, dejándonos ver que era un niño.

—Se ha portado, esta vez lo hemos logrado. Les presento al próximo Señor Lee, es un niño —nos dijo, y lloré de la emoción.

—¡Un niño, Bryan! — dije, emocionada.

—Sí, ya tenemos la parejita, mi amor —me dijo, visiblemente emocionado y dándome un breve beso en los labios.

El doctor me dio las indicaciones que debía seguir, ya que, al haber estado mucho tiempo sentada sin poder moverme por lo de la pierna, había cogido ya siete kilos, y todavía me quedaba pasar por la época en la que se cogía más peso.

Me dijo que diera un paseo a diario, que me alimentara de comida sana y que procurara no tomar muchos alimentos procesados ni azúcares y derivados.

—Te lo dije, había cogido un montón de peso, cuando termine el embarazo, voy a parecer una pelota de playa — dije, bastante triste, porque, a pesar de que sabía que un embarazo era así, no podía evitar el pensar que mi chico me cambiaría por otra que estuviera más delgada.

—No seas tonta, verás como de ahora en adelante no coges tanto peso. Solo tienes que hacerle caso al doctor — dijo Bryan, al que notaba algo pensativo, la verdad.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté en cuanto que nos montamos en el coche, donde nos estaba esperando Sam.

—Verás, mañana tengo una cena con un cliente y, aunque me gustaría que vinieras, porque aparte de mi chica eres parte de la empresa, es en un restaurante demasiado elegante como para acudir sin tacones… Pero que, si te sientes incómoda porque vaya, puedo decirle a Albert que vaya por mí —me contó, algo nervioso.

—No hay problema, me quedaré en casa, tampoco me apetece salir todavía. Como tú bien dices, no estaría a la altura del acontecimiento —le respondí, con cierta ironía en mis palabras, pero que, al parecer, él no captó.

—Me alegro de que no pongas impedimento, porque es muy importante para la empresa si consigo ese contrato.

—Para nada, lo mismo hago una tarde de cine con la niña, no lo sé todavía.

No quise darle más vueltas al asunto, porque mis hormonas y mis malos pensamientos podría convertir un tema así de sencillo en una bronca monumental, y tampoco tenía ganas de discutir.

Cuando llegamos a casa, allí estaban todos nuestros amigos esperando, con una pancarta que ponía "Niño o Niña, ahora mismo lo sabremos. O eso esperamos" que me hizo mucha gracia.

—Mami, mami, ¿sabemos ya lo que es? —preguntó Audrey, en cuanto me vio aparecer por la puerta.

—Sí, cariño, vas a tener un hermanito — dije, y empezó a dar saltos de alegría, porque ella decía que, si era una niña, ella dejaría de ser la princesa de su padre.

Por mucho que le decíamos que, fuera lo que fuera, ella seguiría siendo la princesa de la casa, no se lo terminaba de creer. Así que, mucho mejor que no fuera niña, así no tendríamos que enfrentarnos a un episodio de celos.

—Ahora tocará pensar en nombres. ¿Tenéis alguno a la vista? —nos preguntó Sophie, que ya lo tenía claro, tanto ella como Amanda.

—Yo sí. El de niña no lo voy a decir, porque como es un niño… Pero a mí me gustaría que se llamara Dylan —nos dijo, con una sonrisa pícara, porque ese era el nombre de su mejor amigo de la clase.

—Dylan Lee. ¿Qué te parece, Tracy? — preguntó Bryan, y la verdad es que me gustó mucho.

—Pues que es un nombre precioso, y que su hermano se llamará así — dije, y la niña saltó a abrazarme.

Sophie traía un niño, y Amanda una niña, y los nombres elegidos fueron Mía y Mario, ya que dijeron que eran los primeros que se les vinieron a la cabeza, y que a las dos les gustaban.

En un determinado momento, noté que mi marido cogía el teléfono y salía de la estancia para hablar, pero también me di cuenta de la manera en la que

lo miraba Albert, y no me gustó nada. Me levanté para ir al baño, y lo escuché hablar.

—Perfecto, preciosa, mañana nos vemos. Sí, sí, no hay ningún problema, a Tracy ya le han quitado las escayolas, así que tiene más independencia —y un nudo se me formó en el estómago.

—¿Con quién hablas a estas horas? —le pregunté, y se puso nervioso.

—No era nadie, era un cliente que quería que le ayudara en un tema —me mintió, pero no hablé, sino que callé la boca. Lo iba a descubrir sí o sí.

Entré en el baño y lo dejé en la cocina, donde se sirvió un vaso de agua fría, supongo que para calmar los nervios de que le hubiera pillado.

Volvimos al salón, pero seguía dándole vueltas en mi cabeza a todo lo que había escuchado y a la manera en la que Albert le estaba recriminando algo, pero no escuchaba bien sus palabras, tan solo pinceladas sueltas.

—No hace falta, Albert, de verdad. Tracy ha comprendido la situación, y me ha dicho que se queda en casa con la niña, así que no hace falta ni que vayas tú a esa reunión por mí, ni que os quedéis con Audrey — dijo él a su amigo, dándole un apretón en el hombro.

—Andy, me acompañas un momento a la cocina, me gustaría enseñarte algo, a ver qué opinas, si queréis, podéis venir con nosotras, no es ningún secreto —les dije, así que las tres vinieron, sabiendo que me pasaba algo.

—¿Qué te ocurre? —me dijo Andy, que notó mi cambio de semblante en el mismo momento en el que volví del baño.

—Creo que Bryan me está siendo infiel —solté, sin filtros.

—¿Me estás hablando en serio? No me lo puedo creer, y como Albert lo esté encubriendo, le corto los huevos —dijo Andy, muy enfadada.

—Tranquilízate. En realidad, no sé si lo ha sido ya o me lo va a ser. Te explico… Lo he cogido hablando con alguien por teléfono, con la persona con la que ha quedado mañana para cenar, y le decía preciosa. Cuando le he

preguntado con quién hablaba, me ha dicho que era con un cliente que tenía una duda, cuando yo sabía que no era así —les expliqué.

—Lo vamos a saber mañana mismo. ¿Tienes con quién dejar a la niña sin que él se entere antes? — preguntó Sophie, que ya había puesto su cabeza en marcha.

—Joder, no quiero parecer una paranoica como Candy, pero tampoco quiero que me tomen por tonta. Estoy hecha un lío. Con respecto a tu pregunta, sí, tengo con quién dejar a la niña, si se lo pido a Joana, estoy segura de que no le dirá nada.

—Perfecto, pues el tema de la niña, zanjado. Ahora tenemos que enterarnos donde tiene la supuesta reunión, y lo más importante, con quién. Y ahí entras tú, Andy, que llevas su agenda. Tienes que mirar donde es — dijo Sophie a mi amiga, que no dudó en ir a buscar su bolso, donde tenía la Tablet con todas las citas de mi pareja.

—Espera que ahora mismo te lo digo…

—Me ha dicho que es en un restaurante demasiado elegante como para no ir con tacones, sabiendo que durante tres semanas no los podré volver a usar. Parece que lo ha hecho a posta para que no fuera.

—En los restaurantes cada uno puede ir vestido y calzado como le dé la gana. Y te lo digo yo, que he cenado en el Ritz con un pareo y unas cuñas de esparto porque venía del club de pasar el día — dijo Amanda, y eso me cabreó todavía más.

—Aquí está, la cena es en el restaurante “El Olivo”, uno de cocina mediterránea que tiene una larga lista de espera, y pone que es con el señor Parker — dijo Andy, volviendo el dispositivo para que yo lo viera.

—Te aseguro que con el señor Parker no es. A no ser que a él le guste que le digan preciosa — contesté, con un nudo en el pecho que me estaba haciendo perder los papeles.

—Una de las socias es amiga mía, así que no tendremos ningún problema para entrar. Déjame que la llame —dijo Amanda, saliendo de la cocina al jardín.

—Me siento como una idiota. Por un lado, me dice que está enamorado de mí, que quiere formar una familia con los niños, y ahora… ahora queda con otra para cenar, sabiendo que estará la prensa en todas partes, dejándome a la altura de la suela de un zapato —dije, entre lágrimas.

—Listo, me ha dicho que la reserva está hecha a nombre de Bryan Lee, para dos personas a las seis de la tarde, por lo que nos ha reservado una para nosotras cuatro a las cinco y media —nos informó.

Salimos de la cocina, y cuando llegamos al salón, nos encontramos a los dos discutiendo, pero tan solo alcancé a escuchar a Albert.

—Te vas a arrepentir, y vas a perder a tu familia por una tontería, cuando no te hace falta para nada.

—Deja de darme sermones que ya soy lo suficientemente mayorcito —le contestó Bryan, y eso me lo confirmó.

Capítulo 45



TRACY

Puse la mejor de mis sonrisas e hice como que no había escuchado nada, aunque en realidad, lo escuchamos todas. La más complicada de disimular era Sophie, a la que se le notaba en la cara cualquier cosa, y Bryan lo notó.

—Sophie, ¿te ha pasado algo? — preguntó él, preocupado por si había sido algo del embarazo.

—Nada que no se pueda solucionar con un buen tortazo. Me acabo de enterar de que la pareja de una de mis mejores amigas es un cabronazo que le está poniendo los cuernos — dijo, como si hablara de otra persona.

—¿Lo tienes confirmado? Porque, si no es así, no veo la necesidad de acusar a otra persona sin pruebas —¿Se podía ser más cínico que él?

—No, todavía no, pero lo confirmaré. Cuando lo haga, nada ni nadie me va a prohibir que le diga cuatro cosas, eso lo juro por lo que más quiero —le contestó ella, mirándolo a los ojos.

Se sentó a mi lado en el sofá, y me puso la mano en el vientre. Ese gesto lo noté como una cuchillada en lo más profundo de mi ser, porque me estaba dando a entender que tan solo estaba conmigo por el niño, y dolía, lo hacía como nunca lo había hecho.

Cuando nuestros amigos se marcharon, después de cenar, fui a prepararle un baño a la niña, que al día siguiente tenía colegio, y a acostarla. Él se quedó en el despacho, alegando que tenía que preparar la documentación para el día siguiente.

Hice lo que nunca había pensado que haría, me acosté con la niña en su cama, y nos quedamos dormidas las dos. No me veía capaz de dormir esa noche en la misma cama que él, era como si me diera repulsión.

Me desperté cuando sonó la alarma, esa que tenía para ayudar a la peque a ponerse el uniforme y acompañarla mientras que desayunábamos. Me di una ducha ligera y me vestí para llevarla al colegio. No me apetecía quedarme en casa, así que hoy lo haría yo.

—Buenos días —dije cuando llegamos a la cocina, pero él no se dio cuenta ni de que había entrado.

—Buenos días, papá, que todavía estás dormido — dijo la niña, y entonces fue cuando levantó la cabeza del móvil.

—Perdonad, pero me he llevado toda la noche en el despacho, y no he podido dormir por causa del trabajo. ¿Vas a salir? —dijo, mientras me miraba de arriba abajo.

—Sí, ya estoy harta de estar entre estas cuatro paredes, y como al colegio de la niña se puede ir en zapatillas de deporte, voy a aprovechar — contesté, dejándolo cortado.

—Tracy, si de verdad va a suponer que te enfades, ven a la cena y vístete como quieras. Tan solo lo he hecho para que no te sintieras fuera de lugar.

—Tranquilo, tengo por costumbre no ir a donde no me invitan. Disfruta la cena, que seguro que te aportará muchas satisfacciones — respondí, viendo como su cara mudaba de color, pero no seguí ahí, me marché con la niña en mi coche.

Dejé a la niña en el colegio, y me fui con Sophie y Amanda de compras. No les conté nada de que había dormido con la niña ni de que Bryan pasó

toda la noche en el despacho, no quería añadir más leña al fuego.

Me compré un vestido precioso, que acompañaría con unas botas planas, de piel y un abrigo precioso, en tonos marrones y camel. Luego, nos fuimos a la peluquería, donde me corté el pelo y me di unas mechas que hacía mucho tiempo que quería hacérmelas, pero que nunca me atrevía. Allí mismo, me maquillaron y me hicieron la manicura. Esa noche iba a saber el señor Bryan Lee lo que iba a perder por estúpido.

Llegué a casa a lo justo para vestirme y cambiar de bolso. A Joana le dije que se quedara con la niña, que tenía una cena con las chicas para celebrar el embarazo de las tres, y que no sabía a qué hora volvería.

Miré mi teléfono por enésima vez, ni una sola llamada ni un mensaje en todo el día, y entonces me di cuenta, su teléfono estaba encima del escritorio de su despacho, al que entré para coger el cargador y cargar el mío mientras que me arreglaba.

Estaba desbloqueado, lo que significaba que había pasado hacía poco por la casa, supongo que, para ducharse y cambiarse, y cuando vi los mensajes, me quería morir. Habían intercambiado unos cuantos, en los que ella le decía que le tenía una sorpresa esa noche, y él que estaba deseando saber qué era, que no tardaría en pasar a recogerla.

No lloré, porque no se lo merecía, una persona así no se merecía nada. Tan solo cogí su teléfono y lo dejé donde estaba. No necesitaba más confirmación, y no por el contenido de los mensajes, sino por el tono que empleaban en ellos, que no era el de un cliente a un empresario, sino el de dos personas que se tenían demasiada confianza.

Cuando salí de la habitación, Joana estaba bañando a la niña, que me despidió con una sonrisa.

—Pásalo bien, mami.

—Gracias mi amor, lo haré —le dije, sabiendo que iba camino de nuestra ruptura, una que le afectaría a ella más que a nadie.

Estaba muy nerviosa, así que Sophie fue la encargada de recogerme con su coche, para luego recoger a Andy, que nos estaba esperando en casa de Albert.

—¿Qué le has dicho a tu chico? — pregunté.

—La verdad, que estabas un poco decaída y que habíamos decidido salir las cuatro a cenar. Le he dicho que se viniera, pero ha preferido quedarse viendo un partido de béisbol que estaban echando por la televisión.

Aparcamos en una zona donde los clientes no tenían acceso, gracias a la amiga de Amanda. No queríamos que viera el coche y nos jodiera el plan. Entramos y nos llevaron hasta una mesa en la que veríamos a todo el que entrara, pero con la garantía de que ellos no nos veían a nosotras.

Ni diez minutos llevábamos allí, cuando los vimos entrar. Él, llevaba su mano puesta en su cintura, y se reía con algo que le estaba diciendo ella. A simple vista, parecían una pareja normal que venían de cena de aniversario, sin importarle que la prensa les tomara fotos, y eso me dolió.

No fui capaz de cenar más que una pequeña porción o dos de tortilla y alguno que otro de unos entrantes que habían puesto, y lo hice porque mi bebé necesitaba alimento y no sería yo la que lo pusiera en riesgo.

Mi mirada no se podía apartar de su mesa, de ellos dos, que se veían con una complicidad que no era ni medio normal. Donde la mano de ella estaba sobre la de Bryan la mayoría de las veces, y él no hacía nada por apartarla.

—¿Vamos ya o lo dejamos seguir hasta el final? — preguntó Andy, y yo negué con la cabeza.

—No, todavía no tenemos nada que lo evidencie. Dejémoslo a ver hasta donde es capaz de llegar — dije, sin apartar mi vista.

Pagamos nuestra cuenta, de la que se hizo cargo Sophie, sin permitir que ninguna le diéramos ni un centavo, para que cuando los viéramos salir, ir detrás de ellos.

Dicho y hecho, los vimos levantarse, ella cogiendo el brazo de Bryan, y cruzaron la carretera, entrando en el hotel que había enfrente, que resultó ser

uno de la cadena de Sophie.

—Hay que ser medio gilipollas para entrar en mi hotel. ¿Acaso se pensaba que no me enteraría? O peor aún, ¿qué no te diría nada? No te preocupes, que le vamos a hacer una visita que lo va a dejar sin ganas de juerga — dijo Sophie, haciendo que entráramos detrás de ellos.

—Déjalo, Sophie, ya me ha quedado claro lo que significo para él — dije, con los ojos llenos de lágrimas, esas que no iba a permitirme derramar.

—Ah, no. Eso ni lo pienses. No lo voy a dejar tomarnos por tonta.

Llegamos a la recepción, donde había una chica muy simpática, que le dedicó una sonrisa a Sophie.

—Martha, ¿has visto a la pareja que ha subido en el ascensor antes de nosotras llegar? Una mujer rubia, vestida de rojo, que ha entrado con un hombre muy guapo, así alto…

—Ah si, la señorita Julia Parker, de la suite cuatrocientos doce. A pedido que se le lleve una botella de champán —nos indicó, y nos dio la excusa perfecta.

—Gracias, yo se la llevaré. Somos viejas amigas y voy a hacerle una visita —le dijo ella, a lo que la chica no tuvo el valor de rechistar a su jefa.

Subimos en el ascensor hasta la planta en la que estaba esa mujer alojada, recorriendo el pasillo en completo silencio, no se escuchaba ni el repiquetear de nuestros propios pasos, ya que se trataba de una moqueta.

—Silencio todas, por favor —nos dijo, y llamó a la puerta —. Servicio de habitaciones, le traigo el champán que han pedido.

—Bryan, abre tú, que me estoy cambiando, por favor — escuchamos decir a ella, y los pasos que se encaminaban a la puerta.

—Espero que el polvo que vayas a echar te compense todo lo que acabas de perder —le dijo Sophie a Bryan, que me miraba con los ojos de par en par.

—Tracy, te juro que esto no es lo que parece —dijo, justo cuando ella aparecía detrás con un camisón de lo más provocativo y una bata completamente transparente.

—¿Ocurre algo? — preguntó ella, cogiéndose de su brazo.

—¿Qué haces así vestida? Habíamos venido por la documentación para firmar, y el champán dijiste que era para celebrar el contrato —le dijo él, intentando parecer convincente.

—Claro, y mañana, tú y yo, hacemos la Comunión. No seas cínico, Bryan, ambos sabíamos a qué veníamos a la habitación del hotel, además, cuando llevo toda la noche soltándote indirectas mientras que me mirabas como si fuera un oasis en medio del desierto — contestó ella, a la vez que él se llevaba las manos a la cabeza.

—Cariño, te juro que eso no es cierto. No sé si ha sido casualidad que me encontraras aquí, pero no pensaba acostarme con ella…

—No, no ha sido casualidad. Te escuché decirle que os veríais hoy, "preciosa", además de leer los mensajes que te ha enviado donde te prometía una sorpresa y tú decías que estabas deseando verla…

—La llamada si es cierta, pero yo no me he intercambiado ningún mensaje con ella…

—Sí, también era un restaurante demasiado elegante para ir sin tacones. Pero ¡sorpresa! Me han dejado entrar con zapatos planos. Te he estado observando durante toda la cena, y déjame que te diga que de negocios parecía bien poco. No te preocupes, que vuelvo a mi casa hoy mismo, mañana irá Albert a por mis cosas, lo llamaré ahora. Eso sí, la niña está sola con Joana, no te demores mucho en echar el polvo.

Salí de allí sin echar ni una sola lágrima, no le iba a dar la satisfacción de que me viera llorar por él. Ahora entendía por qué no había pasado la noche en el dormitorio y se había quedado en el despacho, porque estuvo durante todo el tiempo intercambiando mensajitos con ella, y quien sabe si alguna que otra foto que le dio tiempo a borrar.

—Amiga, vente con nosotros, no estés sola —me dijo Sophie, pero negué con la cabeza.

—No, yo me quedaré con ella, no pasa nada. Ahora avisaré a Albert para que no me espere — contestó Andy, pero también negué.

—Me voy a quedar sola porque es lo que necesito, y además no lo haré en casa, porque seguro que viene a buscarme, diciendo que estoy loca y que me lo he inventado todo. Tan solo voy a coger algo de ropa y me voy de viaje, al campo, no os voy a decir donde estaré ni lo que tardaré en volver…

—No puedes hacer eso. Nos tendrás preocupadas y nosotras no tenemos la culpa.

—Pero os puede convencer de que es mentira, y haceros confesar mi paradero, y ni estoy loca ni me va a hacer que lo parezca. Yo os llamaré una vez a la semana.

Capítulo 46



BRYAN

Me había tendido una trampa y yo había caído como un pardillo, dando como consecuencia que Tracy pensara lo que no era, aunque yo lo hubiera pensado también si me encontrara en la situación contraria.

—Albert… —no me hizo falta decir nada más, lo supo de inmediato.

—Joder, te lo dije. Te advertí que no fueras, que esa mujer tenía mucha maldad e iba a parecer algo que no era…

—Tracy se ha enterado y ha estado aquí, en el hotel —me lamenté, mientras escuchaba a mi amigo resoplar.

—¿No me digas que has sido tan imbécil como para ir al hotel con ella?

—Sí, y encima era uno de los de Sophie…

Le conté a mi amigo todo lo que me había dicho Tracy, así como el dolor que reflejaba en su cara y en sus ojos, y no pude evitar romperme. Lloré al teléfono, mientras que él me escuchaba estoicamente.

—Voy a ir a tomarme una copa, lo necesito —le comuniqué a mi amigo.

—No, vete para tu casa, seguro que ella está allí, esperando a que le des una explicación.

—Se ha ido. Me ha dicho que se marchaba a su casa, y que mañana irías tú a recoger sus cosas. ¿Por qué soy tan gilipollas, Albert? — dije, y colgué el teléfono, no necesitaba más reproches ni sermones.

Me metí en un bar, y bebí hasta quedarme casi inconsciente, que fue cuando llamaron a mi chófer para que me sacaran de allí, ya que iban a cerrar y yo seguía derrumbado en la barra.

Cuando desperté, tenía la boca como un zapato, y me dolía la cabeza horrores. Tenía que levantarme, tenía que ir a buscar a Tracy y pedirle que me escuchara, o todo mi mundo se vendría abajo de nuevo.

Me di una ducha y me vestí, bajando a la cocina, donde me esperaba Joana con muy mala cara, y enseguida supe el motivo. Ahí estaba yo, en primera plana en un programa de corazón, con un titular que rezaba: *"La noche más loca del CEO"*.

Le di más volumen a la televisión, ya que quería escuchar la sarta de mentiras que decían, y que iban acompañadas de varias imágenes.

"El CEO de la empresa de seguridad más famosa del país, ha pasado de ser un hombre familiar y reservado, a soltarse la melena. La pasada noche se le ha podido ver acompañado de dos mujeres. La primera de ellas es la multimillonaria y propietaria de la marca de cosméticos The Beautiful Woman, Julia Parker. Con ella se le vio cenando en un restaurante de moda, así como entrando en el hotel donde la Señorita Parker se alojaba. La segunda, es una total desconocida, con la que bailó y se besó en uno de los bares más reputados de la ciudad. A todo esto, tenemos que decir que el señor Bryan Lee estaba viviendo con su pareja, que está embarazada de veinte semanas, y que acaba de recuperarse de un aparatoso accidente que la ha tenido postrada en una silla de ruedas varios meses. ¿Será que esa relación no era tan idílica como nos la querían pintar? O acaso, ha salido la verdadera personalidad del señor Lee, que resulta ser tal y como dijo su difunta esposa hasta la saciedad. No se pierdan el reportaje que os ofreceremos a continuación, donde os daremos todos los detalles".

—Espero que la noche te mereciera la pena, porque has perdido a una mujer que sí que lo merecía —me dijo Joana, plantándome un café encima de

la mesa.

—Nada es tal y como lo cuentan en el programa, me tendieron una trampa.

—Claro que sí, y ahora nosotras nos chupamos el dedo. Porque cuando le comías la boca a esa chica de la discoteca era porque te estaban apuntando con una pistola, ¿no? —me espetó ella con rabia.

—Ahí no sabía lo que hacía, estaba completamente borracho…

—No me cuentes milongas, por favor. Respeta por lo menos la edad que tengo, que no son pocos los años que tengo encima.

Salió de la habitación, justo cuando mi teléfono sonaba, eran mis padres, así que, respiré hondo y contesté la llamada.

—¡No me puedo creer lo que le has hecho a tu familia, y no me digas que no has hecho nada porque he visto las imágenes! — dijo mi padre, bastante enfadado.

—¡Viva la presunción de inocencia!

—Deja la ironía, que demasiados problemas tienes ya encima como para eso.

—Pues eso, que son mis problemas y yo veré la manera de resolverlos. Como siempre, cuento con vuestra ayuda inestimable. Muchas gracias —le dije y colgué la llamada, no me apetecía seguir hablando con un muro, que eso era lo que parecían mis padres.

Me dirigí hasta la salida de mi casa, esa que estaba llena de prensa, para no perder la costumbre, cada vez que saltaba alguna noticia.

—¿Tiene algo que decirnos? —preguntó uno de los periodistas.

—¿Es cierto que ha roto con su pareja y se ha refugiado en la señorita Parker?

Siguieron haciendo preguntas, pero no hablé, ni siquiera abrí la ventanilla para decirles que se apartaran. Puse rumbo a la casa de Tracy, que esperaba que no estuviera igual que la mía.

Aparqué en la misma puerta, y llamé insistentemente, pero sin obtener resultado. Miré por la ventana del patio trasero, y no se veía a nadie en el interior, ni una luz encendida.

Pensé que se había ido con alguna de las chicas, así que, donde primero fui es a casa de Sophie, que seguro que había sido la que más había insistido en no dejarla sola.

—Dime que está aquí, por favor —le dije a Amanda, nada más abrirme la puerta.

—Siento decirte que no. Por mucho que insistimos, no conseguimos que se viniera a nuestra casa — dijo, sin dejarme pasar, hasta que apareció Sophie.

—¿Se puede saber que estás haciendo aquí? —me increpó nada más verme.

—Estoy buscando a Tracy, me tiene que escuchar, tengo que explicarle todo lo que pasó anoche — dije, esperando que me entendiera.

—¿Te lo digo yo? Que dejaste a tu mujer embarazada y recién convaleciente de un accidente para ir a acostarte con una barbie que tan solo te quería para pasar el rato —me contestó, con rabia.

—Eso no fue lo que pasó, te lo juro por mi hija. Me tendieron una trampa…

—No insultes mi inteligencia, por favor. Nadie te puso una pistola en la cabeza para que tontearas con ella durante la cena, nadie te obligó a que te fueras con ella al hotel, y así puedo seguir hasta mañana.

—Me encanta que confíes en mí de esa manera. Parece que no me conoces, sabes que no sería capaz de hacer eso.

—No es algo que haya supuesto, Bryan, lo vimos todas. Y no solo es lo que pasó, sino tu actitud hacia ella, lo que te delató.

—Mira, no voy a sacar información de esta visita, voy a ver si la encuentro por otro lado.

Me levanté y salí de la casa. Lo que más me dolía era que nadie me daba el beneficio de la duda, todo el mundo daba por hecho que lo que había contado la prensa era cierto, cuando la única verdad era que, con la borrachera que había cogido, me había besado con una mujer de la que no sabía absolutamente nada, ni siquiera su nombre, pero que no había pasado de ahí.

Una vez que volví a entrar en mi coche, me dirigí hasta la oficina, donde estarían Albert y Andy, y esperaba que ellos pudieran arrojar un poquito de luz al paradero de Tracy.

—Buenos días, señor Lee, le hacía de descanso todavía — dijo el chico de seguridad del edificio.

—Vengo por algo rápido, o al menos espero que sea así de esa manera —le respondí, con una sonrisa que tuve que forzar, ya que no me salía sola.

Subí al ascensor, y pulsé el número de mi planta, donde también se encontraba el despacho de Albert. La subida se me estaba haciendo eterna, y eso que estaba acostumbrado a ese trayecto, ya que lo hacía a diario.

—Andy, por favor, dime que sabes dónde está Tracy —le dije, ya que era ella a la primera que me encontré nada más salir del ascensor.

—No lo sé, se negó a decírmelo. Pero, si lo supiera, tampoco te lo diría. Sé que eres mi jefe, pero ella es mi amiga, mi hermana. Si crees que esto va a ser un inconveniente para ti, ahora mismo recojo mis cosas, porque no me pienso callar. Lo que le has hecho no tiene nombre, no has respetado ni su cariño ni el hecho de que está esperando un hijo tuyo…

—Andy, ya basta. Te conté anoche lo que había pasado —le dijo Albert, pero no quería que entre ellos hubiera una discusión por mi culpa.

—Déjalo, Albert, ya tengo claro que, para todos, yo soy el culpable de lo ocurrido, y en cierto modo, tienen razón. Tan solo quiero saber dónde está, necesito hablar con ella, explicarle todo y que sea ella la que decida sobre nuestra relación — dije, resoplando.

—Bryan, Andy te ha dicho la verdad. Se ha marchado, pero no nos ha dicho a ninguno donde se iba. Tan solo ha quedado en llamar a las chicas una vez a la semana. Lo máximo que puedo hacer es, en la próxima ocasión en la que llame, hablar con ella y contarle lo que ha pasado, para que se ponga en contacto contigo —me dijo Albert, y el mundo se me cayó encima.

Sin poder evitarlo, caí de rodillas al suelo, y lloré como si no hubiera un mañana. Me dio igual que el personal me viera de esa manera, me daba lo mismo que alguien lo grabara y lo filtrara a la prensa, tan solo quería que todo esto fuera una pesadilla y poder despertarme de ella.

Como pudo, Albert me levantó y me llevó hasta su despacho, que era el que nos cogía más cerca, bajo la atenta mirada de su chica, que no terminaba de creerme.

—Ayúdame, por favor, trae una infusión tranquilizante, que le hará bien — le dijo Albert a Andy, que lo hizo a regañadientes.

—Eso es lo que suele pasar cuando se tienen remordimientos —murmuró ella, recibiendo una mirada reprobatoria de su chico.

—Andy, por favor, déjalo ya. ¿Acaso no lo estás viendo como está? Si continua de esta manera, voy a tener que llevarlo al hospital a que le pongan un tranquilizante.

—Qué pasa, ¿no viste anoche como estaba ella? Con el agravante de que Tracy está embarazada, y todo eso afecta al bebé. Eso que, al parecer, a tu amigo, le ha importado una mierda.

Salió dando un portazo, mientras que Albert resoplaba por su manera de actuar. Intenté quitarle importancia, pero la verdad es que no me había dado ni la posibilidad de escuchar mi versión.

Trajo la infusión, la dejó encima de la mesa, y salió de allí, dejándonos a solas. Mi amigo intentaba tranquilizarme, diciéndome que él intentaría contactarla y explicarle todo, para que se pusiera en contacto conmigo, pero sin prometerme nada, porque estaba tan dolida como para huir de todo y de todos, y eso me partió el alma.

Capítulo 47



TRACY

Metí cuatro cosas en una pequeña maleta, y me fui al aeropuerto. Sabía que Bryan iría a buscarme y a darme unas explicaciones que no creía necesarias, puesto que no había sido algo que hubiese visto en la prensa, sino que fueron mis propios ojos los que lo vieron.

Necesitaba salir de ahí, y no se me ocurrió un lugar más seguro para mí que Londres. Miré en una página de alquiler de viviendas, y encontré un apartamento pequeño en la misma zona en la que vivíamos antes de marcharnos, y a un precio bastante asequible, y no me lo pensé. Hice la reserva, en principio para un mes, ya luego iría viendo como iba la cosa, ya que la chica que me atendió por teléfono me dijo que podría prorrogarse.

El vuelo que encontré salía en unas tres horas, así que me senté en una cafetería del interior del JFK, hasta que pudiera embarcar. Como mi equipaje era pequeño, el chico que me vendió el billete me dijo que no necesitaba facturarla, que podía viajar como equipaje de mano.

En la cafetería en la que estaba tenían puesta la televisión, un canal que emitía un programa del corazón, y en el que vi las imágenes de Bryan, primero con esa mujer, tanto en la cena como en su entrada en el hotel, y luego en esa discoteca, en la que aparecía besándose con otra, y algo se me rompió por dentro.

Me dolía no haberme despedido de la niña, ni de sus padres, pero no podía permanecer allí ni un segundo más. Primero, por mi salud mental, y segundo, por mi bebé, Dylan no se merecía que su madre viviera en una angustia constante por saber que le depararía el destino.

Me llamaron para embarcar, y envié el último mensaje antes de subirme al avión, al grupo que teníamos las chicas.

Tracy: *Estoy bien, bueno, al menos lo intento. No os preocupéis por mí. Este teléfono dejará de funcionar, puesto que me marcho una temporada fuera del país. En cuanto llegue me compraré uno nuevo y os iré hablando cada cierto tiempo. No sé si volveré o cuando lo haré. Os quiero y gracias por todo lo que habéis hecho por mí.*

Iba a apagar el móvil, cuando me llegaron sus mensajes, esos que leería, pero que no contestaría a ninguno más.

Sophie: *Bryan ha venido a buscarte a mi casa, pero no te preocupes, que se ha ido con una buena bronca. Yo también te quiero, pero de vuelta, que nuestros hijos tienen que crecer juntos. No te permitas que el dolor te aparte de la gente a la que le importas. No tardes, un beso.*

Andy: *Por la oficina también ha venido. Albert me ha dado su versión de los hechos, al parecer nada es lo que parece, pero siendo sincera, no sé si creerlo. Vuelve pronto, no quiero permanecer separada de ti. Si no lo haces, dejaré todo y volaré hasta donde tú estés. Cuídate, y no olvides todo lo que te quiero.*

No leí más, apagué el teléfono y monté en el avión. La azafata, muy amablemente, me dijo que estaría más cómoda en otro asiento, y me llevó a una zona intermedia entre primera clase y turista, donde los asientos eran algo más anchos y podía estirar las piernas, y se lo agradecí.

Durante el vuelo no podía quitarme de la cabeza esas imágenes de Bryan, primero con la rubia, como salió con ese camisón, la manera en la que lo tocaba, sus gestos cómplices en el restaurante y, luego, besándose con aquella otra mujer, y las lágrimas me salieron solas.

Cerré los ojos, quería despertar de esa pesadilla. Yo lo había dado todo por él, incluso renuncié a un buen trabajo, porque no se sintiera incómodo con la situación. Y él, ¿cómo me lo paga? Liándose con dos mujeres en la misma noche.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero sí que noté como la azafata me daba toquecitos en el hombro para despertarme, estábamos a punto de aterrizar y tenía que poner el asiento en forma vertical.

—Señora, estamos a punto de llegar a nuestro destino. Siento tener que despertarla, pero debe poner su asiento en vertical, o podría ocurrirle algo durante el aterrizaje —me dijo, sonriente.

—Disculpa, me eché hacia atrás y he debido quedarme dormida. Gracias —le contesté.

El cielo en Londres, como era la costumbre, estaba encapotado, y hacía mucho frío. Por suerte, el clima en invierno no distaba mucho del que había en Nueva York en esta época del año, así que iba bien abrigada.

Tomé un taxi, que me llevó hasta el apartamento que había alquilado, donde una chica me esperaba con las llaves. Estaba completamente reformado, la única pega que tenía es que era de una sola habitación, tipo *loft*, pero para mí sola, era ideal.

Contaba con una pequeña cocina abierta al salón, que tenía un sofá y un mueble modular, en el que se encontraba una televisión. Un pasillo en el que había dos puertas, el dormitorio, con un pequeño vestidor que, según me contaba la chica, correspondía antes al cuarto de la plancha, y un baño completo, pero sin bañera. Tenía una placa de ducha con una mampara preciosa, el inodoro y un lavabo con un espejo enorme, que fue lo que más me gustó.

—Si es tan amable de firmar el contrato… En principio, y tal y como usted me dijo, está para un mes, pero prorrogable durante todo el tiempo que necesite. Tan solo, tendrá que avisarnos tres días antes de que venza, y comunicar el tiempo de ampliación —me dijo la chica, mostrándome un documento que había sacado de la carpeta que llevaba.

—Ahora mismo, y muchísimas gracias por atenderme con tanta premura, y encima a estas horas, pero he tenido que viajar de urgencia y no me gusta quedarme en los hoteles — dije, firmando el documento que me había extendido.

—Para nada, cualquier cosa que necesite, sabe el teléfono en el que puede encontrarme.

Cuando me quedé sola, no tenía fuerzas para nada. Habían sido muchas emociones juntas, así que, me di una ducha y me acosté a dormir. No tenía hambre, y, además, no tenía nada en la nevera, así que, en cuanto que me levantara, iría a desayunar a la cafetería de siempre y al supermercado a por una buena compra.

Los rayos de luz que entraban por la ventana fueron los encargados de recibirme esa mañana, ya que se me había olvidado bajarla la noche anterior. Me levanté de la cama con otra energía, como si mi mente supiera que estaba en casa, y me vestí de manera cómoda. También tenía que ir a comprarme ropa, pero eso lo dejaría para mañana, no quería forzar mi pierna durante más tiempo.

—Mírala, por favor, pero si es la reina del glamour la que viene a visitarnos —me dijo Douglas, el dueño de la cafetería y camarero en esos momentos.

—Hola, Douglas, ¿qué tal todo? —le pregunté, acercándome a darle un abrazo.

—Mejor que tú, por lo que veo, y no lo digo por el embarazo, que ese te está sentando genial, te veo hasta más gordita, pero no en el sentido malo, que lo sepas. ¿Qué te trae de nuevo por aquí? Escuché que te habías marchado a Nueva York.

—Pues que necesitaba cambiar de aires, chico. Que no tengo buen ojo para los hombres, que le vamos a hacer. Anda, ponme un desayuno completo que me muero de hambre, que desde ayer no pruebo bocado —le dije, guiñándole un ojo, como siempre le hacía.

—Ahora mismo, preciosa. Toma asiento que debes estar exhausta de tanto ajetreo — respondió él, con una sonrisa.

Cuando me sirvió mi desayuno y como ya había llegado el camarero habitual, se sentó conmigo a tomarse un café. Le pregunté por su mujer y por sus hijos, y me dijo que el pequeño ya había empezado en la guardería, porque, todo lo bueno que había sido el mayor, este lo tenía de travieso.

Le estuve contando como estaba Andy, y que me habían dicho que era un niño, al que pondría de nombre Dylan, y que, de momento, todo iba bien en el embarazo. No me dejó pagar la consumición, y se despidió de mí con otro abrazo.

En el súper, fue más de lo mismo, ya que las chicas de caja me conocían de hacía mucho tiempo. Todas se extrañaron de verme allí de nuevo, así como de mi embarazo, pero se alegraron mucho. Quedamos en salir a cenar una noche, cuando ya estuviera un poco más restablecida emocionalmente, y en que me llevarían la compra a casa en un par de horas, así que aproveché y entré en el centro comercial para comprarme algo de ropa, porque con la que llevaba no tendría suficiente.

El mes iba pasando, y prorrogué durante otro mes más mi contrato de alquiler. Ya estaba de cinco meses pasados, y mi embarazo iba viento en popa, pero no me había podido quitar de la cabeza a Bryan.

Mi rutina era siempre la misma, me levantaba por la mañana, me daba una ducha y bajaba a desayunar a la cafetería de Douglas. Luego, a continuación, paseaba por el parque cercano a mi casa durante una hora más o menos, descansaba un ratito sentada en uno de los bancos, y volvía a casa para prepararme la comida, de donde ya no salía hasta el día siguiente. Pero ese día el destino me tenía preparada una sorpresa.

—¿Tracy? ¡No me puedo creer que hayas vuelto y no me hayas avisado! —Me dijo James, el abogado y arrendatario del piso en el que vivía anteriormente en Londres.

—¡James! Que alegría verte, de verdad —le dije, dándole un abrazo.

—Vayamos a tomar algo, porque me parece que tienes mucho que contarme, al igual que yo a ti — dijo, y nos sentamos en un bar que había cerca.

Las temperaturas se habían suavizado y, aunque todavía hacía frío, no era ese tan extremo de cuando llegué de nuevo a la ciudad, así que nos pusimos en la terraza, donde estaba dando el sol, algo raro en Londres, por otra parte.

Más de dos horas estuvimos allí, charlando y poniéndonos al día. Me contó que al piso donde yo vivía había llegado una mujer que lo dejó cautivado desde que la vio. Se llamaba Macarena, y era española. Estaba allí por trabajo, y no dudó en invitarla a salir para enseñarle la ciudad. Desde entonces están juntos, pero quieren ir despacio, por eso ella sigue en su casa y él en la suya.

—No sabes lo que lamento lo de Bryan, no se veía ese tipo de hombres — me dijo, con mucho pesar.

—Para que tú veas que las apariencias engañan. No he querido volver a saber de él, por mucho que todos me dicen que lo escuche, pero tengo mucho dolor dentro y, nada de lo que me diga, será suficiente para mí.

—Ahí no puede nadie darte consejos, Tracy. Esa decisión la tienes que tomar tú, y nadie más. Es tu vida y es el padre de tu hijo, supongo que a eso no te vas a negar.

—Por supuesto que no. Siempre será su padre, pero de momento no tengo fuerzas para ponerme delante de él. Además, todavía tengo casi cuatro meses para concienciarme, antes de que nazca el niño — dije, con una sonrisa.

Nos despedimos, y me dejó muy claro que no estaba sola en la ciudad, que, si necesitaba cualquier cosa, lo que fuera, no dudara en llamarlo, porque acudiría con la mayor premura posible.

—Gracias, James. Ya sabes donde vivo, así que no dudes en venir con tu chica cuando quieras, tengo ganas de conocerla —le dije, ya que me había acompañado hasta la puerta.

—Lo hare, no te preocupes. Cuídate mucho, Tracy —me contestó, dándome un abrazo y diciéndome que estábamos en contacto.

Capítulo 48



BRYAN

Decir que estaba desesperado era quedarme muy corto, la verdad. Había pasado casi un mes desde que sucedió todo aquello, y las cosas habían cambiado mucho desde aquel día.

Para empezar, mis padres se dieron cuenta de que todo era una farsa, cuando, en un programa de televisión, apareció Natalie, diciendo que ella se había acostado conmigo en infinidad de veces, y que, hasta mi hija, antes de que apareciera Tracy, estaba loca porque fuera su nueva mamá.

Se inventó que lo hacíamos cuando mi mujer todavía estaba viva, y que quedábamos en moteles a las afueras de la ciudad, o en la misma casa de mis padres, cuando yo iba de visita.

—Eso es mentira, hijo, y voy a entrar ahora mismo a desmentirlo — dijo mi madre, junto a Joana.

—No, mamá, no vamos a entrar al trapo. Lo que ella quiere es que nosotros le contestemos, de esa manera ella podría ir de plató en plató contando más mentiras. La llevaré por la vía judicial, y que sea un juez el que le pida las pruebas, que no tendrá porque en mi vida me he acostado con esa mujer, y ustedes lo sabéis.

—Lo que estará sufriendo la pobre Tracy, y todo por una mentira —dijo mi padre, y me tocó el corazón.

—He intentado localizarla por todos los medios. Incluso las chicas, que ya han visto que nada era lo que parecía, le han dicho que me escuche. No puedo hacer nada más, es su decisión, por mucho que me duela.

—¿Y no vas a hacer nada?

—¿Qué quieres que haga, mamá? No sé dónde está, nadie me dice nada, y no quiere hablar conmigo.

—Pero vosotros os amáis, no debiste mentirle de aquella manera, y todavía no sé por qué lo hiciste — dijo mi padre.

—Pues es muy sencillo. Estaba acomplejada con su cuerpo, con los kilos que había cogido al no poder moverse por lo de la pierna, y siempre me decía que terminaría dejándola o liándome con otra, por eso. ¿Habéis visto a esa mujer? Es una hija de puta, pero tiene un cuerpo espectacular, aparte de que es preciosa. Si ella sabía que la cena era con Julia, los celos la matarían y no quería que sufriera.

—Lo tenías en la palma de tu mano, hijo. Era tan sencillo como no ir, dejar que hubiera ido Albert, o que tu pareja te acompañara, y así se hubieran terminado los malentendidos. Me parece que querías comprobar que sigues siendo atractivo para otras mujeres, y eso hace daño, mucho daño, y te lo digo con conocimiento de causa — dijo mi madre, mirando de reojo a mi padre.

—¿Me he perdido algo? ¿Hay alguna cosa que yo no sepa? —pregunté, mirando a los dos alternativamente.

—Te vamos a contar una historia que poca gente conoce. Cuando tu madre y yo nos casamos, enseguida se quedó embarazada de ti, y las inseguridades hicieron acto de presencia. Por aquel entonces, yo tenía una secretaria que era un bombón, Mary, y el tonteo con ella era continuo. Una noche, en una fiesta de la empresa, con el vino como atenuante, me lie con ella, y tu madre me vio. Le dije que viniera conmigo y me dijo que no se encontraba bien, que fuera yo y me divirtiera…

—Pero a lo largo de la tarde me fui encontrando mejor, y quise ir a darle una sorpresa, y en realidad la sorprendida fui yo, que me lo encontré

besándose con ella en un rincón de la sala —interrumpió mi madre.

—No hizo aspavientos, no montó una escena, porque aún dentro de su dolor, entendió que eso podría perjudicarme laboralmente. Pero cuando llegué a casa, ya no estaba, se había marchado dejándome con la culpa. No apareció hasta el momento en el que ibas a venir al mundo, en el que me mandó un telegrama.

—¿Te dejó estar en el parto? Porque si mamá, aun sabiendo que le habías puesto los cuernos, te llamó, no pierdo la esperanza de que Tracy me deje ver nacer a mi hijo — dije, sin terminar de creerme la historia que me estaba contando mi padre, de lo sorprendente que era.

—No dudo de que lo hará, esa mujer es como tu madre. Orgullosa, pero muy justa.

—Ojalá y sea cierto, de verdad, porque no tendré otra oportunidad de acercarme a ella.

—Como te iba diciendo, yo me esperaba reproches y malas caras de la familia cuando llegué allí, pero fue todo lo contrario. Ella les había contado a tus abuelos que se había ido a su casa porque, al estar yo tanto tiempo trabajando, ella se quedaba sola, y le daba miedo que le pudiera pasar algo. Fingía que me enviaba cartas y que yo se las respondía, y todo para no dejarme en mal lugar.

—¿Cómo la convenciste para que volviera a casa? —Pregunté, por si me podía servir de algo.

—Cuando todos se marcharon, me miró y vi el dolor en sus ojos, la decepción, a pesar de que era el momento más feliz de nuestras vidas, porque ya te teníamos con nosotros, fuerte y sano. Me miró a los ojos y sus palabras se me quedaron grabadas en la piel: “Eres la decepción más grande de mi vida, pensé que estábamos hechos el uno para el otro, pero me has pagado con la traición”

—Así me siento yo con Tracy, como si la hubiera traicionado, pero juro que no pasó nada entre Julia y yo. Y con la otra, se ha demostrado que me

echó algo en la bebida, quería ser famosa a mi costa, salir en la prensa y que le subieran el caché como modelo, y lo único que ha conseguido es que no la llame nadie para posar o desfilar. Ella solita se ha hundido en la miseria.

—Me costó mucho perdonar a tu padre, no lo voy a negar. Porque, a pesar de que lo seguía queriendo con toda mi alma, esa imagen de él con la otra en los brazos acudía a mi mente a cada instante. Pero, con paciencia y demostrándome día a día que no había significado nada, pudimos reconstruir nuestro matrimonio.

—Al principio, no me dejaba entrar ni en la habitación. Porque volvió a casa, una vez que salisteis del hospital, ya no le quedaban excusas para no hacerlo, pero de una manera muy distante. Yo intentaba volver lo más pronto a casa, e incluso hablé con mi jefe para contarle lo sucedido, así que envió a Mary a otro departamento, y a mí me puso como secretario a un chico. Le traía flores casi a diario, o bombones, y un día le dije que ya no podía más, que, si no iba a volver a ser mi mujer, me marchaba de casa, porque la situación me estaba matando —me contaba mi padre, con lágrimas en los ojos.

—Nos sentamos a hablar, y decidimos darnos otra oportunidad. Eso sí, sin más mentiras ni líos, y once meses después, nació tu hermana Alison —me contó mi madre, tomando las manos de mi padre.

Toda esa historia de mis padres me hizo volver a tener un hilito de esperanza, sobre todo cuando me dijeron que mi madre había vuelto a casa de sus padres. Tracy no tenía padres, ni casa a la que volver, pero sí una ciudad en la que había crecido, y un hombre que, seguro que estaba allí para ella, así que no dudé en llamarlo.

—Bryan, ¿ocurre algo para que me llames a estas horas? —me preguntó en cuanto que vio que era yo el que llamaba.

—Lo siento, James, estoy tan desesperado que no he calculado ni la diferencia horaria. Si quieres, te llamo más tarde, no te preocupes —le dije, y era cierto, ni siquiera me había parado a pensar en la hora que sería allí.

—No, ya que me has despertado, cuéntame en qué te puedo ayudar.

—Es Tracy, estoy como loco por encontrarla. La he buscado en todas partes, necesito hablar con ella, contarle toda la verdad, y se me agotan las opciones —le hablé con el corazón en la mano.

—Pues, al parecer, no has buscado en el lugar correcto — contestó, y escuché una voz de mujer, y algo se me removió por dentro, pero no tenía por qué ser en el sentido en el que yo me había imaginado.

—¿Está ahí contigo? He escuchado una voz de mujer. Por favor, no me mientas, tengo que saber lo que sea, por mucho que me duela —le medio supliqué, y soltó una carcajada.

—No seas imbécil, Bryan. La que está aquí conmigo es Macarena, mi chica. Bueno, más bien estoy yo con ella, ya que estamos en su casa. Pero te seré franco, Tracy está en Londres, la vi hace unos días, por casualidad. No debería decirte esto, pero no la dejes escapar, cógete un vuelo ahora mismo para acá, que yo encontraré la manera de que os volváis a ver. Os merecéis un final feliz, los dos, pero no metas más la pata, te lo ruego —me contestó James, y una sonrisa asomó a mis labios.

—Está bien, ahora mismo lo preparo todo, pero no le diré nada a nadie, porque pueden ponerla sobre aviso.

—No creo, porque sus amigas dicen que te escuche, que hable contigo, pero ella se niega, dice que no tiene fuerzas para enfrentarte.

Eso me dolió, pero no más que a ella mi supuesta traición, así que hice caso omiso a lo que mi mente me decía, iba a ir a por ella, y la iba a traer conmigo.

Después de colgar la llamada, me fui a casa de mis padres, tenía que contarles todo y encargarles que cuidaran de la niña, porque no me la podía llevar, no ahora, que era un momento para los dos, para dejar todo claro y volver a casa.

—¿Qué haces aquí, Bryan? — preguntó mi madre, en cuanto me vio entrar por el salón.

—Vengo a hablar con vosotros, necesito vuestra ayuda.

—Cuenta con ella para lo que sea — respondió mi padre, con ese amor incondicional que me tenía.

—La he encontrado, está en Londres. Tu charla me sirvió para ir atando cabos, hasta que comprendí donde podía haber huido. He hablado con James, el abogado que me ayudó allí, y él sabe dónde vive. Ahora mismo cojo el vuelo para allá, pero necesito que os ocupéis de Audrey mientras estoy ausente. Decidle que he ido a buscar a su madre, y que estaré de vuelta con ella.

—No te preocupes por eso, nosotros nos haremos cargo de todo. Mi niña, lo que está sufriendo por su ausencia, más que la de su propia madre. Se volverá loca de contenta cuando se entere. Eso sí, hijo, no vuelvas sin ella, porque entonces no serás feliz en la vida — dijo mi padre, dándome un abrazo.

Ya había avisado a mi tripulación de que necesitaba partir de inmediato, y se pusieron manos a la obra para tener el avión listo cuando yo llegara al aeropuerto. Volví a mi casa, donde preparé la maleta a la mayor brevedad posible. No sabía el tiempo que tendría que estar allí, por lo que cogí la grande, y la llené de ropa informal, ya que no se trataba de una visita de negocios, los trajes se quedarían colgados en el vestidor.

Llamé a Sam, que se encargó de llevarme al aeropuerto, pero le dije que, si preguntaban por mí, que me había ido unos días a casa de mis padres, no quería que nadie supiera de mi viaje exprés.

En el hangar, todo estaba listo para mi partida, por lo que no perdí más tiempo, embarqué y partimos en cuanto que nos dieron permiso desde la torre de control. El viaje se me hizo eterno, porque lo único que deseaba era llegar y encontrarme con ella, aunque con quién me iba a encontrar era con James, que me estaría esperando en el aeropuerto.

Capítulo 49



BRYAN

—Ey, amigo, ¿qué tal el viaje? —me dijo James, en cuanto que me vio.

—Eterno. Para mí que, en vez de venir a Londres íbamos a las antípodas — respondí, y él soltó una carcajada.

—Anda, vamos, que tengo el coche ahí fuera y te voy a presentar a mi chica, que nos está esperando dentro — dijo, y salimos hasta la zona en la que se encontraba estacionado el vehículo.

Cuando llegamos, apoyada en el capó del coche, estaba una mujer morena, con unos ojos verdes impresionantes, enmarcados en unas enormes pestañas, que nos miró con una sonrisa.

—Tú debes ser Bryan, mi nombre es Macarena — dijo, dándome dos besos que me dejaron un tanto descolocado.

—Amigo, ella es mi chica, aunque ya se ha presentado sola. Es española, de ahí lo de los dos besos — respondió James, riendo por mi reacción.

—Mi chica hace una tortilla de patatas para chuparse los dedos, pero no es española, lo aprendió de una maestra —le dije, no sé por qué, pero se me vino esa imagen a la cabeza.

—Estoy deseando conocerla, aunque tengo mis dudas de que no nos vaya a poner a los tres de patitas en la calle, te lo advierto —me dijo ella, con una sonrisa. Se veía una chica muy simpática.

—¿Qué es lo que tienes pensado, James? Porque me está dando miedo lo que está diciendo tu chica —le pregunté, mientras que hacía aspavientos con la mano.

Le dije que había reservado un hotel, pero me dijo que no, que ese no podía ser, puesto que estaba demasiado cerca de donde vivía Tracy, y no queríamos que me viera antes de tiempo.

Al final, y después de mucho discutir, acordamos que me quedaría en su casa, que estaba lo bastante lejos como para que no me la cruzara hasta que lo tuviéramos todo atado.

El plan era muy sencillo. Tracy quería conocer a Macarena, de la que solo sabía por boca de su amigo o por teléfono, ya que ellos siguieron en contacto después de encontrarse. Les había propuesto varias veces quedar para cenar en su casa, ya que no le apetecía salir por la noche, y James le había dicho que sí, pero que tenía que mirar el día que podían.

Ese día había llegado, y era el próximo viernes, para el que quedaban dos días, que se me harían como dos meses de largo, pero quien aguanta lo mucho, aguanta lo poco. James y Macarena irían primero, subirían a su casa y, cuando estuvieran todos sentados a la mesa, me avisaría para que subiera, encontrándome con ella, por fin.

—¿Y si me cierra la puerta en las narices? ¿O si me manda a la mierda, que también es otra opción? — preguntaba, completamente indeciso.

—En ese caso, ambos estaremos dentro para convencerla. Tú, lo único que tienes que hacer es no moverte de la puerta. Como si tienes que suplicar y llorar, me da igual, pero no te puedes ir hasta que ella te escuche, hasta que sepa la verdad —me decía Macarena, a la que su chico había puesto al día de toda nuestra relación.

—¿Habrás traído la documentación que acredite que dices la verdad? Lamento que salga mi lado profesional a relucir, pero es que, tal y como está ella, si no es con pruebas, no te va a creer — dijo James.

—Por supuesto, incluso el vídeo con el testimonio de Natalie, y la copia de la demanda que le he interpuesto. No pienso dejar nada al azar, lo traigo todo muy bien atado —respondí, señalando la maleta en la que traía todo.

—¿Te imaginas que ahora te hayan cambiado la maleta en el aeropuerto? —dijo Macarena, riendo, y os puedo jurar que me entró de todo por el cuerpo.

—Menos mal que la he llevado conmigo siempre, que no he viajado en un vuelo comercial, sino, te prometo que me hubiera hecho mis necesidades encima — contesté, entre risas.

Llegamos a su casa, donde ya tenía la cena preparada, lista para calentar y servir. James me llevó a la que sería mi habitación, y en la que dejé mi maleta y mis cosas. Saqué un pantalón de algodón y una sudadera, y me di una ducha rápida antes de cambiarme de ropa para bajar a cenar, al igual que hicieron ellos.

Cenamos planeando todo lo que íbamos a hacer, las distintas escenas que nos podríamos encontrar y las diferentes formas de enfrentarlas. Enteramente, parecía que estábamos preparando un juicio, tal y como nos dijo Macarena.

—Te ha faltado preguntar la opinión del fiscal, amor —dijo Macarena, mientras recogíamos los platos para llevarlos a la cocina.

—Lo siento, pero es que a mí no me gusta improvisar nada, prefiero tener todo atado y más que atado ante cualquier imprevisto — contestó James, que se veía un hombre de lo más cuadriculado.

Los días fueron pasando. Para evitar tentaciones o que me pudiera ver Tracy, durante esos dos días no salí apenas de la casa, casi ni me asomaba a la terraza, para evitar la ley de Murphy, porque, si no quieres encontrarte a alguien, ten por seguro que lo harás, así como, en caso contrario, no la encontrarás por ninguna parte.

Y llegó el momento de la cena. Me duché y me vestí con un pantalón chino en color camel, unas botas del mismo color, y un jersey de cuello a la caja en beige. Cogí mi abrigo marrón y la carpeta con toda la documentación, y nos fuimos para la casa en la que estaba viviendo Tracy.

—Recuerda, hasta que yo no te avise, no te muevas de la puerta. No vayas a hacer una locura y lo mandes todo a la mierda — dijo James, cuando aparcó el coche.

—Me quedaré aquí hasta que me avises —le dije, llegando al portal.

En principio me iba a quedar en el coche, pero entonces, Macarena, se dio cuenta de que no podríamos hacerlo así, porque alguien me tendría que abrir la puerta de la calle, por lo que decidimos que esperaría dentro del portal.

TRACY

James estaría a punto de llegar, así que preparé todo en la mesa. En ello estaba cuando sonó el telefonillo, fui hasta la cocina y le abrí el portal, yendo hasta la puerta para recibirlos.

El ascensor se abrió enseguida, y de él salieron los dos, ella era preciosa, y se veía de lo más simpática, como cuando habíamos hablado por teléfono.

—No sabes las ganas que tenía de conocerte —me dijo Macarena, que así se llamaba la novia de James, aunque ellos no le habían puesto etiquetas a lo que tenían.

—Igualmente. Eres preciosa, y se ve que os queréis muchísimo —le respondí, dándole un abrazo y dos besos, tal y como ella estaba acostumbrada a saludar.

—Y a tu amigo, qué le dé viento fresco, ¿no? — dijo James, esperándome con los brazos abiertos.

Pasamos al salón, donde ya estaba todo dispuesto, pero antes nos servimos una copa y estuvimos hablando de todo un poco, la mía sin alcohol, como no podía ser de otra manera.

—Espero que mi comida española esté a tu gusto. Me enseñó una de las cuidadoras que tenía en el orfanato, que era de allí. Hasta ahora, a todos les ha encantado, pero claro, ninguno era del país de origen. Rezaré para no hacer el ridículo —le dije a Macarena, que le quitaba importancia haciendo gestos con la mano.

Vi que James había cogido su teléfono para mirar algo, así que me fui directamente hasta él, para reprenderlo.

—El teléfono fuera de la mesa, señorito. Esto es una cena entre amigos, así que no quiero que haya tecnologías que nos puedan evadir de la conversación —le dije, con las manos en la cintura.

—No te preocupes, era tan solo un mensaje que tenía que enviar, ahora mismo lo suelto —me contestó, guardando de nuevo el móvil en su bolsillo.

Estábamos dispuestos a sentarnos, cuando sonó el timbre de la puerta, pero yo no esperaba a nadie.

—Tiene que ser algún vecino que necesita algo, porque yo no espero a nadie más —les dije, y me levanté para abrir.

En el momento en el que abrí la puerta y me encontré con él, las piernas me flaquearon, y tuve que sujetarme al pomo. No podía articular palabra, no podía moverme, tan solo dejé que el dolor saliera de mí en forma de lágrimas.

—Tracy, estoy aquí y vengo con toda la verdad —me dijo Bryan, ayudándome a entrar en casa.

—Será mejor que os dejemos solos, tenéis mucho de lo que hablar —nos dijo James, que se estaba poniendo el abrigo.

—Gracias, amigo, sin ti no hubiera podido dar con ella —habló Bryan a James.

—No pierdas la oportunidad, muéstrale todo, incluso tu corazón, o no te volveré a ayudar nunca más.

Ninguno de los dos fuimos capaces de empezar a hablar. Yo, porque las palabras no me salían, y él, supongo que no sabría por dónde empezar, hasta que tomó una bocanada de aire, y empezó a explicarse.

—Tracy, si no te hubiera mentido sobre esa cena, nada de esto estaría ocurriendo, pero te prometo por nuestros hijos que no he tenido nunca la intención de acostarme con otra mujer que no fueras tú.

—No era eso lo que parecía aquella noche, Bryan, ni en la discoteca tampoco perdiste el tiempo. Te voy a escuchar, pero eso no significa que te vaya a perdonar, así que, más vale que me cuentes toda la verdad, de una vez por todas — respondí, porque no podía quedarme con la duda.

—Te lo prometo que así será. Verás, es cierto que Julia Parker, la mujer con la que cené esa noche, siempre se había mostrado interesada en mí, pero yo nunca le había hecho caso. Me llamó dos días antes para decirme que quería firmar un contrato con la empresa, y haciendo cálculos, eran muchos los millones que estaban en juego. Siempre pensé que vendrías conmigo, pero cuando empezaste a hablarme de tus complejos por el embarazo, creí que te ibas a sentir incómoda cenando con ella.

—Por eso me dijiste lo del restaurante… Si tú me hubieses demostrado que mis complejos no eran ciertos, si me hubieras antepuesto a esa mujer, no me habría sentido incómoda, ni siquiera insegura, pero tu actitud me decía todo lo contrario, era como si te avergonzaras de mí —le respondí, con toda la sinceridad. Si íbamos a hablar, tenía que ser lo más claro posible.

Me contó todo lo que había pasado, me presentó documentación en la que salía que esa noche le habían echado algo en la bebida. Me mostró el vídeo en el que la tal Natalie, daba datos exactos de los días en los que se había acostado con él, cuando no podían ser ciertos, entre otras cosas porque esos días fueron cuando estuvimos en Orlando, así como la demanda que le había interpuesto.

Me enseñó su teléfono, donde Julia le decía que no se iba a salir con la suya que, si quería ese contrato, tendría que acostarse con ella, así como su correspondiente denuncia por intento de chantaje.

Lo miré a los ojos y vi que me estaba diciendo la verdad, y no pude más, lo abracé llorando. Lloramos los dos, entre besos y abrazos, sacando fuera todo el dolor que sentíamos, ese que había sido infringido por culpa de terceras personas, que no nos querían ver felices.

Esa noche, hicimos el amor, nos entregamos el uno al otro de la mejor manera que supimos hacerlo, entre caricias y palabras dulces que expresaban todo lo que sentíamos. Entre sus brazos, me sentí en casa de nuevo, en familia, aunque me faltaba la pequeña Audrey.

—¿Qué le has dicho a la niña de mi ausencia? —le pregunté, mientras permanecíamos desnudos en la cama después de hacer el amor.

—Que habías tenido que marcharte durante una temporada por un problema familiar. Se va a volver loca de contenta cuando vuelvas, porque… vas a volver, ¿verdad?

Epílogo



Quince años después…

—Mamá, estos niños me van a volver loca. Me vuelvo al ático en cuanto que terminemos de cenar — dijo Audrey, mi hija mayor.

—De eso nada, de aquí no se marcha nadie hasta que no abramos los regalos mañana por la mañana —le dijo Faith, su abuela.

Pero será mejor que os cuente todo lo que nos ha pasado en estos quince años, o no entenderéis nada de lo que viene a continuación.

Después de que Bryan viniera a buscarme a Londres y aclaráramos todo, permanecimos allí durante una semana más, necesitábamos esa intimidad, ese espacio y tiempo para nosotros. Uno de los días, me dijo que me iba a invitar a cenar en un lugar muy romántico, lo que no me esperaba era que lo hiciera en París, en uno de los hoteles que hay frente a la Torre Eiffel.

En la terraza de la suite que había reservado, y con la torre iluminada, se arrodilló ante mí y me pidió matrimonio. Por supuesto que le dije que sí, después de todo lo que habíamos sufrido y todo por lo que habíamos tenido que pasar, nos merecíamos nuestro final de cuento.

Volvimos a casa, sí, porque así me hizo que la sintiera, como la mía, con nuestra hija, que se volvió loca de alegría en cuanto me vio llegar de la mano de su padre y con todas mis pertenencias, porque me mudé definitivamente.

Meses después, nació nuestro hijo Dylan, que ya tenía quince años recién cumplidos, y era un niño ejemplar, al igual que su hermana mayor. Nos casamos al verano siguiente, cuando el niño contaba ya con poco más de un año, en una ceremonia preciosa que llevamos a cabo en el jardín de la casa de mis suegros.

La luna de miel fue preciosa, la hicimos en dos partes. En la primera, en un resort en el Caribe, donde paseamos por playas de arena fina y dorada, y nos bañamos en un mar que parecía que estaba dibujado, de lo bonito que era. Nos hicimos millones de fotos, algunas parecían sacadas del catálogo de una agencia de viajes, dignas de ser impresas para una postal. De hecho, en el salón de nuestra casa teníamos una enmarcada, en la que aparecíamos dos, pero en realidad estábamos cuatro.

Sí, habéis acertado, estaba embarazada de mellizos, pero aún no lo sabíamos. La segunda parte la hicimos con todos los nuestros, sus padres incluidos, en el sur de España, de donde era Macarena, que también vino con nosotros, al igual que James, pero de ellos os hablaré más tarde. Mi marido alquiló una especie de mansión en una de las zonas más glamurosas de Andalucía, un pequeño pueblo de la provincia de Cádiz llamado Sotogrande. Si las playas del Caribe eran de postal, estas no tenían nada que envidiarles. Su gastronomía, su gente, sus noches en la calle, algo a lo que ninguno estábamos acostumbrado, pero que, según Macarena, era lo que más echaba de menos, y a lo que terminamos acostumbrándonos pronto.

Con el nacimiento de Faith y Michael, cerramos el cupo familiar. Bryan, mi marido, se practicó una vasectomía, porque con cuatro hijos ya teníamos suficientes. Llevaban el nombre de sus abuelos, porque no podía ser de otro modo, ya que, sin ellos, nada de lo nuestro podría haber sido posible. Me acogieron en su familia como si de verdad fuera de su sangre, como una hija más, y eso no lo esperaba, a pesar de que fue así desde el primer día en que me conocieron.

Albert y Andy también se habían casado, y se mudaron a la casa que había junto a la nuestra, abriendo las dos parcelas para que parecieran una y, tal y como le había prometido nuestro amigo a Bryan, puso el ático a nombre de Audrey. Ellos tenían dos hijos, Albert y Bryan, de quince y trece años, que eran inseparables de Dylan y los mellizos, ya que se llevaban poco tiempo

entre ellos. Os preguntareis como es posible que Albert y Dylan se llevaran tan poco tiempo, pues muy sencillo, cuando me marché a Londres mi amiga ya estaba embarazada, pero aún no lo sabía.

Sophie y Amanda seguían casadas y de lo más felices, ellas se quedaron con sus dos hijos, porque, mientras que Mía había sido una niña de lo más tranquila, Mario fue todo lo contrario. Ellos también eran parte de la pandilla de mis mellizos y de Bryan, pero les temíamos, porque cuando mi hijo menor y su amigo se juntaban, podía pasar de todo, ya que los dos eran una travesura andante.

James y Macarena no se habían casado, pero sí que vivían juntos, pero sin hijos, porque ellos lo decidieron así. Ninguno de los dos se veía siendo padre, decían que se conformaban con los nuestros cuando veníamos o íbamos a visitarlos, como era ese día, en el que estábamos todos juntos en la casa de mis suegros, donde estábamos celebrando la Nochebuena.

Mi hija Audrey estaba ya en la universidad, estudiando Dirección de Empresas, para seguir los pasos de su padre, mientras que los más pequeños seguían en el instituto. Se había mudado al ático cuando empezó la carrera, porque decía que tenía más intimidad y tranquilidad para estudiar. Esa mañana habíamos recibido una noticia, su abuelo paterno había fallecido, y la había nombrado heredera universal, legándole todos sus bienes, a los que ella quería renunciar, pero le dijimos que antes, iríamos al abogado a que le contara todo el tema de la herencia, porque su abuelo cumplió su palabra y no se volvió a acercar a nosotros.

—¿Qué está pasando aquí? ¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó mi marido en cuanto que escuchó a Audrey protestar y decir que se marchaba a su casa.

—Estos dos, que me tiene harta. Cualquier día os los encontráis atados al árbol que hay en el jardín —le contestó su hija, bastante enfadada.

—¿Se puede saber qué le habéis hecho esta vez? —les pregunté a los dos, a mi hijo Michael y a su inseparable Mario, porque Bryan estaba en el salón con Faith y Mia.

—Nada, te lo juro. Tan solo estábamos en el pasillo, y hemos escuchado que estaba hablando con su novio…

—No es mi novio, es un amigo, y se han puesto a hacer gestos obscenos, como si se estuvieran acariciando el cuerpo —lo interrumpió Audrey.

—Reconoce que te has reído, y por eso has tenido que cortar la llamada —le replicó Mario, y nos tuvimos que dar la vuelta para reírnos, mi hija mayor incluida.

—A ver chicos, existe una cosa que se llama intimidad, y hay que respetarla. No podéis ir por ahí haciendo lo que os dé la gana, porque podéis meteros en un buen lío —les explicaba mi marido a los dos.

—Y la respetamos. Ninguno de nosotros ha contado que, el otro día, vimos a Faith y a Bryan dándose un beso —dijo Mario, tapándose la boca después.

—Eres un bocazas, ahora, seguro que mi hermana me va a echar las culpas a mí, y ya no me va a contar nada más. Mamá, tú eres testigo de que yo no he abierto la boca — dijo mi hijo Michael, bastante preocupado.

—Te lo dije, que esos dos se traían algo entre manos — dijo Andy, que apareció por el pasillo.

—Mira, ¿sabéis que os digo? Que os la apañéis como podáis, que me vais a volver loca. Yo, ahora mismo, cojo una cerveza y me voy al jardín, no estaré disponible hasta la hora de la cena —les dije, entrando en la cocina para hacer lo que había dicho.

Cogí una cerveza y salí al jardín, donde mi marido y yo teníamos un escondite secreto, en el que nos refugiábamos cuando todo se ponía demasiado intenso, que solía ser cuando estaban todos los niños juntos.

Me senté a respirar tranquilidad, eran mis hijos y los que consideraba mis sobrinos, pero había veces en las que me sentía saturada, y necesitaba un poquito de espacio. Escuché pasos, y supe que era mi marido, no podía ser de otro modo, y se sentó a mi lado con otra cerveza.

—Reconozco que los quiero a todos más que a mi vida, pero hay veces en las que los estrellaría contra la pared —le dije a Bryan, que soltó una carcajada.

—No eres la única. Cuando Mario y Michael están juntos, son como una bomba de relojería, pero también tenemos que admitir que tienen algunos puntos buenísimos, como el de hoy con su hermana. Por cierto, ¿tú sabías que nuestra hija tenía novio? — preguntó, algo incrédulo.

—Algo hay, yo no lo llamaría novio todavía, porque llevan muy poco tiempo saliendo, pero es buen chico. Me preocupa más ese beso a escondidas de Faith y Bryan…

—Va, eso son chiquillerías, no hay que darle importancia. Y respecto a Audrey, es cierto que ya tiene edad de tener novio, aunque eso no quita que me inquiete y me preocupe que le hagan daño.

—No todos son como usted, señor Lee.

—¿Yo? Pero si yo soy un amor de hombre. Dime, desde que volvimos, cuando me has cogido en un renuncio o cuando he mentido en algo, a ver, que te estoy esperando.

—Es cierto que nunca, pero también que lo pasamos muy mal al principio.

—Te contaré un secreto. Eres y has sido siempre mi salvación, desde el primer momento en el que te cruzaste en mi camino, desde que lo diste todo por una persona que apenas conocías, cuando el resto del mundo estaba en mi contra. Me has devuelto la felicidad y, además, me has dado la familia más bonita y caótica que podía haber esperado.

—Sobre todo eso de caótica. A excepción de Dylan, que es de lo más responsable con la edad que tiene, el resto, son puro caos.

—Ya maduraran. Ahora mismo, están en la edad de hacer travesuras, de vivir la adolescencia de esa manera. Pero verás cuando vean mañana la sorpresa que le tengo a Dylan, me reprocharán esto toda la vida.

—¿No le habrás comprado un coche? Mira que te dije que no, que empezara con el mío, además de que, hasta el curso que viene no se examina del carné de conducir.

—No, el coche se lo he comprado a Audrey, que también es una sorpresa, pero a Dylan le he comprado una moto, esa que no requiere de permiso especial, para que vaya y vuelva al instituto.

—Definitivamente, tú quieres quedarte viudo, entre todos me vais a matar…

—No digas tonterías, si eres toda mi vida. Te amo, Tracy, como nunca pensé que se podía amar a nadie. Como te he dicho antes, fuiste mi salvación.

—Yo también te amo, y te doy las gracias por la familia que hemos formado.

Nos cogimos de la mano y entramos de nuevo a la casa, donde ya parecía que la cosa estaba más calmada, pero donde sabía que, en breve el caos se impondría de nuevo, pero bendito caos que me hizo la persona más feliz del mundo.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora